

JESÚS SUÁREZ LÓPEZ

“YO TENGO MUCHA HISTORIA”

MEMORIAS ORALES DEL SIGLO XX



Emilio González Rodríguez, “Cobio”

Manuel López Álvarez, “Sanchón”

Manuel Suárez García, “Manolín d’Armá”

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS

“YO TENGO MUCHA HISTORIA”
MEMORIAS ORALES DEL SIGLO XX

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS
FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA ASTURIANA

MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

ARCHIVO DE LA TRADICIÓN ORAL

“YO TENGO MUCHA HISTORIA”

MEMORIAS ORALES DEL SIGLO XX

Emilio González Rodríguez, “Cobio”

Manuel López Álvarez, “Sanchón”

Manuel Suárez García, “Manolín de Armá”

por

JESÚS SUÁREZ LÓPEZ

RED DE MUSEOS ETNOGRÁFICOS DE ASTURIAS

2011

Muséu del Pueblu d'Asturies
Paseo del Doctor Fleming, 877
La Güelga, 33203 Gijón /Xixón (España)
Teléfono: 34 / 985 18 29 60

museopa@gijon.es
<http://museos.gijon.es>
<http://www.redmeda.com>

© de los textos: sus autores.

© de esta edición: Muséu del Pueblu d'Asturies-Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón-Red de Museos Etnográficos de Asturias.

I.S.B.N.: 978-84-96906-32-7

D.L.: AS-4530/2011

Impresión: Gráficas Eujoa

Camarada, esto no es un libro
quien esto toca, toca a un hombre.
(Walt Withman, *Hojas de hierba*, 1855)

PRESENTACIÓN

Las memorias o historias de vida no son una práctica muy frecuente entre los antropólogos e historiadores españoles. En ellas se recogen las vidas de personas corrientes, a partir de su propio testimonio oral. Son historias individuales que sirven de muestra para conocer formas de vida, valores, actitudes, comportamientos, ideas o creencias que definen la peripecia vital de un colectivo humano más amplio en un contexto histórico determinado. Son, por supuesto, testimonios subjetivos que ayudan a comprender el comportamiento humano y también “cómo reaccionan las personas concretas a los cambios históricos”. La grabadora es la gran aliada de este género biográfico, y la que permite registrar el tono directo y espontáneo del lenguaje popular.

Hay antecedentes de historias de vida de esta clase en las primeras décadas del siglo XX, pero es sobre todo a partir de los años cincuenta cuando aparecen las obras de referencia: *Los hijos de Sánchez. Autobiografías de una familia mexicana* (1961), de Oscar Lewis, marcó un hito, y a esta le siguieron otras muchas: M. Catani (*Tante Suzanne, una histoire de vie sociale*, 1982), M. Barnet (*La canción de Rachel*, 1979 y Biografía de un cimarrón, 1986), etc. En España, una de las primeras historias de vida publicadas fue *A tumba abierta. Biografía de un grifota* (1986) del antropólogo Oriol Romaní, y una labor muy meritoria fue la de Antonio Zavala, que recogió en una colección de veintinueve libros la vida de una veintena de pastores y campesinos de Navarra, País Vasco, Aragón, León y Asturias. Asimismo, se han publicado numerosos estudios teóricos sobre esta materia: F. Ferrarotti (*Storia e storie di vita*, 1981), J. J. Pujadas (*El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, 1992), C. Feixa (“La imaginación autobiográfica”, 2003), etc. El interés por las historias de vida ha generado la creación de numerosos archivos dedicados a recopilar esta clase de testimonios, y desde 1996 existe una Asociación Internacional de Historia Oral. En Asturias, funciona desde 2000 el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social, que depende de la Universidad de Oviedo y dirige, con gran entusiasmo pero muy pocos medios, el profesor Rubén Vega.

Jesús Suárez López es un filólogo que desde 1986 recorre Asturias entrevistando a ancianos y recopilando testimonios de lo que se denomina “tradición oral”, que es lo que a finales del siglo XIX se llamó folklore. Comenzó recogiendo romances, con los que hizo su tesis doctoral en 1995, y poco a poco fue ampliando su interés a toda la gama de materiales que abarca esa ciencia del saber popular: leyendas, cuentos, conjuros, creencias o mitos. Desde 1996 trabaja en el Muséu del Pueblu d’Asturies, en el Archivo de la Tradición Oral, ocupado en continuar esta labor de recopilación y estudio. Él es el autor de estas memorias de vida de tres campesinos asturianos, con los que se encontró cuando iba recopilando “tradiciones ancestrales”.

Para los folcloristas, los únicos datos biográficos de sus informantes se reducen a nombre, edad, lugar de nacimiento y vecindad. En el mejor de los casos también anotan la profesión. Esto es lo habitual entre los buenos folcloristas, porque no es infrecuente que se publiquen materiales sin mencionar nada sobre las personas que los proporcionaron. Esta escasez de datos sobre los informantes no significa que la relación de los investigadores con algunas de esas personas no sea muy estrecha, nada de eso. Sin embargo, sí es verdad que esa relación queda en la intimidad y no alcanza al papel.

En el ámbito rural europeo, es fácil que los jóvenes investigadores, con ganas de aprender y descubrir, se deslumbren ante ciertas personas que se conocen durante el trabajo de campo. Lo normal es que el etnógrafo o folclorista, que va buscando informantes, acabe recalando, después de preguntar a los vecinos, en las casas en las que viven las personas más “brillantes” de la sociedad rural: son las más “curiosas”, las más reflexivas, las que tienen más memoria, las mejores narradoras, las que han vivido más intensamente o las que son más extrovertidas. Estas personas son las que en su comunidad portan más información en su “memoria” y las que están dispuestas a ofrecerla a los investigadores: siempre tienen tiempo para charlar y la puerta de su casa siempre está abierta. Son hombres y mujeres interesantes, cuya vida no ha interesado a nadie. Ese es uno de los méritos de este libro, que descubre a tres informantes del “saber popular”.

Los jóvenes aficionados a la etnografía que empezamos en Asturias a fines de los años setenta del siglo XX, íbamos por los pueblos buscando a gente mayor nacida en las primeras décadas de esa centuria, para interrogarles y recoger información. En las entrevistas dirigiámos las preguntas a nuestros intereses, pero cuando la conversación se alargaba y la confianza se afianzaba, era muy habitual, sobre todo cuando tratabas con hombres, que saliese a relucir la guerra civil y que el viejo contase al bisoño sus vivencias de aquellos tres años escasos. El tiempo de silencio se había terminado en 1975 y aquella guerra había marcado su vida, y la de todos los españoles del siglo XX, de una manera inevitable.

La guerra y la emigración son dos de los hechos históricos que más huella dejan en las personas que han pasado por ellos, y esto se manifiesta en los recuerdos inex-

tinguibles que dejan en la memoria de la gente y en las correspondencias. Las clases populares pocas veces escriben sobre sí mismas, y sólo lo hacen durante una guerra o desde la emigración, cuando escriben a sus familiares o amigos para contar noticias de su vida, y también con el fin de aliviar su miedo y su desarraigo. En España, la Guerra de la Independencia, las feroces guerras carlistas, las guerras de Cuba y de África, y la atroz guerra civil de 1936 determinaron la vida de de todas las generaciones de españoles durante los dos últimos siglos.

La última guerra civil es un acontecimiento ineludible en las historias de vida publicadas en España en los últimos veinte años, y a menudo es la gran protagonista del individuo biografiado. Ejemplos de esto que decimos es la historia del catalán Sebastià Piera, nacido en 1917, escrita por el historiador Ricard Vinyes (*El soldat de Pandora. Una biografia del segle XX*, 1998), o la del murciano Juan de P., nacido en 1901, recogida por el antropólogo Joan Frigolé (*Un hombre. Genero, clase y cultura en el relato de un trabajador*, 1997). Y en Asturias, la de Juan Rugarcía, campesino nacido en Cavandi (Peñamellera Baja), en 1905, recogida por Antonio Zavala (*En la ribera del Cares*, 1996), que divide la biografía de este “hombre sencillo y bueno” en “Tiempos de paz” y “Tiempos de guerra”, o las de varias mujeres cuyos relatos de vida recopiló Paquita Suárez Coalla (*La mio vida ye una novela. Testimonios de las mujeres del campo de Asturias*, 2001).

Del mismo modo que todas biografías citadas, las memorias de vida de los tres buenos informantes de nuestra “tradición oral” que aparecen en este libro, tienen como eje principal los años de la guerra, de 1936 a 1939, y de la postguerra. Antes de ese tiempo de sangre, fuego y hambre, los protagonistas de estas memorias sólo hacen mención a su ámbito familiar y a su aprendizaje con padres y abuelos, después de la postguerra su vida se convirtió en una rutina que, según ellos, ya no merece pasar a la Historia.

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ
Director General de Patrimonio

MEMORIA ANCESTRAL Y MEMORIA HISTÓRICA

En mayor o menor medida, cada individuo es portador de una doble memoria. Por una parte, los acontecimientos y experiencias vividas en carne propia van conformando al paso de los años una “memoria histórica” que se nutre del recuerdo y la reflexión sobre los hechos pasados. Por otra, cada individuo –y especialmente algunos individuos– es portador de una “memoria ancestral” que atesora los relatos y experiencias aprendidas de sus antepasados.

Si atendemos a la “memoria histórica”, podremos obtener el testimonio oral de una persona que vivió en una determinada época y en un determinado ámbito geográfico, y que participó o fue testigo presencial de determinados acontecimientos y sucesos de nuestra historia reciente. Cada uno de estos testimonios orales da la palabra a aquellos que nunca han tenido voz y contribuye a sacar a la luz la experiencia de una mayoría silenciosa, acallada por las élites políticas, económicas e intelectuales que tradicionalmente se han servido de los medios de comunicación para manifestar sus ideas y legar sus testimonios. Estos testimonios son “historias de vida” tan verdaderas como subjetivas, que aportan una información de gran interés para el conocimiento del pasado y tienen un apreciable valor como fuente complementaria para la construcción de la Historia contemporánea, en la medida en que ofrecen vivencias de gente corriente que, de otro modo, caerían inexorablemente en el olvido.

Si, por el contrario, fijamos nuestra atención en la “memoria ancestral”, obtendremos una serie de relatos literarios que fueron codificados en un pasado lejano –a veces, remoto– y transmitidos oralmente, de generación en generación, hasta nuestros días. En esta clase de relatos se desvanece el “yo” del narrador y emerge el “nosotros” de la colectividad. El narrador protagonista del relato deja paso a la figura del narrador colectivo, convirtiéndose así en un eslabón más –quizá el último– de una larga cadena de transmisores y recreadores de relatos tradicionales: mitos y leyendas, cuentos, romances, canciones, poemas, oraciones, refranes, adivinanzas y toda clase de etno-textos que reflejan la sabiduría, las creencias y las costumbres patrimoniales de la comunidad a la que pertenece.

Normalmente, estos dos campos de la memoria oral se investigan y se estudian en parcelas separadas. El primero, desde la historiografía y el segundo, desde la etnografía, la antropología o el folklore. Sin embargo, lejos de ser compartimentos estancos, ambas parcelas de la memoria forman parte de una misma experiencia vital y, a menudo, interactúan entre sí. A este respecto, es revelador el testimonio de Emilio González Rodríguez, nacido en Pulide (Candamo) en 1915, cuando se refiere a los cuentos aprendidos de su padre:

Yo nunca fui amigo de cuentos ni de refranes. Pero de toda esta redonda por aquí, entre todos los que yo conocí viejos, entre todos ellos non sabían ni con mucho la mitá de los cuentos que sabía mi padre. Cuando díbamos a esfoyar en aquellos tiempos a las casas, cada vecín recogía el maíz y díbamos a esfoyar hoy pa una casa y mañana pa otra, y juntámonos todos los vecinos a esfoyar. Y lo primero que decían: “Cuenta un cuento, Laureano”. Y si la cosa era pa largo, que a la gente le daba el sueño: “Cuenta un cuento, Laureano”. ¡Y venga Laureano! Y allá que se soltaba mi pá a contar cuentos. Y cuando se soltaba mi pá a contar cuentos, desde que empezaba a contar cuentos hasta que acababa, nunca contó dos veces el mismo cuento. Tenía pa toda la noche. Yo me acuerdo muchas veces de los cuentos de mi padre. Cuando vienen al caso concreto que se me presenta, digo yo: “¡Me cago en tall, eso como el cuento de mi pá”. Y yo sé que caigo un poco pesáu aquí a la familia, porque cuando está ocurriendo cualquier cosa siempre saco yo algún cuento de mi padre. Y es posible que yo sea un poco empalagoso en eso, pero cada uno tien su manera de ser y ésta ye la mía.

Los cuentos de su padre son ejemplos de vida que sirven a nuestro informante como modelo de conducta para afrontar determinadas situaciones desde la sabiduría y la experiencia de sus antepasados. De manera parecida se expresa otro de los narradores de este libro, Manuel Suárez García, nacido en Armá (Lena) en 1919, cuando se refiere a su padre y a su abuela paterna:

Non debía de ser tonto, porque yo lo recuerdo como padre y como amigo, y me dio muy buenos consejos siempre. Y non creo ná que esté en el cielo ni en el infierno, pero yo cuando voy a hacer una cosa miro así p'arriba y digo: “¿Qué diría mi padre?”. Y esa es por ahora mi religión. [...] Pero, claro, yo con la que me críe y los cuentos y eso era [mi abuela] la tía Pepa, como decían los vecinos. Quería aprenderme oraciones y nu me quedaban ni pa la hostia. Dormía a los pies, en la misma cama con ella, y ella rezaba y quería que yo rezara... y yo aprendía mejor los cuentos y las canciones que los rezos; pero esto no es cuento.

Este aprendizaje para la vida es un proceso cognitivo lento y complejo, que se inicia desde la infancia y se enmarca en un determinado contexto sociocultural, que en el caso de nuestros narradores corresponde a la Asturias rural de principios del siglo XX. Así lo expresa Manuel López Álvarez, “Sanchón”, nacido en Sama (Grao), en 1917:

Antes había más cuentos, porque los abuelos nos enseñaban esos cuentos. Pero, claro, ya en la vida mía se enseñaba menos. Porque antes no se echaban los niños a escuela. [...] Y entonces ¿qué pasaba?, que al no dir a escuela tábamos por aquí y contaban cuentos. A lo mejor tabas llindiendo por ahí p'arriba, ibas con otro que era un paisano y te contaba muchos cuentos.

Al aprendizaje por medio de la tradición oral se refiere igualmente Emilio González Rodríguez, cuando explica cómo él y sus hermanos aprendieron los días de la semana gracias a un cuento narrado por su padre:

Mi padre era sobrín de un cura, y en aquellos tiempos ya eso era una categoría. Y claro, como era sobrín de un cura sabía leer y escribir bastante bien, y era de inteligencia natural bastante normal, y contaba muchos cuentos, muchos cuentos. Y entre ellos contaba uno que aquél lo contaba con frecuencia pa que aprendieran los chiquillos los días de la semana. Y así fue como yo aprendí los días de la semana, porque yo fui analfabeto hasta los catorce años.

En dicho cuento se narra un suceso ocurrido a un mendigo jorobado que se cobijó a dormir a la puerta de un molino donde los diablos celebraban sus reuniones nocturnas. Desde allí pudo oír que estos cantaban una canción que decía así:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres!
¡Lunes y martes,
miércoles, tres!

Pareciéndole que la canción estaba incompleta, se atrevió a añadir de su cosecha un nuevo estribillo que continuaba la relación de los días de la semana:

¡Jueves y viernes,
sábado, seis!

Sorprendidos los diablos ante tal atrevimiento, pero contentos porque su canción había mejorado notablemente, abrieron la puerta del molino y viendo allí al mendigo le ofrecieron un premio por su contribución a la letra del cantar. El mendigo pidió que le quitasen la joroba, cosa que le fue concedida en el acto, y siguió su camino alegremente. Al poco tiempo se encontró con otro mendigo, jorobado también, quien le preguntó la razón por la que había desaparecido su joroba. Este le contó el suceso ocurrido en el molino y el mendigo jorobado se dirigió al molino con la esperanza de que a él le sucediese lo mismo. Cuando llegó al molino pudo oír a los diablos cantando la misma canción, pero aumentada ya con la añadidura del mendigo anterior:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres!
¡Jueves y viernes,
sábado, seis!

Entonces, el segundo mendigo trató de completar la canción con un nuevo estribillo que decía:

¡Y domingo siete!

Al oír los diablos tal estribillo, que estropeaba la rima de su canción, salieron muy enfadados a la puerta del molino, y viendo allí al segundo mendigo cogieron la joroba

del primero y se la pusieron en el pecho, de modo que salió de allí doblemente jorobado [véase la transcripción literal del cuento en págs. ???].

Este recuerdo infantil acerca del aprendizaje de los días de la semana forma parte de la “memoria histórica” de nuestro narrador, pero viene aderezado con la narración de un cuentecillo jocoso que nos da una primera medida de la amplitud que puede alcanzar la “memoria ancestral” de una persona nacida en 1915. La primera documentación de este cuentecillo en el ámbito hispánico es del año 1627 y aparece en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas. En esta obra se recoge una rima o cancioncilla que dice: “Lunes i martes i miérkoles, tres; xueves i viernes i sábado, seis”, y que sin duda hace referencia a un cuentecillo muy conocido en la época, por lo que el autor omite toda explicación adicional a la misma, como sería el resumen o la narración del cuento donde se inserta dicha cancioncilla. Pocos años después, hacia 1660, el jesuita Valentín de Céspedes refiere una versión completa de este cuento en su obra *Trece por docena*, donde se atribuye el suceso a “un pobre zapatero de viejo que venía de adobar calzado de una aldea no lejos de la villa donde tenía su pobre hogar” y hubo de refugiarse a pasar la noche debajo de un árbol donde las brujas hacían su aquelarre. Este cuentecillo también se documenta tempranamente en Italia. Así, en la obra *De nuce maga Beneventana* (Nápoles, 1635), del médico Pietro Piperno, se dice que fue en la ciudad de Benevento donde un diablo y varias brujas quitaron la joroba a un pobre jiboso que les cayó en gracia en ocasión en que éste fue testigo de sus orgías. Obviamente, ninguna de estas dos obras es la fuente primigenia del relato narrado por nuestro informante, que procede sin duda de una tradición oral mucho más antigua que las citadas versiones literarias.

Otro relato ilustrativo de la “memoria ancestral” de nuestros informantes es el cuentecillo narrado por Manuel López Álvarez, “Sanchón”, que editamos bajo el título de *El viento olvidado*:

Cuando diba Jesucristo y San Pedro con él, diban po'l mundo. Y diz un día San Pedro a Jesús:

—Jesús.

—¿Qué?

—Usté non gobierna bien.

—¿Cómo que non gobierno bien?

—No, pa'l tiempo sobre todo. Cuando piden agua, ¿por qué nu-ys da agua? Cuando piden sol, ¿por qué nu-ys da sol?

Dice:

—Bueno, ¿y tú quies que-ys dé el mando a ellos un año?

—Sí.

Pedían agua, llovía. Pedían sol, venía. Y van coyer la cosecha y non tenía grano. ¿Por qué?

¿Porque faltó el aire!

Y aquí, cuando fueron un año a recoger el pan, que taba en vano –en vano quiere decir que non granaba– dicen: ¿Non ves que non vino el aire po'l mes de San Juan, que es cuando grana el pan? ¡Cosas de las aldeas! ¿Yo qué sé? ¿Quién entiende eso?

Como se puede ver en la aseveración final del narrador, el cuentecillo antecedente sirve para explicar desde la perspectiva de un relato mítico-religioso el hecho de que la cosecha de cereales no fructifique por falta de un elemento indispensable a tal efecto, como es el viento fecundador que propicia la polinización. Relato este que tiene un notable antecedente en el *Libro de los Enxenplos por A.B.C.*, compilado por Clemente Sánchez de Vercial, arcedianio de Valderas (León), en la primera mitad del siglo XV:

Dicen que un ermitaño sembró berzas é otras semillas en su vergel; e quando vio que era menester agua, pidióla a Dios, é dióglas; e después pidió sereno, é eso mismo le dio; é siempre le dio tiempo el qual él quier: empero de las semillas que habie sembrado non nasció cosa alguna. E él pensando que acaso non le faldescerían las berzas é las otras yerbas, hobo paciencia. E yendo a casa de otro ermitaño falló muy fermosas berzas e yerbas en su vergel, e mucho maravillado contólle lo que acaesciera. E díjole el ermitaño:

–Con razón te vino esto; que pensabas saber más que Dios, que le mostrabas qué es lo que habie de facer, é debe ser por el contrario; ca el que conforma su voluntad con la voluntad de Dios, ha paz e mucha abundancia.

Cabe apuntar, según se desprende del cotejo del texto medieval con ésta y otras versiones de la tradición oral moderna, el hecho probable de que el relato medieval haya sufrido un proceso de manipulación por parte de su compilador, ya que éste evita mencionar una creencia de raíces precristianas que constituye el motivo principal del cuento: “el viento como agente fecundante de plantas y animales”, atribuyendo la falta de fructificación de la cosecha a la voluntad divina, que castiga de este modo la arrogancia de aquellos hombres que pretenden saber más que el propio Dios. Evidentemente, el relato medieval tampoco es la fuente primigenia del relato atesorado en la memoria ancestral de nuestro narrador, sino que éste proviene de una tradición oral mucho más antigua, como lo prueba su difusión paneuropea. Catalogado bajo el título de *The forgotten Wind* (El viento olvidado) en el índice internacional de tipos del cuento folklórico de Aarne-Thompson-Uther (ATU 752B), las versiones publicadas de este cuentecillo abarcan una amplísima área geográfica que, además de España, comprende los siguientes países: Finlandia, Suecia, Letonia, Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania, Austria, Italia, Malta, Chequia, Eslovaquia, Eslovenia, Macedonia, Bulgaria, Ucrania e Israel¹.

1 Antti AARNE y Stith THOMPSON, *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography* [FF Communications 184] 2ª edición, (Helsinki: Suomalainen Tiedekatemia-Academia Scientiarum Fennica, 1981). // Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography* (Helsinki: Suomalainen Tiedekatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004), cuento tipo 752B, *The Forgotten Wind: God charges a pious man (St. Peter) with the task of managing the weather. The man sends rain, sun and heat to earth but he forgets the wind. Thereupon God deprives him of his responsibility.*

Fijémonos, por último, en un ejemplo especialmente revelador de la profundidad que puede alcanzar la “memoria ancestral” de una persona nacida en el siglo XX, con la particularidad de que el relato de nuestro narrador, Manuel Suárez García, podría considerarse casi como autobiográfico, en la medida en que se presenta como un suceso protagonizado por su abuelo paterno:

Mi güelu llamábase Atilano Suárez Vázquez y yera muy observador. Y entonces, pa ir d'equí a una finca o eso siempre llevaba la foz, pero no la de segar trigo, la de mango largo. Y que diendo po'l camín del Reguerón que vio una culebra y una comadreja —que en Armá decían “mostalie||a”— que se peleaban, ¡tras-tras-tras!, y venga una lucha... y la culebra querer envolverla y nada. Y cada poco venía la mostalie||a y tascábase en un cardo borriquero, allí se esfregaba y volvía a la lucha. Entonces mi abuelo fue así muy disimuladamente, cortó el cardo y apartólo. Y cuando vino la mostalie||a a tascarse y no encontró el cardo, que se batió muerta.

No parece necesario insistir en el carácter de veracidad que el narrador otorga a su relato, puesto que se “origina” a partir de un hecho vivido por su propio abuelo. Pero nuestra capacidad de asombro se pone a prueba cuando constatamos que un relato muy similar a éste —referido a la lucha entre la víbora y la tortuga— se documenta hace más dos mil años; concretamente en la *Historia de los animales* de Aristóteles, compilada en el siglo IV antes de Cristo:

La tortuga, cuando ha comido a una víbora, a continuación come orégano. Y esto está comprobado. Y ya hubo una vez uno que, al verla hacer esto una y otra vez y que, tras llevarse algo de orégano, regresaba de nuevo a enfrentarse con la víbora, arrancó el orégano: ocurrido esto, murió la tortuga (Libro IX, 612a).

A renglón seguido, en referencia a la comadreja, añade Aristóteles:

La comadreja, cuando se dispone a luchar con una serpiente, come antes ruda, pues el olor que desprende esta planta resulta lesivo para las serpientes (Libro IX, 612a).

Y en términos muy similares se expresa Claudio Eliano en su *Historia de los animales*, escrita en el siglo III:

Mal bicho es la comadreja, y malo también la serpiente. Por eso, cuando una comadreja va a luchar con una serpiente, primero come ruda y, luego ya, se presenta al combate tan segura como si estuviera provista de una coraza y de una armadura. La causa de ello es que la ruda es lo más enemigo de la serpiente (Libro IV, 14).

Tenemos, pues, un primer testimonio documentado en la Grecia clásica que se refiere a la lucha entre la víbora y la tortuga, en el que esta utiliza el orégano como antídoto contra las mordeduras del la primera y que muere súbitamente cuando el espectador humano del combate arranca la planta. Y como testimonio complementario, la referencia a la ruda empleada por la comadreja como repelente contra las serpientes. Esta misma creencia, referida a la lucha entre lagartos y serpientes, se constata también la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, compilada en el siglo I de nuestra era:

Es muy excelente medicina para las mordeduras de las serpientes una yerba con que los lagartos se restauran cuando salen llagados de la contienda que contra ellas tuvieron (Libro VIII, 17).

Y a mayor cercanía de nuestro ámbito cultural, veamos, por último, el testimonio que nos ofrece Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II, en su traducción de la *Historia Natural* de Plinio al castellano, quien añade en nota un comentario tomado sin duda de la tradición oral de su tiempo:

No sé que yerba sea ésta, aunque me han contado que un hombre deste reino de Toledo se hizo zurujano, de pastor, y principalmente de caratanes [sic]. Como estando una siesta en el campo, recostado en un repecho, viese desde allí ir un lagarto malherido y corriendo sangre de la pelea que havía tenido con una serpiente o culebra y llegado a una yerba curar las heridas y detener la sangre, tan perfectamente, como si cosa no le huviera acaecido. Porque luego dizen que abaxó y fue a la yerba y reconocida se sirvió en adelante de ella para el mismo efecto, curando, como por miraglo, heridas, y restañando la sangre que salía dellas y no era posible, con otros medios, detenerse. Pero desto podrá el lector creer lo que le pareciere; yo refiero lo que me contaron.

Vemos pues que la memoria ancestral de nuestro narrador, Manuel Suárez García, conecta directamente con el relato escuchado cinco siglos atrás por el doctor Francisco Hernández, y ambos, a su vez, con las creencias referidas por Plinio el Viejo y Aristóteles. Cabe hacer hincapié, finalmente, en la extraordinaria similitud entre el relato de nuestro informante –narrado como un suceso observado y experimentado por su propio abuelo– y el relato aristotélico, referido a un personaje anónimo y tomado, muy probablemente, de una tradición oral preexistente.

La simple enumeración de relatos de gran antigüedad que podríamos traer a colación para ilustrar la amplitud espacio-temporal que alcanza la memoria ancestral de nuestros narradores sería ahora tan extensa como enojosa. El corpus de relatos tradicionales incluido en este volumen asciende a cincuenta y ocho. Son etnotextos de muy diverso tipo que editamos en tres apartados independientes, que corresponden a los tres narradores que figuran este libro. Cada uno de estos relatos se acompaña de un breve comentario en el que se señalan los antecedentes literarios conocidos y los paralelos folklóricos documentados en otras regiones y países de nuestro entorno. De este modo, cada relato puede ser objeto de una relectura desde la perspectiva de su pertenencia a una especie de “hipertexto” global, constituido por la suma de las diferentes versiones documentadas en otros tiempos y en otros lugares; lo que sin duda contribuirá a una mejor comprensión de su estructura profunda y de su significado. Y por otra parte, la edición separada del *corpus* de memoria ancestral de cada narrador nos ofrece una interesante visión de conjunto de los relatos tradicionales que han contribuido a conformar su visión del mundo y, de algún modo, a la construcción de su memoria histórica.

LOS INFORMANTES

Normalmente, cuando el informante da por concluido su repertorio de relatos tradicionales, el buen folklorista se preocupa de cumplimentar debidamente la “fi-cha” con los datos personales del narrador: nombre y apellidos, lugar de nacimiento, residencia actual, edad y profesión. Después apaga la grabadora, da las gracias y se va... dejando a veces lo mejor en el tintero. Pero cuando el buen folklorista aprende a escuchar, se percata de que algunas veces, a lo largo de la conversación, al par que va desgranando los relatos aprendidos de sus antepasados, el informante dice casi susurrando, como de pasada, alguna expresión como la que da título a este libro: “no, si yo tengo una historia, si yo le contare...”. Una historia real, una historia vivida, pero aún sin palabras: una historia que contar.

Esta parábola del buen folklorista sirve para explicar, en parte, el método empleado en la selección de los tres informantes que narraron de viva voz las tres historias de vida que dan cuerpo a este libro. En primer lugar, que el investigador de campo no se acercó a los informantes desde el campo de la Historia, sino desde la Literatura oral y la Etnografía; lo cual conlleva diferentes metodologías de trabajo que, a su vez, obedecen a diferentes intereses. Aspectos estos que sin duda han condicionado –para bien o para mal– el resultado final de la encuesta de campo. De ahí se desprende que la búsqueda de los informantes no estaba orientada *ab initio* a la documentación de testimonios o historias de vida de personas que hubieran tenido especial relevancia en aspecto alguno de nuestra historia reciente. El criterio empleado a este respecto fue, más bien, el de prestar oídos a las “historias de vida” que algunos informantes –que ya habían destacado por sus cualidades de buenos narradores– sintieron el impulso de contar.

El primero de ellos, Emilio González Rodríguez, nacido en Pulide, concejo de Candamo, en 1915. Fue entrevistado en el mismo Pulide, donde aún residía a los 83 años, el día 30 de junio de 1998. La entrevista, dirigida en principio a la recopilación de testimonios orales sobre las leyendas de tesoros en Asturias, fue producto de un encuentro casual. Pasábamos por la carretera cuando vimos a un hombre de pelo blanco trabajando en una huerta. Detuvimos el coche en una cuneta y nos dirigimos hacia él para entablar conversación. Tras el saludo de rigor, nuestra primera pregunta fue referida al asunto de los tesoros ocultos. Nuestro interlocutor respondió manifestando su intención de comunicarnos lo que sabía “a ciencia cierta” sobre el tema y nos invitó a acompañarle hasta su casa. Cuando llegamos a la antojana, al pie de la escalera del hórreo, nos mostró una serie de losas incrustadas en el hormigón, que él mismo había colocado allí cuando construyó la escalera, y nos refirió el hallazgo fortuito de dichas losas, que se encontraban cubriendo sepulturas humanas y que había tenido lugar cien años atrás, cuando su padre estaba cavando la tierra en una finca cercana llamada El Truébano. Y a la descripción pormenorizada de este hallazgo, añadió una reflexión que mostraba su consciencia de la ruptura producida en la cadena de transmisión de relatos tradicionales:

Y esas piedras las puse aquí como reliquia, pa que sepan... pero resulta que si preguntas al hijo mío, que es ingeniero de caminos, canales y puertos... ¿y esas piedras de donde salieron?; dirá él: “¿Qué sé yo lo que feixo mi padre ni pa qué las puso ahí?”. Y ahí están las piedras, pero esas piedras ahí se mueren y no sigue la leyenda...

A continuación, y antes de retomar el tema de los tesoros, nos hizo una advertencia que dejaba entrever su participación en la búsqueda de un tesoro en las inmediaciones de la finca donde su padre había encontrado las sepulturas:

Yo soy tan entero y tan materialista que todo lo que sé no vos lo voy a decir, porque no me da la gana y porque además no quiero sacar yo eso a relucir... porque ahí, por debajo de donde mi padre encontró las sepulturas todavía se nota donde alguien cavó allí pensando encontrar tesoros, pero yo de ahí p'allá ya no me extendo... y yo sé quien cavó allí pero es lo que no me sal de los cojones de decivos...

Después de haber formulado la misma pregunta en muchas ocasiones y a personas diferentes, la respuesta de aquel hombre se nos antojó tan sorprendente como inquietante. Hasta entonces habíamos encontrado interlocutores que respondían favorablemente a nuestras preguntas, comunicando de buen grado aquello que sabían, y habíamos hablado con muchas otras personas que manifestaron no tener conocimiento del tema por el que se les preguntaba –fuera cierto o no–; pero nunca habíamos tropezado con alguien que admitía abiertamente saber del asunto y, a la vez, se negaba a hablar de ello con una contundencia que denotaba carácter y fuerte personalidad.

Con la premisa de no decir todo lo que sabía –“sé más que rezo”, nos advertía en ocasiones–, nuestro informante refirió escuetamente algunos episodios de búsqueda de tesoros por terceras personas en distintos lugares de los alrededores. Así, en la Cueva del Fontanín (Illas), en Campo'l Castiello (Candamo) y en la Fuente las Meanas (Castrillón), siempre con resultados infructuosos y mostrando en todo caso su descreimiento hacia el fenómeno de los tesoros ocultos. Ahí podría haber finalizado la conversación. De hecho, fue en ese momento cuando le preguntamos por su nombre –cosa que se suele hacer al final de la entrevista– a lo que respondió sin problema: “Emilio González Rodríguez”; pero al preguntarle la edad volvió a sorprendernos con la originalidad de su punto de vista:

Yo los años non sé los que tengo, pero sé los que non tengo: el día once de este mes que sale hoy gasté ochenta y tres años, que ya no los tengo, esos ya se jodieron; ahora vete detrás d'ellos tú, que yo ya non voy.

Así pues, en vez de despedirnos, cambiamos de tema y le preguntamos si sabía algún cuento o alguna historia que hubiera aprendido de sus mayores, a lo que respondió nuevamente con cierto desapego; pero disponiéndose a colaborar. A continuación, fue narrando la media docena de cuentos que componen el apartado dedicado a la “memoria ancestral” de este informante. Pero como buen narrador, entre cuento y cuento, Emilio tenía tendencia a introducir relatos autobiográficos y anécdotas de

sucesos ocurridos a otros vecinos de la parroquia, siempre adornados con profusión de datos y jugosos comentarios. Y fue durante la narración de una de estas anécdotas cuando Emilio hizo un comentario que llamó nuestra atención por su singularidad:

Yo llevé muchas más hostias y muchos más palos que di –que sé darlos también y alguno mandé pal suelo del primer tortazo–; pero quedame la satisfacción que robé más que me robaron... porque yo tuve cinco años fugáu con un 42 mejicano a la cintura, con más como yo, y nun pedimos limosna nunca a naide, pero fame tampoco la pasamos.

En ese momento comprendimos que, además de las leyendas de tesoros y de los cuentos de su padre, nuestro informante tenía una interesante historia que contar; pero ya habían transcurrido más de dos horas desde el inicio de la conversación y Emilio había dado reiteradas muestras de querer finalizar la entrevista; así que decidimos dejarlo para otro día. Para no resultar demasiado apremiantes, dejamos pasar un día entre medias y volvimos a Pulide con la intención de retomar la entrevista. Al explicarle que el objeto de nuestro interés, en esta ocasión, era escuchar el relato de su experiencia como fugado en los años posteriores a la guerra civil, Emilio manifestó cierto asombro, no exento de prevención, y soltando una risa sardónica exclamó:

¡Oooh!, es que la historia mía ye muy fría, yo tengo mucha historia... pero quiero ponevos en guardia de que yo soy algo excepcional. Por ejemplo, aquel horru que veis allí... ese horru cayó allá en un pueblo, en una casería que es mía, y el llevador iba echándolo en fueu, quemándolo, como todos los que non tienen cabeza, y fui yo a buscarlo y trájelo y tirélo ahí en prau y armélo aquí delante de esta ventana, y es el único horru que hay en Asturias que lo armó un hombre solo, en suelo, y lo elevó a un metro ochenta de altura sin que nadie pusiera la mano en él más que yo. Y eso toi seguro que no hay un horru en Asturias que lo haya armáu un hombre solo en suelo, y le haya hecho los pegoyos y las muelas como tán allí hechos, y lo haya eleváu a uno ochenta de altura... ¡yo solo!

Después de este y otros ejemplos ilustrativos sobre la excepcionalidad de su carácter, de la que nuestro informante era plenamente consciente, agarró el toro de nuestra pregunta por los cuernos y sentenció:

Pa mí, cincuenta años fue antes de ayer, compañero. Yo puedo hablar más a fondo, porque tengo ochenta y tres años, y yo de tres ya tenía memoria. Me acuerdo perfectamente que cuando yo tenía dos años marchó un hermano mío pa La Habana, que murió allá de veintidós años, afogáu en un río; porque fue de fiesta y fue a bañarse después de fartucarse bien y pegó-y una congestión. Pues de dos años, hay ochenta y uno, marchó el mi hermano pa La Habana y me acuerdo perfectamente del día que marchó, que me tenía una hermana mía en cuello. Y yo sé en qué parte de la casa, que era diferente a como ye ahora, y cómo el mi hermano salió po'la puerta, y cómo se abrazaban a él. Y me acuerdo d'eso, ¿entiendes? Pues tenía dos años, y d'ellí p'acá algunas cosas de esa edad se me van, pero otras muchas las tengo aquí grabadas de cojones.

Las palabras en cursiva marcan el momento en que se le quiebra la voz al narrador –la única vez en toda la entrevista–, y dan paso a una historia de vida que servirá

de argumento para una novela. Con la diferencia de que estas palabras no salen de la imaginación de un escritor, sino que surgen de lo más hondo y fueron pronunciadas por una voz humana que aún vibra en el origen de su escritura. Es la voz de Emilio González Rodríguez la que narra la emigración a América de sus seis hermanos mayores, las vivencias en la escuela y el trabajo infantil, sus experiencias como sargento republicano en la guerra civil española, como represaliado en un batallón de trabajadores y como fugado en los montes de Asturias.

Esta segunda entrevista, realizada el 2 de julio de 1998, se prolongó durante tres horas y constituye el núcleo principal de la historia de vida que reproducimos en estas páginas. Dos años después, el 24 de junio de 2000, realizamos una tercera entrevista con el objeto de precisar algunos datos, rellenar lagunas y propiciar oportunidades de reflexión sobre la experiencia vivida. Finalmente, y como complemento a las grabaciones sonoras realizadas en esas tres entrevistas, el 2 de agosto de 2004, realizamos una cuarta y última entrevista con el objeto de filmar en vídeo el acto de narración de algunos cuentos y de aquellos episodios de su peripecia vital que en su día nos parecieron más relevantes².

La segunda historia de vida que se recoge en este libro es la de Manuel López Álvarez, “Sanchón”, nacido en Sama de Grao en 1917. Y al igual que la anterior, es el resultado de un encuentro casual. Entre abril y mayo de 1989 yo había realizado varias entrevistas a Elvira Álvarez Mariñas, de 67 años y vecina de Sama de Grao, con el objeto de grabar su repertorio de romances tradicionales para mi tesis doctoral. Ocho años después, realizando un trabajo de campo de más amplio espectro, volvimos a visitar a Elvira con la intención de grabar cuentos, leyendas y otros relatos de tradición oral. Al llamar a la puerta de su casa, nos respondió una voz recia, muy masculina, que nos sorprendió porque pensábamos que Elvira vivía sola; pero el caso es que tenía marido y que aquella tarde del 18 de abril de 1997 estaba en casa. Cuando le explicamos el objeto de nuestra visita, arrancó con una poesía burlesca de setenta octosílabos que recitó de un tirón, aclarando que el argumento de la misma correspondía a un suceso ocurrido en el pueblo y que él la había aprendido de su padre; y su padre, de su abuelo Sancho. A continuación, recitó otra poesía del mismo estilo pero más corta, que dijo haber aprendido de su abuela Truda. Estaba claro que nos encontrábamos ante un excelente depositario de la memoria ancestral de su familia. Al preguntarle por su nombre y edad, contestó:

Manuel López “Sanchón”. Bueno, soy Manuel López Álvarez, pero como hay otro Manuel López Álvarez aquí en el pueblo, pues llevo el apodo de la casa, “casa Sanchón”. Y tengo ochenta años.

Al poco tiempo, sonó la voz de su mujer, Elvira, desde dentro de la casa, advirtiéndole a Manuel de que tuviera cuidado con lo que decía porque estábamos grabando la conver-

² Las dos primeras entrevistas fueron realizadas en compañía de Alberto Álvarez Peña; la tercera, en compañía de Mariola Carbajal Álvarez, y la cuarta en solitario.

sación. Yo le pregunté a Elvira si le había sucedido algo malo después de haber grabado los romances hacía varios años. Admitió que no y Manuel siguió hablando tranquilamente sin dar importancia al asunto. A lo largo de cincuenta minutos de conversación grabamos leyendas de tesoros, de hilanderas encantadas, de señores feudales, de forzudos y cazadores de osos; todas ellas de gran interés, tanto por su antigüedad y rareza, como por el componente emocional, estrechamente vinculado al territorio y casi autobiográfico, que Manuel imprimía a estas narraciones. Sin embargo, la entrevista se vio interrumpida cuando Elvira volvió a insistir diciendo a Manuel que tenía que terminar de pintar un mueble que estaba en el corral. Entonces Manuel se dio por aludido y, haciendo caso a su mujer, nos dijo que le perdonáramos pero que tenía que terminar su tarea. Daba la impresión, sin embargo, de que la interrupción de la entrevista, más que por la necesidad de pintar el mueble, había sido motivada por la prevención de Elvira, quien, conociendo a su marido, temía que éste saliera por otros derroteros. El caso es que no hubo más remedio que dar por finalizada la entrevista y marcharnos con la música a otra parte.

Para no ser demasiado insistentes y dar tiempo al proceso de rememoración en solitario que todo informante lleva a cabo después de la primera entrevista, dejamos pasar un día entre medias y el 20 de abril de 1997 volvimos a Sama de Grao con la intención de retomar la entrevista. Manuel nos recibió cordialmente, nos invitó a sentarnos en la antojana de su casa y arrancó diciendo:

Ahora, por ejemplo, esto no se podrá poner... Pero, bueno, ¿pasará algo por eso? Bueno, si lo hay que lo haiga, ¿qué me van a hacer a mí con ochenta años?

Y haciendo caso omiso a su mujer, Elvira, quien le advertía que no hablara de más porque estábamos grabando la conversación, Manuel cantó con voz firme, aunque visiblemente emocionado, una canción de la revolución asturiana de 1934 que comienza: *Cuando en Asturias y en toda España / sonó la voz de Revolución...* Y seguidamente, casi sin tomar aliento, otra que dice: *Los obreros de Asturias, / que han fracasado en su rebelión...* Con estas dos canciones y la voz quebrada por la emoción, Manuel abrió la espita de los recuerdos que conforman su historia de vida:

Es que me emociono, ¡eh!, porque es que me tocó, y vi mucho de lo que pasó, bueno y malo, por ambas partes ¿entiendes? Porque esto era zona roja, y yo pues... marché voluntario.

A lo largo de las dos horas y media que duró la entrevista, Manuel fue desgranando sus vivencias en la revolución de octubre del 34 y en la guerra civil española, la amargura de la derrota y el paso por campos de concentración y batallones disciplinarios; sin hacer caso a las constantes advertencias de su mujer, que cada poco exclamaba: “¡Para, Manolo, non te emociones!”. “¡Calla, Manolo, no hables tan alto!”. “¡Baja la voz, Manolo, que estos niños oyen bien!”. “¡Habla más bajo, Manolo, que van pensar los vecinos que tamos riñendo!”. Y cuando ocasionalmente, en el curso de la narración, Manolo bajaba la voz, le decía: “Da igual que bajes la voz, porque lo tán grabando”.

Nueve años después, el 6 de marzo de 2006, volví a Sama de Grao con la intención de filmar en vídeo una última entrevista para la realización de un documental sobre memorias orales de la guerra civil en Asturias. Manolo contaba ya 89 años, Elvira había muerto, y allí, en la soledad de su casa, sin más ruido de fondo que el canto de los pájaros, Manolo refirió nuevamente su historia como si la contase por primera vez³.

La tercera y última historia de vida de este libro es la de Manuel Suárez García, nacido en Armá (Lena) en 1919. El encuentro con este informante no fue casual, sino buscado a raíz de una entrevista publicada en el diario *La Nueva España*, de Oviedo, en la que Manuel narraba las andanzas legendarias de un hombre lobo en el concejo de Riosa. La leyenda era tan excepcional que resultaba evidente que la persona que la había contado tenía que saber más. Así pues, fui a Pola de Lena con la intención de localizar a Manuel, cosa que resultó bastante fácil porque era un hombre muy popular por su carácter campechano y su predisposición a contar historias a todo aquel que quisiera escucharle. Me presenté en su casa sobre las doce de la mañana y enseguida pude comprobar que mi intuición había sido acertada, pues Manuel era un gran conversador y sabía gran cantidad de cuentos, leyendas y anécdotas que había aprendido, cuando niño, de su abuela paterna, a la que citaba una y otra vez como fuente de estos relatos:

La madre de mi madre llamábase Modesta y la de mi padre Josefa, que decían Pepa. [...] Mi güela no sabía leer ni escribir, y mi madre tampoco. [...] Pero esto, ya te digo, contómelo mi güela. Tenía yo seis años cuando ella murió. Contóme muchos cuentos. Acuérdomo que... terminar de contarme un cuento y decía yo: "Cuéntamelo otra vez". [...] Mi güela Pepa murió cuando yo tenía seis años, y lo mismo que ahora si voy a recaos que me mande la muyer por ahí, tengo que anotar porque olvidaseme; pero aquello de la güela... esos cuentos que me contaba quedáronme grabaos.

Además de la sabiduría ancestral de su abuela, la curiosidad infantil de Manuel se nutría de los relatos de otros vecinos del pueblo y muy especialmente de los mendigos itinerantes que paraban en su casa:

En la nuestra casa paraban muchos pobres que andaban pidiendo, y yo gozaba escuchando a aquellos paisanos: unos habían sío marinos, otros habían estáu en la guerra, otros contaban cuentos de haber estáu en la siega...

Esta pluralidad de fuentes de aprendizaje se manifiesta en la diversidad de relatos que Manuel atesoraba en su memoria y en la amplitud de su repertorio de relatos tradicionales, que incluye leyendas de todo tipo, cuentos, chistes, canciones, adivinanzas, retahilas, oraciones y un largo etcétera de relatos sobre sucesos locales y anécdotas familiares. Así, por ejemplo, la leyenda de la fundación de la capilla de Tabláu, afirmó haberla aprendido de su abuela, pero que también la había escuchado referida de manera muy similar a otros vecinos de la parroquia:

³ La primera entrevista fue realizada en compañía de José Manuel Pedrosa; la segunda, en compañía de éste y de Mariola Carbajal, y la tercera en solitario.

[Esto] me lo contaba mi güela, y después dos del pueblo de Tabláu que se casaron en Armá como mi güela; pero más jóvenes. Y me venían a decir lo mismo. [...] Pero Gregorio y Bautista, dos hermanos que después se casaron en Armá y vivían allí, también me contaban eso. Exacto como mi güela, más o menos. Pero hay gente joven, con ser de Tabláu, hablando como contigo ahora esto, dicen que ye discurrío por mí, que ye mentira. Yo non digo mentiras. A veces non digo la verdá entera porque me joden, pero mentiras no.

Del mismo modo, resulta insólito que en el repertorio de un único informante confluyan tres versiones diferentes de una misma leyenda, como es el relato de la muchacha ahogada en un pozo, cuyos corales aparecen tiempo después en una fuente lejana:

Eso ye en la Cueva Gancios, que es en terreno de Riosa pero cerca de Armá. Una pastora que estaba curiando allí y entró a echar el castrón afuera, y que había caído el castrón y la pastora abajo. Y que se volvió cerrar el pozo y que nunca más... pero sí paecieron los corales en Rioseco.

Y otra muy parecida a ésa: en el Puerto del Aramo, en la Vega de los Veneros, iba una moza con un carro y bueyes, y que era en verano, y [a los bueyes] los picaron los tábanos, y moscaron y echaron a correr. Y ella en el carro y venga a querer sujetar, pero nada. Y fueron al lago, al L̥legu la Vega, y que también se hundió carro, bueyes y carretona, y que jamás... pero en la fuente de Bosbigre que paecieron los corales.

Eso de la coralera y eso coincide en muchos sitios. En el Puzu L̥legu, ahí en Brañavale-ra, el Puzu sin Suilu, que también ahí cayó una moza y que paecieron después los corales en Campomanes.

Asimismo, llama la atención el conocimiento de los diferentes usos lingüísticos que observa en los pueblos del entorno respecto del suyo propio: Así, refiriendo la leyenda del hallazgo de un tesoro en la Collada de Llanuces (Quirós), introduce en su relato varias observaciones de este tipo:

D'esto de yalgues –en Quirós dicen “*chalgas*”– hay muchas. En la Collada de Llanuces, que es la divisoria del concejo de Quirós y Lena, pa la parte de Lena, pues allí cavaban tapinos, hacían borrones y sembraban erga pa'l pan de escanda. Y había lo que en Quirós llaman un “*giüxu*”, tejido así con varas, pero en vez de ser como una macona o una goxa, es alargáu, poníalo encima del forcáu⁴, que en Quirós dicen “*corza*”. Y metían les espigues allá, y calcaban pa llevar un viaje así hasta'l horriu. Y cuentan que un giüxu d'espigues –que en Armá dicen “*carra*”– tropezó así en una piedra, y con una palanca mueven eso ¡rrrrr!, corrióse la piedra y apareció un tesoro de oro.

Manuel Suárez era un informante excepcional que disfrutaba de la conversación. A diferencia de otros informantes, después de hablar durante tres horas no mostraba señales de cansancio ni deseos de finalizar la conversación, pero en vista de que su familia estaba esperando a que acabara nuestra charla para empezar a comer –y ya eran las tres de la tarde– le propuse interrumpir la entrevista y continuar a otro día.

4 *Forcáu*, en asturiano, “narría, medio de transporte sin ruedas que se emplea para llevar hierba, escanda o leña”.

Como en los casos anteriores, dejé pasar un día entre medias y dos días después, 26 de noviembre de 1999, volví a llamar a la puerta de su casa para reanudar la conversación. En esta segunda entrevista, Manuel recordó otra veintena de relatos tradicionales y de *motu proprio* dio paso a la narración de anécdotas familiares y retazos de la vida pasada: la figura del padre retornado de América; su infancia como pastor de la *vecera*; la escuela; el primer trabajo; sus avatares como miliciano en la guerra civil y su experiencia como vencido en los años de la postguerra. Retazos de vida que hoy se nos antojan insuficientes para esbozar siquiera la trayectoria vital de nuestro narrador; pero no hubo más preguntas y la cosa quedó ahí⁵.

METODOLOGÍA DE LA ENTREVISTA

Normalmente, entre los folkloristas, al acto de encuesta se le denomina “recolección”, es decir, que el investigador va recogiendo de boca de sus informantes una serie de testimonios que corresponden a diferentes géneros literarios (leyendas, cuentos, romances, canciones, etc.), que se transmiten como relatos autónomos e independientes y son susceptibles de cómputo y catalogación. Este acto de encuesta se realiza a base de preguntas y su éxito depende, en primera instancia, de la sabiduría de la persona entrevistada; pero también de los conocimientos y la pericia del entrevistador. En ese sentido, podría decirse que un buen entrevistador hace bueno a un informante a base de preguntas certeras, dirigidas a la obtención de una serie de testimonios cuya existencia conoce de antemano.

Por otra parte, el folklorista suele grabar exclusivamente aquello que le interesa para sus objetivos concretos y apaga la grabadora cuando el informante se dispersa o se aleja del tema central de la entrevista, esperando la ocasión para reconducir ésta hacia el objeto de su interés o volviendo a la carga con una nueva pregunta. Sin embargo, a base de entrevistar a personas que han vivido muchos años, el folklorista puede ir desarrollando cierta sensibilidad hacia otro tipo de testimonios, de carácter autobiográfico, que pueden ser de interés para la Historia contemporánea. Sin embargo, es evidente que para documentar esa clase de testimonios no puede emplear el mismo método que para la “recolección” de relatos folklóricos; puesto que se trata de relatos de diferente naturaleza y además carece de los conocimientos necesarios para abordar las entrevistas de manera sistemática. Sin intereses previos claramente definidos, y teniendo en cuenta que cada informante es único e irrepetible, la única posibilidad que le queda al folklorista es dejarse llevar por el informante y escucharle atentamente. De ese modo, la entrevista deja paso a la charla amigable, sin cuestionario previo y sin más preguntas que las improvisadas al hilo de la conversación. En nuestro caso, ya hemos advertido que la grabación de estos testimonios no responde a un objetivo premeditado por parte del entrevistador, sino más bien al hecho de prestar oídos a

5 Ambas entrevistas fueron realizadas en solitario.

las “historias de vida” que algunas de las personas entrevistadas sintieron el impulso de contar. En esta ausencia de intereses previos y de principios metodológicos radica probablemente la principal carencia de estas memorias orales; pero es posible que ahí radique también su principal virtud.

Las historias de vida que se recogen en este libro obedecen al impulso vital de sacar afuera lo que se lleva dentro, de convertir la experiencia propia en sabiduría de los demás. Y también, como no, al placer de contar asociado al placer de escuchar. Son pequeñas historias masticadas y rumiadas durante mucho tiempo, que surgen de adentro y brotan de repente, como una lágrima o un suspiro. Los hechos que se cuentan no son imaginados, sino vividos, y las palabras que los traen al presente no obedecen al proceso consciente de la escritura, sino que fueron pronunciadas de viva voz. Y es ahí, en la naturalidad del testimonio espontáneo, surgido al dictado de la improvisación, donde radica la frescura y la autenticidad de estos relatos. Son historias de vida que se leen de un tirón, porque fueron narradas de un tirón.

En cualquier caso, no cabe duda de que un historiador avezado a la “recolección” de testimonios orales habría sacado mayor partido a los narradores de este libro en el terreno de la “memoria histórica”, precisando algunos datos y rellenando ciertas lagunas mediante las preguntas pertinentes; pero ese historiador no estaba allí. Y de haber estado, seguramente cometería –aunque a la inversa– el mismo pecado que el folklorista, centrándose exclusivamente en su parcela de conocimiento y dejando de lado todos aquellos relatos atesorados en la “memoria ancestral” de los sujetos entrevistados. Por nuestra parte, hemos tratado de conjugar ambas perspectivas a la búsqueda de un equilibrio que de antemano sabíamos difícil de lograr.

Respecto del método seguido en el trabajo de campo, ya hemos advertido que la selección de los informantes es producto de la casualidad, que el objetivo inicial del trabajo de campo era la documentación de la “memoria ancestral” de las personas entrevistadas y que, a través de ésta, pudimos penetrar en su “memoria histórica” de manera espontánea, sin intereses previos ni objetivos concretos. Tanto el modo particular de abordar cada entrevista, como el desarrollo y duración de las mismas, fueron ya esbozados en el epígrafe anterior, dedicado a los informantes. A raíz de una primera entrevista orientada a la recolección de materiales folklóricos –en la que pudimos constatar las cualidades de sabiduría, memoria y elocuencia que definen a un buen informante en ese campo–, se hizo patente que además de ser excelentes depositarios de la tradición oral de sus respectivas comunidades, nuestros interlocutores tenían una historia que contar, su propia historia. Para no importunarles con una intromisión prolongada en exceso, dejamos pasar un día completo antes de realizar una segunda entrevista, de modo que tuviesen tiempo para el proceso inconsciente de rememoración en solitario que se produce tras la primera entrevista; pero sin que éste fuese demasiado largo para que sus recuerdos no cayesen de nuevo en el olvido.

En esa segunda entrevista dejamos de lado la mentalidad “recolectora” del folklorista y nos dispusimos a escuchar, dejando fluir la conversación al ritmo impuesto por nuestro interlocutor y sin formular más preguntas que las estrictamente necesarias para mantener el hilo de su discurso. El resultado de esta segunda entrevista, cuya duración aproximada fue de tres horas, constituye el núcleo principal de la historia de vida de los informantes. En el caso de Emilio González Rodríguez (Pulide, 1915), esta segunda entrevista se completó con una tercera, realizada dos años después, en la que amplió notablemente su historia de vida con nuevas anécdotas y reflexiones personales. Las informaciones obtenidas en esta tercera entrevista, que duró otras tres horas, fueron incorporadas a la transcripción textual de la entrevista anterior siguiendo un orden cronológico y dejando un espacio final para las reflexiones personales. En el caso de Manuel López Álvarez (Sama de Grao, 1917) hubo también una tercera entrevista, que tuvo lugar nueve años después de la segunda; pero el objetivo de la misma no era ampliar su historia de vida con nuevos episodios, sino filmar la narración que nos había contado previamente. El resultado de esta tercera entrevista es un discurso narrativo prácticamente idéntico al de la segunda —que es justamente lo que se pretendía—, por lo que no aportó novedades significativas para la construcción de su historia de vida; pero constituye un documento audiovisual realmente conmovedor. Por lo que respecta a Manuel Suárez García (Armá, 1919), no hubo lugar a una tercera entrevista porque antes de que ésta pudiera llevarse a cabo fue sometido a una operación de traqueotomía que le dejó sin habla y tiempo después supe de su fallecimiento.

CRITERIOS DE EDICIÓN

Los textos de base oral que se editan en este libro fueron registrados mediante grabación sonora. El propósito de la edición de textos orales es representar el discurso hablado del informante con toda la exactitud que permita la documentación obtenida en la entrevista, ofreciendo la transcripción literal de las grabaciones, sin normalizar ni corregir el discurso hablado de los informantes.

En este sentido, la labor del editor consiste en buscar una solución de compromiso que respete el modo de hablar de cada informante y, a la vez, permita ofrecer un texto inteligible al lector, depurando en la transcripción todas aquellas interferencias propias de los actos de comunicación oral: vacilaciones, auto-correcciones, palabras entrecortadas, repetición no enfática de segmentos de discurso, digresiones ajenas a la narración, etc. Por lo demás, no figura en el texto ni una sola palabra que no haya sido dicha por el informante, salvo aquellos referentes nominales o gramaticales que hayan sido omitidos en el discurso hablado y sean necesarios para la comprensión del texto; en cuyo caso se intercalan entre corchetes.

La puntuación de los textos se debe a un acto de interpretación realizado por el editor, que trata de representar las posibilidades expresivas de la entonación (enuncia-

tiva, exclamativa, interrogativa, pausas, silencios, etc.) y de la comunicación no verbal (mostración o deixis) con los signos tipográficos que normalmente se emplean a tal efecto. Asimismo, tanto la estructura del texto, como su división en capítulos y la interpolación de los correspondientes epígrafes, es obra del editor.

AGRADECIMIENTOS

A los protagonistas de este libro, Milio, Sanchón y Manolín, que nos regalaron su sabiduría y nos honraron con su confianza; a sus familias, por la hospitalidad y el buen trato que siempre nos dispensaron, y a toda la gente buena que encontramos por el camino.

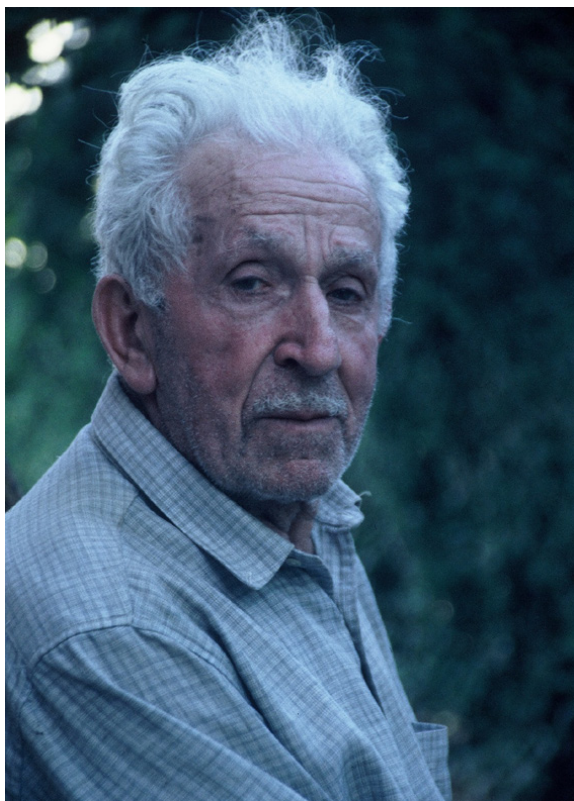
JESÚS SUÁREZ LÓPEZ
Archivo de la Tradición Oral
MUSÉU DEL PUEBLU D'ASTURIES

MEMORIAS

EMILIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
“COBIO”
(PULIDE, CANDAMO, 1915-2005)



Emilio González Rodríguez, 1935



Emilio González Rodríguez, 2000

EMILIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
“COBIO”
(PULIDE, CANDAMO, 1915-2005)

MEMORIA HISTÓRICA

Nada, yo non tengo nada que contar. Non recuerdo nada porque yo fui un hombre muy tranquilo. Nunca me gustó buscar camorra, ni que la buscaran pudiendo yo evitarlo. Y siempre estuve tan cerráu aquí en este pueblucu que non tengo anécdota ninguna.

Nosotros éramos diez hermanos: uno murió de seis meses y dos eran hembras. Y yo soy el último, pero los seis que nacieron delante de mí marcharon pa La Habana. Y yo como era el último quedé. Y aquí quedé cuidando vacas y falando' burros. Y nunca supe xugar la peonza porque non tuve tiempo de aprender. Y mira que todo esto que ves aquí [la casa y construcciones auxiliares] lo hice yo. Yo soy hábil, y no soy del oficio pero manualmente soy hábil. Pero xugar la peonza, non, porque nunca aprendí. Non tuve tiempo. Y así que, ¿qué voy contar yo? ¡Nada!

Mi padre tenía un tío cura, y él como era sobrín de un cura pues sabía leer —tendría ahora ciento treinta y pico de años si viviera, porque nació en el 66 del siglo antepasáu—, y de once años ya salió de la escuela a servir amo, de criáu por ahí. Y entre los amos que tuvo, uno fue el alcalde de Llanera, un tal Luis de Inclán. Cuando hicieron el ferrocarril de Villabona a San Juan, mi padre tenía ya diecisiete años y fue a trabajar de peón². Y tenían que trabajar de sol a sol, no había horas entonces. Y él non fumaba. Y vio que los que fumaban enderechábanse y facían el su cigarrín. Y él, como non fumaba, allí tenía que estar picando o paliando todo el día. Y al segundo día diz él: “Mañana traigo yo tabaco tamién”. Y trajo él tabaco tamién y aprendió a fumar entonces. Pero el alcalde de Llanera, Luis de Inclán, pidió a un encargáu que a alguno de

¹ *Falar o afalar*, en asturiano, “arrear”.

² La construcción del tramo de ferrocarril entre Villabona y San Juan de Nieva, que unía la fábrica de Arnao y el puerto de Avilés con la red de ferrocarriles asturianos, comenzó en 1886 y finalizó en 1890.

aquellos chavales que él viera que metían bien el cuerpo y que valían pa trabayar, que a ver si lo mandaba de criáu pa casa l'alcalde. Conque el encargáu vio que mi padre reunía las condiciones y d'jó-ylo, que si quería dir de criáu pa casa l'alcalde, que allí taba mejor que aquí paleando tierra.

¡Coño, encantáu! Fue p'allá de criáu pa Luis de Inclán. Y cuando diba a cumplir los dieciocho años, los que entraban en quintas tenían que dir servir a Filipinas y a África y a Cuba. Y entonces ya la quinta d'él tenía que presentarse, y d'jó-y a Luis de Inclán que, bueno, que tenía que buscar otro criáu, que él tenía que marchar al servicio. Y entonces Luis de Inclán, como era alcalde y taba a gusto con él, dice:

—¿Tú tas a gusto?

¡Coño, sí!, ¡él taba a gusto!

Dice:

—Bueno, pues entonces sigue y tú non te ocupes. Tú non vayas a ningún lau, basta que vayas cuando te llamen.

Conque, ¡coño!, Laureano encantáu. De criáu pa Luis de Inclán, ¡mucho bien! Y estuvo dos o tres años, y murió Luis de Inclán. Y entonces él tuvo que marchar, pero naide lo llamó pa'l servicio ni nada. Él non sabía nada. Y marchó servir a Soto'l Barco. Y en Soto'l Barco, claro, ya diba el hombre cansáu de servir. Y resulta que en Soto'l Barco casóse. Y cuando fue a sacar los papeles en Llanera pa casarse, ¡resulta que taba muerto! Luis de Inclán habíalo apuntáu en el libro de los muertos pa que nu lo llamaran pa dir al servicio.

Conque en Soto'l Barco casóse. Pero antes de casarse, allí en Folgueras, él tenía gana de buscar una moza pa casarse. Pero, claro, él oficio non tenía, namás que trabayar haciendo el ferrocarril o trabayar en campu. Y ya tenía veinticuatro añinos. Y el hombre fue a un baile y vio una moza... ¡buena moza! —él nunca dijo que era guapa, siempre dijo que era buena moza— y arrimóse a ella en aquella fiesta —ahí po'l Praviano o por ahí— y por fin escureció y acabóse la romería. Y fue él acompañando a aquella moza —decía él que era buena moza, que tenía manos de trabayar—, dice: “Coño, ésta debe de ser labradora”. Y ella dio-y entrada y él encantáu. El caso ye que acompañóla hasta la puerta de casa. Y no había luz eléctrica en todo Soto'l Barco en aquel tiempo. Y ella, la probe, entró pa casa y el mozu quedó a la puerta. Y ella andaba revolviendo por casa pa buscar el candil, y prender el candil y recibir al mozu. Pero en esto diz-y la madre desde la cama:

—¡Non busques, non busques! ¡Échate, que no hay nada que cenar!

¡Me cago en tal!, mi pá salió... ¡Nu-y quiso ni ver la cara! Fíjate tú, diz él:

—¡A buen sitio vine yo!

Él que pensó que era labradora porque tenía las manos de trabayar... Y después enteróse él que eran una madre y una fía que vivían a jornal. Pero aquel día la probe fue a la fiesta y, claro, comería lo que pudo pa dir a la fiesta; pero al venir p'acá ya no había más nada que comer. Y mi pá largó, diz él:

—¡Me cago en tal! ¡Esto non ye lo que yo busco!

Y mi pá contólo algunas veces, nu-y gustaba mucho hablar d'eso; pero siempre dijo que era en Ponte y que era la casa que está a la vera del reguero, un reguerucu que pasa por Ponte. Y yo nunca por Ponte pasara, hasta el otro día. Y estuve en Soto'l Barco cuando la guerra, en artillería, y tuve tiempo de haber dío a Ponte yo pa ver la casa. Pero siempre me quedó a mí aquello grabáu de cómo aquella chavala se vio en aquel trance, delante del mozo que venía con ella, de que la madre le dice que non busque, que non busque, que se acueste que no hay nada que cenar.

Y por casualidá, el otro día que fui buscar unos gabitos³ a Peñaullán, bajé por Ponte y digo yo: “Coño, tengo que ver yo la casa donde mi pá se vio en ese trance”. Y efectivamente, arrimé el coche allí y paré, y vi las casucas aquellas al lau del reguero. Eran cuatro pareducas sin teyáu ni Dios que lo fundó, y digo yo: “Tienen que ser éstas”. Y voy yo y pregunto a un matrimonio que vivía allí al lau en una casa de labranza —él tendría sesenta y cuatro años y ella sesenta— y conté el caso. Digo yo:

—¡Coño!, toda la vida tuve yo esto y nunca vine por aquí hasta hoy...

Y diz la muyer:

—¡Ay sí, vivía ahí! Conocíla yo, era muy guapa. Era muy viejina, arrugadina, pero era muy guapa. Conocíla yo, murió muy vieja.

La paisanina nu me dijo que era buena moza, díjome que era guapa. Entonces quedóme a mí, y me queda, ¿cómo coños cuando yo estuve por Soto con la artillería, cómo nu me dio a mí por dir a ver la casa donde mi padre se viera en ese trance? Porque si yo voy entonces, en el año 36, yo me encuentro con la moza aquella que mi pá dijo que no había qué cenar. ¡Y muero yo con esa cosa!

Y mi padre no se arrimó más a ella porque a ella daría-y vergüenza ver a mi padre delante tamién, y mi padre andaba buscando una que tuviera casería pa meterse allá. ¿Pa qué quería él una que non tenía qué cenar? ¡Pa non tener qué cenar ya taba él! Y después mi padre casóse ahí en Folgueras y murió la mujer de parto. Al primer parto murió y quedó viudo, y siguió sirviendo por ahí hasta que se casó aquí en Pulide con mi madre. Mi madre tenía casería y él era bastante buen mozo, y era labrador, entendía del campo. Y él quería buscar una que tuviera casería. Pero fue a dar con aquella de Ponte... la paisanina dijo que era muy guapa. Y digo yo: “¡Coño, pude haberla visto

3 *Gabitu*, en asturiano, "palo bifurcado de forma natural que se emplea como gancho".

yo!” En el año 36 aquella mujer tendría setenta y pico de años, y taba allí en la casina tovía. Y allí murió la paisanina, la moza de mi pá. ¡Non fue moza más que un día!

Y son cosas que ocurren, que aquí en este chisme [la grabadora] no tienen importancia ninguna, pero sí la pueden tener, porque en aquel tiempo que hubiera una madre y una hija trabajando a jornal pa... —una palabra que voy a emplear muy correcta y muy a tiempo— pa hijos de puta, y llegar al punto de decir la madre, que taría con fame tamién: “¡Non busques, non busques, échate que no hay nada que cenar!”. Y mi pá, las veces que habló d’eso —pocas veces, siempre tenía que saca-ylo yo a relucir— siempre dijo que era buena moza, nunca dijo que era guapa.

EL PRIMER RECUERDO CONSCIENTE

Yo tengo ochenta y tres años, y de tres ya tenía memoria. Me acuerdo perfectamente que cuando yo tenía dos años marchó un hermano mío pa La Habana, que murió allá de veintidós años, afogáu en un río; porque fue de fiesta y fue a bañarse después de fartucarse bien y pegó-y una congestión. Pues de dos años, hay ochenta y uno, marchó el mi hermano pa La Habana y me acuerdo perfectamente del día que marchó, que me tenía una hermana mía en cuello. Y yo sé en qué parte de la casa, que era diferente a como ye ahora, y cómo el mi hermano salió po’la puerta, y cómo se abrazaban a él. Y me acuerdo d’eso, ¿entiendes? Pues tenía dos años, y d’ellí p’acá algunas cosas de esa edad se me van, pero otras muchas las tengo aquí grabadas de cojones.

Yo nací aquí en Pulide del camín p’allá, que naciendo del camín p’allá soy de Candamo, y naciendo del camín p’acá como toi ahora soy de Castrillón. Yo nací del camín p’allá, en Pulide de Candamo, el año 1915, el once de junio a las cinco de la tarde. Y ese mismo día, aquí en mi casa... mi padre era muy trabajador, cosechaba muchas fresas y las llevaba a Avilés. Mi padre tenía una tabla de castaño, y ponía esa tabla al hombro y garraba con dos palanquinas, y con otras dos tablas que quedaban aquí cargaba dos goxas⁴ de fresas y marchaba desde aquí a Avilés con ellas. Y ese día que nací yo tenía las fresas cogidas de la víspora, y como el nacer tien que ser cuando el crío lo diga, se ve que pensaban dir con más en burro, y él llevaba las goxas al hombro, y aquel día nací yo.

¡TODOS PA LA HABANA!

Los hermanos míos marcharon los seis pa América, porque mi abuelo materno era comerciante en Cuba y se defendía bien. Había un dicho que decía él, mi abuelo, que si él mirara por lo que ganara que toda su descendencia podría comer con cubiertos de plata. Se ve que ganó dinero pero que lo fundió.

⁴ *Goxa*, en asturiano, “cesta de varas o tiras de madera entretejidas, de forma redondeada y boca ancha”.

Aquí en mi casa murió uno de seis meses, que ése vamos a abandonarlo, nació antes que yo, ése ya nada. Pero varones llegaos a mayores éramos siete, y dos hembras. La primera era una hembra, y a continuación varones y varones y varones hasta la antepenúltima, que salió hembra también. Y detrás de esa hembra nacieron... otro hermano delante mí, y yo el último de la camada que somos, concretamente, siete y dos nueve. El que murió de seis meses vamos a abandonarlo como dije antes.

Y los hermanos míos fueron marchando todos, porque aquí la casería de mi madre non daba pa tantos. Aquí en Pulide había treinta vecinos. Y de los treinta vecinos, desde que Pulide ye Pulide y desde que el ejército se surte del reemplazo forzoso anual, el primer soldáu que dio Pulide murió cuando la guerra civil. Y el segundo soldáu soy yo. De Pulide nunca fue al servicio ninguno, todos marchaban pa La Habana, precisamente por no hacer el servicio militar. Aquí de todas las casas de Pulide sé yo cuántos: una cuatro, la otra tres, de mi casa seis, de la otra cinco, de la otra casa tres... ¡todos pa La Habana!

Mi abuelo materno ya fue pa La Habana de mozo. De mi bisabuelo no tengo noción si fue o si no fue, porque non se me ocurrió a mí preguntar por él. Pero mi abuelo si sé que fue de mozo pa La Habana. Y vino y se casó y tuvo hijos. Y entre los hijos que tuvo, dos varones y tres hembras, tuvo a mi madre, que fue la última de esa camada. Y mi abuelo hizo dinero en La Habana, porque esa casa de ahí abajo la hizo él estando en La Habana con dinero de entonces. Y la casa era la mejor del pueblo en aquel tiempo.

Mi abuelo era más bien del ramo del tabaco. Y tovía tengo yo parientes por parte de ese abuelo en Estados Unidos, en Tampa, que son los dueños –o condueños– de una de las mayores fábricas de tabacos del mundo. Y por fin, los dos hijos que tenía, Antón y Manolo –que a Antón yo no lo conocí– marcharon pa La Habana de chavalinos, pa dir a la escuela en La Habana. Te toi hablando del principio, tovía yo non naciera. Y Manolo, que era un poco más nuevo que Antón, tamién fue p'allá y siguió en el ramo del tabaco como el padre. Pero el padre fue y vino, se hizo viejo y por fin vino p'acá. Y los hijos quedaron allá. Y por último, aquí, casó la fía en casa, casó otras fías pa otro lau: una pa Trasmonte y otra pa San Cucao de Llanera. Y los otros dos fíos taban en La Habana. Y la última fía casóse en casa. Y mi buelo vino p'aquí, y luego... aquí, claro, tenía ya tantos nietucos... ¿Qué sé yo cómo taría esto? Y él... la fortuna partióla un rayo; o sea que lo fue fundiendo cuando tenía ocasión pa ello. El caso es que mi buela murió –tovía yo non naciera cuando eso– y entonces mi buelo, pues aquí... claro, non tendría muchos medios, marchó otra vez p'allá pa La Habana. Como los fíos de mi buelo taban ricos, el hombre marchó p'allá, arrimóse a los d'él. Y aquí quedó mi pá en la casa. Y nació la fía primera... Y tenía yo una fotografía donde taba mi padre y taba la primer fía, pero llevó mal camín. Mal camín no, está en poder de una descendencia. ¡Una hermosura de fotografía!

Y claro, como taba mi buelo en La Habana, y taban los fíos de mi buelo, hermanos de mi madre, en La Habana, que se defendían bien, los rapazucos aquí según diban valiendo pa algo diban marchando p'allá. Aquí los mandaban pa la escuela enseguida, y cuando tenían doce o catorce años ya marchaban p'allá. Y allí diban vivir a casa de los tíos, porque el buelo allí ya non tenía nada, vivía arrimáu a los fíos, que los fíos eran ricos. No muy ricos, pero se defendían bien.

Entonces diban diendo p'allá. Estos son los años veinte. Por ejemplo, el diecisiete marchó el tercer hermano, que era Manolo, el que yo tenía dos años cuando marchó. Yo nací el quince y él marchó el diecisiete. El veinte ya marchó uno que se llamaba Avelino, que ése estuvo aquí hay pocos años. Y vino y murió aquí. Trájelo yo p'acá y aquí estuvo conmigo hasta que murió. Porque eran... Primo; José Manuel, dos; Manolo, tres; el cuarto, Avelino, que marchó el veinte. El quinto era el de los seis meses, que tenía que marchar el veintidós, porque nos llevamos dos años y pico. Y aquél, como ya muriera, nada. Pero el veinticuatro marchó otro, el quinto hermano, que se llamaba Eladio. Y ya aquello de La Habana ya marchaba mal, ya la cosa nu marchaba muy bien.

Y antes del año veinte... mi padre tenía un sobrín encargáu de la fábrica de Mantequerías Arias, que tovía existe: Mantequerías Arias de Oviedo⁵. Y tenía un sobrín encargáu de esa empresa, y como sabía que tenía aquí un tío con muchos priminos d'él, pues puso una desnatadora aquí en Pulide, en casa de mi padre. Y venían los vecinos de por aquí con las lecherinas de leche pa desnatar, que de eso me acuerdo yo perfectamente. Se desnataba la leche y luego se hacía manteca. Pero bueno, a lo que vamos, que yo no aprendí ni a xugar la peonza, ¡eh!, porque non tuve tiempo.

Y al haber aquí la desnatadora esa, pues ya tenía el hombre un medio de arrimo. Pero luego empezó una fábrica de queso ahí más abajo de La Peral, y empezaron a coger leche y ya retiraron las desnatadoras de aquí⁶. Y al retirar las desnatadoras de aquí, en mi casa no quedaban medios de ingreso más que lo que daba la casería. Y entonces el hermano mío, Eladio, marchó pa La Habana tamién. Allá lo llevaron pa La Habana y allá lo colocaron. Y cuando marchó Eladio quedaba una hermana aquí, detrás de Eladio, y detrás de la hermana quedaba Luis, y detrás de Luis quedaba yo. Y Eladio marchó p'allá y el hombre allá se colocó con los hermanos. La cosa allí ya non marchaba bien, pero ellos se defendían, ganaban pa dir viviendo. Pero La Habana fue cambiando, y empezaron a salir allí unas leyes que obligaban al comercio a poner el veinticinco por ciento de los empleados nativos cubanos. D'eso sí me acuerdo bien. Y

⁵ La empresa Mantequerías Arias fue fundada por Antonio Arias en 1848, en Corias de Pravia. El establecimiento se dedicaba a la preparación de mantequilla que artesanalmente elaboraban los ganaderos. En 1918 inicia la fabricación industrial de quesos en una fábrica que se instaló en Nava.

⁶ Regentada por Antonio León Álvarez, la fábrica de queso de La Peral (Illas) comenzó su actividad en 1923.

bueno, al poco tiempo, allí la cosa marcharía mal, exigieron el cincuenta por ciento. Y al poco tiempo el setenta y cinco por ciento. Y entonces los españoles ya no hacían falta en La Habana. Y entonces ya se cerró la emigración.

Y entonces yo, en aquel tiempo, vamos a suponer que fuera el año veintitrés o el veinticuatro cuando marchó el mi hermano Eladio, yo tenía nueve añinos, que era cuando se empezaba a ir d'equí a la escuela, porque la escuela taba lejos. De siete años era obligatorio n'aquel tiempo empezar a la escuela, pero d'equí a donde se iba a la escuela... ¡qué carajo diba dir yo! Pero como ya no diba pa La Habana, ¡carajo!, ¡no hacía falta dir a la escuela! Así que tampoco fui a la escuela. Y entonces, allá po'l veintiuno o el veintidós, al retirar las desnatadoras de por aquí, pues mi padre, por mediación de un pariente que teníamos en La Peral, empezó a carretar leche pa esa fábrica. Y pa carretar leche desde equí de Pulide pa esa fábrica había que recogerlo por aquí por los pueblos. Empezamos recogiendo leche aquí en Pulide, y llevábamos la leche de Pulide pa La Llanabal. Y recogióse leche de aquí de Pulide un mes o dos o lo que fuera, y entonces el fabricante aquel marchaba bien, quería recoger más por más pueblos. Y entonces mi padre, pues hala, compró más burros y más caballos. Y teníamos hasta seis caballerías.

Bajábamos a Faéu, y tenía yo entonces ocho o nueve añinos. Bajaba con Eladio. Antes de marchar Eladio, en el veinticuatro, ya bajaba yo con él, porque eran dos o tres burros y había que dir en medio falándolos, porque si falabas el de atrás no andaba el de adelante. Entós diba yo, que pa falar el burro valía. Y entonces ya no fui a la escuela. Los rapazucos de por aquí, de por Las Pandiellas y por ahí, diban a la escuela a Ventosa, y otros diban a la escuela a Reznera, y todos marchaban bien, pero yo... ¡coño!, ¡no tenía tiempo! Y además ¿pa qué diba dir a la escuela? ¡Pa falar el burro ya sabía abondo!

Y dibamos por ahí, a La Mafalla y a La Reigada, y de La Reigada a La Llanabal. Allí descargábamos los burros, y con ellos vacíos p'aquí otra vez. Y mañana otra vez, y mañana otra vez, y mañana otra vez. Y así hasta el año veintinueve.

Y aquí yo falando burros y no tenía cuando dir a la escuela, porque salíamos de casa po'la mañana al amanecer, que fuera de verano que fuera de invierno, siempre al amanecer. Hasta que ya cuando yo tenía unos catorce añinos, el año que cumplí catorce años, ese mismo año empecé a la escuela en setiembre. Pero yo ya sabía facer los números. Yo digo que no sabía nada, pero no, ye mentira. Yo por necesidá ya aprendí a facer números cuando tenía siete años, porque tenían unos cartonucos los lecheros y traían el nombre de cada uno, y cuando aquel individuo traía tres litros, o cinco, o dos y medio o lo que fuera, yo tenía que apuntarlo allí. Y entós esos números ya sabía facerlos. Sumar no sabía. Porque pa sumar malamente tenía que contar con los dedos de la mano. Yo iba apuntándolos, y después, sí, ya tuve que aprender a sumar. Con los dedos de la mano sumaba, porque después al llegar al depósito con los litros que

llevaba tenía que decir al amo de la fábrica: “Litros tantos”. Porque no iba a enseñar-y los cartones, que los sumara él. Yo sabía sumar, sí, sumar sabía; pero restar y multiplicar no, porque nu me hacía falta. Y dividir menos; porque tampoco ye bueno dividir ahora.

LA ESCUELA

Y así seguí hasta que tenía catorce años. Y la mi hermanuca casóse en casa, y ya tenía un cuñáu. Y entonces ya... coño, yo veía que non sabía nada y ya me remonté. Y la escuela de Reznera estuvo cerrada una temporada, y luego se abrió, y entonces yo quise dir a aquella escuela. Y ya me remonté y por fin fui a la escuela. El día que se abrió la escuela fuimos todos, y había un maestro de Salamanca que se llamaba Amable González. Tendría el hombre veinticuatro años, y recién salido de la Academia destináronlo a la escuela de Reznera. Y allá que voy yo. Y allí eran todos chavalucos grandes, que diban a la escuela a Ventosa. Y de Reznera y por ahí habíalos del tiempo mío y de un añín más, que tamién diban allí a la escuela. Pero aquéllos taban más analfabetos que yo, porque aquéllos non sabían ni facer los números ni sumar. Y yo, facer los números y sumar sabía.

Y allí pasó lista el maestro y revisión a todos, y él traía una orden, non sé de quien, de que los de catorce años p’arriba tenía que admitirlos, porque esa escuela estuvo cerrada varios años y aquí había muchos analfabetos de más de catorce años. Hasta catorce años tenía que admitir a todos los que fueran, pero de catorce años p’arriba ya tenían que dir pagando un duro al mes. Y yo, era en setiembre, ya cumpliera catorce años el once de junio, así que ni corto ni perezoso, pues ¡catorce años!. Y ya tomó nota: Emilio González Rodríguez, 14 años. Y yo fui el único de catorce años en aquella escuela. Y habíalas de dieciséis, que ya casi me gustaban a mí. De catorce años, yo solo; pero de quince había varios, y todos dijeron que trece. Allí todos eran de trece, menos yo. Y vine pa casa y dije lo que pasaba. Y taba la mi hermana casada, y taba el mi cuñáu... y me reprocharon que, claro, que yo si non decía que tenía catorce años no era mozo, que yo que quería ser mozo, que por eso dijera “catorce años”. Me reprocharon el que yo dijera que tenía catorce años, porque tenía que pagar un duro al mes.

Bien, yo seguí diendo a la escuela y pagando un durín al mes. Y, claro, aquel maestro no era mal maestro, creo yo. No enseñaba nada porque ¿qué carajo diba enseñar? ¿A quién diba enseñar? Poníanos allí a leer lecciones de memoria: gramática y geografía y la madre que me parió. ¿Qué carajo, si yo non sabía leer? ¿Qué carajo me diba quedar a mí en la memoria?

Cuando díbamos allí, que él taba allí sentáu n’una mesa –que debe estar la mesa allí tovía– poníamosnos alrededor d’él y, hala, empezaba a tomar la lección. Y yo, como era de los mayores, taba allí con los mayores. Leer malamente sabía, pero malamente ¿eh? Y, coño, el hombre, aquel día, a los que non diéramos pie con bola... él era un hombre serio, tenía una varina. Y en aquel tiempo se usaba pegar a los chiquillos nas

escuelas. Y según taba sentáu en la mesa, poníase así un poco fuera de la mesa, con la varina en la mano... Él poníate la mano así abierta, y tú tabas allí derecho, y él tomando la medida y tú ahí, y después que te tomaba la medida, soltábase la mano y ¡plas! Y claro, si quitabas la mano igual te pegaba una hostia. Y yo ya tenía catorce añinos abundantes... y nací con ellos bien puestos, y llevé la verdiascada como los otros. Y con las mismas pa la mesa. Y después no me acuerdo lo que mandó facer ni mucho menos, pero yo iba dispuesto a echa-y mano, ¿eh? Él era un becerrete y yo era ruín como un gazpiayu⁷, pero decía yo pa mí: “¡Me cago en mi madre!, ¡como te eche los dientes a la nuez, arráncotela!”. Y digo yo:

—Oiga, yo vengo aquí a que me enseñe a leer y escribir, y non vengo aquí a que usté me venga a dar verdiascazos, porque más interés que pongo yo nu lo pon usté. Así que, si usté está capacitáu pa enseñarme a mí lo que necesito saber, ¡aquí me quedo! Pero si no, usté a mí nu me pon la mano en la cara más, ¿eh?

Y nu me la puso. Miróme de arriba abajo... y yo taba dispuesto a echa-y mano, ¿eh? Y él era un becerro de veinticuatro años, y yo tenía catorce. Pero valía igual. ¡Él iba a quedar marcáu pa toda su vida! Conque miróme de arriba a abajo y nu me puso mala cara, non. Mandóme sentarme en una mesa allí a la vera d'él. Conque sentéme allí, y allí empecé a facer los esfuerzos que venía faciendo y, claro, enseguida, con aquel maestro mismo, en aquella escuela yo era el primero de la clase. Que non sabía nada, pero como ninguno sabía nada, yo enseguida era el primero de la clase. Vinieron otros maestros, yo seguí diendo... y cuando ya tenía quince años ya no diba más que po'las tardes. Y después de que ya diba po'las tardes a la escuela, ya empecé a dir de noche.

Y yo, como ya non podía dir pa La Habana, pues ya me conformé con quedar aquí y dir a la escuela lo que pude. Pero aquí en mi casa había mala administración. Porque al carretar leche se ganaba dinero, había entrada de dinero en mi casa bastante grande, porque en aquel tiempo entraban más de tres duros diarios. Y un jornal de un obrero en aquel tiempo eran tres cincuenta. Y ya el que tenía un jornalín de tres cincuenta, ya la casa flotaba. Y en mi casa, con los burros, ganábamos a cinco céntimos el litro. Y llevábamos por lo menos trescientos litros entre tantos burros. Y había un ingreso de casi... alrededor de tres duros diarios. Pero había mala administración y no alcanzaba ni pa cerillas.

NOTICIAS DE LA REVOLUCIÓN DEL 34

El año 34, cuando la revolución de octubre, aquí en Pulide no había radio ninguna porque no había corriente eléctrica tovía, nin pilas nin dios que lo fundó. En toda esta redonda había una radio en La Peral, en casa de un comerciante que luego lo mataron los rojos. Y se oía de aquí de Pulide —que entonces yo oía mejor que ahora— se oían los

⁷ *Gazpiayu*, en asturiano, diminutivo despectivo de *gazpia*, “parte central de la manzana o de la pera, donde están las semillas, que no se aprovecha al comer el fruto”.

cañonazos en Oviedo perfectamente, un día y otro. Duró varios días la revolución. Y aquí en Pulide tábamos todos pendientes de que viniera Laureano, que era mi padre, de llevar leche a La Llanabal, que diba con un carro, entós ya non díbamos con burros. Desde Argañosa diba con un carro de leche a La Llanabal y subía vacío p'arriba y paraba en casa Justo de La Peral, que era el comerciante ese, y allí sabía las noticias que diera la radio durante las veinticuatro horas. Y aquí en Pulide tábamos todos esperando como el agua de mayo que llegara Laureano pa saber las noticias. Eran las noticias que había n'aquel tiempo en Pulide: las noticias que traía Laureano de la radio de La Peral. Eso convién que quede ahí grabáu. Y oíamos desde equí los cañonazos en Oviedo. Entonces era la comunicación que había, que era muy fácil controlar el mundo en esa forma. Pero ahora ya non ye tan fácil, avecínase una cosa muy gorda, que no la vamos ver nosotros, pero avecínase una muy gorda. Yo la veo venir muy gorda, sí, a consecuencia de la marcha que vamos dando a la humanidad.

UNA DECISIÓN TRASCENDENTAL

Aquí que taba la mi hermana casada, aquí que se desavienen mi madre y el yerno, porque suele ocurrir eso muchas veces. Y allá que los meten aquí en esta casa, y después pa la otra, y la mi hermana cada año paría uno, y había que mantenerlos. Y resulta que yo tenía que estar trabayando en casa de mis padres pa mantener los fíos de la mi hermana. Y yo veía que esto llevaba el camín de los pollinos, que solían decir en aquel tiempo. Entonces, visto que pa La Habana... ¡qué carajo diba ir pa La Habana! Aquí en aquel tiempo —que ye lo que interesa que quede grabáu ahí— no había industria de ninguna clase, más que en Arnao un poco. No había más donde se colocar en todo por aquí. Era po'la cuenca minera, en la mina, que yo eso lo desconozco, o por aquí n'esta zona, en Arnao, o en río Nalón al carbón. Yo tuve amigos de Regueras y por ahí que se dedicaban los probes a sacar carbón del río con una palanca y una piñera. Y después vender el carbón, o sea que... ¡la miseria en pote! Y aquí era vivir de la labranza, y de la labranza había que vivir en mi casa manteniendo... la mi hermana cada año tenía un fío, ¡llegó a tener catorce o quince! ¡Aquello era un desastre! Y digo yo: “Coño, yo aquí toi mal, a mí aquí espérame un porvenir cojonudo”. Y yo tenía entonces veinte años. Y digo yo: “Aquí la única solución ye marchar pa'l ejército voluntario. Marcho pa'l ejército voluntario y allí tengo casa, comida y ropa. ¡Y allí me las den todas!”. Yo allá conseguí que mi padre me diera el permiso, porque hasta los veintiún años no eras mayor de edad n'aquel tiempo. Me dio el permiso, voy pa Grullos, y echo la solicitú de ingreso pa sentar plaza de soldáu en un regimiento en Madrid. Pregunté a un vecín de aquí que taba en Madrid a ver qué regimiento era el peor:

—Tú entérate por ahí de los regimientos que hay en Madrid. Yo quiero dir pa Madrid. Tú te enteras por los soldaos que pasan por ahí —él taba de camarero en un bar— a ver cuál ye el regimiento de más trabajo, el más detestable —porque, claro, habría menos afluencia de voluntarios.

Conque diz que el regimiento de artillería a caballo en el campamento de Carabanchel. No había más peor que aquel regimiento. Hala, tiro allá la solicitud en Grullas y vino aprobada y p'allá que voy yo. El año treinta y cinco, el primero de julio, ingresé allí.

Senté plaza de soldáu, allí aprendí la instrucción y allí diba a clase. Yo sabía muy poco, porque ¿qué podía aprender yo en Reznara en esos años diendo de noche? Sabía muy poco, que ahora ya non sé nada comparáu con lo que hay que saber. Entonces era poco, pero ahora non ye nada. Bien, conque allí estuve diendo a clase como un león. Y me examiné pa cabo. Y estuve allí desde el primero de julio del treinta y cinco hasta el diecisiete de julio del treinta y seis. Y aspirantes a cabos éramos hacia sesenta o así, de todo el regimiento. Era un regimiento bastante grande, tenía más de mil plazas. O sea, que me examiné y saqué el número siete. Sí, era un número respetable. El número siete. Y al examinarnos había diez plazas vacantes, de los que se iban licenciando o de alguno que ascendía a sargento. Y como yo saqué el siete, pues a continuación, hacia el primero de junio, pues ya ascendí a cabo. Y ya, bueno, ¡allí me las den todas! Allí iba a quedar de cabo hasta que me cayeran las orejas de vieyo. Porque pa ascender a sargento entonces... no había plazas. Los sargentos ascienden mal porque ¿a qué coño los van a ascender? ¡Tantos sargentos como hay en el ejército! Y licenciar non se licenciaba ninguno, morir morían pocos, porque ¿qué coño diban morir? ¡Todos tenían de treinta años pa bajo! ¡Non moría ninguno! Y yo sabía que diba a tener que estar allí hasta el año catapum, pero seguía. Digo yo: “¿Y pa dónde voy? ¡Pa La Habana, nada!”.

En ese tiempo vi yo correr en Madrid las monedas de a céntimo como moneda válida. Y antes de yo ascender a cabo, un andaluz que era buen carpintero, Francisco del Pino León, marchaba licenciáu. Y cogimos cierta amistad. Diz él:

—Mira, yo te veo que tas aquí voluntario y veo que tú no tienes aquí arrimo de nadie...

Porque todos los voluntariucos tenían su arrimo: o que el padre era marqués de no sé cuántas o que la madre era criada de don fulano de tal, todos tenían su recomendación; pero yo no tenía. Yo marché d'equí como un perro con pulgas. Allí no tenía conocimiento ninguno. Y el otro lo notó, y dice:

—Mira tú aquí no tienes arrimo ninguno, y tú yes curioso. Voy proponerte pa carpintero, y quedas aquí de carpintero y ya te libras de muchos servicios y tú esquivas d'esta manera. Tú te haces cargo de la herramienta mía y del cuarto de carpintero...

Y cuando vine de permiso traje la llave del cuarto y aquí quedó. Bien, conque al ascender a cabo ya dejé la carpintería. Y estuve allí un mes o dos de cabo nada más, pero era cabo efectivo del ejército. Y el diecisiete de julio salí p'acá con permiso, porque a mí no me dieron permiso primero. Salí p'acá el diecisiete de julio a las nueve de la noche y llegué a Avilés el dieciocho de julio del año 36 a las once de la mañana.

Y me acuerdo que por Castilla paraba el tren alguna vez. Yo como non taba de viajar en tren, ¡a mí qué más me daba que parara que no! ¡Ya echará a andar! Pero la gente que taba acostumbrada a venir en tren, entre estación y estación se ve que paraba el tren y la gente veía yo que se alarmaban algo. O sea, no es que se alarmaran, pero ¿por qué paraba el tren? ¿A mí qué más me daba que parara que no?

Yo venía como cabo efectivo del ejército con un mes de permiso, pero al llegar aquí –non toi seguro si era sábado si domingo⁸–, bueno, ¡el jaleo padre! Y ya entonces me enteré de que había empezáu la guerra.

NOTICIAS DE GUERRA

En el 34 esperábamos por mi padre pa saber las noticias, pero después de que empezó la guerra ya dábamos todas las noches de aquí de Pulide a saber las noticias a la radio de La Peral, una radio como la mitá de aquel armario. Pero, ¡coño!, hablaba claro y entendíase bien. Y allí taba lleno de gente pa oír las noticias. Y bueno, enseguida las noticias eran que los militares que estuvieran de permiso, que se presentaran en el cuerpo más inmediato. Y yo, claro, como era cabo y con idea de seguir la milicia, pues inmediatamente pa la caja de reclutas de Pravia. Allá que voy yo pa la caja de reclutas de Pravia, me presento allí... Había un comandante en jefe, y había varios jefes y varios oficiales; pero éstos todos los habían metido presos o se esfumaran. Allí no había más que soldaos y un brigada catalán. Se llamaba Esteban López Condomines. Decían que era soltero, de unos treinta y cinco años de edad, moreno, alto, bastante bien presentáu, serio y de buen carácter. Era el comandante de la plaza de Pravia, el brigada don Esteban López Condomines⁹.

Conque allá voy yo y me presento como cabo de artillería. Bien, cabo de artillería. ¡Como si fuera teniente de aviación! Allí había milicianos de todos los tamaños. El jefe era el brigada aquel; pero ni taba vestío de militar ni nada. Nada, no mandaba nada. ¡Qué más daba que mandara que no! ¡Quién controlaba aquello!

Por fin, un buen día destinan una partida d'ellos, y entre ellos iba yo, no como cabo, como jefe de grupo. La graduación de cabo ni sargento allí con aquella milicia no existía. Era como jefe de grupo de los compañeros. De allí salimos pa La Espina, pero non llegamos más que a Salas. Dormimos en Salas pa enfrentarnos a la columna gallega. Fuimos en dos camiones desde Pravia hasta Salas, a enfrentarnos allá por La Espina con la columna gallega; pero llegamos a Salas y allí non sé quién organizaba aquello, que yo no me enteré ni me interesó, pero vi el desorden que había. Allí vi un guardia de asalto que quiso en un momento imponer allí un poco de orden, pero

⁸ Efectivamente, el 18 de julio de 1936 fue sábado.

⁹ Brigada de carabineros Esteban López Condominas, natural de Alp (Lérida), casado, 35 años, muerto en el Hospital de Gijón el 17 de noviembre de 1936 a consecuencia de las heridas recibidas en combate.

nada. “¡Tas preparáu!” –decía yo pa mi capote–, “¡a ti valte más echar a andar como los demás!”.

Dormimos en Salas, y era pa otro día organizar el frente. Y al otro día, se ve que se acercaron más las tropas gallegas, y lo que se organizó allí era la retirada total¹⁰. Y saliendo de Salas, en la Colegiata, yo estuve en un bombardeo de aviación allí. Yo estuve metío en la Colegiata n’una ventanuca que hay, según entras en la puerta principal, pa la derecha había una ventana. Entonces yo, como ya era un poco hábil en esa materia, metíme así en la ventana, porque como caían las bombas digo yo: “Bueno, si toi aquí puede caerme una bomba por aquí y me parte un rayo”. Pero estando en la ventana tienes probabilidades de que te salves mejor, que non te caigan cascotes. Y yo esperé el bombardeo n’aquella ventana, creo que está allí aquella ventana tovía.

PRIMERA ACCIÓN DE GUERRA

Y ya había que largar de Salas. No nos enfrentamos, nin vimos a la columna gallega, nin dios que lo fundó. Pero, ¡coño!, al marchar d’ellí... aquí en mi casa había tantos rapazucos con tanta fame, y yo... Al salir p’acá, los milicianos aquellos, unos de un lau, otros de otro, yo non conocía a ninguno, cada uno garraba lo que le parecía y qué sé yo. Pero yo siempre fui muy amarráu, soy una especialidá en eso. Fui a un montón de jamones que había allí en un almacén, y había algún miliciano que cortaba un pedazo pa ver cómo sabía por dentro. Y yo, como nunca jamón comiera, ¡pa mí todo sabía igual! ¡Qué más me daba a mí que supiera bien que mal! ¡Yo nunca jamón comiera...! Pero habíalos que se conoce que sabían lo que era jamón y cortaban un pedazo a ver... Unos garraban un pedazo, otros garraban un jamón... pero yo anduve po’l montón, era un montón grande. Había unos cuantos miles de kilos allí de jamones. Se ve que habían arrastráu to’los jamones de la parte occidental de Asturias. ¡Todos taban allí almacenaos! Y yo anduve por riba’l montón buscando el mayor. Y allá que cogí el que me parecéu que era mayor, al hombro. Y en un estanco que había por allí, cogí una media de mujer y llenéla de cajetillas de hebra de arriba abaxu, como si fuera una longaniza. De cajetillas de hebra, que valían dos reales entonces. Y amarré la punta de la media por atrás, y echéla de bandolera, pa traer tabaco pa mi pá. Y el jamón trájele al hombro pa llevarlo pa los sobrinos. Y traje el jamón al hombro desde Salas a Pulide. ¡Un jamón de quince kilos! Eso fue una de las mayores acciones que hice yo en esta guerra. La otra ya vos la explicaré.

Conque llegué a Pravia y allí dejamos... Llevábamos cartucheras y fusiles, aquella agrupación díbamos un poco armaos, ¡hombre! Pero non tiramos ni un tiro, ¡qué va! ¡Buena gana teníamos nosotros de tirar tiros! ¡No, home, no! Y aquel mismo día yo ya non dormí en Pravia. Si duermo en Pravia, ¡adiós jamón! No, no, yo en contra de en-

¹⁰ La columna gallega, al mando del teniente coronel Vito de Miguel Ugarte, entró en Salas el 3 de septiembre de 1936.

trar pa Casa la Marquesa¹¹, que teníamos allí el cuartel, yo carretera abaxu pa'l puente Peñaullán, y pa Pulide. Ná, llegué a Pulide ceu¹² abondo, tovía llegué co'l mi jamón y las mis cajetillas. Bueno, esto fue una acción de guerra como todas las que vi yo en esta guerra, que tamién a mí me da asco decir que aquí hubo guerra. A mí me da asco decir que la guerra civil... No, aquí no hubo tal guerra. ¡Non vos equivoquéis! Estáis equivocaoos todos los españoles. Aquí no hubo tal guerra. No, eso toi yo bien enteráu, aquí no hubo tal guerra. Esto fue una carnavalada.

El caso es que vine pa casa. Y al otro día yo tenía que estar en Pravia, porque pasaban lista. Pero ya hubo que retirar de Pravia, porque fue tomada po'la columna gallega. Y ya quedó cortada la comunicación del río p'acá cuando volaron el puente. Tovía me dijo el otro día uno de Pravia que cuando volaron el puente, que lo volaran cuando pasaba gente. Un facista, ¿comprendes? ¡A mí me importa un pepino que seais vosotros facistas!, porque en el mundo no hay más que facistas y comunistas, no hay más que capital y trabajo. ¡Punto! El capital es facista y el trabajo comunista. Lo demás tóu ye mentira. Un facista que cuenta eso de Pravia. Digo yo: "No, eso ye mentira, porque yo non vi volar el puente. Pero cuando yo pasé, pasé de los últimos p'acá, y ni p'atrás ni p'alante vi a nadie. Porque los que tenían miedo ya marcharan, y los que quedaban allí non tenían gana de marchar, porque taban esperando por los otros. Así que cuando volaron el puente ye mentira que estuviera lleno de gente"¹³.

El caso es que cuando yo llegué de Pulide a Pravia, ¡coño!, ya Pravia estaba desalojada. Ya en la estación no había más que... Allí quise yo cambiar de zapatos y nada. No había más que un zapato de un número y otro de otro, y ya nada. Pero fui tovía a Casa la Marquesa, adonde parábamos, que había unos armariones antiguos, era una hermosura de edificio, ¿eh? Digo yo: "Coño, voy allá a ver si tovía queda algo". Y ¡bueno!, tovía cogí allí unas cuantas sábanas y dos o tres cobertores pa los sobrinos. ¿Yo pa qué los quería? Pero tovía traje de allí una caja... cuando yo pasé p'acá, donde Peñaullán p'acá po'l puente antes de volarlo, tovía traje alguna cosa... ¡bah, mereciera la pena!

Era temprano, sería la media tarde y non quise pasar p'acá de día, porque yo ya tenía habilidá que no me vieran mucho la cara, porque ya sabía lo que diba a ocurrir. Y entonces yo estuve por ahí por los montes un poco... yo y otro que ya murió, que traía tamién el hombre su equipaje, ¡traía menos carga que yo, pero traía tamién algo! Sí, ¡era barato! ¡Allí no era muy caro! Y andábamos por ahí escondiducos pa que nu

¹¹ Antiguo palacio de la Marquesa de Casa Valdés, situado al lado del Ayuntamiento de Pravia.

¹² *Ceu*, en asturiano, "temprano".

¹³ La columna de Teijeiro toma Pravia el día 7 de septiembre de 1936. Los puentes de Muros y de Pravia sobre el río Nalón fueron volados por los republicanos en su retirada hacia la margen derecha de este río, que se convirtió en una barrera natural frente al avance de las columnas gallegas. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, (Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 2006), p. 289.

nos vieran co'l equipaje, porque después diban decir: “Venían por allí...” y tal. El caso es que estuvimos por allí hasta que oscureció, y vinimos y ya posamos nuestra carga. Y a otro día ya pa Peñaullán, a ver... porque yo tenía obligación de hacer acto de presencia.

SEGUNDA ACCIÓN DE GUERRA

Conque voy pa Peñaullán, que estaba allí la comandancia. Digo yo: “Bueno, aquí fulano de tal, cabo de artillería”. Y enseñé el pasaporte de venir de Madrid p'acá. Bueno, bien. Conque allá me mandan pa Soto'l Barco, que había allí algo de artillería. Y allá llevo pa Soto'l Barco, andando desde Riberas de Peñaullán. Y en Soto'l Barco, en el palacio La Madalena, una casona grande —que allí está tovía—, era donde taba el cuartel¹⁴. Ya taba todo desalojáu Soto'l Barco. Allá me presento y... ¡coño!, había allí cuatro cañones del siete y medio, hermanos de los que yo dejé en Madrid. Y había allí un suteniente que venía de Santoña, de un regimiento de artillería. Un suteniente... ¿pa qué vamos a entrar en profundidades? Son la categoría de sargentos que van ascendiendo y nómbra los sutenientes pa jefes de material allí por los almacenes. Pa nada, con una estrellina pa que los sargentos los respeten. ¡Nada, pa nada más! ¡Analfabetos totales! Pero, ¡coño!, el suteniente... ¡jefe de aquella batería! Y allí había soldaos de artillería y milicianos. No sé los que eran, pero sé que allí había cuatro cañones: dos en Ranón y dos en el palacio La Madalena.

Y, ¡coño!, aquel suteniente... ¡encantáu! Cuando llegué yo, el hombre me recibió muy bien porque taba él solo. Ni había cabos, ni sargentos, nin dios que lo fundó. Era él solo y milicianos allí, soldaos de permiso que se presentaron tamién allí. Y, ¡coño!, él no la quiso ver mejor: “¡Hombre, un cabo aquí! ¡Buena falta hacía porque aquí estoy solo!”. Él tenía que concurrir con aquellos dos cañones que había en Soto y con los dos que taban en Ranón. Conque allí me dio una lista de todos los individuos que había allí pa que yo nombrara el servicio, como cabo que era. Non era cabo, era jefe de grupo, era jefe de equipo allí. Y allí el suteniente diba cuando pa Ranón cuando p'allí, y yo de allí nu me quité ninguna vez. Todo el tiempo nombrando el servicio allí, estando al frente de aquello. Pero, ¡bah!, sin mando mayormente ninguno, porque ¿quién controlaba aquello?

Allí en el palacio había dos pianos: uno muy bueno y otro más inferior y más viejo. Y yo ya taba allí de medio jefe. Ya mandaba algo. Pero non mandaba nada, ¿qué diba mandar allí a aquel ganáu? Y había alguno que creía que sabía tocar el piano. ¡Qué carajo diban saber tocar el piano! ¡Si non sabían tocar ni una flauta! Y siempre había

¹⁴ La casa palacio de Ponte o Palacio de la Magdalena, situada en el punto más alto de Soto del Barco, fue construida por Don Juan de Llano Ponte, Obispo de Oviedo, a mediados del siglo XVIII. Adosada al Palacio se edificó una capilla dedicada a María Magdalena, de la que más tarde terminaría tomando el nombre.

alguno que taba tocándo-y los coyones al piano aquel a todas las horas, cuando menos lo pensabas. Y unos de servicio, haciendo guardia, otros dormiendo. Y digo yo: “¡Esto acáboló yo escapáu!”. Súbome arriba del piano y empiezo a pisotones... ¡tas, tas, tas, tas, tas! ¡Paró el piano de tocar cagando rayos! Y ya sabéis aonde me senté, sentéme enriba'l piano. Porque el piano aquí enriba tien un coso más alto. Entós yo sentéme en aquel coso y ¡tac, tac, tac, tac, tac! ¡A tomar po'l culo! Y siempre que paso por ahí, digo yo: “Mira, ahí n'ese palacio toqué yo el piano con las patas”. Y el palacio tovía está allí. El piano non sé qué camín llevó, pero ¡que me parta un rayo si lo arreglaron! Pero allí en el palacio La Madalena toqué yo el piano con las patas. ¡Ésa fue otra acción de guerra!

TERCERA ACCIÓN DE GUERRA

Y tiramos muchos cañonazos p'allá, contra Muros y por ahí. Sí, ¡cómo no! Non sé pa qué, pero bueno. Hacíamos fuego allí. N'aquella batería había dos cañones en Ranón, que non llegué a verlos yo nunca, y dos allí en Soto. Non llegamos a juntarnos los cuatro nunca, porque claro, como había poca artillería, pues dos p'aquí y dos p'allí. Pero un buen día traen allí una muyer. Non sé, decían que si era puta. Non sé si era puta o no era puta. El caso ye que trajeron aquélla p'allí. Era de noche. Non sé de dónde vino ni de dónde non vino. Y, ¡coño!, yo tenía entonces veintiún años. ¡Bah!, tamién me venía bien. Y fui p'allá pa'l salón aquel. ¡Coño, taban en cola! Ella pasó pa una habitación, que había una cama allí y... ¡Coño, yo conté que en la cola que taba yo había dieciocho delante! Digo yo: “No, me cago en mi madre, yo aquí no espero”. Esa es otra acción de guerra. ¡Fallida! Bueno, fallida non, porque yo creo que fui yo el que mejor paráu salí.

LA BATALLA DE ESCAMPLERO

Fíjate tú qué se podía sacar de la defensa de la República por ese procedimiento. Y como ese procedimiento que te toi contando son los otros procedimientos que había en los otros lugares. Sí, bien. D'ellí salimos pa los frentes, que ya diba la columna ya por Grao o por casa'l carajo. Vino una orden de que había que dir p'allá pa'l frente, pa Llera, un barriuco por ahí de Grao p'arriba que llaman Llera. Llegamos allá de noche. Estuvimos en Escamplero de noche, orbayaba. Y luego allí fuimos a emplazar a Llera, y allí estuvimos haciendo fuego. Pero yo no sé, porque era el suteniente el que mandaba los dos cañones aquellos. Y los otros dos taban non se adónde, non sé quién los mandaba. Y había uno de por Luear o por ahí que lo llamaban “el Turco”, que non sé por qué le dieron el mando de los otros dos cañones, que no era militar ni era nada. Y esos dos cañones y el equipo aquel del “Turco”... estando por Escamplero, tovía no entrara la columna en Oviedo, ellos taban n'un sitio y nosotros tábamos en otro. Y dos camiones que había, un camión pa cada cañón, trasladáronse a Trubia a buscar munición pa nosotros y pa ellos. Y cuya munición, y cuyos camiones, y cuyo “Turco”, tovía no los volví ver. Se ve que los coparon por allá y ¡hasta luego! Aquéllos, camín de

Trubia perecieron. Allí no se dio mucha publicidad al caso, pero yo deducí entonces ya, digo yo: “Éstos pescáronlos por ahí abaxu y non salieron más”.

A continuación de eso, ¡la batalla de Escamplero! Y allá que intervengo yo en la batalla de Escamplero. Y antes de la batalla de Escamplero hay ahí un pico que fue muy nombráu, que le llaman el Pico Otero. Los primeros cañonazos que cayeron en Pico Otero tirólos la batería mía, que eran dos cañones solos. Los primeros cañonazos tirámoslos nosotros al Pico Otero. Bien. Esa fue otra acción de guerra, pero de lejos. ¡No nos pasaba nada!

Y allí nada, los moros... eran moros los que subían. ¡Lo mismo daba tira-ys que no! Morrían, caían, saltaban po'l aire; pero seguían viniendo. Venían más, venían más, hasta que oscurecéu subiendo moros; pero ya non se veía pa tirar. ¡Subieron los moros que quisieron al Pico Otero!¹⁵ Y d'ellí ya nos tuvimos que retirar, y a los dos o tres días empieza por fin la batalla de Escamplero¹⁶. En ella intervine yo y tuve que dir llevar un parte, no me acuerdo de qué. Tábamos en Biedes. Tenía que llevar un parte yo al frente. Claro, yo era cabo, y tábamos el suteniente y yo. No había más mandos que el suteniente y yo. Y pa esas cosas yo era a quien primero echaba mano, al cabo.

Y allá que marchó yo co'l parte aquel a llevarlo allá al frente, a donde decían que se taba celebrando la batalla de Escamplero. Y allá me tuve que dir metiendo pa donde taban los frentes y la tierra de nadie. Y allá po'l frente de los rojos había un puesto allí con milicianos y dos mueres. Taban dos mueres allí en “folcloriu” con los milicianos. Digo yo: “¡Esto va bien, me cago en mi madre! ¡Aquí esto va a salir bien!”. ¿A mí qué más me daba que saliera bien que mal? ¡Anda que vos parta un rayo!”.

Conque dejé el parte allí al que me dijeron que era el jefe, y con las mismas escabullíme pa'l otro lau. Porque estando en artillería tas un poco más desviáu. Y al otro día entró la columna en Oviedo. Decían que se infiltraran unos pocos en Oviedo. No, ¡entraron los que quisieron todos!¹⁷

15 Los pueblos de Otero y Otura y las alturas que los dominan fueron asaltados a la bayoneta por tropas de legionarios y regulares del ejército franquista, a costa de un gran número de bajas, el día 11 de octubre de 1936. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, ob. cit., pp. 318-319.

16 El Escamplero fue históricamente un importante cruce de caminos y vía de entrada hacia Oviedo desde el oeste, situado en una loma con una altitud máxima de 262 metros rodeada al este y al sur por el río Nora y al noroeste por el valle del río Andallón. En la batalla del Escamplero se decidió la suerte de la ofensiva sobre Oviedo con resultado desfavorable para las tropas republicanas. El día 13 de octubre de 1936, tras un duro combate y bajas cuantiosas por ambas partes, los legionarios y regulares del ejército franquista consiguieron alcanzar el alto de El Escamplero y conquistar la posición. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 321-322.

17 La entrada de las columnas gallegas en Oviedo tuvo lugar el 17 de octubre de 1936. La prensa republicana trató de minimizar el hecho. Al día siguiente, el periódico *La Prensa*, de Gijón, insertaba esta noticia: “En las últimas jornadas de la tarde de ayer, los facciosos consiguieron infiltrarse por nuestras líneas, llegando a Oviedo tres compañías de tropas mercenarias”. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 326-330.

Y de allí ya nos retiramos un poco más p'atrás, porque, claro, corría peligro que nos cogieran los cañones. Porque los soldaos pueden esquivar, pero una batería no esquivar fácil. Tien que tener carretera y... si no, tienes que dejarlos allí. ¡Al hombro no los vas llevar! Y hay que retirar a tiempo, porque la artillería es una de las cualidades especiales que tien que tener en combate y en campaña. Tienes que mirar por donde retirar siempre.

EL FRENTE DE GRULLOS

Conque d'ellí venimos pa los frentes de Grullos; pero ya entrara la columna en Oviedo. Venimos pa los frentes de Grullos pa que, allí por Grao, que no ensanchara, que non echaran a andar derecho a Avilés y a Gijón. Y allí vinimos a reforzar el frente a Grullos. Y allí estuve emplazáu delante el cementerio de Grullos, haciendo fuego p'allá. ¡Pa nada! Yo siempre consideré que aquel suteniente era facista, porque tenía acciones... Claro, él obraba con habilidá y con vista, pero a mí me parecía que aquello non diba muy bien. Digo yo: "¡Me cago en tal, tú lo que quieres ye que nos parta un rayo!".

Emplazónos allí delante del cementerio de Grullos, que tábamos allí a la vista de La Mortera, y con una ametralladora podían segarnos. Y bueno, estuvimos en Grullos una temporada. No mucho, quince días o un mes. Y a continuación vino artillería del extranjero. La que me tocó a mí era de Inglaterra, de la Primera Guerra Mundial. Pa Gijón vino un barco por ahí como pudo y desembarcó ahí artillería y armamento de guerra. Y pidieron a los frentes que mandaran algún artillero que tuviera un poco de idea. Movilizaron quintas pa hacerse cargo de aquella artillería. Entonces el suteniente, que había hecho amistá con uno de Arlós que se apellidaba González, que era un poco pelotillero, tenía gana de desfacerse de mí pa nombrarlo a él sucesor mío. Y entonces el suteniente mandóme a mí pa Gijón. Non sé con qué idea me mandó, pero a mí más bien me parez que me mandó por quitarme del medio. Bien. No me acuerdo yo, tan bien como me acordaba, del nombre de ese González. Y es que ése, cuando venía yo de permiso venía él tamién en el mismo tren, que él venía de Jaca o por ahí. Y luego murió en los frentes de Villaviciosa. ¡De teniente de artillería! ¡Así podía dir dirigió aquello!

EL ASCENSO

El caso es que a mí mandáronme pa Gijón. Vino una orden por escrito que tenía que presentarme pa'l Fuerte Santa Catalina¹⁸. Y voy pa Gijón desde Grullos, y encuéntrome que había allí una partida de soldaos. O sea, que movilizaron quintas del 34 y p'atrás, del 33, que habían servido ya. Eran todos de artillería. Taban todos allí en

¹⁸ La Casa de las Pieces o Fuerte Viejo de Santa Catalina es un antiguo complejo militar artillero del siglo XVII que se encuentra en el lado oeste del cerro de Santa Catalina, en Gijón, cuya función era la defensa de la ciudad contra los ataques de piratas y corsarios. En 1905 las baterías de la costa se instalaron en el cerro, creando un complejo militar formado por muros de defensa, recintos subterráneos de hormigón, taludes de tierra y un búnker de fábrica de hormigón de grandes dimensiones.

Santa Catalina, y allí llegué yo como cabo. Pero entonces el presidente de la República, Manuel Azaña y Díaz, ya hubiera tiráu un decreto hacía tiempo, que los militares leales a la República fueran automáticamente ascendíos al grado inmediato superior. Y yo, como era cabo, taba ya ascendío a sargento. Tovía non tenía nombramiento ni nada, pero ya se sabía por decreto de la República que el que era cabo, pues sargento.

Y voy pa Santa Catalina y ya, claro, me presenté a ver qué pasaba allí. Y bueno, ya veo las baterías, vimos allí los cañones y vi aquel ganáu. Y allí nos destinaron. No me acuerdo bien cómo se desarrolló aquello, pero el caso ye que cuando vino la noche mandaron a otros como yo, a mí tocóme un grupo de veinte, pa dir a dormir a... non sé si era el Hotel Madrid si el Hotel España, pero sí sé que taba delante del Ayuntamiento en Gijón. Y tovía está allí el hotel¹⁹. Y allá que voy yo con mi lista de milicianos a dormir allí. Fijate tú, ¡soldaos pa un hotel! ¡Bastaba meterlos en una tenada²⁰, hombre! ¡Au quiera que los metas están bien!

Conque fui yo p'allá como jefe y presentéme a la dirección del hotel. Y bueno, muy bien, a ver, veinte camas que había allí pa distintas habitaciones. Y una habitación con una cama sola pa'l sargento. Yo ya entonces figuraba teóricamente como sargento jefe de aquel equipo. Allá que voy yo pa la mi cama. Y digo: "Bueno, cualquier cosa que ocurra..." Los otros, ¿a mí qué me importaba que fueran ni vinieran, ni la madre que los parió? Yo leí el nombre de todos ellos y digo: "Bueno, vosotros tenéis el hospedaje en el Hotel Madrid, delante del Ayuntamiento. Así que yo ahora voy p'allá y vosotros vais a hospedarvos allí cuando vos parezca. Y cuando no, correr por ahí por Gijón hasta que yo vos mande parar".

Yo fui p'allá, presenté la lista, y ya allí sabían que diban venir veinte. Y allá me meto en mi habitación y fueron viniendo, fueron viniendo... cuando cansaron de andar por Gijón berreando. Pero he aquí que después que se llenaron las veinte camas llegaron otros dos. Se ve que alguno se metió de intruso, o que vinieron de intrusos los otros; pero en cuenta de ser veinte eran veintidós. Entonces la dirección del hotel toca en la habitación del sargento —o del jefe, nu me llamaban sargento allí ni mucho menos— y levántome y...

—¿Qué pasa?

—Que están las camas ocupadas y llegan dos que dicen que seguro que taban destinaos al hotel, que eran de los que yo leí el nombre.

¿Qué sé yo qué nombre tenían? Bueno, el caso ye que las camas taban ocupadas y era po'l invierno. Esto era por diciembre ya. Ya facía frío de cojones. Y digo yo:

¹⁹ Se trata, en realidad, del Hotel Asturias, situado en la Plaza Mayor de Gijón, junto al Ayuntamiento.

²⁰ Tenada, en asturiano, "tendejón".

—Bueno, pues ná, no hay camas, no hay nada perdió. Dormís aquí los dos.

Yo tenía una buena cama y buen colchón y buenas mantas. Ellos traían algo de ropa, una gabardina o algo. Digo yo:

—Voy tirar el colchón en suelo, y acostáisvos vosotros enriba'l colchón y tapáisvos como podáis. Y yo arréglome aquí enriba del somier con las mantas que tengo, y aquí dormimos los tres.

¡Coño, más agradecíos que Dios! Conque tiro el colchón en suelo, échanse ellos enriba'l colchón y allí se taparon con las gabardinas como pudieron. Y yo quedé en la cama. Y empezamos la conversación, una conversación muy simpática. Y nunca pude averiguar quién eran aquellos dos. Empiezan a hablar y yo tampoco tenía mucho sueño. ¿Quién carajo dormía entonces? Y resulta que eran de Llanera, vecinos de donde fue mi padre y vecinos de donde taba el mi hermano Eladio casáu, el penúltimo, el que marchó el año 24 pa La Habana. Taba casáu con una prima mía en La Granda. Y eran vecinos del mi hermano. Y el mi hermano era una calamidá, y la prima carnal más calamidá tovía. Y taba medio tirulática, y el mi hermano era tamién lo que taba allí, y era el hazmerreír. Y yo, con habilidá, nu-ys dije yo de óu era pa que nu me rastrearán, pero que conocía yo allí a uno o dos, y de paso a Eladio, que lo conocía tamién. Y fui sacándo-ys. Y aquellos eran nobles, eran nobles los probes, eran dos hombres de veinticinco años, porque eran soldaos ya licenciaos, pero de artillería. Y fui sacándo-ys desde la cama, ellos en suelo y yo sacándo-ys que si aquél vivía, que si non vivía, que si la muyer, que era prima mía y prima d'él, taba tirulática perdida y tenía cosas... ¿pa qué las vamos a sacar a relucir ahora?, que tampoco me acuerdo muy bien d'ellas, ¡nin falta!

Y estuvieron allí hablándome hasta que cansaron de la vida del mi hermano, más contentos que dios porque ellos non sabían con quién taban hablando. Y después que ya díbamos dormir, la conversación ya sabía yo que terminara, porque non me decían una mentira, ¿eh? Decíanme toda la vida del mi hermano, y de la suegra, y de una hospicianuca que criaran allí, y de mi tío Ramón, que ye el que fue guardia civil n'Habana, que es de donde vien la mentira de que yo era fío de un guardia civil y de una monja. El suegro del mi hermano, que era hermano de mi padre, era tamien un calamidá; pero hábil como la puta que lo parió.

Después que ya terminaron, ya veía yo que non tenían más nada que decir, porque lo que dijeran ya lo sabía yo todo. Digo yo:

—¿Pues sabéis quién ye el Eladio ese y quién soy yo? ¿Sabéis con quién estáis hablando? ¡Pues estáis hablando con un hermano de Eladio!

En qué frases se lo dije no lo sé, pero sé que-ys lo hice saber en dos palabras. ¡Quedaron tiesos los probes! Cuando vieron que aquel jefe que tenían allí, que tan

bien se portara con ellos, que-ys dio el colchón pa que durmieran allí, y todo lo que hablaran... porque ellos lo adornaban, pero non decían mentiras. Y se dan cuenta de que yo era hermano d'él!

Digo yo:

—Nada, tranquilos, todo lo que me decís ya lo sabía yo de memoria. Así que nada, ¡tranquilos!

A otro día po'la mañana... no sé si los destinaron a otra batería... ¡Si nu-ys vi la cara! ¡Non sé cómo eran! Nunca fui a dar con ellos. Y pregunté por Llanera, a ver si dos soldaos que en tal tiempo... Pero, nada. Se ve que ellos eso non lo traslucieron. ¡Eso quedó zanjáu! Porque después, con los años, tenía gana yo de encontrarme con ellos cara a cara. O morirían en la guerra o qué sé yo. Pero tenía yo gana de verme con ellos. Pa satisfacción, ¿no? Bueno, eso fue otra acción de guerra.

Y d'ellí, a los dos o tres días, allá que mandan la mejor batería que había allí: una batería del 12'40, de obuses ingleses de la Primera Guerra Mundial. Pero nada, tovía funcionaba, tenía su goniómetro y... ¡bah!, tovía había medios de pegar algún cañonazo y apuntar algo. Aquella batería, como era la mejor, destináronla al teniente José María Fernández Caravera, vecino y natural de Avilés. Y ese señor era el teniente jefe de aquella batería. Y vamos a aclarar un poco quién era ese teniente. Él había ido a hacer el servicio militar a África, de milicias, y tendríra en aquel tiempo veintiséis o veintiocho años. Moreno, alto, bien presentáu. Y fue p'allá de alférez provisional. El caso ye que él allá se casó con la hija del alto comisario español en Marruecos. Y él era ingeniero ya cuando fue a hacer la mili esa de milicias. Pero claro, como allá se casó con la hija del alto comisario español en Marruecos, ya le convenía seguir la milicia porque había mejor salida que la de ingeniero. Y entonces él era ingeniero, pero ya era militar profesional. Y aquí vino como militar profesional, que ésa es la biografía que sé yo de don José María Fernández Caravera²¹. El caso ye que él era buen mozo y era de gente rica de Avilés, que hay en Avilés una calle a nombre de un hermano suyo: Eloy Fernández Caravera²².

21 La personalidad del teniente de artillería José Fernández Caravera fue descrita por Juan Ambou, en un pasaje de sus memorias: "Caravera se había revelado como buen artillero. Me acerqué a él muchas veces, manifestándole mi satisfacción en nombre del Comité Provincial del Frente Popular. Era católico, conservador y, claro, no se mostraba muy confiado en nosotros. [...] Así fue con otros militares profesionales que prestaron una leal y eficiente colaboración en nuestra guerra". Juan AMBOU, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana. La Guerra en Asturias, el País Vasco y Santander* (Madrid: Editorial Hispanoamericana, 1978), p. 16.

22 El escritor avilesino Eloy Fernández Caravera (1887-1983) fue autor de una extensa obra que firmó bajo distintos seudónimos, siendo el más popular el de "Pepe Rivero". Entre sus obras de teatro costumbrista destaca "Después de viejos, gaiteros", estrenada en 1945. Sus dos novelas, más populares, "Mayita" y "La forastera", publicadas por entregas en *La Voz de Avilés*, reflejan la vida de la villa avilesina en la segunda mitad del siglo XIX. En 1981, dos años antes de su muerte, la ciudad de Avilés le dedicó una calle.

El caso es que estuvimos ahí en Gijón probando la batería, ahí po'la parte de allá del Piles. Fuimos allá con la batería, y don José María, "el Caravera", era el que mandaba. Y nosotros ya taba organizáu, ya taban allí los cuatro apuntadores y los cuatro jefes de pieza. Los jefes de pieza non sé de dónde los sacaron, yo sé que era un sargento allí... Y estuvo haciendo fuego él, poniendo el máximo de carga, el máximo de altura... ¿Pa qué vos voy dar explicaciones de cómo se haz eso? Era pa ver lo que alcanzaba p'allá, tirando al mar. Y bueno, descargamos allí la batería y él ya quedó un poco decepcionáu porque caían bastante cerca. Con la máxima carga y la máxima aceleración... ¡coño!, ¡parecía que casi nos chaplicaban²³! Yo vi que caían bastante cerca tamién, pero callé. Yo taba dispuesto a callar. Entonces hablaba poco. Hablábala medidas ¿eh?, porque veía lo que se cocía. Yo veía que non taba la cosa pa fiestas. Los otros no, los otros milicianos taban más contentos que dios. Conque vio él que caían bastante cerca, y yo tamién lo vi. Y yo callé la boca. Digo yo: "¡Bah, como si nos caen en la cabeza! ¿Qué más da?".

LA TORRE DE LA CATEDRAL

Conque d'ellí vamos pa San Esteban de las Cruces [Oviedo] con la batería. Caravera llevaba con él a un tal Octavio de Avilés —que tamién está bien que conste ahí—, que lo habían nombráu los comités de guerra que se formaron n'aquel tiempo. Como a él lo cogió aquí de permiso, y era gente de derechas pero era gente seria... claro, era el único que había por ahí que tenía el mérito de ser oficial de artillería; pues pusieronlo al frente de una batería, por ahí camín de Galicia. Después pusieronlo aquí al frente de esa batería. Y venía con él un tal Octavio. Era paliducho, y bastante buena persona parecía, nombráu por uno de los comités. Non sé si era po'l Partido Comunista, si po'la FAI, si po'la CNT. Non sé por cual era. El caso es que aquél tenía la misión especial de vigilar a Caravera. Non fuera a ser que Caravera se esfumara o que Caravera hiciera... Aquél non tenía más misión que la de vigilar a Caravera. Andaba Caravera sin pistola y el Octavio con la pistola del nueve largo a la cintura pa todos los actos alrededor de Caravera. Y ya había tiempo que venía el Octavio por los frentes vigilando a Caravera. Tenía esa misión por parte de algún partido político. Non sé cuál. Nunca me enteré ni me interesó.

Y en San Esteban de las Cruces, allí el Octavio comunicó a los que lo habían nombráu que si querían nombrar otro que lo nombraran; pero que él no seguía vigilando a Caravera porque le merecía la suficiente confianza pa saber que respondía con su misión. Y el caso es que el Octavio marchó. Non sé qué camín llevó. Y Caravera quedó allí. Quedó allí sin vigilancia y con su pistola, como oficial que era.

Y un buen día, sin saber por qué ni por qué no... Aquí algunas veces yo preparo la mentira. No está tan bien preparada como la de ser fío de una monja y de un guardia

²³ *Chaplicar*, en asturiano, "salpicar".

civil, pero está bastante bien preparada. Pues aquí algunas veces a algún palurdo le miento; pero a vosotros no.

Eramos cuatro sargentos: uno murió en Gijón, el otro era gallego, non sé qué camín llevó; y el otro murió aquí a la bajada de Avilés hay pocos años. El de la primera pieza, Cirilo Fernández Vigil, y el otro Primitivo Fernández Fernández, que ése era un poco más viejo que nosotros, murió en Gijón²⁴. Y a mí llamábanme el sargento “Grullos”, porque yo soy de Candamo y vine por los frentes de Grullos, y como era sargento pues dieron en llamarme el sargento “Grullos”. Bueno, el sargento “Grullos”. ¡Muy guapo!

Allí tábamos los cuatro cañones. Cirilo Fernández Vigil era el jefe de la primera pieza. Manuel Muñoz Muñoz, el gallego, secretario de un juzgado de León o por ahí, que se conoce que era de izquierdas, era jefe de la segunda. Primitivo Fernández Fernández, de la tercera. Y Emilio González Rodríguez, jefe de la cuarta pieza.

Era en San Esteban de las Cruces, fue hacia febrero del año 37. Y tirábamos a Oviedo, non sé por qué. Cuando se apetecía, o cuando lo mandaba el Estáu Mayor. Un buen día, pues, hala, ¡fuego! A prepararse pa hacer fuego. Todo el mundo a sus puestos y ¡punto! En Los Arenales de San Esteban de las Cruces. Éstos eran obuses, siempre tirabas por elevación. Nunca veías el punto donde caían. No eran como los del siete y medio, que hay que tirar de punta como si fuera un fusil.

Conque, por fin, ¡fuego a la primera pieza! Bueno, pónente los datos y... ¡fuego a la primera pieza! ¡Boom! ¡Fuego a la segunda pieza! ¡Boom! ¡Fuego a la tercera pieza! ¡Boom! ¡Fuego a la cuarta pieza! Bien. Y de allá a un poco... se conoce que el capitán taba viendo donde caían, que el capitán tien que estar en un sitio donde ve el objetivo a batir, porque si no ¿qué coño va a batir? Y luego las órdenes que da él vienen transmitidas al puesto de la batería. Y de allá a un poco vuelve otra vez... que es como se suele hacer pa dar con el blanco. Otra vez a corregir. Otra vez fuego a la primera, fuego la segunda, fuego la tercera y fuego la cuarta; pero con un intervalo de medio minuto o un minuto, depende de lo que el capitán crea conveniente. Y en uno o dos minutos, non sé los que pasaron porque tampoco me interesaba, cuando menos lo pensábamos: “¡Fuego a discreción!” ¡Me cago en mi madre!, ¡fuego a discreción! Pues ahí todo el mundo a meter proyectiles allá. Y pum, y venga, y venga. Porque tenemos a más los jefes de pieza, en ese caso, que luego el montón de casquillos sea mayor el mío que el del otro. Porque entonces animas a los “turistas” a trabajar allí. Y fuego a discreción: ¡Pim, pum, pim, pum, pum, pum, pum, pum, pum! Aquello parecía... como siempre cuando se haz fuego a discreción. Y luego: “¡Alto el fuego!” Bueno, pues alto el fuego. Y, hala, está bien. ¡Coño, la catedral embaxu! ¡La catedral embaxu! ¡Tiramos a

24 Primitivo Fernández Fernández, natural y vecino de Gijón, fue voluntario en el Batallón nº 220, alcanzando el grado de teniente, juzgado en Consejo de Guerra el 28 de abril de 1938 y condenado a muerte; le fue conmutada la pena el 31 de diciembre de 1938.

la catedral! ¡Esmochámos-y la mitá de la torreta! ¡La catedral partida! Ésa fue la otra acción principal de guerra, como la de traer el jamón de Salas: el esmochar la catedral de Oviedo. Cuando nos enteramos, ¡saltábamos todos de contentos!

Enseguida asomámonos allí p'arriba, que desde cerca ya se veía. ¡Coño!, efectivamente, a la catedral nu-y quedaba más que alguna torretuca que tien, de la espada pa bajo tien alguna torretuca. Quedába-y alguna, pero lo principal fue todo a tomar po'l culo. ¡La catedral de Oviedo! Sí. Mangámos-y allá treinta y dos proyectiles a la catedral y esmochámos-y la punta de arriba.

Y nada más, pero quedóme la satisfacción de que fui un intermediario de la destrucción de la catedral de Oviedo. Y tengo la seguridá plena de que ese día non lloró ningún rapacín porque se le quemara la cuna ni se le entornara el café del desayuno. Porque otros días que disparábamos al centro de Oviedo, pues vete a ver adónde caían los proyectiles, porque podían caer en una cuna o en una casa que quedaran sin desayunar porque el pote fuera a tomar po'l culo co'l cañonazo. Pero cuando la catedral, ¡ni hablar! Ese día ningún rapacín quedó sin desayunar ni ninguna cuna se entornó. O sea, que los proyectiles que cayeron allí, cayeron en buen sitio. Y me considero orgulloso por eso. Pero las catedrales non desaparecen porque son obras que están bien pa la posteridad, pa que con el tiempo, cuando la gente espabile y vean que no existe tal repertorio de religiones, que se den cuenta hasta donde llegaba el cerebro de los que creían en eso, fabricando esos mamotretos mientras la gente dormía en chabolas. Con el tiempo, con el transcurso de los años, llegan las catedrales a tener mucho más mérito que tienen ahora. Cuando ya la gente llegue a saber la realidad de la vida pues dirán: “¡Coño!, ¿es posible que los dirigentes de aquellos tiempos fueran tan hijos de puta de emplear los trabajos y el sacrificio de las personas por levantar esos mamotretos que no sirven absolutamente pa nada? ¡Non sirven ni pa facer el fieru²⁵ los gorriones! Y las catedrales con el tiempo van tener más mérito que ahora porque van servir de ejemplo pa que los habitantes de entonces vean hasta donde llegaba la perversidad de los dirigentes de aquel tiempo: levantar semejante porquería mientras los demás que las levantaban morían en la miseria, el frío y el hambre. ¡Eso es increíble! ¡El cerebro mío non da pa discernir eso, no!

Y cuando cuento eso, que vos lo toi contando exactamente igual que ocurrió: era la batería del 12'40, mandada por don José María Fernández Caravera, teniente de artillería. Y después de estar yo en Avilés, pasaron años, él tenía hermanas allí más viejas que él. Él era viejo ya, y yo tamién. Pues me dijeron que taba... ¡bah!, me enteré yo y me puse un poco en contacto con las hermanas, que tenían panadería antiguamente. Y hablé con ellas y bueno, que taba por Cataluña. Él d'equí, del norte, marchó a Valencia, y de Valencia logró marchar pa Francia, y estuvo por Francia y pasó la guerra por ahí. Luego tuvo familia en Barcelona, y se hizo ingeniero textil en Barcelona, y

25 *Neru*, en asturiano, “nido”.

venía a pasar algunas temporadas con las hermanas. Y hablé yo con él. Y claro, él a mí, de momento, físicamente, pues claro, estuvimos poco tiempo juntos, non se daba cuenta. Y digo yo:

—Sí, yo soy fulano de tal —se lo recordé—, soy el sargento Grullos, ¿non se acuerda cuando lo de la catedral?

Diz él:

—¡Hombre, sí!, sí me acuerdo, pero de esto es conveniente no hablar.

Digo yo:

—¡Hombre!, ¿va a decírmelo usté a mí que es conveniente no hablar? ¡Eso nu me lo advierta siquiera!

Bueno, eso fue lo que ocurrió. Esto fue el año 62 ó 63. Después nu lo volví a ver más²⁶.

Pero verás después, a ver si me recuerdo después de la vicisitud que llegó a ocurrir no hay seis meses sobre la catedral y sobre el cañón que la tiró. Hacia enero o febrero fui plantar castaños ahí en el área recreativa. Era po'l invierno, y había un paisano por allí paseando. Y bueno, yo terminé de trabajar y vine a coger el coche, y el otro taba por allí y acercóse a mí. Tamién tenía gana de charlar. Eran ya las dos o así, yo venía pa comer. Y acercóse a mí, saludámonos y empezamos la conversación. Y no me acuerdo ahora de la conversación que tuvimos, pero lo principal sí lo sé. Y diz que si nu me suena el nombre de José Ramón Arias.

Digo yo:

—¡Coño, sí!, el nombre de José Ramón Arias me suena, sí, un abogáu de Pravia o por ahí.

Dice:

—No, abogáu sí soy, pero soy de Avilés.

Y resulta que ese abogáu fue nombráu de oficio pa defender a una inquilina mía cuando cayó el horru, porque tuve un juicio con ella y tenía que ir de probe. Y ese abogáu era el abogáu defensor de oficio de la inquilina mía. O sea, que fue abogáu en contra mía el José Ramón Arias ese. Y seguimos la conversación, y non sé por qué llegamos a la conversación de la catedral y de los cañones. Y ése, como yo vi que no era palurdo, pues díje-y que yo era el sargento de la cuarta pieza que derribó la catedral. Y dice:

—¡Coño!, ¿sabes qué camín llevó el cañón?

²⁶ José Fernández Caravera llegó a cumplir los 100 años. Con ese motivo, el 1 de mayo de 2006, fue homenajeado por la Peña Filatélica de Vilanova i la Geltrú, sociedad de la que fue presidente.

Digo yo:

—Eso, ni idea me doy. Los cañones que tiraron la catedral quedaron en las escuelas “Pepín Rodríguez” en Colloto, que era ou tábamos cuando se terminó la contienda. Allí taban delante, emplazaos en un monte, y nosotros dormíamos y pernoctábamos nas escuelas “Pepín Rodríguez”, que tovía están allí. Non sé si están funcionando si no, pero los edificios están allí tovía²⁷. No hay mucho que los vi yo. Era la batería del 12’40, con cuatro cañones.

Diz él:

—No, era “la Leona”.

—Coño, sí, me suena “la Leona”. Sí, sé que había un cañón allí sólo. Llamábanlo “la Leona”, que non sé aquél d’ou venía, de Checoslovaquia o de non sé donde. Llegaba como d’equí allá alante. Aquello non tenía elementos de precisión ni nada. Había que tirar como el que tiraba con una espingarda. Era tamién, non sé si del 40, eran unos proyectiles grandísimos.

Diz él:

—¡No, pues fue “la Leona”!

Digo yo:

—¿Que fue “la Leona”?

Diz él:

—Sí, está en la fábrica de Trubia²⁸, tengo yo fotografías. Está allí arrestáu porque fue el cañón que tiró la catedral.

Digo yo:

—¡Tas preparáu! Eso fue una patraña que vos metieron a vosotros, los alumnos — porque él había sido alumno de la fábrica de Trubia.

Que el cañón que tirara la catedral, que taba arrestáu en Trubia porque tiró la catedral. Y allí está tovía.

Y digo yo:

27 Pepín Rodríguez (Colloto, 1886–La Habana, 1954), fue uno de los más importantes industriales tabaqueros en Cuba y propietario de la fábrica de tabacos “Romeo y Julieta”, que costeó la escuela pública de Colloto, construida en 1910. Actualmente el edificio alberga la sede de la Escuela Municipal de Música.

28 Se refiere a la Real Fábrica de Armas de Trubia, creada a fines del siglo XVIII. Posteriormente se abrió la Fábrica de Armas de Oviedo y en 1808 la fábrica de Trubia se convirtió en sucursal de ésta. En la actualidad se encarga de la construcción de obuses y blindados para el ejército.

—¡Pues pueden fundirlo y facer más con él! Que el que tiró la catedral fueron los cañones del 12'40, la batería que mandaba fulano de tal, y yo era el sargento de la cuarta pieza.

Y ¡bah!, quedó cortáu, quedó cortáu. Porque les hicieron creer a todos los alumnos de Trubia que el de la catedral que había sido “la Leona”. ¿Pero de dónde sacan eso? Pero bueno, cuando sacan muñecos que hablan, pueden sacar cualquier cosa. ¿Non te toi diciendo que tábamos en San Esteban de las Cruces tirando con los cuatro cañones? Había más cañones en casa'l carajo, pero en aquel momento non taba tirando naide allí, ni taba naide mandando cañonazos a la catedral más que el teniente Caravera. Y yo era el sargento jefe de la cuarta pieza. Y a los otros les hicieron ver que el que tirara la catedral que era aquel cañón que tienen en Trubia. Debe estar allí tovía si nu lo tiraron al río. Allí lo tendrán, sí²⁹.

LA RENDICIÓN DE ASTURIAS

Y luego la guerra ya se terminó. Y yo vine pa casa. Cuando salimos de Colloto p'acá, yo tenía, como sargento, un revólver mejicano del 42. Pesaría cinco kilos. Si lo garras así po'l cañón y das a uno en la cabeza, seguro que-y abres la cabeza en dos. Era nuevo, blanco, porque habíalos negros tamién; pero a mí tocóme uno blanco. Y cuando salimos de Colloto p'acá, yo con los trapucos que tenía de militar, nada, yo venía p'aquí pa Pulide. Yo nunca me metiera con nadie. Bueno, a ver en qué para la cosa. A mí, ¿qué carajo? ¿Pa qué me voy tirar al monte? ¡Qué coño!, yo voy pa casa. ¡Que me parta un rayo ya de una vez!

Conque venía pa casa con un macutuco, lo que llevaba y traía, que venía a veces a casa a cambiarme de ropa desde Colloto. Y cogíamos el tren p'acá de Villabona, en un túnel que hay p'acá de Villabona, porque en Villabona tiraban cañonazos los facistas. Y bueno, veníamos hasta Avilés, y de Avilés aquí andando. Bueno, nada, el caso ye que yo, aquel día ya se terminó la contienda y de Colloto salí p'acá. Los otros eran todos de Villaviciosa, de la cuenca minera, de p'aquí no había ninguno en la mi batería.

Salí p'acá co'l mi revólver y mi equipo. El revólver traíalo escondió en el mochiluco aquel, por... a ver qué vida me daba con él yo. ¿Pa qué lo diba a tirar? ¿Pa qué lo diba a dejar allí? Veníamos ahí por Lugones p'acá, y pasaban camiones cargaos con gente

29 La torre de la catedral fue tomada como un desafío a la puntería de las baterías republicanas que cercaban Oviedo, especialmente para las situadas en el sector de San Esteban de las Cruces, al sur de la ciudad y en una posición dominante sobre la misma. En el curso de la ofensiva republicana de febrero sobre Oviedo la flecha de la torre quedó totalmente destruida. De los ochenta y dos metros de altura quedó reducida a sesenta y cuatro. Según Manuel Rivero Sánchez (Odisea y gesta de Oviedo), impactaron en la torre 148 cañonazos y fue totalmente desmochada en febrero de 1937. De la “proeza” se jactaban varios artilleros republicanos, y parece que hay que atribuirla a una batería de obuses del 15'5 conocida popularmente como “la Leona” que disparaba desde San Esteban de las Cruces. Cfr. Javier Rodríguez Muñoz, *La Guerra Civil en Asturias*, p. 492.

que marchaba, otros que diban... Y veníamos yo y otro, otro que venía de un batallón de la D, de prisionero facista, que llamaban Constante. Tenía un año más que yo y conocíalo bien, pero era facistuco. Venía de un batallón de la D, que decían, un batallón de trabajadores. Veníamos carretera acá, hacía calor aquel día, fue a mediaos de octubre cuando se rindió Asturias³⁰; que otros dicen “liberar”, pero como yo non sé de qué la liberaron no empleo nunca la palabra “liberar”. La liberación sería pa ti, pero yo pa mí non vi liberación ninguna, quedé como taba. Entonces ya tenía yo veintidós añinos.

Pasaba un camión y de allá a un poco pasaba otro. Y parar... ¡los cojones!, non paraba ninguno. Fíjate tú la edá y el poco miedo que tienes en esos casos, porque pierdes el miedo, si no, no había guerras. Digo yo: “¡El próximo que venga, para!”. Pero tamién podía parar yo contra la cuneta. Y en cuanto vimos a uno venir, poso la mochila en medio de la carretera, saco el revólver... ¡paró en seco! Pero fíjate tú lo mal que calculé, porque allí venían soldaos, venían milicianos allí a saborear la derrota. Podía alguno traer el arma y pegarme un tiro y seguir por riba de mí, y tan tranquilo. ¡Allí non pasaba nada!

El caso ye que el camión paró, y montamos. Y ellos non fueron bobos tampoco, enseguida se deshiciéron de nosotros. Pero anduvimos p’acá una partida de kilómetros, de La Miranda p’acá, contra Cancienes o por ahí. Pero aquéllos dijeron que diban non sé pa donde. Como vieron que nosotros veníamos en dirección a Avilés, ellos dijeron que se diban meter por allí. O sería verdá que diban por allí. Entonces nosotros apéamonos y ellos marcharon pa otro lau y nosotros carretera acá. Y entramos por fuera de Avilés pa non pasar por Avilés; porque la columna de Pravia podía estar por ahí.

Y llegamos a casa, y yo venía co’l mi revólver tovía. Pero a otro día ya pintó aquí un amigo mío, de derechas tamién, a buscar el revólver. Porque, claro, díjo-ylo el otro. El Constante díjo-y que Emilio que viniera y que trajera el revólver. Vino a buscar el revólver Aladino. Constante murió pronto, tuberculoso. Aladino murió hay poco tiempo. Pero nu-y di el mío. Di-y otro que tenía aquí el mi hermano. Un Smith ya vieyo. Digo yo: “El otro ¿qué sabe?”. Di-y el Smith y allá marchó co’l Smith más contento que Dios, pero yo quedé co’l 42 aquí escondió.

¿Pa qué voy seguir con esos pormenores? Porque después mataron ahí un alcalde en Illas, que lo mató... dícese que lo mató el cabo de la comandancia de la Guardia Civil, que no sé qué le pasó con el alcalde, que echólo de ahí porque era un ratero el guardia civil aquel. Y luego, de allá a un año o dos, dicen que vieron por ahí al cabo aquel. Y una noche, cuando fue la familia a catar, mataron al alcalde en casa. Y se supone que

³⁰ La rendición de Asturias tuvo lugar el día 20 de octubre de 1937, cuando el “Consejo Soberano” y el Estado Mayor abandonan Gijón. Al día siguiente las Brigadas Navarras entran en la ciudad, la resistencia se desmorona y desaparece el Frente Norte. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 849-854.

fue el cabo ese, por lo que le ocurrió co'l alcalde; pero quedó tapáu, non se llegó a averiguar. Pero, ¡coño!, al matar al alcalde querían sacar el criminal de entre los sospechosos, entre los de izquierdas. Y vien aquel cabrón, llévanme allá pa Avilés detenido, la Guardia Civil de Avilés. Y en Avilés ya non llegué al cuartel. Ya allí un comerciante dijo que no, que por éste que respondía él. Ya murió el hombre, queda una fía.

Y bueno, el caso ye que de allí mandáronme pa casa. Y cuando venía pa casa, taban en comercio de Moire, aquí en Pillarno. Había gente aquellos días que se acabara la contienda aquí, y sal un jiribillucas allí, morenuco. Era policía secreta de Madrid. Conócese que dentro daquién y-dijo que ése que iba ahí tamién era de la calaña. Era ya de noche. Y vien y empieza a preguntarme. Conócese que lo informaran del revólver. Y yo nu-y dije que era sargento, porque yo me cuidé muy bien de que el público non viera que yo era sargento, ni actuaba de sargento porque veía lo que diba a pasar.

Digo yo:

—Sí, pasó esto. Yo era cabo del ejército y aquí empecé la guerra de cabo y de cabo terminé. Y claro, yo como estaba en artillería el arma reglamentaria que tenía era un revólver. Y ese revólver, pues yo lo traje y lo entregué a fulano de tal.

Y le di el nombre de a quien lo entregara. Y dizme el facistuco aquel:

—Oiga, ¿y entonces usted traía un revólver como si fuera una patata?

Digo yo:

—No, no, perdone. Yo lo sé manejar muy bien. Tenía el revólver porque era el arma reglamentaria que me correspondía. Y por lo tanto la traje pa casa pa entregarme yo con el arma cuando llegara la hora. Y yo la entregué a fulano.

Pero el otro borrego diz que si yo tenía un revólver cuando la guerra como si trajera una patata en bolso. ¿Entonces con qué se come esto? En la guerra, del bando contrario ¿que tiran con patatas? ¿De dónde saca esi babayu eso? Pero esto ye cosecha mía...

Y fuimos yo y él a casa del fulano, que eran facistas todos. Y el fulano non se presentó, presentóse el padre. Y allá él se las arregló, porque un tío d'él era alcalde de Candamo, de que el revólver cuando me lo cogió a mí que lo entregó al alcalde de Candamo. Y eso quedó ahí. ¡Ahí ya cortamos!

LA COMISIÓN CLASIFICADORA DE PRISIONEROS

Yo no era político de nada, pero cuando empecé a la escuela en Reznera, que ya tenía yo catorce años, había uno que tenía trece, que está ahí tovía, tien un añín menos que yo... Y él tenía un hermano que tenía un añín más que yo, tenía quince por aquel entonces, y taba estudiando pa maestro, porque era de gente un poco rica. Y éste diba

a la escuela a Ventosa y yo non diba a la escuela a ningún lau. Yo pasaba por delante de casa d'ellos recogiendo leche. Y cuando se abrió la escuela de Reznera, los de por ahí que diban a Ventosa ya vinieron pa Reznera.

Y como yo diba con intención de poder aprender a leer, escribir y contar, que se decía en aquel tiempo, pues yo diba pensando en eso, non diba pensando en maridinas. Al poco tiempo de dir a la escuela, con un maestro de Salamanca que se llamaba Amable González, que tenía veinticuatro años, buen maestro el hombre, pues yo enseguida sabía más que los otros. Porque los otros non sabían nada, diban a la escuela a Ventosa pero como si están ahora a la escuela tovía. ¡Nada de nada! Pero yo, claro, enseguida descuellé, porque yo iba a lo que iba. Y ése, que ahí está tovía, tomóme tirria a mí en la escuela porque, claro, como tenía el hermano estudiando pa maestro, y él era bastante desarrolláu, parecía que tenía más tiempo que yo, y tenía a mengua dir por debajo. Cuando empezamos a la escuela él sabía más que yo, pero claro cuando echamos allí dos o tres meses enseguida sabía yo más que todos ellos. ¡Voláu! Y noté yo que aquel elemento... nu lo nombro porque non... ¿pa qué?, se sobreentiende de quien toi hablando perfectamente, pero nu me da la gana nombrar el nombre. A la hora de la verdá, cuando ya vino la guerra ya yo marchara pa'l ejército voluntario y él quedó aquí como los demás, de chaval, de mozo. Y después cuando la guerra vine y anduve por aquí, y siempre veía yo que aquél me miraba un poco mal, pero yo nunca me di por sentíu. Y cuando me cogieron prisionero como a todos, pues había la "Comisión clasificadora de prisioneros y presentados" que formó aquí el bando que triunfó. Porque yo non digo que "Franco" ni los "nacionales", porque nacionales éramos todos. Si somos todos de esta nación, somos todos nacionales. Y a Franco no lo nombro nunca porque me da asco nombrar el nombre. Me da asco y no lo nombro. Pero cuando aquella contienda formaron unas clasificaciones de prisioneros y presentados, y los que cogieron por aquí en la zona roja, que nos cogieron a todos prisioneros, pues había que pasar po'la comisión clasificadora de Luarca. Y allí en la comisión clasificadora, pa clasificar a los de esta zona, taba el amigo mío. Taba allí sentáu, y según entrábamos uno y otro, uno y otro, ese chaval era el que clasificaba. Salías con la clasificación de "utilizable" o "no utilizable". Y yo salí con la de "no utilizable". Conque allí me pusieron a un batallón de trabajadores. Y de por aquí había unos catorce "no utilizables". Bueno, ¡pa'l batallón de trabajadores!

EL BATALLÓN DE TRABAJADORES

A los "no utilizables", de Luarca nos mandaban a la caja de reclutas de Pravia. Y allí había... las fuerzas que venían de Bilbao p'acá traían un batallón de trabajadores con ellos, arreglando pistas, y paró en Soto Dueñas a arreglar una voladura, que volaran una montaña allí de roca y marchó co'l ferrocarril y la carretera todo al río. Y aquello había que trabajar allí mucho porque había que hacerlo a mano. Y había un batallón de trabajadores, el número 15, y se ve que tenía bajas o qué sé yo, y pidieron gente a la

caja reclutas de Pravia. Y en Pravia, sin saber por qué ni por qué no, a los catorce de Candamo nos mandaron pa'l batallón de trabajadores número 15, pa Infiesto. Tenía las oficinas en Infiesto, pero el batallón taba en Soto Dueñas. ¡Estuvo simpático aquello! Salimos p'allá una lista de embarque sin más jefe ni más escolta ni más hostias, camín de allá. Llegamos a Oviedo, presentámonos allí en El Milán, y en El Milán nos dieron de cenar³¹. Me acuerdo que eran lentejas como si fuera engrudo pa hacer paré. Y bueno, aquello venía bien. Cenamos allí y allí dormimos entre los soldaos. Y a otro día po'la mañana, ni cortos ni perezosos, que pa Infiesto. Pero non teníamos ni en qué ir. Namás que había que dir pa Infiesto como fuera. Y allá llegamos a Infiesto al otro día o a los dos días. Un día o dos nos llevó llegar de Oviedo a Infiesto. Y en Infiesto nos dirigieron a Soto Dueñas. Y allí nos arrimaron a un batallón de trabajadores. Vivían en Soto Dueñas y taban cobijaos en unas cuadrucas... en la misma carretera taban las cocinas y taban las oficinas. Y el jefe era un gallego que era teniente de mutilaos, faltába-y una pata de la guerra de Melilla. Y allí taba de teniente, ¡más mala persona que la puta madre que lo parió! Pero bueno, taba allí de jefe. Y allí estuvimos trabajando hasta que se dio paso al tren y a la carretera. Y de allí nos mandaron pa Sabiánigo, pa los frentes de Aragón. Y allá que diba el teniente Castro tamién con nosotros. Era mala persona, pero nos fue bien con él. Tendría sesenta años poco más o menos, faltába-y una patona, y andaba con una pata de palo y una muletona. Y allí enamoróse el hombre en Sabiánigo, enamoróse de una rubia.

Y allí, en la primera compañía del batallón de trabajadores número 15, nosotros tábamos bastante bien. Había un sargento allí, un tal Mena, un gorrionzucu... ¡Non tenía por una hostia!, pero no era mala persona. Porque siempre decía: “Vamos a ver, doy una orden y como si no la diera. ¡A ver, levántense o quito el cinto yo!”. Pero nunca un cintazo dio a naide, era un paisanín, un cazurrín... buena persona. Y allí en el batallón de trabajadores pedían gente pa transmisiones, pero nosotros tábamos a gusto allí y non quiso salir nadie. Pero el teniente Castro taba tan enamoráu de aquella rubia... era de bastante buena presencia, non sé qué raza tenía ni la situación d'ella. Pero el caso ye que cuando vino la orden de marchar, el hombre tan enamoráu taba de aquella elementa que púsose a echar un discurso allí el día que marchó: “Para que veyan...—él hablaba en gallego— para que veyan lo bien que nos portamos, que estos hombres están aquí en estas condiciones y les viene la libertá a algunos y prefieren seguir conmigo, para que veyan si yo soy buena persona...” Y dijo cuatro babayadas poco más o menos así, y por último dio las “vivas” de rigor: “¡Viva España!”, “¡viva Franco!” y “viva” no sé qué... y “¡vivan las chicas rubias!”. ¡Coño!, ¡ahí queda eso!

31 Construido a principios del siglo XIX para albergar el Seminario Conciliar de Oviedo, este edificio fue ocupado parcialmente por el Regimiento de Infantería Milán en 1917. A partir de 1921 se convierte en Cuartel del Milán hasta que en 1985 el ejército fue trasladado a las dependencias militares del Cabo Noval, en Siero. Posteriormente el edificio principal y sus dependencias fueron cedidos a la Universidad de Oviedo, dando lugar a la creación del actual Campus de Humanidades del Milán.

Conque marchamos de allí, y el cabrón d'él a aquel grupo que andaba alrededor d'él siempre nos trató bien. Tuvimos suerte, porque era mala persona. Pero aquel grupo que andaba alrededor d'él, entre ellos era yo, estuvimos los dos años con él y siempre nos fue bien. Comíamos bastante bien y no nos maltrataba. Yo no puedo decir que lo pasé mal, pero otros muchos batallones de trabajadores que nos encontrábamos iban desnudos, esgarrapios³², con las carnes al aire y sin comer, y trabajando en formas que no son de trabajar personas.

Y allí en el batallón de trabajadores, pues no tengo ninguna cosa que señalar. Prisionero como todos los prisioneros, haciendo de burro de carga como hacen todos los prisioneros. Y ¿pa qué voy a puntualizar las circunstancias del batallón de trabajadores? ¡Pa nada! Un prisionero más. Hice de burro de carga como los demás, pasamos hambre alguna vez, no mucho tiempo, por circunstancias que no vienen tampoco aquí al caso, porque había modo de comer.

Y en Sabiñánigo paramos poco, estuvimos allí un poco tiempo hasta que los frentes se fueron moviendo, y nosotros detrás. Estuvimos en Tarragona, estuvimos en Sangüesa, estuvimos en... ¿qué sé yo?, una partida de pueblos por ahí en todo el Alto Aragón. Nosotros íbamos con la columna esa del Alto Aragón. Las tropas diban caminando porque tienen que ir ocupando terreno, y nosotros díbamos detrás, claro, díbamos todos caminando. Y después, últimamente, dieron la guerra por terminada el primero de abril del año 39. Los últimos días de marzo ya se rindiera Madrid, pero querían darla por terminada el primero de abril. Y nosotros... claro, había que ocupar el terreno, pero había el peligro de que los individuos que estuvieran en la zona roja que tuvieran peligro de muerte de verdá, que se podían hacer francotiradores, ¿comprendes? Y entonces pa ocupar terreno iban los Regulares de África y el Tercio y toda esa camándula, porque ya no metían a los probes soldadinos que habían lucháu los tres años de guerra. Y entonces pa camilleros d'ese ganáu metían trabajadores, porque ya non corrían el peligro de que nos pasáramos pa'l otro lau porque la guerra ya se acabara. Y entonces yo estuve de camillero con el Tercio, pero había otros que diban de camilleros con los Regulares, ocupando pueblos por ahí.

Y una cosa muy simpática, que está bien que quede grabáu ahí. Díbamos por un pueblucu, que non sé qué pueblo era ni el coño que lo pintó, pero ya era po'la provincia de Cuenca o por ahí sería, y salían po'las ventanas dando vivas a tal, vivas a cual, vivas a no sé cuantas. Y diban las tropas caminando y los trabajadores llevábamos un gorro blanco, redondo, pa distinción de que éramos prisioneros. Y estuvimos caminando tres días y dos noches sin parar, pa ocupar el terreno. Y venga a caminar, y parábamos a lo mejor dos horas y otra vez p'alante. Y entonces, como díbamos arrimaos a aquellas otras tropas, comíamos normal, era la misma cosa pa todos. Y pasamos por un pueblo, un pueblucu no muy grande, era una hilera de casas, y salió una mujer

32 *Esgarrapios*, en asturiano, "desharrapados, andrajosos".

al balcón gritando: “¡Viva la Guardia Civil!”. Y había un sargentucu allí del Tercio, y según diba caminando, dio dos pasos p’atrás y diz él:

—¡Menez cuento, zeñora, menoz cuento! ¡Ze ve que nunca le han zurrao la badana!

Aquella paisana metióse pa dentro, debió pensar ella:

—¡Pa mi idea que éstos son rojos tovía!

Y en Sangüesa, el primer grupo de prisioneros de aquí de Asturias que llegó a Sangüesa, que era la terminal del ferrocarril, allí termina el ferrocarril a la orilla del río Gállego, y llegaban los de aquí en ferrocarril hasta allí, y de allí diban en camiones p’aquí y p’allá y pa’l otro lau... Y el primer grupo de prisioneros que llegó a Sangüesa, paraba el tren allí contra un turrio y había un puentucu que salía de la estación y había una calle que iba al medio’l pueblo adelante. Y el primer grupo de prisioneros que pasó, la gente del pueblo de Sangüesa nu los esperaba en la calle, esperábanlos por los balcones. Y ellos diban a la calle alante pa un barracón que había en un sitio y los metían allí, y diban escoltaos los prisioneros pa meterlos allí a dormir, y de allí sacarlos mañana en camiones pa otro sitio. Y entre ellos diba uno que fue parar al batallón donde taba yo, y estuvimos juntos en batallón bastante tiempo, que él era de Mieres y se llamaba David, nunca supe el apellido, namás que era un rapaz más viejo que yo y se llamaba David, y era rubio, bastante buen paisano. Y de los chiquillos y las mueres que taban mirando por los balcones, un chiquillo dijo a la madre:

—¡Mamá, mamá!, ¡pero si no tienen cuernos!

Porque una revista que había, que llamaban *La Ametralladora*³³, pintaba a los rojos con cuernos y rabo.

Y entonces el David ése, según iba caminando diz él:

—¡Cuernos tendrállos tu padre, hijoputa!

LOS MUERTOS DE LA BATALLA DEL EBRO

Y después, al año de la batalla del Ebro, nos mandaron p’allá al batallón 136 a recoger cadáveres. Y estuve yo como prisionero allí, en Mora de Ebro, pañando cadáveres. Yo diba con un mulo y unos aparejos recogiendo los cadáveres que pañaba con una pala.

33 *La Ametralladora* pertenece al grupo de publicaciones bélicas aparecidas durante la guerra civil con el propósito de denigrar al bando contrario. El primer número salió el 25 de enero de 1937 en Salamanca, editado por la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda de la zona franquista, con el nombre de *La Trinchera*; pero al coincidir este nombre con el de otra revista del bando republicano, cambió a *La Ametralladora* a partir del tercer número. Esta revista, que llevaba el subtítulo de “Semanario de los soldados”, dejó de editarse el 21 de mayo de 1939.

Un muerto, al año de estar a la intemperie, pesará entre siete y ocho kilos, más non pesa. Non ye más que los huesos y el pelleyín seco, pegáu a los huesos. Pero había alguno con oro en la boca. Y todos los que cogíamos, lo primero que mirábamos era a ver si tenían alguna pieza de oro en la boca, pa quitársela. Y parte del oro que tengo yo en la boca fue cogido a los cadáveres de la batalla del Ebro en Tortosa. Yo llevé dos piezas, dos casquillos de oro, y en el año 40 las llevé a un dentista de Avilés y me las puso en la boca precisamente pa marchar pa Valladolid. Yo di-ylas al dentista pa que me las pusiera a mí. Él, el oro fundiríalo con otro, pero pa mí, moralmente, los dientes de oro que tengo en la boca fueron cogidos a los cadáveres de la batalla del Ebro.

Nosotros llevábamos una pala de palear tierra, y a mí me asignaron un mulo, un mulín negro muy noble, muy bueno, con unas parihuelas. Y yo diba co'l mulo aquel, y los otros prisioneros se extendían po'las montañas aquellas mirando aquí y mirando allá a ver si encontraban algún cadáver, porque los cadáveres taban donde menos lo pensabas. Y cuando veías un cadáver, lo cargabas en el mulo, que llevaba unas parihuelas, y cargabas uno de cada lau y seguías co'l mulo de ramal, y dibas echando los cadáveres pa'l mulo y después llevabas el mulo con dos o tres, o cuatro, o los que fueran, y los llevábamos pa un cementerio. Y allí los tiraban, ¿qué sé yo lo que facían d'ellos? Enterraríanlos, digo yo. Nu nos parábamos a ver... una vez que te metes en esa refriega, la persona pierde el sentíu de la personalidad, no-y das importancia. Entonces llegabas co'l mulo y te llamaban pa tal sitio, y ibas p'allá y taba allí el muerto. Todos eran rubios, claro, al año de estar a la intemperie el pelo cambia de color, y todos eran rubios. Y podían pesar... yo no pesé ninguno, pero calculo que podían pesar entre seis y ocho kilos. A diez kilos no llegaba ninguno, por grande que fuera. Non pesan nada. Garrábaslos con la pala, así todos enterizos, y tirábaslos enriba'l mulo y... ¡hala!, ¡uno más! Y después ibas otro poco más allá y cogías otro y... ¡hala, otro! Taban todos con uniforme militar, sí. El ejército rojo tenía uniforme militar; pero no había ninguno con zapatos. Yo, de los que me tocó recoger a mí, no vi ninguno con zapatos, porque parece ser que los de la zona roja tenían buen calzáu, no sé si es porque había fábricas de zapatos en Cataluña o porque venían de Rusia o qué sé yo. Y cuando morían, los soldaos del ejército facista lo primero que-ys quitaban eran los zapatos, porque ellos andaban mal calzaos. Y yo cargué varios en el mulo mío, sí, y los llevábamos pa un cementerio. Bueno, yo al cementerio nunca llegué, descargábamoslos en un montón y después non sé qué camín les daban. Non sé después que facían con ellos, nunca me enteré, ¿pa qué? ¡A mí qué más me daba!

Y allí en Mora de Ebro, los tendidos eléctricos y las casas y todo, todo lo partiera un rayo. Aquello quedó deshecho completamente cuando la batalla del Ebro. Y yo diba a caballo'l mulo y había palos de la luz tiraos po'l suelo, y cables p'aquí y cables p'allá. Y una vez pues el mulo se enreda en los cables, y los cables tenían corriente, y yo diba a caballo encima del baste y yo non tocaba el mulo, porque el mulo llevaba el baste. Y el mulo, al tocar los cables, la corriente lo tiró. Y él non quedó muerto en

el acto, se ve que la corriente non tenía tensión bastante pa matarlo, que él empezó a batirse y a batirse... Y yo, claro, al verlo batirse allí entre aquellos cables digo yo: “¡Me cago en su madre, esto tien corriente!”. Y entonces yo taba un poco más ágil que ahora, me agarré al baste así como pude y me puse de pies encima del baste, porque a mí no me daba la corriente, y pegué un salto como si fuera un gorrión. Pegué un salto a casa'l carajo pa apartarme del mulo y de los cables. Y salté en dirección donde no hubiera cables, porque si me coge la corriente a mí, seguro que no la resisto. Pero el mulo non murió, coño, cuando se desenredó de los cables salió corriendo y perdímoslo de vista. Y eso que era un terreno bastante llano, eran varios kilómetros. Y tovía veíamos al mulo allá a lo lejos sacar polvo a toda mecha. Y después supimos que fuera a parar a un pueblo que llaman Tafarella. Y allí fue a parar el mi mulo. Yo nunca más el mulo vi, nin sé qué camín llevó.

Y una vez que se terminó el cautiverio de prisionero, vine pa casa. En noviembre o diciembre vinimos en libertad algunos prisioneros. Otros quedaron allá tovía y alguno entregó la pelleja allá. Esto en el 39. Así que en noviembre o diciembre llegué yo a casa. Y se terminara la guerra el primero de abril. Y nu me tenían por qué haber mandáu al batallón de trabajadores, porque mi padre sí, era de izquierdas, votaba po'las izquierdas, pero yo de chaval nunca había pertenecíu a ningún partido político de ninguna clase. Yo de política, nada. No sabía nada de nada, ni quería saber nada; pero la política me la fueron metiendo luego en la cabeza, que ahora sí soy político de verdad.

NUEVA INCORPORACIÓN A FILAS

En el año 40, cuando el ejército facista se puso a invadir la Unión Soviética, había que movilizar gente pa dir mandando la División Azul p'allá. Y entonces movilizar quintas era mal visto por los países que llaman “democráticos”. Y entonces aquí pa movilizar gente llamaron al servicio a todos los del 36 p'arriba que no hubieran servido con “el Gallego”. Non sé si me entenderéis, porque me da asco nombrar el nombre de esa porquería. Vosotros nombráilo como queráis, que tampoco quiero yo meterme en sentimientos ajenos. El ejército del “Gallego” moviliza pa dar satisfacción al borrego de Hitler, porque lo considero un borrego más como “el Gallego”. Eran los dos a cual más borrego.

Claro, el llamar una quinta pa mandar pa la División Azul y pa esa porquería llamaba la atención ante los demás países. Y entonces estos políticos de aquí llamaron quintas de todo el territorio español que no hubieran servido con “el Gallego”. Llamaron a todos los del 36 en adelante, porque el servicio taba del 35, non taba del 36. Yo taba porque era voluntario. Pero la quinta del 35 fue la que hizo la revolución el año 36. Y entonces, los del 36, los que llamaron los rojos, non sirvieran con “el Gallego”. Y entonces opinaron movilizar a todos los que no sirvieran lo suficiente con “el Galle-

go". Y yo era movilizáu porque yo era del 36, y yo con "el Gallego" non sirviera nada. Y los del "Gallego" del 36 sirvieron hasta siete años. ¡Me cago en tal!, ¡a mí quedábanme por servir siete años encima de dir voluntario de diecinueve y pasar todo lo que pasara! Y tenía que ingresar, como ingresé. de soldáu, en junio del año 40 a servir todo lo que sirviera la quinta mía. Y lo demás, ¡borrón y cuenta nueva!

Y allá que voy yo pa Valladolid, de soldáu pa'l regimiento San Quintín, habiendo sido cabo en el regimiento de artillería a caballo y sargento en el ejército de la República. Y de lo que más me acuerdo en Valladolid fue de un cabo primero, que cuando yo serví no había la categoría de cabo primero, pero entonces sí. Ya fixeran pa sacar los cabos, tantos cabos como había que no iban a ascender nunca. Como no había sitio pa sargentos, fixéronlos cabos primeros pa paga-ys poco y que hicieran el servicio. Y allá que pego yo con los huesos en San Quintín. Y allá que empiezo yo a mover hilos a ver cómo yo podía demostrar que... porque el que va voluntario al ejército, desde el momento que sienta plaza de soldáu en el ejército, pertenece a la quinta de los que están sirviendo cuando él sentó plaza. Y por lo tanto, como yo senté plaza el año 35 y serví como soldáu del 35, tenía perfecto derecho a no ser movilizáu como soldáu del 36. Y hice las solicitudes todas que me correspondían, pero todo ello... ¡amigo!, "el Gallego"...

Bueno, "el Gallego" no, porque yo contra "el Gallego" non tengo nada tampoco. El borrego aquel ¿qué carajo sabía lo que hacía? Pero todo aquello que yo solicitaba, aquello nada. Aquello, borrón y cuenta nueva. Yo era Milio González Rodríguez, fío de Laureano y de María, que nací en tal día, por lo tanto de tal quinta y... ¡p'álante! Allí tenía que servir los años que me faltaban como los demás. Y un buen día, cuando menos lo pensaban...

Pero hubo otra cosa po'l medio. Yo me fijaba algunas veces, cuando tenía ocasión, que en todas las listas donde figuraba el nombre mío, delante del nombre normalmente cuando hay algo suele ponerse "ojo". Pero cuando non se quier poner "ojo", ponerse una cosa así [dibujo de un ojo] Entonces, en las listas donde figuraba yo, todo el tiempo había una cosa d'esas con un puntín en medio. ¡Coño, mira!, ¡aquí toi yo dibujáu!

Y un buen día, estando en el Pinar de Antequera, se incendió un polvorín, el mayor. Yo saliera de guardia a las doce en punto. Allí tábamos haciendo servicio en los polvorines, en el Pinar de Antequera. Entrábamos a las doce del día y salíamos mañana a las doce del día. Tábamos veinticuatro horas de guardia y veinticuatro de descanso. No hacíamos más servicio. Aquel destacamento taba expresamente pa eso. Y yo salí a las doce en punto a comer, allí al comedor. Y aquel día, hacia las dos de la tarde del 20 de setiembre se prende el polvorín. Y yo estuviera de guardia, de centinela, en ese mismo polvorín, ese día hasta las doce del día. Y hacia las dos de la tarde se prende el polvorín.

Y el polvorín tenía dieciséis chimeneas como las de los barcos, que tienen esa vuelta así p'abajo pa que entre la ventilación. Tenía dieciséis, era el mayor. ¡Salía fumo po'las dieciséis chimeneas como si fuera una locomotora! Y ocurrese a aquella porque-ría de gente, non sé quién lo ordenó, ocurrese-y desmochar los tubos aquellos y palear arena por encima de los tubos pa apagar el fuego con arena. Y bueno, una alarma allí de la virgen. Y yo como ya venía de vuelta de todas partes, digo yo: “¡No, p'allí non voy yo a echar arena! ¡No!, ¡pa mí está bien así!”.

Y había un vecín de aquí, que tovía vive ahí n'Argañosa, que fue caminero y somos de una quinta. Y cuando voy a ver, véolo con una pala en la mano pa dir echar tierra allí. Vino un destacamento de zapadores de Valladolid, y vino no sé quien de La Rubia tamién. Había de sesenta a cien hombres echando tierra allí. Y veo yo allí al mi vecín con la pala. Digo yo:

—¡Me cago en tal!, ¿áu vas con eso?

—¡Coño, vamos p'allá!

Garro la pala, métome así detrás de un pino, mando la pala a casa dios.

—¡Venga, hombre!, ¡larga de aquí! ¡La pala que-y den po'l culo, hombre!, ¿qué vas dir allá?

Conque allá largamos los dos. Yo esquivando y él detrás de mí —que ahí está tovía— Y fuimos esquivando, corriendo, porque cuanto más lejos del polvorín, mejor. Y cuando ya díbamos muy bien lejos, ¡me cago en tal!, pegó una explosión ¡brrrruuuum!, así como pequeña, ¿eh? Pegó una explosión pequeña, pero detrás... ¡detrás solmenó otra, compañero...! ¡Subió una nube negra allá al quinto coño! Nosotros tábamos a más de medio kilómetro, ¿eh? ¡A más de medio kilómetro! ¡Pero llovía por encima de nosotros cascotes de hormigón! Y yo metíme en una casa de campo que había allí, y con esta mano pegué a la ventana pa colocarme en la ventana como te dije que me había colocáu en Salas. Que tovía tengo la cicatriz en esta mano. Y allí me coloqué en la ventana porque llovía hormigón allí por los cuatro costaos, ¡pero piezas de más de quinientos kilos! ¡A más de medio kilómetro! Esa fue otra. No, eso está bien que quede grabáu ahí³⁴.

Nosotros largamos de allí, porque salió una nube negra... tan extensa y tan negra... y entonces venía el aire y yo corrí en dirección a donde la nube no me cogiera. Porque digo yo: “¡Igual hay gases!” Era durante la Segunda Guerra Mundial, y digo yo: “¡Vete a ver lo que había allí dentro!” Y corrimos más bien acercándonos a ella pa non correr pa donde nos pudiera coger la nube aquella. De la corrida que dimos

34 El 21 de septiembre de 1940 se produce el incendio y la explosión del polvorín situado en el Pinar de Antequera, causando más de un centenar de muertos, hecho éste que fue silenciado por el régimen franquista.

pasamos por una casa que se ve que la gente también salió despavorida, y quedaba a la puerta de casa un costurero, con tijeras y con mediucas de estar allí cosiendo. Eran unas tijeras bastante buenas. Y había medias de mujer allí. Conócese que taban repasando o eso. Y díbamos los dos corriendo, el otro y yo, pero... ¡a toda mecha! Y yo diba en dirección a donde veía que el aire no me podía coger. Porque tábamos como a medio kilómetro de distancia, pero la extensión era bastante grande, tenía bastante diámetro la nube aquella. Pero tovía a mí se me ocurrió coger las tijeras. Las tijeras non quedaron allí. Digo yo: “¡Coño, éstas son la cuenta pa cortar las uñas!”.

Hala, corrí con las tijeras a toda mecha, y el otro tras de mí. Y con aquellas tijeras hice yo al compañero barbero. El barbero que teníamos en el destacamento partiéralo un rayo. Non sé si taría de centinela entonces, si es que fue a echar tierra con los otros. Del destacamento aquel, quedamos los que tábamos allí de servicio que non pañaron pa dir a echar tierra. Quedamos pocos de aquel destacamento. Y, coño, el barbero era uno de los que desaparecieran. Y digo yo: “Pues ahora, con las tijeras más y el peine tuyo, voy facerte yo barbero”. Enseguida preparamos el asunto, siéntome yo allí y digo:

—¡Toma, córtame el pelo!

—¡Coño!, ¿quién corta el pelo?

—Éste, que ye barbero. Allá en pueblo era el barbero que teníamos.

Y allí estuvo el hombre cortando por mí, y cuando yo me levanté sentóse otro, y después otro y... ¡barbero! ¡Hícelo barbero!

Bueno, aquello pasó. Pero veía yo que andaban en averigüaciones, y yo ya taba con idea de largar de San Quintín. Yo non taba dispuesto a echar seis años allí de soldáu, ni la puñetera su madre. Tábamos en plena Guerra Mundial. Era el año 40. Digo yo: “¡No, home, no! Yo me juego la vida donde sea, menos aquí limpiando mierda. ¡Qué carajo!”. Y, coño, con aquel tingláu, como vi yo que andaban tocando el punto un poco... que ahora voy contar un chiste que coincide con esto otro:

Fue una vez un gitano a confesar. Y, claro, de doctrina non sabía nada. Y entonces el cura, pa echa-y la ausolución diz él:

—Medite y calcule sobre la muerte y pasión de nuestro señor Jesucristo.

Pa que meditara él un poco pa echa-y la ausolución. Y él no entendía bien.

—Sí, que medite y calcule sobre la muerte y pasión de nuestro señor Jesucristo.

Entonces el gitano levantóse y largó como un tiro. Y po'l camín encuentra a otro gitano que diba a confesar también.

Diz él:

—Oye, ten cuidáu con aquél de la casetica, ¿eh?, que andan averiguando la muerte de un tal Crispulo. ¡Non vaya a ser que haya sido uno de los que matamos nosotros!³⁵

Y entonces veía yo que me sometían a más información que la que me correspondía. Digo yo: “¡Non vaya a ser...!”. A mí se me figuró siempre la causa porque se había prendido aquel polvorín. Nunca se publicó, me parez, y a mí se me figura que la causa principal fue porque aquí en España había todo el material sofisticáu que podía haber de la guerra entonces, de Alemania, pa practicarse y pa emplearlo allí. Y seguro que lo depositaron allí porque el polvorín de Valladolid era uno de los principales de España. Y aquél era el depósito mayor, porque había dieciséis depósitos. Había una carretera, y uno p'aquí, otro p'allí y otro p'allí... eran en total dieciséis depósitos. Y ése era el mayor. Digo yo: “Aquí lo mismo podía haber materiales de precisión. Y el que tien la misión de conservarlos ahí pa dir mandándolos pa Alemania, pa que los vayan usando, igual los vendió ya primero. Y pa que non se descubra, ¡pegó-y fuéu! Y buscan un cabeza de turco. ¡Y a ver si el cabeza de turco voy ser yo!

¡HAY MONTE ABONDO!

Y entonces, cuando menos lo pensaban, un día que taba de guardia... después de explotar el polvorín había que hacer guardia en un radio de más de un kilómetro alrededor, porque non se sabía si podían explotar más, había que hacer la guardia muy separada. Y me nombraron de guardia allí, y estando de guardia, un buen día dejé los bártulos allí y... ¡plas! ¡Allá que se marcha Milio a jugárselas al mundo delante! ¡Cinco años!, ¡fugáu cinco años! Desde el veintitantos de setiembre del año 1940. Yo ingresé allí como soldáu en junio, y en setiembre fue la explosión del polvorín. Yo ya lo tenía pensáu, ¿eh? Cuando yo veo que tengo que echar allí los años que tengo que echar, digo yo: “¡Qué va! Aquí se quedan los bártulos y que vaya a tomar po'l culo todo esto, que pa mí... ¡hay monte abondo!”.

Y había un vecín de aquí, que ya murió, de la quinta mía: “¡Coño!, a ver si podemos dir juntos”. Digo yo: “Mira...—yo non taba dispuesto a dar la vida mía a entender a nadie—, ye mejor dir pa donde nos corresponda. Si vamos juntos, vamos, y si non vamos juntos...”. Él fue pa Salamanca, y después vino un batallón de zapadores de Salamanca a revolver tierra allí pa buscar muertos allí donde la explosión. Y digo yo:

35 Se trata de un cuentecillo folklórico catalogado por AARNE-THOMPSON-UTHER con el número 1806A*, *The Clergyman as Prosecutor [El sacerdote como fiscal]* del que se conocen varias versiones españolas e hispanoamericanas: CUIEL (1944): *Cuentos Extremeños*, pp. 236-237: “El tonto y el bízco”; LORENZO VÉLEZ (1997): *Cuentos Anticlericales de Tradición Oral*, pp. 150-151: “El que no sabía la pasión de Cristo” (versión de Cuenca); AGÚNDEZ (1999a): *Cuentos Populares Sevillanos*, núm. 245: “Gitanos precavidos”; AGÚNDEZ (1999b): *Cuentos Populares Vallisoletanos*, núm. 43: “La confesión de los gitanos”; CORTÉS (1979): *Cuentos Populares Salmantinos*, núm. 54: “El pastor bobo”; PUERTO (1995): *Cuentos de Tradición Oral en la Sierra de Francia*, núm. 120: “Los gitanos en misa”. Entre las versiones literarias, la más antigua conocida es la versificada en metro de romance por Manuel María de Santa Ana en *Cuentos y Romances Andaluces, Cuadros y Rasgos Meridionales* (1844-1869), bajo el título de “La confesión del gitano”.

“Ye mejor que nos manden pa donde sea, porque yo non quiero comprometer a nadie. Yo la vida mía séla yo y non respondo más que por mí”. Díje-ylo a él. Pero a él destináronlo pa Salamanca, y yo dejé los bártulos en Valladolid y me fugué entonces. Porque ir a aprender la instrucción a Valladolid, con veinticinco años, sabiendo yo lo que sabía y cómo yo pasara lo que pasé, digo yo: “¿Ahora tengo que estar aquí con estos borregos haciendo la instrucción yo? ¡No, que vos den po'l culo a todos ellos!”.

Tiré los bártulos y largué. ¡Pa donde están los otros voy yo! Y estuve cinco años fugáu. Y entonces, como yo tenía menos delito que los otros, era el que hacía de comodín en el tiempo que tábamos fugaos. Si había que dar un golpe que fuera peligroso, que te pudieran coger, era yo el que lo hacía, porque a mí si me cogían ¿qué carajo me podían facer? Ya pasara tiempo, ya tábamos en el año 40 p'arriba, porque los otros fugaos... que si fueran del comité de guerra, que si tenían las manos manchadas en sangre o si las tenían manchadas en pastia, eso nu lo sé yo... pero a mí nu me podían achacar nada. En caso de peligro, era yo el que afrentaba el peligro.

Y en cuanto a lo que estuve fugáu... pues no tiene ningún chiste. Yo estuve cinco años fugáu con un 42 mejicano a la cintura, con más como yo. Y non pedimos limosna nunca a naide, pero fame tampoco la pasamos. Anduve por muchos sitios: estuve por Luarca, estuve en Palencia... Me ocurrió un caso allí muy curioso. Estando yo en Palencia, fugáu, en la capital, hospedáu allí en una fonda que parece ser que era de un brigada de la guardia civil retiráu, que tenía aquella fonda allí, yo andaba con documentación cambiada, falsa, y bastante bien vestío... vamos, pa pasar por un facistín más. ¡Aquélla fue una de las que non se me olvidan nunca! Estando yo en comedor a las doce del día vien allí y diz que fulano de tal que pase. ¡Coño!, levántome y paso pa'l pasillo... ¡había dos policías secretas! Y enseguida enséñanme la documentación, que eran policías secretas. Y que si yo era fulano de tal.

—Sí, yo soy fulano de tal y tal.

Namás que el nombre y los dos apellidos. Yo llevaba el nombre de Eladio González Rodríguez, porque falsifiqué el carné de identidad mío. En vez de “Emilio”, es muy fácil poner “Eladio”. Ellos preguntaron por Eladio.

Y a continuación dice uno:

—¿Usté estuvo en Valladolid?

¡Me cago en tal!, ¡si de Valladolid era de donde desertara yo!

Digo yo:

—No.

Y miró uno pa'l otro y dice:

—No, no coincide.

El nombre y los apellidos coincidían, pero no coincidían las señas con el que ellos buscaban. Y entonces, muy atentos, me dijeron:

—No, es que buscamos a uno de Valladolid que atropelló en la carretera... —non sé a quién—, y que se dio a la fuga. Y como aparecía en este hotel el nombre de Eladio...

Conque yo fui p'allá, acabé de comer con poca fame. ¡Pero acabar, acabé! Comí lo que había allí, ¡pero acabando de posar la cuyara³⁶ y largando yo de Palencia! Digo yo: "Aquí van preguntar por mí por los cojones más nunca". Largué de allí a toda mecha. Y diba yo entonces a comprar a Palencia un vagón de paja, estando fugáu, pa mandar-lo p'aquí pa Pulide. Y mandélo p'aquí y aquí se gastó.

LA VIDA DE FUGÁU

Yo ya vos lo dije ayer en pocas palabras, que yo llevé muchas más hostias y muchos más palos que di. Pero quedame la satisfacción que robé mucho más que me robaron. En esos cinco años, yo y los demás que llamaban bandoleros y forajidos non vivimos regalando, no. Vivimos pañando lo que buenamente podíamos. ¿De qué genero es el creer que los fugaos que estuvimos aquí desde el año 39 hasta que salieron los últimos pa Francia...?, ¿en qué cabeza cabe que van a vivir de misericordia o que van a vivir de trabajar? ¿Adónde? Algunos ignorantes creían, en aquel tiempo que tanta hambre había, que si faltaban patatas en la tierra o faltaba una riestra maíz en casa dios, que eran los fugaos. ¡No, home, non! Los fugaos ¿díbamos dir con una riestra al hombro pa la casa donde nos cobijábamos o con un saco patatas? ¡No, home, non! ¡Había que llevar otra mercancía, hombre!

Yo suelo dar consejos también en ese caso. Si alguno entra en algún sitio a robar y paña lo que sea, que salga como pueda y cuanto más rápido mejor; pero que non se pare a cerrar la ventana ni la puerta, que si por pararse a cerrar la ventana o la puerta lo pescan nu-y lo agradecen nada. No, no, tú, si destrozaste algo o dejas alguna puerta abierta que pueda entrar perro o gato, tú no te pares a arreglar nada allí, que como te pillen pagas igual.

Eso taba organizáu de manera que nosotros mismos, entre nosotros, supiéramos un poco unos de otros pa'l asunto de la protección, pero pa si te cogían y te martirizaban que no pudieras saber lo suficiente pa poder delatar a los otros. Teníamoslo organizáu así. Nos veíamos unos a otros, y normalmente, si podía ser, nos conocíamos po'l mote. A mí me llamaban más bien "Cobio", que allá por Cuba o por ahí quiere decir "compañero". Y otro se llamaba "Pantufá", otro que era bastante delgáu lo llamaban "el Gordo", y otro de aquí de Valdemora, que se llamaba José Fernández Gómez, lo

³⁶ *Cuyara*, en asturiano, "cuchara".

llamaban “Juan”. Y teníamos un mote puesto por nosotros mismos, de manera que no se pudiera rastrear. Y así y todo tovía rastreaban alguno. Alguno siempre lo iban pesando, porque todos non se libran. Y todos tampoco caen, como así fue. Y bueno, ¿yo qué te voy a decir? No estoy dispuesto tampoco a decirlo, porque si yo expongo ahora los casos concretos en que se intervino o intervinieron otros en favor de la comunidad que éramos nosotros...

Sé de un caso, pero este caso quería más que no fuera grabáu. Bueno, si no... ¡grábalo igual! En una ocasión, fueron tres compañeros, tres fugaos, fueron a un pueblo a dar un atraco. Y llegaron allí haciéndose que eran tratantes, que compraban pa mandar el ganáu a Alemania. Y llegaron a un pueblo que no lo voy nombrar porque ¿pa qué? Era un pueblucu como éste, un poco mayor. Y anduvieron por allí... que si había terneros, que era pa comprar un camión d'ellos, que diba venir el camión a buscarlos. ¡Coño, sí!, ¡to'l mundo tenía!

Y fueron enseñándo-ys esta cuadra y la otra, y por fin compraron. Los paisanos pedían po'l ternero, po'l xato... y los tratantes aquellos non reparaban mucho en precio, ¡compraban! Y compraron... un camión no, porque no lo había en todo el pueblo, pero cuatro o cinco xatos o seis.... ¡compraron unos cuantos! Y después que los compraron... ellos eran tres... esto era po'la tarde. Uno taba frente al chigre guardáu en monte, y los otros dos andaban po'l pueblo como tratantes comprando los xatos. Y por fin ya compraron unos cuantos y entonces invitaron a los que-ys los vendieron. Aquello taba planeadín curioso por algo. Invitaron a que vinieran al chigre a cobrar los xatos. Y así que ya non tenían que venir ellos mañana, que ya venía el camión a buscar los xatos. Y a conciencia de los tratantes aquellos parecía-ys que los vecinos que eran gente formal, que vinieran al chigre a cobrar y así non tenían falta de venir ellos mañana. Ellos diban entregar los xatos al camión cuando viniera y... ¡coño, mucho bien!

Conque, así, todos encantaos. Vendieron los xatos por algo más de lo que valían, porque hacía falta mandar un camión de carne p'allá pa casa el quinto coño. Y vinieron a cobrar al chigre... y eran por lo menos seis vecinos. Y los tratantes pagaron a cada paisano, porque non taban tampoco escamisaos los tratantes aquellos, y pidieron al chigreru pa tomar la robla³⁷. Bebieron todos ellos allí y ellos pagaban al chigreru lo que valía la convidada. ¡Coño, aquello diba sobre ruedas!

Podía valer en aquel tiempo cada xatu dos o tres mil pesetas; pero el chigreru... sabíase que el chigreru se manejaba bien y que tenía treinta mil pesetas en casa pa pagar una finca que comprara. Entonces, la operación venía a po'las treinta mil pesetas. Conque, bueno, ellos pagaban todo y el chigreru encantáu, porque las convidadas no eran pequeñas. Allí cada paisano pedía sin duelo. Non pedía un vasín de vino, no. Y el chigreru tenía de esa mecha, que llamaban mecheros de a perrona. Era una mecha larga

37 *Robla*, en asturiano, “convidada con la que se cierra un trato y que paga una de las partes”.

que metías en un cacharro y yascabas así... Y los dos tratantes... el otro taba fuera con la metralleta vigilando, que non fuera a venir la Guardia Civil o qué sé yo... porque la Guardia Civil está suelta ahora tovía, taba suelta entonces y ahora tamién, pueden dir p'aquí y dir p'allá donde les da la gana. Y entós el otro taba vigilando la cosa.

Y en esto diz uno de los tratantes:

—¡Coño, mira!, aquí hay mecha.

Que en tal sitio, allá donde ellos taban, que no había mecha de mecheru. ¡Coño!, que si vendía el rollu entero. El chigreru encantáu con quitar la mecha de encima. ¡Pa vender una perrona de mecha! Y el rollo aquel tenía lo menos veinticinco metros o más... ¡Vendió el rollo entero mucho bien! Después que compraron el rollo, lo pagaron y ya los otros iban fartuquinos, sacan las pistolas...

—¡A ver, todos cara a la paré!

Los paisanos, y el chigreru con ellos, todos cara a la paré. Claro, viendo a aquellos dos con las pistolas en la mano, ¿non se diban poner? Y uno con la pistola en la mano y el otro co'l rollo de mecha amarrándo-ys las manos a la cintura. Y con el rollo de mecha amarrólos todos, y al chigreru tamién.

—¡Ahora las carteras!

Cada uno, si algo dinerucu tenía en casa, traíalo en la carterina, más el dinero que cobrara del xatu. Y el chigreru, lo del caxón; todo lo que ellos pagaron allí taba en caxón, más algo que había de otras cosas, más las treinta mil pesetas que tenía pa pagar la finca. Y entonces los tratantes aquellos marcharon con las treinta mil pesetas, lo que aquél tenía en casa, más lo que cobraran los otros del xato. Y ya cuando lo cogieron todo, dicen ellos:

—Bueno, ahora la mecha vaya usté vendiéndola a perrona por ahí.

Y ellos los tres largaron... ¡a pinrel! No era como ahora los de la ETA que cogen un coche y van y dejan... y non sé yo qué tingláu ye ese. Pero de aquella era andando, y de un pueblo fueron a otro... Yo sé bien qué pueblo era y sé bien pa óu fueron. ¡Sé más que rezol!, pero ¿pa qué voy yo a comprometer a nadie? Lo que importa es el caso. Y claro, d'ellí sacas pa dir a presentarte a cualquier casa donde te cobijan, mejor que si llevas un saco de patatas. ¿Me entiendes?

Otra vez fueron directamente a casa de un individuo que tenía unas pesetas pa comprar una finca. No era lejos de aquí, menos que de aquí a Peñaubiña. Averiguaron y entraron en casa, quedaron unos fuera y otros dentro. Tamién era comprando xatos aquel día, sí, tamién se metieron en casa comprando xatos. Porque algunos de los que diban comprando xatos habían sido carniceros en su profesión, y sabían lo que tenían entre manos pa embaucar al paisano. Y sabían que tenían perras y que diban quedar

sin ellas. Entonces arrimáronlos a una paré. ¿Cómo non se diban arrimar? ¡Viendo las pistolas cualquiera non se arrima! Y el viejo, el hombre lloraba un poco. Entonces garráronlo así un poco con la pistola y dicen:

—¡Usté llore lo que quiera; pero en voz baja!

EL CASO DEL ÁNIMA EN PENA

Mira, aquella casina que se ve allá alante era de una señora que vivía ahí sola. Y aquel altín de allá, que tien un tejaduco más alto, tien la entrada por allá. Y esa paisanina que vivía ahí sola, pues gustaba bastante amistá aquí con mi casa. Y cuando yo me fugué, pues cuando venía aquí a casa no venía a casa de mis padres, venía a casa de esa señora pa que no me fueran a coger a mí. Y algunas veces venía yo solo, pero otras veces veníamos dos o tres, o cinco o siete, porque no andaba yo solo po'l mundo, había más fugaos como yo. Uno que era de ahí de La Cruz de Illas y otro que era de Valdemora y yo, como éramos de esta zona, pues solíamos andar bastante juntos pa comentar nuestras cosas.

El caso es que un buen día tábamos ahí, y había ahí una moza que trabajaba en una casa más allá, y cenaba ya de noche y venía pa casa. Y nosotros en aquella habitacionuca de arriba tábamos hablando lo más bajo posible. Pero alguna vez, al subir ahí por junta'l transformador p'arriba se ve que desde abajo, desde'l camín, algo oía ella murmurar. Se ve que algo oyó. “¡Coño, hablan ahí en casa Manuela!” Y entonces, ella venía y acercábase a la puerta que tá p'allá, pero al acercarse a la puerta, como hablábamos bajo y era arriba, desde la puerta no oía nada. Y bueno, como eso ocurrió más de una vez, y ahí en esa casa taba Manuela sola... porque lo menos que se figuraban era que había ahí tres o cuatro, fueron a Villalegre a ver a un paisano que adivinaba, que hablaba con los muertos. Y efectivamente, hicieron preguntas y qué sé yo. Y de esa casa, hija de esa mujer, muriera una de muerte repentina en Salinas, tendría unos 26 ó 28 años, soltera, allá po'l año 35. Y claro, esos elementos que dicen que hablan con los muertos son hábiles, non creas tú que... Yo si tengo que comprar un tonto, ésos nu los compro, no. En las preguntas que hacen al que va a consultar semejante porquería, en las mismas preguntas van sacándo-y lo que quieren saber. Y entonces, entre las preguntas que les hicieron, sacaron de que muriera una de esa casa, que dormía en esa habitación, porque aquella moza dormía ahí. Y que, claro, como murió de muerte repentina, murió sin confesar nin dios que lo fundó, y allá pa entrar en cielo pedían non sé cuántas misas y non sé cuánto. Y el que habló con los muertos explicó a la paisana —no a la que nos tenía en casa, a la madre de la moza—, explicó-y que resulta que era Jesusa, que taba po'l purgatorio y necesitaba non sé cuántos rosarios. Y había que dir rezarlos allí 'lante, que había una bruja ahí, que ya morréu tamién. Y la vieja, y la madre de la moza, y la moza, tenían que venir a rezar la novena de rosarios to'los días. Y era po'l invierno. Y la vieja, la que nos tenía a nosotros en casa, tenía que venir

a rezar tamién, pero sabía por qué. Y la vieja era la que nos tenía que hacer de comer y tenía que atendernos, y cuando veníamos decía ella: “¡’Monio, que yo tenga que pasar tanto frío por ‘hi p’alante por causa vuestra!”. Ella sabía lo que venía a rezar, los otros de por aquí rezaban ahí que los partía un rayo, y aquellas dos tamién. Y la vieja tamién, tamién rezaba, pero después, cuando nos ponía la comida... “¡’Monio, que yo tenga que pasar tanto frío por ‘hi p’alante por causa vuestra!”.

INSPECTORES DE TABACO

Y voy contarvos otro caso de dos que vinieron haciéndose los inspectores de tabaco, que antes se sembraba aquí tabaco pa la Tabacalera. Y aquellos vinieron haciéndose inspectores de tabaco. Pero non traían un objetivo como el de los xatos y la mecha, que eso ya iba preparáu, llevó tiempo preparar el objetivo ese pa pañar las treinta mil pesetas del paisano. Estos otros venían trasladándose de un sitio a otro, y vinieron a un lugar que estuvieron con el alcalde del concejo, y concretamente era en Candamo. El alcalde de Candamo, vamos puntualizarlo así. Y vinieron por allí, estuvieron con el alcalde como que eran inspectores de tabaco, que en Candamo se sembraba mucho tabaco y aquí contra Soto’l Barco tamién se sembraba. Y aquellos non toi seguro si venían aquí, adonde tenía yo el cobijo, o si iban en dirección a otro lugar, d’eso non toi seguro; pero sí toi seguro que el dinero que pañaron aquel día vilo yo. Estuvieron en casa del alcalde de Candamo, y tratólos muy bien porque eran inspectores de la Tabacalera. ¡Claro, era analfabeto como yo! Era del río p’allá, nu me acuerdo cómo se llamaba el alcalde... ¡Cualquiera! ¡Pa alcalde val cualquier cosa!

Y ellos venían p’acá, y entós había allí un paisanín... era del tiempo mío, ya murió. El hombre era tratante, trapichaba algo. ¡Ná, pasaba más fame que el perro un ciego! Y bueno, que venía p’arriba, de Candamo en esta dirección. Y el alcalde conocía al paisano aquel, era vecino del concejo, y que como ellos iban en esa dirección, que podían venir cuando el paisano aquel y ya les enseñaba el camín. Y bueno, cogieron con aquél el sendero por aquí p’arriba; pero el hombre era un vanagloria d’estos que querían dárselas de lo que no eran, y venía hablando con ellos de que si era tratante, de que si compraba tantas, que si compraba más cuantas, y dicen ellos:

—¡Coño, para! ¡Éste pa mi idea igual trai cartera!

Nada había preparáu contra él, pero tanto se fue extendiendo, extendiendo... Y de San Román p’arriba hay pradería, pero luego cerraba de pinos y de matorral. Y ellos non conocían aquello, y dicen:

—Bueno, en cuanto nos metamos p’arriba pa’l monte, que perdamos la vista de San Román, vamos pasarle revista a la cartera d’ éste a ver. Diz que ye tratante de tanta envergadura, a ver que... Conque, efectivamente, pasan, pero era un montuco pequeño. Namás que se metieron en monte, anduvieron un poco p’arriba y ya entraron en

la pradería de Valdemora y ya se veían pueblos por allí, y ya, coño, non se podía facer lo que pensaban facer al meterse al monte. Y bueno, ellos vieron que de Valdemora p'alante hay monte pa contra Los Veneros, y contra La Llamera hay más monte. Y entonces ellos dicen:

—¡Coño!, aquí non podemos facer nada.

Y el paisano aquel era de Valdemora. Y vieron ya las tierras de tabaco de Valdemora, pero lo menos que les importaba a ellos era el tabaco de Valdemora, ni la hostia que lo fundó. Y entonces ellos fueron sacándole a él como las que echan las cartas —que van sacándo-y al que vien echar las cartas lo que quier saber, y entonces aciertan todo— Y decía el paisano que p'allí pa La Llamera que tamién había mucho tabaco.

Y dicen ellos:

—Bueno, nosotros vamos dir primero a inspeccionar aquella parte, y si usted nos acompañara...

Y non sé si es que el otro se ve que algo vio que no le gustó, que él non tenía gana de ir a enseñarles el otro pueblo. Y entonces ellos ya, claro, dicen:

—No, eso no puede ser, porque nosotros somos inspectores de tabacalera y usted tien que acompañarnos, porque si usted queda aquí ahora y nosotros vamos p'allá, a lo mejor usted les manda recáu a los otros y cuando nosotros lleguemos allí ya no tenemos nada que inspeccionar. ¡Usted tiene que venir a acompañarnos!

Y ya lo obligaron a acompañarlos al otro monte, pasaron el pueblo de Valdemora, que taba muy visto, pa meterse al otro monte. Y cuando se metieron al otro monte, namás que entraron al monte dicen:

—¡A ver esa cartera! ¡A ver cómo anda la cartera!

Y el probe non traía más que el dinero de una vaca, que vendiera una vaca y cobrara la vaca aquel día, y traía el dinero de la vaca y unas pesetucas sueltas en la cartera. Conque le pañaron el dinero de la vaca, y dicen:

—Bueno esto que es de la industria y es del negocio que tiene usted, esto es nuestro. Nos pertenece a nosotros. Ahora, esto menudo que tien usted aquí, que ye suyo, eso quédese usted con ello.

Y quedóse con lo suelto, y lo de la vaca se lo llevaron ellos. Y ellos arrancaron carretera arriba desde Valdemora hasta Las Pandiellas, y claro ellos ya veían que el otro que quedaba atrás, al quedar sin perras, diba a dar la voz de alarma. Y allí ellos ya decidieron dejar la carretera y meterse al monte, ahí nas Pandiellas. Yera a media tarde o así. Y el otro ya pasó el parte a la Guardia Civil y vinieron guardias civiles de Avilés a placer, tras de esos dos fugaos. Pero ellos ya se metieron al monte; era en mayo

o junio, ya había mucho fulecho³⁸. Había mucho fulecho, y ellos eran dos solos. Y ya vieron el movimiento de los *jeeps* p'atrás y p'alante, allí por La Argañosa y por ahí, ya vieron todo ese tingláu. Y entonces ellos ya se cobijaron como pudieron, y travesaron aquí por un monte que llaman El Navayo, travesaron el camín como pudieron. Los dos fugaos, claro, diban juntos con sus metralletas a mano –pistola ametralladora que tenían cada uno d'ellos– y non veían nada, mas sentían el movimiento porque la Guardia Civil se extendió por ahí.

Y como sabían que yo estuviera fugáu cinco años y aquellos eran fugaos, sabían que podía haber cierta relación, como efectivamente la había. Y uno d'ellos, que taban metíos p'abajo del camín de Argañosa, que ahora ye carretera, pues pa poder moverse pa un lau y pa otro asomó la cabeza así por entre el fulecho con la pistola en la mano, claro. Asomó la cabeza así por entre el fulecho a mirar a ver si veía algo por allí, y vio un guardia civil encima de la sebe³⁹ mirando tranquilamente co'l su fusilín en descanso, y viéronse la cara así como a cincuenta metros de distancia. Viéronse la cara uno al otro: el fugáu y el guardia civil. El fugáu non sabe qué guardia civil era nin dios que lo fundó, pero era un guardia civil con su tricornio y su fusil allí tan tranquilo. Lo que menos pensaba el guardia civil era que taba el fugáu allí tan cerca. Y cuando se vieron, lo mismo el guardia civil que el otro, el otro esquivó y el guardia civil non dijo ni pío: “¿Pa qué voy yo a liarme aquí si éste non ta solo, y el otro a lo mejor ta a la vera, y yo toi aquí a cuerpo descubierto?”. El guardia civil se ve que no era tonto, diz él: “No, ¡que-y den po'l culo al fugáu y a su madre!”.

Eso ocurrió ahí, y ellos esquivaron por ahí por donde pudieron, y después que oscureció con un pedazo de noche aparecen en mi casa los dos fugaos. Aparecen en mi casa co'l dinero de la vaca. Y yo tenía un hermano entonces dormiendo en horru, y ellos sabían que el mi hermano dormía en horru. Tamién dormieran ellos o otros alguna vez en horru. Y fueron y yo taba casáu y dormía en casa. Y ellos fueron al horru y picaron como tenían que picar y abrió-ys el mi hermano. Pero la Guardia Civil de por aquí, de noche tenían la misión de vigilar por aquí, porque ellos se figuraban que pudiera... pero la Guardia Civil tienen culo como los demás. Y lo que hicieron cinco o seis guardias que había aquí po'l pueblo fue meterse en casa l'alcalde de barrio y estuvieron durmiendo en la tenada to'la noche como gochos. Y mientras tanto los otros vinieron a mi casa, y claro, el mi hermano namás que picaron al horru, sabía el movimiento de Guardia Civil que había por aquí. Y el mi hermano vino a casa y subió a la habitación donde yo taba durmiendo y díjome lo que pasaba. Y digo yo:

–¡Me cago en tal!, que vayan en tal dirección aproximadamente tantos metros y allí que se cobijen en el monte, que mañana ya yo me encargaré de.... pero que se salgan del pueblo.

38 *Fulecho*, en asturiano, “helecho”.

39 *Sebe*, en asturiano, “cierre de finca hecho con zarzas y arbolado”.

Y el mi hermano fue p'allá y comunicó-ys:

—Diz que vayáis en tal dirección, y en tal sitio que vos cobijéis en monte, que allí tenéis sitio, que mañana ya se vos socorrerá allí.

Pero ellos como conocían el terreno non obedecieron la orden, cogieron y fueron a otro pueblo bastante lejos de aquí, a cobijarse en otro sitio donde no hubiera peligro. Y esto era un martes, sé que era martes porque al otro día era el mercáu en Grao, que ye los miércoles. Y allí fue otro amigo mío al mercáu a Grao y se vio con el dueño de la casa donde fueron dar ellos a cobijarse aquella noche. Y cuando vino el vecín y me contó que aquellos que estuvieran en mi casa que taban en casa del otro, fui yo.... yo tenía entonces aquí en mi casa un hermano que viniera de La Habana, bastante rico pero muy facista, un facista empederníu, non podía creer las cosas que oía. El caso es que cuando me lo contó el otro, dígo-y yo al mi hermano:

—¿Tú tienes gana de ver fugaos, ho?, ¿pa saber si los hay o no?

Diz él:

—¡Coño, pues sí!

Digo yo:

—Pues ná, non te ocupes. En cuanto oscurezca, hay una tirada buena pero en cuanto oscurezca vienes conmigo, que sé yo ou tán.

Y en cuanto oscureció el miércoles, fue el hermano conmigo hasta la casa de ou taban los otros durmiendo. Los otros dormían n'un horruco, en una camuca allí... y a la vera la cama había una silla o dos, y enriba de aquella silla taban los billetinos de la vaca.

Y eso son anécdotas que te las cuento tal cual, porque yo te lo vuelvo a contar ahora y sacas aquí dos discos y coinciden al dedillo ¿eh?, porque toi seguro de lo que toi diciendo. Pero anécdotas así pasaron varias, y otras de menos importancia, y lo que sí teníamos cuidáu todos los que tábamos fugaos n'aquel tiempo era procurar siempre que no hubiera heridos, y particularmente muertos, porque si decían que en tal sitio le robaron al chigreru aquel el dinero de la finca, servía de risión pa los vecinos. Y si decían que al otro por vanagloria de que trataba tanto y más cuanto, que-y pañaron el dinero de la vaca, tamién servía de risión. Algunos se lamentan, pero la mayor parte se alegran; pero si dicen: "Coño, mataron a fulano", eso ya cambia; porque nosotros en aquel tiempo... yo andaba con un revólver del 42 a la cintura, que vinieran armas de Méjico, y yo como era sargento del ejército pues me dieron un revólver de aquellos. Estrenélo yo, era así de grande [gesto amplio con las manos], si lo garrabas así po'la punta del cañon y dabas a un paisano con la culata... ¿como si le das con una maza!, porque pesaría dos kilos. Yo non sé por qué aquel cacharro era tan grande. Y claro, yo

el tiempo que estuve fugáu túvelo conmigo, y luego cuando me cogieron procuré que nu me cogieran con él, y ya lo di a un amigo, que tovía sé qué camín llevó. El amigo aquel ya murió, pero sé que el revólver tovía nu lo echaron pa chatarra- ¡Tovía non ta pa chatarra, no!

EL FIN DE LA HISTORIA

La historia mía se terminó porque el estar yo fugáu... yo deserté del ejército, porque cuando me cogieron prisionero me mandaron a campos de concentración, a un batallón de trabajadores. Y nu me tenían por qué haber mandáu, porque mi padre sí, era de izquierdas, votaba po'las izquierdas; pero yo de chaval nunca había pertenecú a ningún partido político de ninguna clase. Pero en casa, en mi casa, veía yo que aquello marchaba mal. Y yo tenía que servir de criáu y de esclavo de una hermana que taba ahí teniendo críos uno cada año, uno cada año, tenía catorce o quince. Y yo era el chaval de casa, y en casa eran mi padre y mi madre los dueños. Mi padre era un hombre muy bueno y muy llevadero, pero mi madre era poco de provecho y dirigía la cosa mal. Y yo veía que diba tener que seguir aquí de esclavo pa todos ellos y lo que hice fue marchar pa'l ejército voluntario. Y yo marché voluntario pa'l ejército pero sin meterme en política de ninguna clase ni nada. ¡Pa'l ejército voluntario y carretera!

Después fueron cogiendo a muchos, y escondiéndose algunos. Y a mí me cogieron. Yo anduve por ahí de cárcel en cárcel, y por fin salí con el inconveniente ese de haber sido contrario al Régimen. Pero luego, no sé por qué, internacionalmente, desde Inglaterra, que todo lo que se ventiló aquí en Europa, la Segunda Guerra Mundial, toda la gente, y vosotros sois los primeros que lo creéis, culpan a los nazis. Los nazis, nada. No hubo tales nazis. Todo el cerebro de lo que ocurrió en Europa fue Inglaterra, y el cerebro principal, "Wilson" Churchill, el primer ministro de Inglaterra en aquel tiempo. Ése fue el que lo dirigió todo. Y cuando creyeron conveniente desde Inglaterra, exigieron a las autoridades d'equí, al "Gallego" y compañía, que dieran facilidades pa que largaran pa Francia los pocos que quedaban ya. Y efectivamente, largaron. Dos compañeros míos largaron ahí por San Esteban de Pravia pa Francia. Y non sé muy bien lo que pasó, pero el caso es que se metieron en una barca de pescadores y fueron pa Francia. Esto ya fue po'l año 48 ó 49, cerca del 50. Y eso fue porque dieron órdenes a esta gente de que había que dar facilidades pa que se quitaran de delante.

Y yo, cuando me cogieron aquí, ya pasara bastante tiempo. Me cogieron en el 45, yo tenía treinta años ya. Porque ya había un indulto pa los desertores. Y yo como no tenía mayormente nada más que desertor, pues ya no extremaba mucho las precauciones. Y rodearon los guardias la casa una noche y me cogieron aquí en casa. Me cogieron y ya está. ¡Las esposas y pa'l cuartel! Y del cuartel, pa la cárcel Modelo. Y en la cárcel Modelo ya intervino... las amistades y algo de dinero. Y allá salí en libertá provisional. Tenía un juez en Oviedo que me taba tapando bastante bien. Y después me

casé. Pero luego vino un cabo aquí pa La Peral que me tenía mala intención, un valli-soletano, un cazurro. Y ya estando yo casáu, yo diba pasando, ya no diba ni al ejército a cumplir. Y éste por fin me denunció. Y después de casáu yo, me vino una orden del regimiento donde yo desertara, de detención. Y me detuvieron y por allá eché un año pa cumplir en el ejército, en Valladolid, de 33 años. Ya taba casáu sí, al año de casarme. Y allí estuve un año en Valladolid haciendo el indio. Taba en libertad provisional en el ejército, bajo expediente. Y antes de estar en libertad provisional, estuve en prisiones militares allí unos meses. Y allá por fin, pues solucionaron la papeleta y vine pa casa. Y después de estar aquí en casa ya volvieron a tocarme los cojones un poco, la Guardia Civil d'equí. Non sé por qué, porque yo políticamente nu me metiera nunca en nada. Sabían que yo era de los rojos, del ejército rojo, pero nada más. La historia mía ya está terminada, porque ¿pa qué voy yo seguir puntualizando ninguna cosa de importancia?

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA CIVIL

Pero lo que sí quiero demostrarvos, que yo no lo leí nunca ni eché nadie a la cara que pensara como yo, de que aquí en España... ¡mira que se escribe sobre la guerra española! ¡Que si se pudo evitar, que si no se pudo evitar, que si aquél que si el otro! Eso todo es una farsa, que lo ponen los políticos y hacen bien, porque tienen que defender su misión. Porque el mundo occidental que llaman, que yo hablando del mundo non sé pa donde queda el occidente; porque si hablo d'equí d'Asturias, sí, sé pa donde queda el occidente y el oriente, pero si hablo del mundo non sé pa óu ye el occidente. Yo el mundo occidental non sé cual yo.

Esto de la guerra ya se empezó en el 34 pa dar motivos pa hacer la masacre que hicieron en el 36. Ya en el 34 non fue por gusto la revolución de octubre. Ya fue mandada por el capital. Y el 36 fue preparáu po'l capital internacional pa dar motivo, a consecuencia del 34, pa que aquí nos enzarzáramos los españoles unos con otros. Pa que viniera el ejército alemán, los jóvenes militares alemanes y el alto mando alemán, que vinieran aquí a hacer maniobras reales y experimentar el material que ellos tenían con la intención de eliminar la Unión Soviética, de eliminar el comunismo por las armas.

Y prueba de ello —que eso es cosecha mía— es que yo estuve en Teruel. No en la batalla de Teruel, porque yo ya era prisionero, pero taba en la provincia de Teruel. Y en Teruel, ni hay un nudo de comunicaciones principal, como Medina del Campo o Venta de Baños, ni hay industria de ninguna clase. La única industria que hay en Teruel es grandes extensiones de terreno sembradas de unos árboles como si fueran avellanos. Y los cortan, y las cañas que echan las van formando como si fueran palas de dientes, y llaman “ahorcas”. Hay allí grandes fábricas de eso. Ye lo único que fabrica Teruel: “ahorcas” de madera. Y ¡me cago en tal!, hay que tomar a Teruel en pleno invierno tres veces. Atacan Teruel unos —ya no me acuerdo quien atacó primero—, toman Teruel; contraatacan los contrarios, toman Teruel; y vuelven tomar Teruel los que lo

perdieron primero. En una época en que taba el frío en Teruel a catorce grados bajo cero. ¿Precisamente había que tomar Teruel pa nada en aquel tiempo cuando taba la temperatura a catorce grados bajo cero?

Verás, verás por qué. Porque, ¡ay amigo!, en Rusia tuvieron que luchar a cuarenta grados bajo cero, y ya sabían que en Rusia non diban terminar en primavera ni en verano, ya sabían que diba llevar un año. Querían practicarse en el máximo frío que podía haber aquí en España. Ésa una, ¡está bien clara! Hubo que tomar Teruel tres veces.

En aquel tiempo taba yo por Teruel, y nos daban de desayuno un poco de caldo, que decían que era chocolate. Yo non sé lo que era. En unos platos que teníamos de porcelana. Y tábamos comiendo así en el plato lo poco que nos daban po'la mañana, y la pequeña humidá que quedaba en el plato, non tenías más que dejar la cuchara así [encima del plato], y soltabas el plato y marchábamos todos co'l plato como si fuera una sartén. Y escupías así p'arriba y caíate de piedra en la cara, la saliva que salía caliente de la boca, cuando caía, caía piedra. Sí, facía frío de cojones, ¡catorce grados bajo cero!

Eso lo vi yo en Teruel, non vi la batalla. Pero en la batalla del Ebro, que también tomaron el Ebro tres veces, taban de un lau unos y pasaron el Ebro por Mora de Ebro, pasaron el Ebro pa un lau. Y después de pasar pa un lau, que si tira p'aquí que si tira p'allá, contraatacan y pasan pa'l otro. Y después contraatacan los primeros que lo perdieron y vuelven pasar pa'l otro. O sea, que pasaron el Ebro tres veces por lo más ancho. ¿Por qué pasaron el Ebro tres veces por lo más ancho, con la cantidad de muertos que hubo allí? ¿Por qué razón? ¿Qué más daba estar de este lau que estar del otro? Claro, pasaron por allí porque el ejército facista alemán tenía que practicarse en vadear ríos de gran anchura, de gran caudal, como les ocurrió en Rusia. Porque ellos de geografía taban mejor que yo. Sabían que allí había que bandeárselas con el frío y con los ríos. Y vinieron a practicarse aquí a España. Entonces, ¿cómo me explicáis vosotros que fueran a tomar Teruel en pleno invierno a catorce grados bajo cero? ¿Con qué objeto? Ese estáu mayor facista que taba aquí mandando, italiano y alemán, y los borregos españoles ¿con qué objeto llevaron a la masacre en Teruel al ejército español, al pueblo español? ¿Con qué objeto? ¿Que era pa tomar Teruel pa hacerse con las palas de palear paya? ¿Y por qué pasan el Ebro tres veces: una p'aquí, otra p'allí y otra p'allá, por lo más ancho del Ebro? ¿Pa qué? ¿Con qué objeto? ¿O era pa practicarse con las barcasas y el armamento pa pasar por otros ríos? ¿De dónde me sacáis a mí contestación pa eso?

Eso nu lo vi yo escrito en ningún lau, pero pasé por ello. Eso está claro. Aquí no hubo guerra ninguna. Porque yo, siendo cabo, mandando yo el ejército que tenía aquí el facismo, en seis meses me sobraba tiempo pa acabar la guerra. Lo que non tengo capacidad es pa saber cómo lograron que esto durara tres años. Non sé cómo lo lograron. Porque aquí, ni había aviación, ni había artillería, ni había disciplina, ni había orden

ni concierto. Y aquí había un ejército facista bien organizáu, y había un ejército alemán organizáu al máximo, y había un ejército italiano al máximo organizáu, y taban aquí todos juntos y duró esto tres años. ¿Cómo coño se arreglaron pa que esto durara tres años? Yo no me lo explico. ¿Qué explicación dais vosotros a eso?

Pues yo una palabra o dos oí en toda mi vida sobre eso, una palabra o dos nada más, ¿eh?; pero escrito no leí nada sobre eso. Mas que la teoría mía es esa. Y pa corroborar todo eso, aquí se terminó la guerra el 1 de abril del 39, y la Guerra Mundial empezó el 2 de setiembre de 1939, que fue el tiempo necesario pa trasladar todo el material que tenían aquí los alemanes p'allá pa Polonia, pa empezar po'l norte a ocupar Europa. El tiempo necesario, de abril a setiembre. Empiezan por ahí por Polonia, ocupan Europa entera sin tirar un tiro, porque ya taba todo organizáu...

En segundo lugar, otra prueba que tengo yo es que aquí hubo ejército italiano —que yo no lo vi, pero sé que lo hubo—, tropas regulares de infantería y de artillería, pero alemanes ni uno. Alemanes no venían más que oficiales jóvenes, que los vi yo muchos, y venían siempre de dos en dos. Venían como los gitanos y la Guardia Civil, nunca veías uno solo. Siempre venían dos juntos. Y venían de militares con los galones de brigada. ¿Sabes por qué? Porque ellos eran todos oficiales de academia, pa practicarse aquí pa dir a dar el callo allá. Traían los galones de brigada por causa de que los sargentos aquí eran tan analfabetos y tan brutos, que si los otros traen galones de sargento, tan pronto diban andar a hostias con ellos. Cuando quiera que un alemán dijera “chau” a un sargento de aquí: “¡Me cago en tal, vete mandar a Alemania tú!”. Pero, amigo, trayendo los galoninos de brigada, el sargento tien que ponerse firme, ¡ho!, que non se sabe quién ta debaxu de los galones. Y entonces, claro, pa evitar líos y evitar complicaciones: ¡brigadas!

Falta un detallín muy sencillo: Hitler ascendió a cabo en la Primera Guerra Mundial, y yo a sargento. Yo soy más que Hitler, porque la primera guerra que me cogió ascendí a sargento; y él ascendió a cabo namás. Era un borrego número uno. Non tenía preparación académica de ninguna clase, y memoria ni idea tampoco. Y Mussolini, igual, era maestro nacional y de maestro nacional non salió. Eran los dos a cual más borrego.

DE LO HUMANO Y LO DIVINO

Vos voy a poner un ejemplo pa que vos deis una idea de cómo pienso yo. Por ejemplo, yo si me dais un billete de lotería de mil duros, que valga cinco mil pesetas el billete de lotería, si me lo dais en cinco duros no vos lo quiero. Si me lo regaláis, sí; pero si un billete de lotería que val cinco mil pesetas me lo dais en cinco duros, no lo quiero. Porque con esos cinco duros y otros cinco, o con cuatro de esos cinco, hago yo maravillas; pero co'l billetín de lotería de cinco mil pesetas nu me sirve ni pa limpiar el culo. Es tan pequeñísima la probabilidad de que te toque algo que ya desde el primer

momento lo desecho p'allá. Ya verás por donde vien luego la filosofía mía. Yo adoro en los jugadores. Es una maravilla por un lau, y un perjuicio pa la humanidad tan grande como la maravilla del jugador.

El jugador se esmera en trabajar, como me esmero yo y vos esmeráis vosotros, y en producir y en tener y hacer por algo, y tien que luchar y sufrir privaciones y trabajar pa hacer por aquellas pesetas que luego noblemente las entrega allí pa que la humanidad disfrute d'ellas. Y él se queda chupando el dedo. ¡Es una maravilla! El jugador trabaja y lucha por adquirir los bienes necesarios pa dir a meterlos al trapaperras, y luego los regala allí y se queda a dos velas. ¡Coño!, ¿quieres más favor pa la humanidad que ése? ¡Ninguno! ¡Haz un favor inmenso el jugador!, porque su trabajo y su producción lo volcó allí sin pedir a cambio nada. ¡Porque premio nu-y van dar ninguno! Ése es el beneficio que tenemos del jugador. Pero el perjuicio es que el jugador, como vosotros, o tú o el otro, y todos cuantos vengan de misa mayor, desde el momento que adquiere el cupón o el billete, o la madre que lo parió... desde ese momento, el cerebro de ese individuo está trabajando en qué va a hacer cuando le toque el gordo. ¡Y ese cerebro se está perdiendo, chico! En ese tiempo que está esperando el golpe, se está perdiendo. Si non se metiera por ese lau y hiciera como yo, empezar a discurrir... ¡coño!, ¿qué haré yo?, ¿qué rumbo tomaré?, ¿en qué me embarcaré yo pa hacer fortuna? ¡D'ese cerebro puede salir algo! Pero mientras está pensando en lo que va a hacer cuando-y toque... ¡por aquí! Eso ye lo que vos digo pa que veáis qué cerebro tengo yo, ¡debe estar como una cesta de grillos!

Yo desde que nací, non sé por qué causa, nací siendo ateo. Y lo mismo que nunca un cigarro metí en la boca, tampoco me acuerdo de haber creído nunca en nada que se parezca a la religión. La mi mujer ye católica, pero allá ella. La primera vez que comulgué, yo ya tenía hacia doce años o así, y el sacristán de ahí de Ventosa era del tiempo mío, y siempre fuimos amigos —murió hay muchos años el hombre—, y fuimos a comulgar los chiquillucos, y vino un cura allí vieyu y comulgamos todos, los analfabetos y todos, que yo era analfabeto entonces. Y después de comulgar, el sacristán vino por allí con un botijo de agua pa que bebiéramos una poca de agua pa que no escupiéramos la jodida hostia esa. Pero yo, ¿qué carajo?, po'l botijo non sabía beber, tenía que chupar po'l pitorro. Y yo non quise beber y salí pa fuera; pero, claro, según me pusieron la hostia en la lengua, yo al meter la lengua pa dentro pegóseme al cielo de la boca. Y aquello quedó allí pegáu y ni se disolvía ni era pa tragarlo. Y allí en la iglesia de Ventosa había freisnos alrededor, y yo salí y co'l dedo saqué la pastia aquella del cielo la boca y dejéla pegada allí a un freisno. La primer comunión mía quedó pegada al freisno de la iglesia de Ventosa. Y tan tranquilo, como si escupiera una bocarada de sangre cuando sacas una muela. ¡Quedé tan tranquilo!

Y hasta la fecha comulgué muchas veces. Y desde equí de Pulide fui a confesar yo muchas veces, porque había un cura que venía por ahí dando lata por los pueblos y

paró aquí en mi casa, y diba yo a confesar. Aquí diban las mueres namás, porque los hombres de por aquí non diban, y mi madre y la muer non podían dir, y yo tenía un caballo bastante bueno y diba yo a caballo y confesaba. Y, ¡coño!, taba el cura más contento que Dios. Y ahora vienen a decir misa aquí casi to'los domingos, pero yo non voy a misa nunca. Pero había un cura en Pillarno que llamaban don Porfirio, más mala persona que la quina, pero éramos amigos. Y si viniera aquí a decir misa, yo diba a misa tamién to'los domingos. ¡Que viniera don Porfirio a decir misa y non dir yo a misa....! ¡Sí, hom! ¡Non voy dir yo a misa viniendo don Porfirio? Pero no, don Porfirio marchó, y yo pa dir a facer el papel de tonto con uno que non tengo por qué lo atender pa nada, que tampoco él me atendió a mí, pues no, non voy a misa, no. Porque yo toi tan seguro como este vaso [golpea con el vaso en la mesa] que non hay nada de nada, ni aquí, ni allá, ni más acá, ni más allá. De sobrenatural, nada, non existe absolutamente nada. Yo estoy seguro que non hay nada de nada. Y si algo me pintan y tal, que si non se puede demostrar esto o lo otro, ¡coño!, ¡doy-lo por bien fecho! ¡Tenéis una razon como santos! Pero, ¡ay amigo!, el relojero que feixo el reló, el albañil que feixo la casa, el sastre que feixo el traje y el carpintero que feixo la mesa... ¡ay amigo!, como non siga faciendo más relojes y más casas y más trajes y más mesas, ¡de fame lu veo yo morrer! Por las que feixo naide y-da un real más que lo que-y dieron cuando-y las compraron. ¡Tien que seguir faciendo mesas! Y ese Creador que tenéis vosotros, que siga faciendo más, que tien abondo au los poner, ¡ho! ¡Nu lo llena aunque lo parta un rayo! ¡Tien abondo au poner mundos! Andan ahí liaos los científicos que si hay más vida en otras galaxias, que si nu la hay... ¡Ay, hombre!, ¡entre galaxia y galaxia caben más mundos que de pelos tengo yo en la cabeza! Y ese Creador ¿qué ta faciendo?, ¿ta durmiendo la siesta? ¡Anda que eche a andar y que se ponga a facer más, que tamién lo fago yo! Yo como non siegue la yerba que me falta, los mis caballos ya comieron. Non, tengo que segar pa que tengan yerba de invierno. Ta bien claro, que aquí tuvo que haber un Creador que lo feixo tal como lo ves, ¡coño, no!, ¡eso está a la vista! Pero, ¡ay amigo!, que siga faciendo más, ¡ho!, que tien abondo au los poner. Y después de la muerte... como el gocho que maté el año pasáu y lo estociné y lo salé, y ya lo comimos y acabóse el tiempo. Somos exactamente igual que los demás animales. Lo mismo que los animales nacen y se crían y mueren, nosotros nacemos, nos criamos y morimos... ¡y se acabó el trabajo!

Y uno de los puntos débiles que tien el clero este que tenemos aquí dirigiendo la batuta ye que si Cristo vivió hasta la edad de treinta y tres años, y tenía la sabiduría que tenía, ¿cómo se las arregló pa estar aquí entre nosotros hasta los treinta y tres años y no aprendió a escribir, ho? ¡Si en aquel tiempo ya taba inventada la escritura en el mundo entero! Y la ciencia que estudian hoy todos los que estudian carreras superiores ya taba todo inventáu. Pero si Cristo vino al mundo a enseñar su doctrina, tenía que saber todo lo que non sabían los demás. ¡Y resulta que non aprendió a escribir! Y el Papa es infalible mientras que hable de la iglesia, ¡pero no si habla de mueres! Él

entenderá algo, pero infalible no. ¡Ojo!, el Papa es infalible en cuanto a lo que hable de la religión, porque como no hay más religión que la que él diga, ye infalible. Lo que él diga ye verdá, pero no si habla de mueres. ¡Si habla de mueres, está como yo! ¡Puede equivocarse como el más pintáu!

Y yo tengo muchos repertorios pa demostrar... porque hay quien diz que non se puede demostrar si Cristo existió o no existió. Y digo yo: “¡Coño!, no lo demostrarás tú, pero yo sí demuestro que no existió, porque si era tan inteligente y no aprendió a escribir ye que no existió. Ye que ye mentira todo lo que estáis diciendo.”. Y si sabía tanto y más cuanto, y hay dos mil años que estuvo aquí, y a los dos mil años tovía seguimos con el mismo repertorio y tovía non se consiguió nada de lo que taban anunciando. Y resulta que en aquel tiempo en Galilea non sabían que existía América. ¡Si es como pa mete-y una palada de mierda en la boca al que habla d’eso! Entonces, ¿áu ta ese Dios y ese Cristo y esa Virgen y todos esos, que el universo lo hicieron ellos como el que fai una bola de barro y resulta que non sabían áu taba América? ¡Por favor, hombre, nu me cansen la cabeza!

Pero yo tengo la completa seguridá de que el mundo se ha de arreglar, porque está tan claro y tan fehaciente de que las dos terceras partes de la humanidad están muriendo de hambre y de necesidad y de miseria y de porquería, a consecuencia de la otra tercera parte; porque no es a consecuencia de las inclemencias del tiempo o de catástrofes de la naturaleza como puede ser un terremoto o puede ser un rayo. Pero esto otro del hambre de la humanidad no depende de las inclemencias del tiempo, depende de la voluntad de la otra tercera parte, en la cual estamos tú y yo. Somos responsables. Y esas dos terceras partes, tarde o temprano se van a enterar de las circunstancias que los tienen como están. Pero cuando la humanidad se entere, tengo yo previsto pa mi mentalidá de que la catástrofe va a ser espantosa. Tengo miedo que sea espantosa. Porque si triunfa el facismo y logra volver a la humanidad a las costumbres de hay trescientos años, van a amarrar corto, pero corto de verdá, pa que non corra el peligro de que vuelvan recuperar la libertá. Pero como triunfen los otros, van a cortar cabezas como el que mata pioyos. Porque yo maté muchos, sí, maté muchos pioyos. ¡Non puedo creer la cantidad de pioyos que maté! ¡Y los que quedaban con vida! Pero nada, de mí non sacas nada. Siento yo que ya me falla la memoria.

MEMORIA ANCESTRAL

Yo nunca fui amigo de cuentos ni de refranes. Pero de toda esta redonda por aquí, entre todos los que yo conocí viejos –cuando yo era chiquillo ya había viejos y siguió habiendo viejos, y ahora voy quedando yo entre los más viejos–, entre todos ellos non sabían ni con mucho la mitá de los cuentos que sabía mi padre. Cuando díbamos a esfoyar en aquellos tiempos a las casas, cada vecín recogía el maíz y díbamos a esfoyar hoy pa una casa y mañana pa otra, y juntábamonos todos los vecinos a esfoyar. Y lo primero que decían: “Cuenta un cuento, Laureano”. Y si la cosa era pa largo, que a la gente le daba el sueño: “Cuenta un cuento, Laureano”. ¡Y venga Laureano! Y allá que se soltaba mi pá a contar cuentos. Y cuando se soltaba mi pá a contar cuentos, desde que empezaba a contar cuentos hasta que acababa, nunca contó dos veces el mismo cuento. Tenía pa toda la noche. Yo sé alguno, pero no le doy importancia. Yo me acuerdo muchas veces de los cuentos de mi padre. Cuando vienen al caso concreto que se me presenta, digo yo: “¡Me cago en tal!, eso como el cuento de mi pá”. Pero él siempre preguntaba: “Bueno, ¿cómo los queréis?, ¿coloraos o de los otros?”. Y entonces todos los pedían coloraos. Vamos a ver si me acuerdo de alguno:

I

El cura y la mujer del zapatero

Era un cura que montaba a una vecina. Y, claro, tenía marido y tenía rapacinos. Y las divisiones de la casa eran de madera, madera ya podrida. Y entonces pa poder montarla, ella arrimábase con la castaña contra el madero y él otro venía po'l otro lau y apretába-y. Y el marido algo observó, y dióse cuenta cómo ella por aquel ahujero diba y ponía el culo p'allá y el otro apretába-y. Y el marido fue un día, cuando ella contaba que diba a venir el cura, fue el marido p'allá con un ladrillo caliente y hizo los ademanes que hacía el cura pa que ella saliera. Porque el cura hacía contraseñas y él las observó y hizo las mismas contraseñas que el cura, pero llevaba un ladrillo caliente. Y la otra vino, y sin chillar porque contaba que el marido taba en la cama con los chiquillos y eso. Y, ¡coño!, él taba allí con un ladrillo caliente, en caldía, y vien la otra y pon

el culo p'allá y el marido péga-y el ladrillo en coño. ¡Me cago en mi madre! Ella saltó p'allá con una quemadura de la virgen. Y al otro día vino el cura y feixo los mismos movimientos, pero la otra ¿qué carajo diba a venir? En primer lugar que ya taba descubierta, y co'l bollo según lo tenía... ¿qué carajo diba a venir? Y cantaba el cura por allí:

¡Palomita, sunsurita,
ven ahora que ya es hora!

Decíalo el cura por fuera pa que la otra viniera. Y entonces díjo-y el marido:

¡La palomita sunsurita
no puede ir ahora,
que tiene el culo
fecho n'una bolla!

Nota: Es cuento folklórico, variante del cuento-tipo número 1359 (ATU): *Husband Outwits Adulteress and Lover* (El esposo engaña a la adúltera y al amante), del que se conocen varias versiones en la tradición española: GARCÍA SURRALLÉS (1992): *Cuentos gaditanos*, núm. 109: "El sastre"; DÍAZ-CHEVALIER (1985): *Cuentos castellanos de tradición oral*, núm. 32: "El zapatero y el cura"; LORENZO VÉLEZ (1997): *Cuentos anticlericales de tradición oral*, núm. 87: "El cura y la mujer del zapatero"; AGÚNDEZ (1999a): *Cuentos populares sevillanos*, núm. 114, "Mariquita Zurita". En la tradición asturiana lo recoge DE LLANO (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, núm. 108: "La mujer del zapatero", pero el texto editado omite algunos detalles escabrosos que forman parte esencial de la trama del cuento, como el motivo de la "piedra calentada" con la que el marido quema las partes pudendas de su mujer. Se pueden ver otras dos versiones asturianas publicadas recientemente en SUÁREZ LÓPEZ (2003): *Folklore de Somiedo. Leyendas, cuentos, tradiciones*; núms. 129-130. Este cuentecillo se encuentra también en la tradición hispanoamericana: PINO SAAVEDRA (1992): *Cuentos folklóricos chilenos de raíces hispánicas*, núm. 72: "El fraile", donde se mantiene el motivo de la "piedra calentada" y la canción obscena: "Paloma, estate en tu nío. / No está tu paloma en tu nío / porque tiene el poto fundío". Igualmente en la tradición portuguesa, LEITE DE VASCONCELLOS (1963-1969): *Contos populares e lendas*, núm. 360: "O frade e o sapateiro": "Pasarinho triguêro / anda cá pra fora. / Tenho as barbas queimadas, / não posso lá ir agora". Este cuentecillo se recoge también en la tradición árabe: FANJUL (1977, p. 187): "Una mujer cuando dormía dejaba la cabeza para el marido y lo otro lo sacaba fuera de la jaima para su amante y allí le hacía lo que quería. Un día se quedó dormida y su marido salió fuera de la tienda y vio el engaño y con un cuchillo que puso al rojo vivo le quemó el higo".

2

El jorobado y los diablos

Mi padre era sobrín de un cura, y en aquellos tiempos ya eso era una categoría. Y claro, como era sobrín de un cura sabía leer y escribir bastante bien, y era de inteligencia natural bastante normal, y contaba muchos cuentos, muchos cuentos. Y entre ellos contaba uno que aquél lo contaba con frecuencia pa que aprendieran los chiquillos los días de la semana. Y así fue como yo aprendí los días de la semana, porque yo fui analfabeto hasta los catorce años:

Parece ser que había un méndigo que era jorobo, y un día atechóse a la puerta de un molinucu vieyu que había n'unos rebancayos. De noche quedaba vacío el molín

y el méndigo aquel cobijábase a la puerta del molín. Y dentro del molín dormían los diablos. Y po'la noche vino a cobijarse allí, y cuando los diablos llegaron a dormir, claro, entraban po'l furaco la llave, y empezaron a cantar:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres!
¡Lunes y martes,
miércoles, tres!

Y los diablos non sabían cantar más que eso:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres!
¡Lunes y martes,
miércoles, tres!

Era lo que cantaban los diablos. Entonces el méndigo de la joroba, que taba a la puerta muerto de frío, siguió más adelante con el cantar. Diz él:

¡Jueves y viernes,
sábado, seis!

Entonces ya el cantar, claro, mejoró. Y los diablos quedaron muy contentos de que el cantar continuara:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres,
jueves y viernes,
sábado, seis!

Y ¡coño!, abren la puerta a ver quién-ys mejorara el cantar y vieron al méndigo aquel allí con la su joroba. Dicen:

—¡Hombre...!

Diz él:

—Coño, sí, ye que óigovos cantar y, ¡bah!, nu lo cantáis todo. Y ese cantar tien esto otro:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres,
jueves y viernes,
sábado, seis!

Y diz el diablo:

—Bueno, ¿y qué te damos de premio?

—¡Coño!, si pudiera ser, que me quitaran la joroba.

Y claro, como era el diablo, pues ¡como Dios!, conseguía todo lo que quería. Así que quitáron-y la joroba y quedó el méndigo derecho como una vela. Y entonces ellos siguieron cantando el mismo repertorio. Y el méndigo siguió al mundo adelante y encontrósse con otro jorobo como él. Y diz el otro jorobo:

—Coño, ¿cómo andas sin joroba?

Diz él:

—Mira, pásome esto. Fui a atecharme allí al molinucu aquel aonde nos vamos a atechar cuando no hay otra cosa y taban los diablos dentro cantando:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres!
¡Lunes y martes,
miércoles, tres!

Entonces yo canté-ys los otros tres días:

¡Jueves y viernes,
sábado, seis!

Y ellos, de agradecíos, salieron y quitáronme la joroba.

Diz el otro:

—¡Coño!, pues voy yo p'allá. ¡Voy yo p'allá!

—Sí, ¡coño!, vete.

Conque fue p'allá el otro méndigo y volvió a oír el mismo cantar. En el mismo molín, los mismos diablos taban cantando el mismo cantar, pero ya cantaban el cantar completo:

¡Lunes y martes,
miércoles, tres,
jueves y viernes,
sábado, seis!

Y entonces el méndigo, como non tenía otra cosa, diz él:

—¡Y domingo siete!

Y domingo siete... se estropea el cantar. Quedó el cantar completamente desarticuláu. Y entonces, de mala leche salieron a ver quién fue el que los interrumpió y ven un jorobo allí tamién:

—¿Quién fue el cabrón este?

—¡Home, fue por esto, que lo otro...!

—¡Ah, cabrón, viniste estrozarnos el cantar! ¡Espera, que ahora vamos mangarte la otra joroba!

Y entonces marchó el probe del “domingo siete” con las dos jorobas. Y el cuento acabóse. Era el cuento que contaba mi padre con el fin de enseñar a los hijos los días de la semana. Porque él no era tan seguro ateo como yo, pero no era creyente. Él sabía rezar el rosario al dedillo, porque todo esto por aquí cuando había que rezar en algún mortuorio o algo siempre era mi padre el que rezaba delante, porque como era sobrín de un cura sabía la letanía esa. Y la doctrina sabíala al dedillo ce por be, pero sabía él —non sé de óu coño lo sacó— una doctrina totalmente adversa a la doctrina, que eso sé yo muy poco de eso, pero sé lo suficiente pa que quede ahí grabáu a qué me refiero yo. La doctrina dice: “contra pereza, diligencia”, pero mi padre decía “contra pereza, leznazos”, que ye cuando se aguija con el oblero de una vara a un animal. Y la doctrina dice: “contra gula, templanza”, pero él decía: “contra gula, fartura”. Y así sucesivamente, pero olvidáronseme. Yo sabía muchas, pero él todas. Todas las preguntas que decía la iglesia con las respuestas correspondientes, él hacía la contra. Había otra también que decía: “¿Cuáles son los mansos?”, que los mansos son los bienes que pertenecían al cura de una iglesia. Y entonces los mansos son los bienes de la iglesia, pero a “los mansos” mi padre contestaba: “los pioyos, que las pulgas saltan mucho”. Y también hay otra pregunta: “¿Cuál de los dolores es mejor?”, porque hay dolor de atricción y dolor de contricción según el repertorio de la porquería esa de la iglesia. Y entonces él la contesta sabíala al dedillo, pero la contesta d’él era: “dolores no hay ninguno bono”. Y yo sé que caigo un poco pesáu aquí a la familia, porque cuando está ocurriendo cualquier cosa siempre saco yo algún cuento de mi padre. Y es posible que yo sea un poco empalagoso en eso, pero cada uno tien su manera de ser y ésta ye la mía.

Nota: Es cuento ampliamente difundido en las tradiciones española, italiana y francesa. En España se documenta ya en el siglo XVII. La cantinela de los días de la semana: “Lunes i martes i miércoles, tres; xueves i viernes i sábado, seis”, se encuentra en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas, publicado en 1627. Se puede leer una versión completa del cuento, referida por el jesuita Valentín de Céspedes hacia 1660, en *Trece por docena* (CHEVALIER, 1999, pp. 218-219). También se documenta tempranamente en Italia. En una obra de un médico del siglo XVII llamado Pietro Piperno, *De nuce maga Beneventana* (Nápoles, 1635), se dice que fue en la ciudad italiana de Benevento donde un diablo y varias brujas quitaron la joroba a un pobre jiboso que les cayó en gracia en ocasión en que éste fue testigo de sus orgías (CARO BAROJA, 1992, p. 42).

El cuento de *El jorobado y las brujas* ha sido ampliamente documentado en la tradición hispánica. En Asturias lo recoge Constantino Cabal, en 1917, de boca de “La Machina”, mujer de 68 años, natural de Cangas de Onís (CABAL, 1983, pp. 341-342). También se han publicado versiones gallegas, vascas, aragonesas, catalanas, castellanas, extremeñas y andaluzas; se encuentra en distintos enclaves de la tradición judeo-española y se ha difundido en Hispanoamérica (CAMARENA-CHEVALIER, 1995, cuento-tipo 503). Catalogado con el número 503, *The Gifts of the Little People* (Los regalos de la gente pequeña), en la clasificación internacional de AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004) se referencian versiones de este cuento procedentes de todo el mundo: Finlandia, Suecia, Letonia, Lituania, Irlanda, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Francia, España, Portugal, Italia, Hungría, Polonia, Chequia, Eslovenia, Grecia, Marruecos, Argelia, Turquía, Siria, Líbano, Arabia Saudí, Irán, India, Mongolia, China, Japón, Canadá y Brasil.

3

La vaca del cura chiquito

Había un vecín que tenía muchos rapacinos y pasaban bastante fame. Y el cura tenía una vaca. Y el paisano robó-y la vaca al cura y trájola pa casa. Y mató la vaca y guardóla por allí y diban todos comiendo de la vaca. Pero parece ser que el cura “machacaba” a la paisana. Y entonces un chiquillo d’ellí de la casa salía cantando por allí:

¡La vaca morena
del cura chiquito
la tiene mi padre
en el cuarto bajito,
y d’ella sacamos
muy buen pucherito!

Y el cura oyólo, y vio lo que cantaba y cogió al chiquillo y engraciólo y qué sé yo qué. Y diz él:

—¡Coño!, ¡qué cantar más guapo!, mañana si cantas el cantar a la salida de misa pues doite una perrona de propina.

¡Coño!, sí, el rapacín fue pa casa y contó-ylo al padre. Diz el padre:

—¡Me cago en tal, el otro cabrón ya se enteró de que ta la vaca aquí!

Dice él:

—¡No, home, no!, mira, cuando mañana vayas a misa, a la salida de misa, en vez de cantar el cantar ese, vas a cantar este otro:

¡El cura chiquito
durmió con mi madre,
desgraciado d’él
si lo sabe mi padre!

Y efectivamente, el cura taba pensando que el rapacín diba cantar a la salida de misa que la vaca chiquita taba en el cuarto bajito. Y el rapacín, como diba preparáu po’l padre... Y el cura habló en el altar que iban ahora toda la parroquia a escuchar la canción de un niño que era tan cierta como que estampaba la mano d’él dibujada en la paré—claro, taba el cabrón sudando de emoción que tenía y la paré taría blanquiada, quedaba estampada la mano del hijoputa—. Y salen de misa y, claro, toda la gente esperando a ver, según lo anunciara el cura a ver lo que cantaba el rapacín. Y taban seguros que era cierto lo que cantaba. Y cuando el rapacín empieza a cantar:

¡El cura chiquito
durmió con mi madre,

desgraciado d'él
si lo sabe mi padre!

¡Y ahora mira a ver si tú lo fais mentira!

Nota: Catalogado con el número 1735A (ATU), *The Bribe Boy Sings the Wrong Song* (El muchacho sobornado canta una canción equivocada) es un cuento ampliamente difundido en la tradición hispánica y europea. Dentro del ámbito peninsular se recoge en numerosas colecciones de cuentos: GARCÍA SURRALLÉS (1992): *Cuentos gaditanos*, núm. 89: “La vaquita del señor cura”; CURIEL (1944): *Cuentos Extremeños*, núm. 122: “La vaca rabona”; LORENZO VÉLEZ (1997): *Cuentos anticlericales de tradición oral*, núms. 40-41-42: “La vaca rabona” (versiones de Burgos, Salamanca y Madrid); PUERTO (1995): *Cuentos de Tradición Oral en la Sierra de Francia*, núms. 130-133: “La vaca del cura”; DÍAZ-CHEVALIER (1985): *Cuentos castellanos de tradición oral*, núm. 43: “El cura y el monaguillo”; ESPINOSA (1988): *Cuentos populares de Castilla y León*, núms. 397-398: “La vaca morisca del cura chiquito” (versiones de Palencia y Valladolid); CAMARENA (1991): *Cuentos tradicionales de León*, núm. 250: “La vaca rabona del cura chiquito”; FONTEBOA (1992): *Literatura de tradición oral en el Bierzo*, núm. 24: “O cura de Cangallarós”; NOIA CAMPOS (2002): *Contos galegos de tradición oral*, pp. 382-385: “A vaca do cura”, “As galiñas do cura”, “O cura de Bouzoa”; BERTRÁN I BROS (1996): *El rondallari català*, núm. 102: “El porc del senyor rector”. En la tradición asturiana lo recogen: DE LLANO (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, núm. 69: “El cura chiquito”, versión censurada en la que se omite toda referencia al adulterio consumado entre la aldeana y el cura; CANO (1989): *Notas de folklór somedán*, núm. 6: “La vaca chiquita”; SUÁREZ LÓPEZ (2003): *Folklore de Somiedo*, núm. 144: “La vaca del cura majito”; GARCÍA GARCÍA (2006): *Literatura de tradición oral en Presno (Castropol)*, núm. 42: “El cura chiquito”.

4

El paraguas robado

Contaba también mi padre de un cura que perdiera el paraguas. Conque perdió el paraguas, y el hombre parecía-y que-y lo llevaran las de la parroquia, y publicólo en el altar a ver quién tenía el paraguas, porque el paraguas tenía que tar dentro de la parroquia... ¿dónde diba a tar? Y por fin... no apareció el paraguas. Y entonces convoca a confesiones, llamó a todos a confesar, porque en la confesión ya entós cada uno tien que decir la verdá. Y ponse a la confesión, van todos y confiesa a toda la parroquia y... ¡coño!, ¡tampoco parecú el que-y robó el paraguas! Y entonces, claro, aquí alguno cometió pecáu mortal al confesar mentira, porque él sabía que el paraguas taba dentro de la parroquia. Y entonces empieza él por los mandamientos —que yo nunca los supe—, pero empieza: el primero esto, y el otro, y el otro, y el quinto “no matar” y el sexto “no fornicar”. Y diba explicando los mandamientos: el primero, el segundo, el tercero... y diba explicando los artículos cómo en aquella parroquia taba aquello mal. Y al llegar al “no fornicar” diz él:

—¡Ya sé óu me quedó el paraguas!

Quedára-y el paraguas a la puerta de casa la querida; pero claro el hombre non se dio cuenta hasta que non llegó a la fornicadera.

Nota: No catalogado en los índices citados.

5

El diablo, el oso y el hombre

El oso y el diablo parece ser que se encontraron al mundo alante. Y taban discutiendo que cuál era más potente. Y el oso iba presumiendo de que era el más potente del mundo, que era el más valiente. Y el diablo decía:

—¡No, no! Tú non yes el más valiente. Hay otro bicho que es más valiente que tú.

Dice:

—¡Coño!, ¿cuál?

—Acompáñame, que yo ando po'l mundo tamién.

Y el diablo decía-y al oso que lo acompañara, que él andaba po'l mundo y cuando encontrara a uno que él viera que era más valiente, que... Y bueno, salieron al mundo alante, y diba el diablo delante y el oso diba detrás mirando a ver cuál-y presentaba el diablo más valiente que él. Y ve un paisanin viejo con una cayada, caminando todo encorváu. Y el oso ya lo vio venir. Y diz el oso al diablo:

—¿Qué?, ¿ése?

Y diz el diablo:

—Ése fue. Ése fue más valiente que tú.

¡Coño!, bueno, siguen p'alante y encuentran un chiquillo saltando, saltaba como una andarina⁴⁰. Y dice el oso:

—¿Ése?

—Ése será. Ése será más fuerte que tú.

Y bueno, siguieron caminando p'alante y llegan a un sitio que había una fragua. Y las fraguas, ya en aquel tiempo cuando el diablo andaba po'l mundo, ya los cristales... nunca veréis una fragua con los cristales sanos, porque saltan los hierros y salta la hostia y los cristales van tomar po'l culo. Pasan por delante de la fragua y sienten un ferrero allí machacando fierro, ¡pim, pum, pam!, dando madera allí al fierro. Y entonces el diablo asomóse a ver quién porreaba n'aquella incla, asomó el focico y la cara con sus cuernos po'l ventano, a ver lo que era. Y vio un ferrero así como de treinta y cinco o cuarenta años, co'l hierro caliente en fuéu, y las tenazas, allí machacando enriba la incla a toda marcha. Y ¡coño!, dio vuelta p'atrás y diz él:

—¡Aquí ta el que ye más fuerte que tú!

⁴⁰ *Andarina*, en asturiano, "golondrina".

Y entonces el ferrero, según taba trabayando, sintió algo en la ventana. Y fue mirar y vio la cara del diablo allí asomada. Pero el diablo enseguida escabulló y el oso quedó allí. Y el ferrero paró de porrear y quedó con las tenazas en caldia⁴¹. Sacó las tenazas del fuéu en caldia y taba pendiente de la ventana a ver quién fuera el cabrón que se asomara. Y entonces el oso, como valiente que era, asomó el focico po'la ventana a ver quién era más valiente que él. Y el otro, como había visto al diablo asomáu po'la ventana, taba con las tenazas mirando a ver si se volvía a asomar. Y cuando el oso fue a asomar, el ferreru enganchólo con las tenazas en caldia po'las narices y retorcéulas. Y saltó [el oso] p'atrás. Diz él:

—¡Me cago en su madre!, ¡ése sí ye más fuerte que yo! Y gracias que me garró con dos dedos solos, que si me garra con la mano entera... ¡jarráncame la cabeza!

Nota: Catalogado con el número 157 (ATU): *Animals Learn to Fear Men* (Los animales aprenden a temer a los hombres) es un cuento ampliamente difundido en la tradición hispánica. Se conocen versiones asturianas, castellanas, andaluzas, catalanas, vascas y gallegas; se encuentra en la tradición judeo-española y en la hispanoamericana (comunidades hispanas de Estados Unidos, Puerto Rico, Chile y Argentina). En la tradición europea, la más antigua versión conocida es la publicada por el poeta alemán Hans Sachs en *Der leb mit dem monthier* (siglo XVI). El catálogo de AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004) referencia versiones de tradición oral procedentes de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Suecia, Noruega, Irlanda, Alemania, Polonia, Francia, Italia, España, Portugal, Rusia, Ucrania, Hungría, Chequia, Eslovenia, Bulgaria, Grecia, Turquía, Egipto, Argelia, Marruecos, Siria, Palestina, Jordania, Iraq, India, China, Ghana, Sudán y Sudáfrica. En Asturias, lo recogen DE LLANO (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, núm. 170: “El oso y el herrero”; LÓPEZ VALLEDOR (1999): *Literatura de tradición oral nos Coutos (Ibias)*, pp. 15-16: “O oso, o león ye o home” y “O elefante, o lobo ye o home”.

6

Los mensajeros de la muerte

Contaba también mi padre uno de Dios y de San Pedro que me atañe a mí ahora. Andaban por aquí San Pedro y Dios, y San Pedro tenía amigos acá. Y la gente muere cuando San Pedro los llama, y aquel vecín que era amigo de San Pedro tardó en llamarlo —según decía mi pá— Y por fin llegó la hora que lo llamó. Y fue p'allá muy viejín, más vieyu que los otros con mucho. Y llegó allá el hombre decepcionáu ante San Pedro. Y San Pedro pensó que diba a llegar allí un amigo, que se diban a abrazar; pero, ¡coño!, el vieyín aquel llegó allá con mala cara y un poco emberriascáu.

Y diz San Pedro:

—¡Coño!, parez que vienes de mal humor. ¿Qué te pasa?

—Nada, hombre, nada. Yo toi agradecíu de ti, que dejásteme allá mucho tiempo, más tiempo que a los otros; pero, ¡coño!, llamásteme de improviso sin avisar y dejé cosas sin hacer —con todo lo vieyo que era, dejara cosas sin facer— ¡Coño, nu me avisaste!

⁴¹ En *caldia*, en asturiano, “al rojo vivo”.

—¿Que non te avisé? ¡Home, non! ¡Pues non tuve poco en cuenta la situación tuya pa avisarte y pa dejarte allá mucho tiempo y darte avisos! No darte un aviso solo, darte tres, pa que tuvieras tiempo.

—¡Coño!, pero entonces ¿cómo me avisaste?

Diz él:

—¡Coño!, ¿non te puse el pelo blanco?

Diz él:

—Home, sí, el pelo blanco pusístemelo.

—¿Non te saqué los dientes?

—¡Coño, sí!, tamién, sí, sí, los dientes tamién me los sacaste.

—¿Non te quité las fuerzas?

—Home, sí.

—¿Entós qué querías? ¿Qué carajo querías que te avisara? Si ya te puse el pelo blanco, si ya te saqué los dientes, si ya te quité las fuerzas, ¿entós qué coño más avisos querías? ¡Ya tabas avisáu!

Y ese mismo aviso ya lo tengo yo tamién, que eso non ye el cuento de mi pá, ye la realidá total. Ese mismo cuento téngolo yo tamién: púsome el pelo blanco, sacóme los dientes y quitóme las fuerzas, y ya entonces el tercer aviso ya lo tengo. Ese cuento acabóse tamién, pero ye una realidá como un puño. ¡Tien su meollo!

Nota: Catalogado con el número 335 (ATU): *Death's Messengers* (Los mensajeros de la muerte), es de un cuento raro en la tradición hispánica. Las versiones publicadas son escasas: ESPINOSA (1988): *Cuentos populares de Castilla y León*, núm. 90: "Juan Holgado y la muerte"; *Contos populares da provincia de Lugo* (1963), núm. 4: "Os avisos da morte", CARRÉ (1963-1967): "Contos populares da Galiza", núm. 76: "Os sinais"; CARNERO VÁZQUEZ *et alii* (2004): *Da fala dos brañegos. Literatura oral do concello de Abadín*, núm. 22: "Os avisos da morte"; GARCÍA GARCÍA (2006): *Literatura de tradición oral en Presno (Castropol)*, núm. 23: "Os avisos del demo". En la tradición europea, este cuento se documenta por vez primera en la *Summa predicantium* del fraile inglés John Bromyard (siglo XIV). El catálogo de AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004) referencia versiones procedentes de Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia, Irlanda, Países Bajos, Alemania, Polonia, Hungría, Chequia, Bulgaria, Eslovenia, Grecia, Malta, España y Portugal.

MANUEL LÓPEZ ÁLVAREZ
“SANCHÓN”
(SAMA, GRAO, 1917-2011)



Manuel López Álvarez, c. 1935



Manuel López Álvarez, c. 2003

MANUEL LÓPEZ ÁLVAREZ
“SANCHÓN”
(SAMA, GRAO, 1917-2011)

MEMORIA HISTÓRICA

De esto me acuerdo yo tovía siendo neño, que sacabas una muela y tenías que ir tirarla al cementerio, porque dicen que en muriendo tienes que venir a por ella ahí. A mí sacóme una vez mi pá una muela con un bramante, atándolo a la muela. Atómelo a la muela y diz él:

—Tú non tengas miedo, que sal solo.

Apretó el bramante, y al apretar mancóme. Y yo vilo garrar un tizón del fuéu, y va a metérmelo po’la cara. Y yo pegué un tirón p’atrás y yo mismo saquéi el diente.

Y diz él:

—¡Venga, a llevarlo al cementerio! Cuando mueras ya sabes que lo tienes allí. ¡Allí lo tendrás!

Y yo tenía bon miedo pasar por delante la iglesia, marchéi, tiréilo y arranquéi corriendo y ¡hala!

Y todos los que sacaban una muela había que ir a tirarla al cementerio, porque decían que en muriendo había que ir a buscarlas ahí. Eso digo yo que tenía que ser un cuento, porque después yo eso no lo oí más. Pero siendo yo neño había eso. ¿Qué va a ser? ¡Si yo fui enterrador y nunca vi nada d’eso! ¡Cago en tal que me parió! Y los neños míos... fíjate tú cómo era que cuando tocaban a muerto decían los neños aquí:

—¡Mi pá, mi pá, tocan a galletas!

Y era que tocaban a muerto. Porque yo cuando iba a hacer la poza cobraba algo y traía-ys galletas. ¡Cómo era la vida! ¡Me cago en la luna verde! ¡Non te puedes acordar porque era dura!

TRUCHAS PARA EL INDIANO

Yo fui pescador de trucha, buen pescador, de los que hoy no hay. No es por decirlo yo. Bueno, los pescadores y los cazadores somos los más enredadores del mundo, porque casi siempre que preguntan decimos que traemos tanto y más cuanto; pero yo de aquella lo traía. Porque dir al río y traer ochenta o noventa truchas, eso... ¡así que ya es! Porque de aquella no había cupo, a ver si me entiendes. Y entonces había aquí un señor que llamaban don Santiago, muy rico, vivía en Méjico, tenía hasta minas de oro. Era muy rico. Y estando yo pescando en el río allá abajo dízme él a mí:

—¿Pican?

Pero yo non sabía lo que era picar, había poco tiempo que empezara a pescar. Y digo yo:

—Nu lo entiendo.

Iban a caballo él y el cura p'abajo. Y dízme el cura:

—Que si enganchan bien.

Digo yo:

—Bueno...

Dice don Santiago:

—Si pesca algo, a ver si nos visita.

¡Coño!, pillé unas cuarenta y tantas. Y al oscurecer vine p'ahí, piqué a la puerta y salió la doncella a recibirme:

—¡Ah!, que nos viene a visitar el pescador.

Y digo yo:

—Pues sí, ¿está don Santiago?

—Sí, sí está, pase, pase.

Digo yo:

—Bueno, eso tendrá que decirlo don Santiago.

Dice:

—Pase, pase.

Y fue a llamar a don Santiago y dejóme allí mismo. Y vien don Santiago y ya me conoció. Dice:

—¡Ah!, así que nos viene a visitar.

Y dije yo asina:

—¡Traigan una fuente p'acá!

Quito la tapa al cesto y entorno las truchas allí... ¡habíala que tovía coleteaba un poco! Y dizme él:

—¿Trai hambre, Manuel?

—No, llevé un zoquete boroña bonu y un poco tocín.

Y diz él a la doncella:

—Traígale a este señor algo de comer.

Al poco rato llega la doncella con una bandeja, y era medio pollo abundante y una botella vino. Y él taba allí sentáu y yo aquí, pero yo nu me atrevía a comer. Digo yo:

—¿Cómo se empezará aquí a comer? ¡Yo non sé comer aquí!

Y él debió de darse cuenta, y diz él:

—Tranquilo, Manuel. Coma usted tranquilo, que yo tengo cosas que hacer, pero vengo a visitarlo luego. Usted coma tranquilo; pero cuidáu con el vino ¡que tiembla!

Y yo, namás marchar, ¡me cago en diez!, empecé a comer... ¡comía hasta los huesos!

Pero cuando vengo don Santiago, la botella taba medio acabada. Y vase él, saca un billete y diba a dármelo. Y digo yo:

—No, don Santiago, yo aquí no vengo a mendigar. Basta que un señor como usted, mejicano, que ahora va a parar aquí en esta tierra, tuvo el gusto de probar unas truchas. Y yo tengo el gusto de regalárselas.

—Muy bien, Manuel, ¡muy bien!

Marchó, y vengo y trajo dos cigarros “María Guerrero”, me acuerdo bien; pero envolviendo los cigarros venía un billete de mil pesetas... ¡de aquella, eh!, que mil pesetas de aquella... ¡faía fríu! Y dice:

—A ver si nos viene a visitar una vez o dos a la semana.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Al salir del portón, con una mano cerrando el portón y con otra sacando esto a ver lo que era. Y veo el billete de mil pesetas... digo yo:

—¡Mi madre del alma!

Tú fíjate bien, que con otras mil que tuve compré una xata. Así que mira cómo taban los tiempos aquellos. Marcho pa casa Antón de Carlos, non dije nada a nadie. Sé que tomé otra botella vino y vine pa casa. Y a los dos días marchamos a segar hierba ahí a Tresmuría, a La Cueta, mirando pa Vallongo; pero empieza a orbayar y digo yo:

—Non voy segar, ¿pa qué voy segar?

Digo yo:

—¡Ah, Elvira!

—¿Qué?

—Tú vei pa casa, mi neña, y yo voy a dejar el ganáu aquí arregláu que voy dir de pesca.

—¡Coño!, ¿qué dirá la xente?

Digo yo:

—Non va facer sol, así que voy dir a pescar.

Marché pa'l ríu, pim-pam-pim-pam-pim-pam, unas cincuenta y tantas. Vengo y fui a llevá-yas. Pero aquel día abrió el grifo de una bañera que había allí y mandóme tirar las truchas allí. Y digo yo:

—¿Cómo me mandaría tirarlas aquí?

Yo pensaba mal, digo yo:

—¿Pa qué será esto?

Y aquel día nu me dio de comer. Subí p'arriba, convidóme y diome otros dos cigarros envueltos. Y dizme que si puedo llevar unas truchas vivas.

Y digo yo:

—Aquí alguien le dijo que yo echaba maleza⁴² en el río y por eso me manda traerlas vivas.

Y digo yo:

—Sí, se las traigo vivas, pero con una condición.

—¿Cuál?, Manuel.

—Tien que mandarme un obrero de éstos que tien aquí pa llevarme la lechera, porque la lechera hay que llevarla con agua y cambiarla pa que se sostengan.

—Sí, sí, nada, nada.

⁴² *Maleza*, en asturiano, “veneno”.

Llamó al encargáu y mandó a un hombre comigo pa llevar la lechera, porque cada poco tiempo había que cambiar el agua. Y ese día traje menos, traje unas treinta y tantas. Y túvolas ocho días en el grifo, o sea echába-ys de comer y teníalas en el grifo. Pero va él y dame una botella envuelta en un periódico, y voy a desenvolverla y taba toda llena de telas de araña. Aquel día lloré y todo. Y llamé a la mujer y digo-y yo:

—¡Ah, Elvira!, non se puede ser probe...

—¿Por qué?

—¡Mira qué botella me dan llena de telas de araña, ne!

Pero había un maestro ahí que llevaba mucha confianza con él, y Elvira contó-ylo. Diz él:

—Traime la botella, a ver qué botella es.

Y llevó-yla y dice:

—¡Mi madre del alma!, el mejor vino que tiene don Santiago, solera de no sé qué año.

Y yo contaba que era un vino malo. Pero él súpolo, y dijo él:

—Cuando le den una botella, Manuel, le quite las telas de araña, ¡eh!

Y otra vez, el día del santo, el día de Santiago, fui tamién a lleva-y truchas y convidóme. Y, claro, como era el día del santo d'él pues tomaba él tamién. Y espurrió el vaso así frente de mí y diz él:

—Brindemos, Manuel.

Y ¿qué me cago en tal? ¡Yo eso nunca lo viera! Yo non sabía lo que era eso de brindar. Así que eché el vaso p'atrás así como asustáu y él rióse. ¡Pero eso non ye pecáu, eh!

UN CURA CAMPECHANO

Estando yo en un prau, en La Campa, taba fradando⁴³ una sebe⁴⁴ con una foceta⁴⁵. Y yo tenía sede y garré la lechera que tenía allí, porque siempre cuando vas pa un prau y fai calor llevas una lechera con agua. Y púseme a beber agua y posé la lechera en suelo. N'esto venía un cura que era de Linares, un pueblo de aquí arriba. Y antiguamente, cuando moría un paisano en un pueblo, tenían por costumbre llamar cuatro o cinco curas pa cantar la misa, y ese día comían y bebían a placer. Y al llegar a junta mí, dizme él:

—¡Buenas tardes!

43 *Fradar*, en asturiano, "cortar, podar".

44 *Sebe*, en asturiano, "cierre de finca hecho con zarzas y arbolado".

45 *Foceta*, en asturiano, "hoz con mango largo que se emplea para cortar cañas y zarzas"

Salúdome él primero a mí. Y digo yo:

—Buenas tardes.

Y digo yo:

—¿Tien sed?

Y diz él:

—¿Qué es?, ¿agua?

—Sí.

—¡Hombre, no! ¿Cómo se llama usted?

—Yo llámome Manuel.

Y diz él:

—Manuel, al cuerpo hay que da-y todo lo que pida menos agua.

Y digo yo:

—¡Hombre!

—Sí señor, usted cuando bebe agua ¿cómo orina?

—Coño... ¡blanco!

Dice:

—¿Y cuando bebe vino cómo orina?

Y digo yo:

—Blanco.

Dice:

—¡Algo queda allá!

Iba fartucu, coloráu, montáu n'un mulo... ¡eh!, era muy fuerte y eso. Dice:

—Bueno, Manuel, ¡no beba mucha agua!

Sí, ¡ho!, ¡cayóme bien ese cura!

LA REVOLUCIÓN DEL 34

Cuando la revolución de octubre... yo era joven de aquella, pero tenía un primo que trabajaba en la fábrica de Trubia. Él era de la CNT y tenía libros... y el caso es que apuntóme a las Juventudes Libertarias. Yo no tenía perras pa pagar, pagábalo él,

que tenía más posibilidades. Y, claro, cuando estalló la revolución, salí al frente. Y allí hubo la de cuer⁴⁶. Nosotros marchamos pa Oviedo, y allí hubo un asunto malo, malo, malo. Nos dijeron: “Vais dir a por armas al cuartel”. Y fuimos p’allá y yo tuve la grandísima suerte, cuando vi entrar militares, de tirarme fuera. Y a los demás los cogieron y quedaron prisioneros. O sea que fue un engaño, que nos dijeron que dábamos ir a por armas, y en vez de darnos las armas era pa cogernos. Y yo tiréme fuera; pero al tirarme fuera yo estuve en Oviedo hasta que estalló el movimiento todo. Y acuérdomen bien que en una ocasión vino un señor que-y llamaban David Antuña⁴⁷, y dice:

—Bueno, señores, aquí estalló el movimiento; pero Cataluña nos abandonó.

O sea, que Cataluña es traidora, ¿me entiendes? Entóis estuvimos en Oviedo y cayó Oviedo. Y se da el caso de que, amigo, entonces empieza lo gordo, porque nos preparan y no había más que escopetas, alguna escopeta y fusiles muy pocos. No había armamento. Era con dinamita. Yo el fusil no lo sabía manejar. Y entóis me dieron dinamita y dábamos arrodéos de dinamita. La dinamita la llevabas con la mecha y la garrabas y... ¡pumba!, ¡y pumba!, ¡y pumba! Y enseguida tomamos el cuartel. Y Asturias era nuestra ya completamente. Y en Lugones, a la caballería de la Guardia Civil, con escopetas y con la hostia, les dimos atrás, y atrás, y atrás, y atrás... Y tuvimos Oviedo tomáu hasta que entró la Legión. Y entonces yo caí prisionero y estuve prisionero cierto tiempo, muy poco, unos tres meses o así. Estuve preso en El Coto⁴⁸, en Gijón, pero vino un indulto rápidamente porque como era joven a mí me sacaron en libertad. Claro, yo era joven y tenía poca experiencia de todo. Y al salir en libertad pues vine pa casa. Y claro, mi padre... yo tenía diecisiete años, era un niño... riñóme y tal y cual. Y quedó así suspendida la cosa hasta que estalló la guerra civil.

Ahora, por ejemplo, esto no se podrá poner... Pero, bueno, ¿pasará algo por eso? Bueno, si lo hay que lo haiga, ¿qué me van a hacer a mí con ochenta años?:

Quando en Asturias y en toda España
sonó la voz de revolución,
Asturias paria salió a la calle
con energía y con gran valor,
después de días de gran batalla
y haber vencido a la región,
noticias llegan de Cataluña
con la gran prueba de su traición.
¡Salud, camaradas,

⁴⁶ Expresión asturiana que significa “formar alboroto, escándalo; jaleo”.

⁴⁷ Líder socialista de San Martín del Rey Aurelio que dirigió la revuelta de los mineros junto con Herminio Vallina.

⁴⁸ Antigua cárcel de El Coto de San Nicolás, inaugurada en 1909.

bravos a luchar con amor!
Asturias saluda con puño en alto,
amenazando con gran valor.
Los catalanes su cobardía
nos demostraron con su traición,
aquellas gentes que tanto hablaban
y amenazaban a la nación.
Perdida toda la retirada
Asturias hace con gran valor
al mismo tiempo que era tomada
por seis banderas de la Legión.
También los moros con carta blanca
nos invadieron nuestra región,
muertes, degüellos, robos y atracos
y hasta incluso la violación.
De nuevo en manos del enemigo
nuestros valientes lo pasan mal,
son detenidos, martirizados,
por los esbirros del ruin Doval⁴⁹.
Tras de las rejas me encuentro preso
por los caprichos de un dictador,
tras de las rejas me encuentro preso
por hombre libre y buen luchador.
Oigo aterrado desde mi celda
gritos que parten el corazón,
ayes de espanto de camaradas
que están prestando declaración.
Una mañana de primavera
un pajarito vino a cantar,
era la pobre de una madre
que a su hijo venía a visitar.
—Querido hijo, no tengas pena,
que con el tiempo hemos de alcanzar,
esos sicarios que vos maltratan
los venceremos sin vacilar.

49 Lisardo Doval Bravo, capitán de la Guardia Civil destinado en el cuartel de Los Campos (Gijón) durante la dictadura de Primo de Rivera, donde destacó por su brutalidad. Tras la proclamación de la Segunda República fue uno de los primeros procesados en causa abierta por la corporación municipal de Gijón, por lo que fue destinado forzoso al Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro (Madrid); hasta que, en 1934, fue nombrado delegado de Orden Público para Asturias y León, siendo el encargado de la represión de la huelga revolucionaria de octubre, donde destacó nuevamente por su brutalidad.

—Querida madre, no tengas pena,
aquí seguimos todos tan firmes,
bajo este régimen de terror,
defenderemos la España roja
y acabaremos con la opresión.

Y luego, de cuando la del 34, hay otra también, no sé si me acordaré:

Los obreros de Asturias, señores,
que han fracasado en su rebelión
se presentan y entregan las armas
probando con ello gran humillación,
pues la autoridad
los castiga muy severamente
y a todo el que coge
sin tener piedad.
Y a los montes huyeron bastantes
temiendo enfrentarse a la autoridad
y por cierto, allí sucumbieron
de hambre y de frío en la soledad.
Da pena y dolor,
lo de Asturias no puede contarse
porque al relatarlo
tiembla el corazón.
Tres mil niños
quedaron sin padre
y tres mil mujeres
sin tener piedad,
y una niña llorando
pregunta a su madre
llena de dolor:
—Madre mía
¿papá nunca viene?
y por fin la guerra
ya se terminó.
Llámale mamá,
dile que venga a buscarme,
o yo iré a buscarle,
dime dónde está.—
Traspasada la madre de pena
a la niña en brazos cogió,
y estrechándola en su cuerpo le dice:

—Papá, hija mía,
en la guerra murió,
en la lucha fatal,
allí dio su sangre por tu porvenir
y por redimir nuestra libertad.

Es que me emociono, porque es que me tocó, y vi mucho de lo que pasó, bueno y malo, por ambas partes ¿entiendes? Porque esto era zona roja, y yo pues... marché voluntario. Porque salir voluntario en la guerra es una cosa, pero si no hubiera la guerra Franco no hubiera sido el amo. Y en realidad yo salí a defender un gobierno que estaba constituido por el pueblo, porque de aquella lo ganara la República, y el que se alzó contra esto, bien sea por bien o bien sea por mal, fue Franco.

LA GUERRA CIVIL

El día que estalló la guerra aquí en Asturias, a Oviedo fue este menda en cabeza. Y enseñáronme aquel mismo día a manejar el fusil. Entóis fuimos a tomar el depósito de agua de Oviedo⁵⁰. Y de treinta y seis volvimos trece. Ya quedaron allí muertos. Y entonces piden voluntarios pa ir a tomar Simancas y Zapadores de Gijón. Y apuntéme voluntario y marché p'allá. Tomamos a Simancas y Zapadores, que ahí vieno una avioneta que llamaban "la Cirila", del gobierno rojo, y tiró una bomba incendiaria y ahí hubo la de cuer⁵¹.

Pero luego, a los dos o tres días que estábamos en Gijón, piden voluntarios pa ir enfrente de la columna gallega. Y fuimos hasta Luearca, y ahí vinimos retrocediendo, retrocediendo... Y en Santana Montarés [Cudillero], según díbamos po'la carretera, venía allí un sargento... —yo sabía que era sargento porque los sargentos traían de aquella gorra de plato— y entóis ya venía con el fusil enfrente de mí, y yo según tenía la pistola en la mano... ¡ras!, pegué-y un par de tiros y cayó a tierra. Allí sé que di muerte a un sargento, porque yo diba a morir, ¿entiendes? Entóis yo fui más hábil y disparé primero, que si no yo allí caía.

⁵⁰ Se refiere al Depósito de Aguas de Buenavista, punto estratégico en la línea defensiva establecida por el coronel Aranda en los primeros días del asedio a Oviedo.

⁵¹ Tras la intentona fallida de apoderarse de los puntos neurálgicos de la ciudad, los militares sublevados se concentran en el cuartel de Simancas, llamado así por ser sede del *Regimiento Simancas N° 40*, donde resisten poco más de 350 hombres, y en el cuartel del VIII Batallón de Zapadores que contaba con 180 hombres. A pesar de que las milicias republicanas tienen escasas armas, cuentan con gran cantidad de dinamita que lanzan contra estos cuarteles durante sus ataques. Después de un largo asedio, que comienza el 21 de julio de 1936, las milicias populares asaltan el cuartel de Zapadores el día 16 de agosto, siendo éste abandonado durante la noche por sus defensores, que se repliegan al cuartel de Simancas. En la tarde del 24 de julio, en vista de que la artillería republicana no conseguía derribar los muros del Simancas, sus sitiadores intentan incendiar el cuartel con dos camiones-cisterna cargados de gasolina, siendo sofocado el fuego por los sitiados. Finalmente, con el apoyo de la aviación y de la artillería el día 21 de agosto las milicias logran entrar al cuartel del Simancas y derrotan a los últimos defensores de la posición, ejecutando a los oficiales supervivientes. Cfr. JAVIER RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 194-197 y 219-223.

Pero vinimos retrocediendo, y p'acá de Santana Montarés, ahí en Pravia, muchos al pasar el río los llevó el agua, otros que se ahogaron... y entóis pasamos pa la parte de p'acá. Y entonces piden voluntarios para tomar Oviedo. Apuntéme voluntario y marché de dinamitero. ¡Yo era un loco, hombre!

Rogelio Menéndez era el jefe nuestro. Me preguntan:

—¿Arma que posees?

Digo yo:

—Fusil 29/87.

A los tres días, que fue el cinco de octubre, mandaron atacar Oviedo. Nos llevaron pa'l Naranco. Piden voluntarios dinamiteros. Yo, el primero. Marché de dinamitero y bajamos hasta la Estación del Norte. Y allí pedimos carta blanca y no nos la quisieron dar. Entóis, uno que diba conmigo, que le llamaban el teniente Perriqui, dice:

—¡Tenemos la guerra perdida! ¿Por qué no se nos da carta blanca pa entrar en Oviedo?

¡No nos quisieron dar carta blanca! Si no de aquella taba Oviedo tomáu. O sea que había maniobra. Ahí alguien taba vendió y había maniobra⁵².

En el Naranco tocóme tomar Casa Negra⁵³. Allí caí herido. En la bajada del Naranco, antes de llegar a Casa Negra había un muro, y había una tierra de maíz y entrá-bamos arrastro. Y me tocó detrás del muro un fusil ametrallador funcionando, pero yo fui agacháu más bajo que taba el muro y garréme al fusil ametrallador y... ¡calcando pa bajo!, ¡pa bajo...! pero amigo, tocóme un tiro. Y entonces ahí ya me cogieron y trajéronme pa Trubia. Y como taba herido mandáronme pa casa. Yo a los ocho días ya diba bien, y entonces vinieron por aquí, que taban allí en Monte los Pinos los rojos, a garrar gente pa fortificar⁵⁴. Y, claro, vinieron a llevarme a mí también.

52 En otros sectores, diferentes grupos hicieron incursiones hacia el centro de la ciudad, pero no había orden de continuar el avance y las líneas generales del cerco se mantuvieron inamovibles. Esta situación no pasó desapercibida a muchos milicianos atacantes, que no entendieron entonces, ni después, por qué no se tomó Oviedo cuando lo tenían al alcance de la mano. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 318-325.

53 La posición defensiva de la Casa Negra, que se encontraba en la parte baja del Naranco, camino de San Pedro de los Arcos y la Estación del Norte, fue tomada por los republicanos, tras un duro combate cuerpo a cuerpo con bombas de mano y dinamita que se saldó con abundantes bajas por ambos lados, durante la ofensiva del 4 de octubre de 1936. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 301-304.

54 El Monte los Pinos era una pequeña loma de cima aplanada que permitía controlar el estratégico paso del río Nalón por el puente de Peñaflo. Para el ataque republicano al Monte los Pinos se dividieron las fuerzas concentradas en el sector Llera-Bayo en dos sectores, el de Llera y el de Tejera. En el sector de Llera, al mando de Onofre García Tirador, se concentraron los batallones de Onofre y el Máximo Gorki, con una compañía de ametralladoras y dos baterías. La batalla del Monte los Pinos tuvo lugar entre los días 1 y 3 de diciembre de 1936, sin que el ejército republicano lograra su objetivo. Cfr. Javier Rodríguez Muñoz, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 390-394.

—¡Usted también!

Y digo yo:

—¡No!, yo estoy herido.

—Vale, vale.

Y a los tres días yo ya taba bien, parecíame que ya taba bien, y marché ahí a Bayo, a un xalé que tenía Uría, y apuntéme voluntario pa con Celesto “el Topu”, ¡un valiente!⁵⁵ Y tocóme estar con él en el Monte los Pinos. Ahí atacamos dos veces. Y ahí murió un compañero nuestro que se llamaba Silva: “Nuestro compañero Silva es muy digno de respetar, murió como un valiente asaltando el parapeto. Solamente dijo esto: ¡Cuidáu, muchachos, que hay moros!”⁵⁶.

Y tomamos la loma de acá y la de allá. Y luego allí nos dan el alto, que si de aquella no nos dan el alto pasaban a Luearca, porque los facistas acabaran la munición. O sea, que los mandos nuestros también tuvieron errores. Y para que veas que taba todo vendido, que estando atacando, la aviación misma nuestra descargó sobre nosotros.

Y de allí luego marchamos para Gijón, porque vinieran unos ingleses... ¿A ver quién diba recibir allí? Pero allí se presentó la República, la CNT, el partido... ¡o sea, todos! Entóis dijo allí un señor:

⁵⁵ Celestino Fernández Fernández, más conocido por el pseudónimo de Celesto “el Topu”, nació en Santumareño (Noreña) en 1899. Era obrero metalúrgico en la compañía Duro Felguera y militante del Sindicato Único de la Metalurgia (SUM) de la CNT donde los principales responsables eran Onofre García Tirador e Higinio Carrocer. Durante la revolución de octubre de 1934, después de haber participado en los combates contra la Guardia Civil en La Felguera y contra la Guardia de Asalto en Valdecuna (Mieres), fue junto con Higinio Carrocer y Onofre García Tirador el responsable de la columna de 200 militantes cenetistas que el día 6 entraron en Oviedo por San Esteban y se apoderaron de la Fábrica de Armas La Vega. Tras la derrota del movimiento revolucionario, fue condenado a una larga pena que pasa en la prisión de El Coto en Gijón. Fue liberado en febrero de 1936, después de haber pasado 16 meses en prisión, gracias a la victoria electoral del Frente Popular y al decreto de amnistía para los prisioneros políticos que trajo consigo el nuevo gobierno presidido por Azaña. En julio de 1936, Celestino Fernández organiza el Batallón Asturias nº 9 (o Batallón Celesto y Batallón CNT nº 4), uno de los primeros del Ejército Republicano en el Norte. Durante la ofensiva franquista de septiembre, estaba en Bayo y participa en la defensa del sector de Grado con el Batallón CNT nº 1, comandado por Onofre García Tirador. En febrero de 1937 fue nombrado comandante de la 6ª Brigada de Choque con base en Colloto. Desde el 21 de febrero hasta el 17 de marzo de 1937, la 6ª Brigada participa en la ofensiva sobre Oviedo pero se vio obligada a retirarse a sus posiciones anteriores. Tras la caída del Frente Norte en octubre, Celestino Fernández Fernández se echó al monte, cayendo finalmente en las montañas de Siero el 21 de Noviembre de 1937. “*Los de la sierra*”. *Dictionnaire des guerrilleros et résistants antifranquistes* (1936-1975), información transmitida por su hijo José María (marzo de 2008), autor del libro *El valle del Nalón*, en el que da testimonio de la trayectoria vital y política de su padre.

⁵⁶ Se trata probablemente de Gervasio Silva Yáñez, nacido en Turón (Mieres) y muerto en combate en el Monte los Pinos el 27 de noviembre de 1936. Fuente: Proyecto Todos los nombres de Asturias. <http://www.todoslosnombres.es/index.php>.

—¡No hacemos nada! Aquí no hay representación, porque vienen éstos, éstos y éstos, y no hay representación. ¡Aquí no hacemos nada!

Y de allí p'acá, a mí tocáronme los combates todos y todo eso, pero la ilusión estaba perdida.

Y esto que vos voy a cantar ahora valía más que no lo pusierais, por si no lo debéis poner:

Y una tarde en San Pedro los Pílares,
caminito de Los Pinos eché andar,
fui seguido por mis jefes y oficiales
porque aquella tarde íbamos a atacar,
y al cabo de muchas horas
de atacar con afición
va cayendo el enemigo
bajo el fuego del cañón.
Cuando entramos en el tiroteo
alegres cantando
sin miedo a morir,
disparando las balas certeras
que al enemigo
cantamos así:
—Fascismo, fascismo rastrero,
que metiste en terreno español
moros y extranjeros,
a luchar contra nuestras milicias
hermanas, defensa del pueblo.
No hay piedad de ti ni de tu traición,
fascismo, fascismo rastrero,
fascismo asesino, no tienes perdón.

Es verdá, esto fue verdá, que aquí metieron moros y metieron la unción. Y eso claramente, si no es Italia y Alemania no ganan la guerra. Pero había que ganarla, porque el comunismo no querían que funcionara, ni quieren que funcione. Y en realidá se está viendo que todo lo de Rusia fue... si no fuera Rusia taríamos más subordinados y más aquello. Pero, amigo, ahora ya ves tú el fracaso, que viven mal y... ¡hubo la de dios! O sea, que esto de las guerras y esto de las naciones, a mi entender, no me gusta ninguna nación o ningún gobierno que sea puesto po'las armas. Pero yo entiendo también que cualquier gobierno, si no hay autoridad y si no hay respeto, no llegamos a ninguna parte. Porque yo ya ves que luché contra Franco. Y sin embargo, cuando Franco había un poco más de justicia. Hubo muchas cosas que no estuvieron bien; pero, oyes, metían un hombre en la cárcel y la pagaba. O un hombre debía esto y lo pagaba. Otra cosa que

pasa ahora con esos que mataron... Amedo y toda esa gente de los del GAL... ¿Tanto cuento con esos dos por matar a ese hombre? ¿Cuántos mató ETA? Así que por matar dos hombres lo que hay. Ahora, un hombre como yo... que hay una fosa ahí en Llantrales con más de doscientos hombres muertos ahí de cuando la guerra... Eso non se miró por ello, ¿verdá? Ni se especula ¿quién los mató a esos? Y ahí están enterraos. ¿Cuántos hay en San Salvador? No de los que murieron, de los que mataron en Oviedo. Y ahí están. Por eso n'este mundo non se sabe lo que hay ni lo que no hay.

Compañero,
 ¡ay, mi buen compañero!
 que murió luchando
 por un mal mortero,
 y agonizando así me decía:
 –Camarada, muero,
 coge mi fusil, tira sin cesar,
 compañero,
 ¡ay, mi buen compañero!
 que murió luchando
 por la libertad.

LA BATALLA DEL MAZUCU

Y luego fue cuando fuimos de descanso pa La Felguera, y entraba la columna gallega... Fue cuando entró en Oviedo ahí por el Naranco, que de aquella, si non vamos el nuestro batallón, pasan a Gijón directamente. Y ahí los detuvimos. Ahí cayó una mujer valiente garrada de la ametralladora, ¡valiente!, ¡qué mujer!, ¡qué sangre! Y luego fue cuando entraron por el frente oriental [de Asturias]. Y marchó el nuestro batallón p'allá, pa'l frente oriental. Allí tocóme la batalla del Mazucu. ¡Tomamos la posición cinco veces! La tomábamos por la noche y por el día nos la quitaban, porque venía la aviación y nos bombardeaban, pero por la noche volvíamos a atacar y la volvíamos a tomar. ¡El Mazucu fue muy duro! Pa mí lo más duro de todo fue El Mazucu, porque allí se luchó a lo que salía... con bayoneta... allí hubo de todo. Pero claro, taba en mis dieciocho años, y es la edad peor pa todo, porque no hay miedo. Y una vez en batalla no hay miedo a nada ya. Al entrar en batalla ya no tienes miedo a nada. Antes sí, dices tú: “¿Coño!, ¿saldré o no saldré?”; pero una vez en batalla, ¡nada!, porque es un tiroteo, ¡tas, tas, tas!, y tú estás buscando la forma de poder atacar al enemigo y de defenderte. ¡Sí señor, es dura!

Allí en El Mazucu, por la mañana, todos los días venía una avioneta que le llamábamos “la Chivata”, porque ésa venía pa observar a ver dónde estaban las tropas. Y una mañana, por cierto, tábamos en el monte, dormíamos en el monte, la vi venir yo, y dije al sargento:

–Mi sargento...

—¿Qué?

—Esta montaña va a ser quemada hoy.

—¿Por qué, Manolo?

Y digo yo:

—Porque hace un rato que toi viendo esta avioneta dando vueltas por aquí y va a haber aquí la de dios. Usté téngase en cuenta que esta colina, si no pasamos el río y nos retiramos a la otra parte, esta colina hoy la deshacen.

—¿Qué van a deshacer, hombre?

Digo yo:

—¡Que la deshacen!

Dice:

—Bueno, ¿y tú qué ves que hay que hacer?

—Pasar el río y ponernos detrás de la loma. Y una vez que la bombardeen en condiciones van a atacar y entonces subimos nosotros.

Y diz él:

—Pues vamos a hacerlo.

Y pasamos. ¡Me cago en diez!, po'la mañana empiezan a venir d'esas "pavas" italianas... ¡Pim-pam, pim-pam, pim-pam...! ¡Dejaron aquello quemáu completamente! ⁵⁷

LA RETIRADA

Y entóis arrancamos p'acá camín de Oviedo. Y po'la mañana, que dormimos al lau de unas varas de hierba, vimos venir un coche oficial, y digo yo:

—Bueno, voy a pararlo yo. Si no para, tiro el fusil en suelo y a ver si pasa por de riba d'él. Y si ves que eso, ¿entóis dispara!

⁵⁷ La tenaz defensa republicana de la Sierra del Cuera, con sus dos baluartes de El Mazucu y La Peña Blanca, dio lugar a las batallas más encarnizadas de la guerra civil en Asturias. El día 8 de septiembre de 1937, la I Brigada Navarra comienza el ataque para conquistar El Mazucu, pero su avance fue repelido por un contraataque republicano que obliga a las tropas franquistas a replegarse hasta las posiciones de partida. Durante los días 9 y 10 de septiembre, la I Brigada fue totalmente detenida en su avance, por lo que el día 11 tuvo que ser reforzada con varios batallones de la IV Brigada. Con su aplastante superioridad numérica y el apoyo de los aviones alemanes de la Legión Cóndor, las brigadas navarras consiguen abrirse paso através de las alturas de la sierra, y el día 15 de septiembre, tras ocho días de intensos combates, la I Brigada Navarra entra en el pueblo de El Mazucu (Llanes). El día 20 de septiembre, tras cinco días de ataques incesantes, la IV Brigada, consigue ocupar La Peña Blanca. La derrota en esta batalla supuso el fin del ejército republicano en el Frente Norte. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 740-745.

Y, amigo, paró. Y dicen:

—Bueno, muchachos, Asturias ya se entregó. Ayer fue el último día de embarque en Gijón. ¡Así que a salvarse cada uno como pueda!⁵⁸

Y entóis vinimos retrocediendo, retrocediendo... hasta Noreña. Y desde Noreña fuimos hasta La Felguera. Y en La Felguera había allí al lau de la estación [de ferrocarril] una máquina haciendo maniobra p'acá y p'allá —esto era en Tudela Veguín—, y digo yo:

—Bueno, va a bajarnos hasta Soto Ribera.

Y no quiso. Diz él:

—¡Qué va! Esto ya está perdío y yo no voy a ninguna parte.

¡Me cago en tal!, saco la pistola, lo enfoco y digo yo:

—¡O montas en la máquina y nos bajas hasta Soto Ribera o tú mueres aquí ahora!

Y dice:

—¡Venga, montái!

Y bajónos hasta Soto Ribera. Allí ya taba marchando la gente toda, y los milicianos tirando los fusiles al río. Conque caminamos, caminamos, caminamos... hasta Peñerudes [Morcín]. Y en esto vien un coche que decía “coche oficial”. Y paró. Buena gente. Eran tres. Y dicen:

—Bueno, señores, esto se terminó. Si queréis venir con nosotros, ¡alante! Vamos en retirada, ¡eh!

Y digo yo:

—Bueno, pues si vais en retirada, nosotros vamos tamién en retirada.

Y los acompañamos. Y entóis digo yo:

—Bueno, vamos pa terreno desconocío... ¡val más dir pa Sama [Grao]!

Entonces bajamos hasta la carretera que va pa Proaza andando. Y allí había que pasar el río, pero ese río es el río de Trubia y llevaba enforma de agua. Y, coño, allá por fin agenciamos un puente ahí de Tuñón p'arriba y pasamos pa un pueblo que llaman Castañeu [Santo Adriano], yo y el compañero, y subimos. Diz él:

—Bueno, vamos parar aquí en pueblo.

⁵⁸ El 20 de octubre de 1937, el Consejo Soberano de Asturias y León, el Estado Mayor y numerosos milicianos y civiles abandonan Asturias en toda clase de embarcaciones que salen de Gijón, Avilés, Candás y Luanco. La resistencia republicana se desmorona. Al día siguiente, 21 de octubre, el ejército franquista entra en Gijón, se confirma la rendición del ejército republicano en Asturias y desaparece el Frente Norte. Cfr. Javier RODRÍGUEZ MUÑOZ, *La Guerra Civil en Asturias*, pp. 849-854.

Digo yo:

—Non se puede parar en pueblo, hombre, porque mañana... ¿qué sabemos con quién tamos? Yo conozco un prau que se ve desde el alto de Sama ahí p'arriba. Vamos ahí y dormimos en una cabaña.

Pero tú fíjate cómo estaríamos de rendíos que, en vez de despertar a otro día, despertamos a los dos días a las tres de la tarde. ¡Fíjate cómo taban los cuerpos! Entonces al oscurecer digo yo:

—Bueno ahora hay que pasar por Castañéu, y hay que pasar de noche que no nos vean. Y pasamos de noche, y al llegar al alto de Santana vimos dos hombres venir, armaos. Y yo garré una bomba, quité la anilla...—digo yo: ¿qué sé yo qué gente es?—, estábamos ya como quien diz... pasáramos una sebe careándonos... quité la anilla, llevábala en la mano... Y dimos el alto:

—¡Alto!

—¡Alto está! ¿Qué gente?

Digo yo:

—Gente que va en retirada.

Dice:

—Y nosotros también.

—¡Coño!

Y conocí allí al teniente Perriaquí, que hubiera estáu allí en Monte los Pinos conmigo. Y, coño, conocíome.

—Así que vais de retirada.

—Sí.

—Y nosotros también. Esto está todo perdido ya. Las tropas ya están en Sama [Grao].

Y digo yo:

—Bueno, pues hay que ir p'allá como quiera que sea.

LA DERROTA

Y vine pa casa y, amigo, en casa era lo gordo, que mi padre no me quería, porque no hiciera caso d'él, que marchara voluntario y no me quería. Y dice:

—Vas dir po'las vacas arriba, al Pradón.

Y fui a por las vacas, y cuando bajaba ya taba el pueblo arrodéau. Al llegar aquí, en estas casas de arriba, ya vi soldaos por ahí. Digo yo:

—¡Me cago en tall!, ¡el pueblo ta copáu!

Fui bajando así poco a poco, andando, haciéndome el tonto... y páranme dos soldaos.

—¡Alto!

Y entóis yo, fijate tú qué ocurrencia, híceme el bobo:

—¡Ba-ba-ba-bu-ba-bu-ba!

Y diz el otro:

—Déjalo, hombre, ¿non ves que ye bobo? ¡Déjalo pasar!

Y pude entrar en el pueblo. Y entóis ya taba el pueblo cercáu. Y metí las vacas. Y al meter las vacas... ¡fue gordo aquello! En casa mi padre no me quiso. ¡No me quiso!

Dizme él:

—¿Adónde vas?

Digo yo:

—¡Coño!, vengo pa casa.

Y diz él:

—En casa no te quiero yo ¡eh! La culpa la tuviste tú, que marchaste voluntario, y eso no fue gustoso mío. Yo no quería que fueras. Y ahora voy a pagar las consecuencias yo. ¡Así que no te quiero en casa!

Se puso el asunto feo. Mi madre lloraba...

Y digo yo:

—Bueno, pues si nu me quier, voy a marchar.

Y marché. Diome mi madre un pan. Y fui a refugiarme a Yernes, a casa de un señor que era familia mía, o familia de mi abuela ya, un paisano que llamaban Jesús de la Corrada. Y entré p'allá y díje-y como diba. Y calló. Pero salí a dar una vuelta por allí y dizme una muyerina:

—¿D'óu yes, mi neñu?

—De Sama.

—¿Y de quién yes de Sama?

Y digo yo:

—Bueno, mi buela fue de aquí de Yernes, llamábase Juaquina.

—Así que, ¿qué eres de Juaquina?

—Nieto.

Y dice:

—Bueno, ¿eres nieto de Juaquina?

—Sí.

—¿Y a qué vienes por aquí?

—En Sama, que pasa esto y tal, y vine a esconderme aquí.

—¿A casa de tu tío Jesús?

—Sí.

—Pues marcha, mi neño, que tu tío fue a Tameza a dar parte a la Guardia Civil que aquí que había un fugáu.

Y digo yo:

—¡Me cago en tall!, si ye familia... ¿y fue dar parte a la Guardia Civil a Tameza?

Así que tú fijate, si non ye por aquella muyer allí me matan ya, o sea que ya diba quedar allí preso. Entóis arranqué por ahí p'abajo otra vez y vine pa casa, pero en vez de entrar en casa fui pa'l pagar. Y ¡ay, amigo! que la fuerza vien y pica en la puerta —a por un cuñáu mío que lleváronlo aquella noche con otros cuatro vecinos del pueblo— y yo entonces en el pajar... ¿sabéis lo que es un pajar, verdá? Llegué pa una esquina y fui furando de cabeza por entre la hierba y bajando p'abajo. Digo yo:

—Bueno, aquí non siendo que queme la casa a mí no me garran.

Pero, ¡ay, amigo!, que tuve que llamar al poco tiempo, porque taba de cabeza y bajábase la sangre pa la cabeza, y ya non veía. Y vienen a abrirme y yo p'arriba ya no era a subir p'atrás, claro, metido por entre la hierba... y entonces la mi hermana con una foceta rompió el ciriciu —que antes el teyáu de pisar era de ciriciu, o sea de varas cruzadas— y entós ya a otro día po'la mañana, sin decir nada en casa, marché presentarme a Pravia. Y dicen:

—¿Trae usted aval?

—No, yo no traigo nada.

—Bueno, pues pa La Vidriera, pa Avilés⁵⁹.

⁵⁹ Campo de concentración situado a la entrada de Avilés, en la confluencia de la avenida de Gijón con la calle Llano Ponte, en las instalaciones de una antigua fábrica de vidrio construida en el siglo XIX y conocida como La Vidriera, que llegó a albergar más de 1.200 presos.

EL BATALLÓN DE TRABAJADORES

En Avilés, allí en La Vidriera, nos formaban todos los días, y los que salían a las tres de la mañana los afusilaban. Sentíamos las ametralladoras funcionar. Y pasóme como en Oviedo, formábannos de tres en tres y dicen:

—La primer fila, ¡tres pasos al frente!

Pasaron por delante de la fila mía y estuvieron delante de mí como unos cinco minutos, diciendo uno que sí y otro que no. Uno: “que ye”, y otro: “que non ye”, y uno: “que ye”, y otro: “que non ye”. ¡Se me pusieron los cojones de corbata!, porque los que salían de allí... ¡de noche los afusilaban!

Entóis hay una expedición pa dir pa León; pero a mí nu me nombraron, yo metíme entre la expedición. Sin nombrarme, metíme entre la expedición. ¡Pa San Marcos de León!⁶⁰

¿Quieres creer que llegamos a León a la estación y decían los neños: “¡Papá, papá si son como ustedes, no tienen cuernos los bárbaros del norte!”. Tábamos consideraos los bárbaros del norte, fíjate bien, y que teníamos cuernos. Y de ahí fuimos pa San Marcos. Y en San Marcos nos metieron en un picadero de caballerías, ¡fíjate bien! Al levantarnos po’la mañana no nos veíamos los unos a los otros. Y, claro, llamaban por lista y yo no aparecía en ningún lau.

—Pero usté no está en la lista...

Y digo yo:

—Ye que esto está equivocáu.

Y de ahí pa San Pedro Cardeña, pa Burgos. Y en Burgos había un sargento que le llamaban el sargento Castaño, que según díbamos bajando a comer al patio, diba dando palos así [gesto con las manos]. Y yo al levantar el palo, pasé, y tiré y caí en un lliñeiro⁶¹, po’la ventana, en un lliñeiro de leña. Y a otro día vuelve igual. Entonces, uno que le llaman Olegario, al dir a da-y con el palo, tírase-y al pescuezo a ese sargento y díz-y:

—¡Oiga una cosa!, ¿lo traté yo así a usted en Bilbao cuando taba prisionero?

Y d’ellí p’acá non dio más ningún palo.

60 Entre 1936 y 1940 se estableció en el Convento de San Marcos (León) un campo de concentración de prisioneros republicanos tristemente conocido por ser uno de los más severos y saturados de la España franquista, llegando a albergar una población reclusa de 6.700 presos. Por sus malas condiciones y por el alto número de ejecutados, paseados y muertos en los campos, fue un símbolo de la represión en León y el resto de España.

61 *Lliñeiro*, en asturiano, “leñero, sitio para guardar la leña”.

Y de San Pedro Cardeña de Burgos me sacaron pa un batallón de trabajadores: Solana de los Barros [Badajoz], Montoro [Córdoba] y El Carpio [Córdoba]. Y allí estuve trabajando. Pero, ¡ay amigo!, licencian la quinta del 38 y del 39, y yo vine p'acá como los que licenciaban. Pero luego vuelven llamarla, y yo como no tenía aval, en vez de dir luego a un batallón de trabajadores fui a un batallón disciplinario. Y en ese batallón disciplinario estuvimos quince días trabajando con un saco terrero de treinta kilos al hombro. ¡Fai frío, eh!

Entonces escribí a casa. Las cartas eran una tarjeta, pa lo que escribías poder leerlo ellos. Y digo: “¿Cómo me arreglaré pa poder decirlo?”. Y digo yo: “Queridos padres, sabrán ustedes que estoy muy bien. De gordo estoy como la gocha de Andrés de Pura”. La gocha de Andrés de Pura era una cerda que de flaca que taba caía po'los caminos y no era a andar. Entóis mi padre dióse cuenta de que taba muy mal. Y por mediación de un señor que llamaban Pachón de La Mata fue a Pravia, vendió una vaca y arreglóse pa sacarme pa San Quintín de Valladolid. Y en San Quintín de Valladolid agregáronme a la quinta del 40 pa aprender la instrucción. Y fuimos a hacer instrucción, y yo ya dominaba muy bien las armas, porque ya hiciera la instrucción con los rojos. Y nos enseñaban a manejar el fusil y todo eso. Y el día que nos diban a dar de alta de instrucción formáronnos de tres en tres, y diba a venir a ver eso todo el capitán general don José Solchaga Azaga. Y yo tenía la maldá siempre de ponerme en la fila del medio, porque eres menos visto. Y primero desfilamos un poco, pim-pam, y según taba mirando dice:

—¡Alto, la primer fila tres pasos al frente!

Y entonces quedaba la segunda fila en posición, y pasa el capitán general por allí con el teniente instructor y el alférez. Y ya nos dijeran: “Cuando hable un señor d'estos con ustedes no quiero ni que se mueva la borla del gorro”. Y pa que no se mueva la borla del gorro yo ya hacía prácticas. No había más que ponerse un poco p'atrás, y la borla te quedaba aquí [pegada al entrecejo] y ya no se movía. Y yo cuando venían a una distancia de dos metros digo yo:

—A mí van decirme algo estos señores.

Y yo taba así, en posición de descanso, y diz él:

—A ver, usté...

Y yo, ¡pumba!, púseme firme...

—¿Cuálas son las obligaciones del cuartelero?

—Las obligaciones del cuartelero, mi capitán general, es estar a la puerta del cuartel, dar todos los toques de corneta y...

—Basta, basta...

Y yo quedé así firme... y anduvo toda la fila. Y vien otra vez adonde mí...

—Póngase usted cómodo.

Porque tú no te puedes poner en posición de descanso estando firme mientras no te digan: “póngase usted cómodo”. Entonces dízme el teniente instructor:

—¿De dónde es usted?

—De Asturias.

—¿De qué parte de Asturias?

Digo yo:

—De Trubia.

—¿De la fábrica de cañones?

Y digo yo:

—Sí señor.

—¿Nos podría usted explicar el fusil individual?

Digo yo:

—Sí señor: fusil máuser español, modelo 1916, es un arma de repetición continua porque con una sola carga se pueden efectuar varios disparos, y para su estudio se divide en tres partes: anterior, central y posterior. En la parte anterior tenemos el cañón, que es un tubo de acero empavonado exteriormente para que no brille a la luz del enemigo, se compone de boca de carga y boca de fuego. En la parte central tenemos el punto de mira, que se compone de ballestilla, chapa y corredera. En la parte posterior del cañón lleva un agujero circular para los gases sobrantes, y en la parte anterior lleva una anilla que termina en forma de cola de milano. Y por dentro lleva tres estrías en forma de espiral que sirven para dar movimiento de rotación a la bala, para que de esta manera corte mejor las capas del aire.

Y dice:

—¡Namás llegar usted a la compañía preséntese usted a mí!

Digo yo pa mí:

—¡Me cago en tall!, ¡van joderme! ¡Ésta sí que va a ser gorda!

Llegó p'allá y preséntome a él. Dice:

—Usted va de asistente del teniente-coronel don Alberto Guerrero García-Quijada.

Digo yo:

–Mañana pasa usted pa la sección de morteros.

Se llama mortero "Valero" porque es el nombre de quien lo inventó. Es un arma de avancarga porque se carga por la boca del cañón, y es de ánima lisa. Es un arma muy mortífera que sirve para batir ángulos muertos, y lleva collar de nivel y tambor de instancia.

¡Cago en tal!, allí gané la simpatía toda. Me querían de la virgen. Entóis querían llevarme pa Melilla; pero yo cuando viniera a casa, la mujer que cortejaba dejárala en estáu y non quise ir. ¡Que marchaba yo de aquella pa Melilla de sargento! Y después llegó la hora de licenciarnos. Entonces bajábamos a suministrar a Algeciras, y el muchacho que iba de escolta conmigo, pues llevaba un anillo en la mano y al bajar del camión quedó-y el dedo allí engancháu. Y yo garré el fusil y saquélo y suministré y tal.

Y a la hora de licenciar, a mí me llegaba el aval del alcalde y de la Guardia Civil, pero el de Falange no llegaba. Y dízme el sargento Carmelo:

—Manuel, a usted le llegan dos avales, pero uno no le llega. Entós tiene que ir usted preso para Algeciras. Pero bueno, vamos a Punta Paloma, que es en Tarifa, a estar con el general.

Y llegamos p'allá... era bizco el general, o faltába-y un ojo, dice:

—¿Qué trae, Carmelo?

—Este señor, que le llegan los avales pero no le llega el de Falange.

—Bueno, ¿y qué tal fue este señor con su comportamiento en el batallón?

—Pues el número uno. Siempre obedeció. Y es más, fue a suministrar a Algeciras y el que iba escoltándolo al bajar del camión perdió un dedo allí, cogió-y el fusil, llevólo al botiquín y lo trajo bien.

—¿Ah, sí?, ¿así que hizo todo eso?

—Sí.

—Y le llegan los avales del alcalde y de la Guardia Civil, pero no le llega el de Falange, ¿verdad?

—Sí.

—Pues conforme no lo conocen pa bien... ¡pa mal tampoco! Le da usted la libertad.

Y vine en libertad. O sea que tuve un éxito. ¡Tuve un éxito! Luché siempre con mucho aquello, pero sé que tuve un éxito porque dijo Carmelo:

—Si el general no te hubiera dao la libertad, diba yo a hacer mucho por ello.

Me quería mucho también. Verdá que yo siempre soy claramente, ¡eh!, todo lo que me mandaban... yo sabía que taba prisionero y que había que obedecer las órdenes porque si no era peor. Entóis yo tuve suerte, no obstante tuve suerte que puedo contarlo.

LA EXPERIENCIA DE LOS AÑOS

Y yo, de la experiencia de todos esos años, soy sincero: a poder ser apartarse de ello. A mí, cualquiera que me pidiera consejo, estará bien dicho o estará mal dicho; pero, a poder ser, apartarse de la política. Porque te voy a ser sincero: yo fui un defensor muy fuerte, y entraron las izquierdas cuando entró Felipe [González] y como si no fuera nadie; y a otros que nunca fueron nada, les dieron facilidades. O sea, que este mundo es un engaño. ¡Este mundo es un engaño! Yo fui un luchador de cuerpo, un luchador en la batalla. Cambió el mundo, entró Felipe y a mí nunca se me reconoció para nada. Y otros que eran unos charlatanes tuvieron éxito y hicieron dinero. Y quiero decir con esto una palabra: que la política no merece la pena, que vivir de la política es para los políticos. Para los políticos sí, que están entre ellos, pero para el hombre defensor, nada de nada. No te miran... ¡no te miran! Porque, oyes, lo primero... a ver, usted estuvo en el frente, y en esto y en esto otro, usted defendió esto y esto otro, y no miraron por ti pa nada. ¡No sé explicarme yo! ¡Que es un engaño! ¡Este mundo es un cabrón! ¡Es bueno pa los hombres de ley, sí, pero no los hay! Y yo tengo buena experiencia d'ello y vi mucho, mucho, mucho, y digo yo: "¡Me cago en tal, mundo traidor!".

O sea, que no tengo falta de decirte nada porque me pareces un hombre hábil, y que estás preparáu y documentáu; pero no aconsejo a nadie que se meta en política. Que tú pienses a tu manera, muy bien, pero que no te metas en política. Este es el consejo que te da un paisano que pasó por ello. Yo te lo digo de toda ley: oír, ver y callar. Que yes de izquierdas o de derechas, ¡a mí qué más me da! Porque mira, en verdad, la persona que es buena lo mismo da de derechas o de izquierdas. El caso es ser una persona buena. Porque si todos pensáramos igual no habría más que un solo ser. Lo que dijera uno, ya estaba. Hay que respetar lo que piensa todo el mundo. El caso es ser bien nacido. Para mí lo que hay en este mundo es una persona que sea bien nacida o mal nacida, no creo más que en eso.

Y debo de decirte una cosa: es una podredumbre lo que hay. Pero yo soy claro aquí. Si hoy estalla un movimiento en la izquierda, y dicen: "¡Hay que empuñar las armas!". Digo yo: "Sí señor". ¡Me cago en tal, voy! Pero con metralleta, ¡eh! No me quieren ya, claro, pero voy. Y tengo 89 años, pero ¡voy!, ¡sí señor! ¡De primera! ¡Y pa la avanzadilla!

DE LO HUMANO Y LO DIVINO

Esto tiene mucha miga, y yo non soy a entenderlo. Ahora, yo puedo ser un fanático. Yo creo en Dios. Porque voy a serte sincero: hasta la fecha estoy contento con él. A ver si me entiendes. Y no hay quien me quite de creer en Dios. ¡Tú fíjate bien! Tengo una hija y es de Jehová. No está aquí, está en el extranjero. Cree en Jehová. Y a veces, cuando tien venido aquí me tien habláu d'ello. No para convencerme, sino para hablar d'eso, ¿entiendes? Y hay tantas creencias y tantas cosas. ¡Todo lo que sea! Pero yo le dije así:

—¡De Dios abajo, no hay quien me quite de creer n'él!

Tú ya sabes cómo soy yo. En mi casa se reza el rosario todos los días, hoy todavía. Yo con ser un hombre que fui a la guerra... yo estaba en la guerra y rezaba un padre-nuestro todos los días. Y yo tuve mucha suerte. Y en mi casa se reza el rosario todos los días para comer de mediodía, y si algún día hay gente que no puedas, lo rezamos cuando no haya nadie. Pero soy de los hombres que digo así claramente, porque esto tiene mucha leyenda y no está preparáu pa mi cabeza.

Los moros creen en el sol, porque estando yo en Extremadura, en Cabezabuey, los moros que taban en contra de nosotros cuando la guerra adoraban al sol. Y al marchar el sol tiraban la cabeza en el suelo y “bu-bu-bu-bu” y venga “bu-bu-bu-bu”. Y digo yo: “Pues esta gente no es tonta, porque adoran lo que ven”. Y un moro que le llamaban Yeriye, cuando la guerra, que estuvo allí en Naranco [Oviedo] con nosotros, pasóse pa con nosotros en Naranco, pa'l mi batallón mismo. Ése era el mejor hombre que hacía la guardia. Él hacía guardia todo el día, pero de noche que no lo nombraran pa guardia. Él antes de amanecer se tiraba d'arriba del parapeto a la larga, y non sabían los otros si era un saco terrero o qué era. Y ahí hacía la guardia ese Yeriye. Y decía él:

—Ah, Manuel, Manuel...

Y digo yo:

—¿Qué pasa Yeriye?

Queríame mucho... y diz él:

—Nosotros venimos aquí, y nos dijeron que no había que temer a la muerte, que resucitábamos allá. Pero todos los que murieron, yo fui a Melilla de permiso y no vi ninguno per ellí. ¡Y preguntaba por ellos!

Yo lo que creo es en una cosa, porque dicen que todo lo cría la naturaleza. Porque tengo yo oído a paisanos d'estos rústicos decir: “Nosotros somos de la raza'l mono”. ¿De la raza'l mono? Dicen que no hay nada. Que esto todo lo cría la naturaleza. Pero yo digo que es mentira. Yo non veo a ningún xatu salir de detrás de un mato, ni a ningún neñu nacer de ningún árbol. Porque si non paicerían neños per'hi pur u quiera. Si todo lo cría la naturaleza... La naturaleza lo cría, pero tien que ser de macho y hembra, de hombre y mujer o yegua y caballo. Yo algo creo que lo haiga, porque dicen:

—¿De dónde nació la gallina?

—Del huevo.

—Y el huevo ¿de dónde nació?

—De la gallina.

Pero non siguen naciendo por ahí. Tien que ser de un gallo y una gallina. ¿Yo qué sé? ¿Quién entiende eso?

Una vez, Selmiro de Vallongo tuvo una controversia aquí con un cura. Dice:

—¿Cómo dice usted que hay un solo Dios? Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres; tres personas distintas, seis, y un solo Dios verdadero, siete.

Valió pa reirse todos. Y éramos un montón allí de gente.

PÁJARO DE BUEN AGÜERO

Yo salgo de viaje, por ejemplo voy a Oviedo, o voy a Grao a arreglar cualquier cosa, y yo antes de salir de casa ya sé si las cosas me van a ir perfectamente bien o si voy a tener algún inconveniente. A mí me avisan. Yo abro esa ventana y miro, y a mí me avisan. Y puedo dir, que todo me sal a la perfección. A mí me avisa un cuervo que me viene a cantar a esa cerizal⁶² que está ahí. Yo, por ejemplo, voy mañana de viaje. Y hoy pido:

—Deme el sino que voy a tener mañana, Señor.

Y si el cuervo allí po'la mañana canta tres veces, Manolo puede ir por donde quiera que a Manolo no le pasa nada. Ni más ni menos. Es más, cuando antes en los hospitales no se entraba de visita, porque si patatín que si patatán, tienme dicho la muyer o la fía:

—¿Pero usted cómo entra?

Y digo yo:

—A mí no hay quien me torne, ¡eh!

Y nadie me puede tornar. Nunca nadie se me puso por delante. Y si había cualquier asunto de conflicto, a mí todo se me arreglaba bien⁶³.

62 *Cerizal*. en asturiano, "cerezo".

63 Salvando distancias, el método empleado por nuestro informante para auspiciar el éxito de sus propósitos es similar al de los augures griegos y romanos, que trataban de conocer la voluntad de los dioses, y por consiguiente de predecir el porvenir, basándose en ciertas señales como el vuelo o el canto de las aves, a las que se consideraba mensajeras de la divinidad. La adivinación por medio de las aves es una constante en pueblos y culturas de todo el mundo desde tiempos inmemoriales. Este carácter augural se manifiesta explícitamente en la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio: "Otro día salió el Cid de Viuar con toda su compaña, et dizen algunos que cató por agüero, et saliente de Viuar que ouo corneía diestra, et a entrante de Burgos que la ouo siniestra, et que dixo entonces a sus amigos et a sus caualleros: -Bien sepades por cierto que tornaremos a Castiella con grand onrra et grand ganancia, si Dios quisiere" (*Estoria de España*, ed. CORDE, pág. 164v).

MEMORIA ANCESTRAL

Antes había más cuentos, porque los abuelos nos enseñaban esos cuentos. Pero, claro, ya en la vida mía se enseñaba menos. Porque antes no se echaban los niños a escuela. Mi buelo mismo echó a mi padre a escuela. Y díjo-y ese señor de ahí que llamaban Velasco, don Jesús Arias de Velasco⁶⁴, que llegó a ser segundo jefe del alto tribunal supremo de Madrid, ¡cuidáu, eh! Y le dijo:

—Sancho...

—¿Qué quier?

—Así que échasme el niño a escuela pa que me robe las manzanas y las peras de la pumarada. ¡Tabas mejor echándolo a curiar la vecera⁶⁵!

Y mi buelo, con el temor d'él no lo echó a la escuela. Y mi padre no sabía leer ni escribir. Ponían anuncios, por ejemplo en la puerta la iglesia, y como non sabía leer quitábalos y traíalos pa casa pa que se los leyéramos. Y decía él:

—Elvira, léeme esto a ver qué diz.

—Pero usté ¿de dónde lo trai?

Diz él:

—Del cabildo.

—Pero usté ¿pa qué quita esto del cabildo? Pónenlo allí pa anunciar, ¿y usté pa qué lo quita?

64 Jesús Arias de Velasco y Lugico (Sama de Grado, 1868-Madrid, 1936) fue magistrado del Tribunal Supremo durante la Segunda República Española. Murió asesinado, junto con sus hijos, por un grupo de milicianos al comienzo de la Guerra Civil.

65 *Vecera*, en asturiano, "conjunto de animales de un pueblo que pastan en terrenos comunales y se pastorean turnándose los miembros de las casas propietarias".

Diz él:

—Mira, que pongan otro, porque yo nu me entero. Y si ponen otro, los que saben leer entéranse.

Fíjate bien, fue obrero de la fábrica de Trubia, era un hombre fuerte y valía pa'l trabajo. Y le decían:

—Antonio...

—¿Qué?

—Usté va a ser el encargáu.

—¿Cómo?

—Sí, sí, usté va a ser el encargáu de esta brigada. Así que va a echar aquí una firma.

—No, hoy no la echo, ya la echaré otro día.

Porque non sabía leer ni escribir. Y a otro día hizo igual, pero al tercer día dicen:

—Es que si no me firma usté, tengo que garrar a otro.

Y dice:

—Non sé leer ni escribir

Y mi padre decía siempre que “mi padre por culpa de ese don Jesús no me echó a escuela”. Y entonces ¿qué pasaba?, que al no dir a escuela tábamos por aquí y contaban cuentos. A lo mejor tabas llindiando⁶⁶ por ahí p'arriba, ibas con otro que era un paisano y te contaba muchos cuentos. Pero, claro, yo de eso ya no me recuerdo...

I

El conde Ganadero

Claro, esto no vos interesará. Ahí arriba en el Alto de Santa Ana vivía un conde que llamaban el conde Ganadero. Esto ya fue hay mucho tiempo. Ya lo contaba mi padre, enseñábanos la capilla y todo, que en esa capilla ahora hicieron una cabaña pa meter el ganáu y eso. Entonces, ese conde Ganadero fue una vez a Oviedo y sintió tocar una gaita. Y dijo él que cuánto darían sus hijas por sentir una gaita tocar. Y, ¡coño!, pues empezaron a hablar y dice:

—Pues nada, si va hasta allá tocando la gaita y tal...

—Yo me comprometo a dir allá sin parar de tocar la gaita hasta llegar allá. ¿Cuánto daría usted por dir allá?

⁶⁶ *Llindiar*, en asturiano, "pastorear el ganado".

Dice:

—Daría mi vacada, el perro y el cencerro.

Y arrancaron de Oviedo, pero constó escrito. Eso quedó escrito allí en Oviedo. Y cuando llegaron ahí al alto de Perlavia, que llaman La Corona, pues diz-y él al conde Ganadero:

—¿Queda muy lejos?

—No, en llegando a este alto ya vamos a ver la torre.

Y vieron la torre. Dice:

—Mira, es aquélla.

Y entonces el gaitero empezó a cantar y tocar la gaita más fuerte. Y decía:

¡Vamos a la torre
del conde Ganadero,
que bien ganada la tengo:
la torre, el perro y el cencerro!

Y al llegar a la fuente de Piedra Llábana, una fuente que nace a raíz de tierra, que hay unas llábanas⁶⁷ de piedra maciza, el gaitero agachóse a beber, pero sin parar de tocar la gaita, y el otro traidor tiró-y un llabanazo y matólo. Pero como quedara escrito en Oviedo tiraron tras de aquello y cayó. Era lógico que cayera. Y entóis embargáron-y la torre, el perro y el cencerro.

Nota: Leyenda de extremada rareza en la tradición hispánica. El único paralelo que conozco es la leyenda vasca *Albokari Bat Parisen* (Un alboguero en París), publicada por Resurrección María de Azkue en *Euskalariaren Yakintza Literatura popular del País Vasco* (1959), que reproduzco íntegramente en su versión castellana:

“En el valle de Arratia había antiguamente más albogueros que ahora. ¿Será porque los hombres son ahora algo más débiles? A decir verdad, se necesitan buenos pulmones para tocar el albugue: fuertes, sanos, duros, casi infatigables. Los demás instrumentos que se tocan con los labios permiten al artista abrir la boca y tomar aliento. El albugue no. Los albogueros toman aliento por la nariz, teniendo siempre la boca como mordiendo el pico del albugue.

Hace como cuatrocientos años, vivía en Zeanuri el más famoso de los albogueros. En tres generaciones que siguieron a su muerte, se decía: “¡Pecho como el de aquél!”. No ha llegado a nosotros su nombre. Estando en cierta ocasión en una taberna (a juicio de algunos pasó esto en un pueblecito alavés de Urrunaga), después de beber una cosa regular, decía el zeauriano:

—¿Quién tiene pulmones como los míos? Yo pasaría la calle más larga de París a macho, de un extremo a otro, tocando albugue, sin abrir ni una vez la boca y sin interrupción, sin callarme.

—Por ver eso, también iría yo a ese París. ¿Y qué apostamos, Arrati?

—Si quieres, un macho rojizo, hermoso, apostará cada uno.

⁶⁷ *Llábana*, en asturiano, "piedra plana de grandes dimensiones".

—Muy bien, saldremos de aquí el lunes a la mañana para Vitoria y alguien nos dirá seguramente qué camino hay que tomar para París.

Llegaron por fin nuestros hombres a aquella hermosa ciudad de Francia. Preguntando, supieron cual era la calle más larga, y una mañana empezaron a andar los dos, juntamente con el sol, desde un extremo de aquella larguísima calle. ¡Empezando a la mañana seguía tocando al anochecer, sin interrupción, sin callarse ni abrir la boca! ¡Ya es tocar! El arriero, viendo que había de perder la apuesta, hizo que su macho tomase la delantera, cerró con una mano la abertura saliente del albogue y con la otra impidió que el artista alentara, el cual, ahogado y ya cadáver, cayó de su macho.

Mientras tocaba el alboguero tuvo un pensamiento que alguien, no sabemos quién, lo dio a conocer en estos versos:

Por la mañana en París, en París por la noche.
¡Qué largura la de las calles de París!
Si tuviera recorrida esta calle,
mio fuera el macho que detrás viene.
¡Sudoroso, tocando el albogue,
en calle que tiene siete leguas de largo!
Si las siete tuviera recorridas,
volvería Arrati a casa dueño del macho.

De estos ocho versos, el quinto, séptimo y octavo, son del folklorista. No pudo arrancárselos al pueblo. La música correspondiente fue publicada en la página 977 del *Cancionero popular vasco* de Azkue; y en la página 22 de la misma obra puede el lector enterarse de este cuento. Tanto el cuento como su música aprendí de Juan Martín Ibarreche, hijo de Bedia. Esa circunstancia de lo ocurrido en Urrunaga la supe de un amigo de Ochandiano". (AZKUE, 1959, pp. 23-26). "De la segunda estrofa sólo han llegado a mí, bien terminantes, estas palabras: *zazpi legoa luze dan kalea*, "calle que tiene de largo siete leguas". No vale la pena citarlas las que he puesto por vía de remiendo. Añade el pueblo que al final de la calle, viendo el antagonista que el tañedor había de ganarle el macho que montaba, se le adelantó, le cubrió el cuerno por donde salía el aire y el sonido; y el albokari, sofocado, desinflados sus mofletes, perdió su color de grana y cayó de la cabalgadura sin fuerzas, sin vida." (AZKUE, 1968, I, p. 21)

2

El abuelo levanta el arado

Esto contómelo mi padre, pero el que lo feixo fue mi buelo, Sanchón. Vieno un día a buscarlo la Guardia Civil y taba arando en La Canguesa.

—Buenas, paisano.

—Buenas.

Dicen:

—¿Haría el favor de decirnos dónde vive Sanchón?

Garró el llabiego po'la manguera de atrás, levantólo así y dice:

—¡Allí!

Entóis la Guardia Civil marchó como un tiro. Dicen:

—¡Me cago en tal! ¡Este paisano si nos garra nos tira al río!

Y decía-ys él:

—¡Me cago en mi almacén prieta de barro!, ¡non tenéis los cojones de Sanchón!

Tenía una pechuga como un toro. Era muy fuerte, muy fuerte. Y llevó la muerte más feliz que nunca nadie llevó. Vino el cura a traer los sacramentos, y desdeque marchó el cura diz él a la mujer:

—Truda, vamos rezar el rosario.

Y pusieron a rezar, y acabante de rezar el rosario murió. Y van a avisar al cura y diz él:

—¡Ay, Sancho!, ¡qué envidia te tengo! ¡Sancho está en reino de los cielos!

Pero ¿qué sé yo el reino de los cielos como ye? Cuando decimos “Dios”, miramos hacia arriba porque nos enseñaron así: “Dios está allá arriba”. Pero es que nosotros estamos en el espacio, y no sabemos si está abajo, si arriba, si a la derecha, si a la izquierda. Y eso tiene mucha miga.

Nota: Aunque nuestro informante atribuye a su abuelo, Sanchón, la proeza de levantar el arado con una sola mano, su relato se corresponde con una leyenda ampliamente difundida en la tradición hispánica. Así, en la España del Siglo de Oro se atribuyó a otro personaje que también tuvo una existencia real: el militar don Alonso de Céspedes, cuya fuerza descomunal se hizo legendaria, hasta el punto de ser glosada por Lope de Vega en la comedia *El valiente Céspedes*. La proeza del arado la refiere un contemporáneo suyo, el caballero extremeño don Luis Zapata, en una *Miscelánea* escrita a finales del siglo XVI, cuando todavía eran recientes las andanzas de su protagonista: “Y entre otras grandes pruebas que hizo Céspedes, dicen me-neaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasajero una vez por el camino, y alzó un timón de una carreta y “por allá va”, dijo, señalando con él”. En tierras burgalesas se asocia esta leyenda al Cid Campeador y al santo madrileño Antón Martín (PEDROSA, 2001, pp. 208-213). En Asturias, la leyenda del levantamiento del arado se atribuye, según los lugares, a diversos personajes locales, como “la Valentona” (en relatos orales procedentes de Salas, Somiedo y Cangas del Narcea) o Poliatos (héroe popular que se rebeló contra los monjes del monasterio de Oubona, en Tineo).

3

Los tesoros de los moros

Los moros tienen andáu por aquí. Decía mi padre que cuando marcharan, que los cogieran, y como llevaban unas gacetas... Aquí hay un monte que llaman Vallinaescura... Y claro cogieron-ys las gacetas⁶⁸ cuando marchaban. Y decía mi padre que vinieran tres cazurros y que preguntaran po'l Meixón de L'Azorera, que es una cascada de agua que tiene este río ahí p'arriba. Y diéno-ys una peseta o algo así porque fueran enseña-ys la cascada. Y dicen:

⁶⁸ *Gacetas*, “Librillos manuscritos, supuestamente anotados por los moros, con las señas y referencias geográficas de los tesoros que dejaron enterrados antes de su expulsión, con la esperanza de volver a recuperarlos algún día”.

—Y ahora, ¿saben dónde queda la Cueva los Cornetes?

—Sí, hombre, sí.

Y que ellos que venían leyendo por un... aquello. Y que llevaran dos mulos cargaos de oro. Yo eso oílo a mi padre, ¿eh?, que a mi padre que-y lo dijera el buelo, ¡dos mulos cargaos de oro!

Y mira, en aquella sierra, n'aquel monte donde se ve esa quemada, que se llama Las Segadas, ahí sonaba también esa gaceta, y decía que ahí que había un no sé qué de oro. Y el caso es que hay noches que p'arriba de donde aquello que está quemáu sale un reflejo. Ya fue gente desde equí hasta allá de noche a ver el reflejo, pero al llegar allá que non veían reflejo ninguno. Y desde equí parez un reflejo como si fuera un foco. Y van allá y non ven nada.

Y en esta casa que está ahí detrás, que-y llaman Casa el Llano, ahí dicen que en esa pared que hay una bola de oro. Y ahí hay un escudo y ya vinieron gente a mirar, pero, claro, a deshacer la casa el dueño non quier.

Y en aquel monte que está allí, que llaman el Llanu l'Oso, que se ve una cabaña allí a la derecha, allí sé que un hermano de mi buelo taba cuidando ovejas y encontraron unos bolos. Y claro, ese hermano de mi buelo taba de criáu. Y bajó pa casa de Xuaco Bayas. Y díjo-y Xuaco:

—¿Cómo vienes tan tarde hoy, mi neño? ¿Cómo metiste tan tarde las ovejas?

—Ye que encontramos unos bolos y unas bolas ¡que suenan como campanas! Tuvimos xugando a los bolos, ¡suenan más guapos...!

—¿Adónde?

Dice:

—En Llanu l'Oso.

—¿Y sabes adónde los dejaste?

—Sí

—Ven acá, ¡vas comigo!

Y fue p'allá y garráronlos. Y dice:

—Bueno, voy date diez reales. Pero esto no hay que decirlo a naide, ¿eh?

Y enriqueció, ése enriqueció pa toda la vida. Que es de ese pueblo de Tresmurias, Xuaco Bayas. Y era una bolera de oro. Eso tuvo que ser de cuando los moros, que marcharon... Y ahí paicieron, en el Llanu l'Oso. Y eso fue cierto, ¿eh? Ese paisano luego compró la mitá de Tresmurias y todo eso de por ahí, con aquello.

Nota: Los tesoros ocultos constituyen uno de los motivos culturales más arraigados en el imaginario popular asturiano. Los restos arqueológicos de dólmenes, túmulos y castros, las huellas de la minería romana y la legendaria expulsión de los moros se han entrelazado a lo largo de los siglos formando un complejo sistema de creencias, leyendas, obras literarias y sucesos reales que se han transmitido oralmente hasta nuestros días. Sobre las leyendas de tesoros ocultos en Asturias hay abundante documentación en SUÁREZ LÓPEZ, *Tesoros, ayalgas y chalqueiros. La fiebre del oro en Asturias* (2001).

4

La hilandera encantada

Había una mujer que taba ahí pa esos pueblos de la parte de atrás. Primero hay un pueblo que-y llaman La Condesa y luego son unas casas que-ys llaman Las Arroxadadas, ahí atrás. Y decían que ahí que había una mujer encantada, que salía de noche, que pegaba por ahí unas voces, y que diban allá y que nu la vían más. Y que se presentaba muchas veces por ahí dando esas voces. Yo lo oí, pero yo eso nunca lo vi. Decían que salía de noche, que pegaba unas voces por ahí y la gente que se asustaba, que tenía miedo. Ahora, ¿qué sé yo si ye historia, si ye leyenda, si qué la Virgen ye? Decían que llevaba una rueca y el fuso, y que si alguien le hablaba que desaparecía.

Nota: Aunque la descripción del hada hilandera y sus actividades se presenta de forma incompleta en este relato (pues no se hace referencia al emplazamiento de ninguna clase de monumento megalítico), son numerosas en Asturias las leyendas sobre hadas que portan sobre la cabeza una piedra de grandes dimensiones mientras van hilando con la rueca y el fuso. Así por ejemplo, las relacionadas con el transporte y colocación de la Pedra da Filadoira (Allande), de la Piedra de Santa Fartalla (Grao), o de los dólmenes de Merillés (Tineo) y La Cobertoria (Salas). Para la tradición asturiana de esta leyenda véase ÁLVAREZ PEÑA (2005: pp. 20-22; 2007: pp. 225-235). Leyendas de este tipo se documentan en diferentes lugares del área septentrional de la península Ibérica, como las referidas a los dólmenes de la Losa Mora, en la Sierra de Guara (Aragón), la Pena da Moura, en Chantada (Lugo), o la Pedra Moura, en Oporto (Portugal), que según la tradición fue colocada por una mora encantada que llegó a través del océano portando la piedra sobre su cabeza mientras hilaba con la rueca. En el País Vasco, se dice que las grandes cubiertas de piedra de los dólmenes de Gaxteenia (Mendive) y de Armiaga (Belorguy) fueron transportadas por una *Mairi*, quien las llevaba sobre su cabeza mientras traía sus manos ocupadas en hilar. Leyendas de este tipo se recogen también en el norte de Europa, particularmente en Irlanda, Escocia, Bretaña, Alemania y Escandinavia. Para la tradición gallega y sus paralelos europeos, véase ALONSO ROMERO (1998: pp. 11-28).

5

La moza ahogada en Cuevallagar

En Cuevallagar [Yernes y Tameza] dicen que cayó una moza y que apaicieran los corales aquí en El Fondil, y que apaicieran también en Bayo, en la Fonte del Ferreiro, que apaicieran ahí los corales. Y dicen también que en los Pozos de Maravio, que eso ya está cerca de Teverga, que cayera también otra moza ahí y que apaiciera el collar abajo, arrastráu polas aguas. Yo nu lo vi, lo que oigo. Ahora sé que en esa cueva de los Pozos de Maravio, que tiraron poixa –poixa es la casca de la escanda, que no pesa– y salió

la poixa aquí en un río que sale aquí debajo de esta peña, y abajo ahí en Bayo en una fuente que llaman la Fonte'l Ferreiro. Y la gente siguió creyendo que lo de los corales pudo ser verdá, porque paició la poixa, porque tiraron la poixa pa comprobar a ver si venía ahí. Y efectivamente, salió poixa ahí y salió aquí en La Argaixada.

Nota: Son innumerables las leyendas asturianas sobre la muchacha que cae a una sima o pozo portando joyas o atributos (collar, pendientes, pulseras, etc.) que aparecen tiempo después, supuestamente arrastrados por el agua, en una fuente lejana. Yo mismo he documentado leyendas de este tipo en los concejos de Ibias, Allande, Cangas del Narcea, Somiedo, Miranda, Tineo, Salas, Grao, Yernes y Tameza, Proaza, Teverga, Quirós, Lena, Aller, Amieva, etc., referidas todas ellas a pozos y fuentes que se supone conectados subterráneamente. Entre las versiones asturianas editadas, cabe citar las publicadas por GARCÍA ARIAS en "Aportaciones al folklore asturiano. Algunas creencias, leyendas, costumbres, refranes y canciones registradas en Teberga": "Una moza estaba sentada junto al *Pozu Pispirón* (al pie de la gran mole caliza que es la *Pena Sobia*) y se le apeticieron unos *nisus* de un arbolillo que estaba a la boca misma del pozo; un traspiés, sin duda asustada por las muchas *grachas* que merodeaban por los contornos, la precipita para siempre en las profundidades. Nada más se supo de ella, a no ser que, al cabo de cierto tiempo, parte de sus corales y uno de sus brazos fueron a aparecer a *Las Fuércigas*, enormes grietas de terreno, situadas como a un kilómetro de distancia del lugar del infortunio. Hay quien dice, no obstante, que donde realmente aparecieron sus alhajas, fue en la parte de abajo del pueblo de Berrueño en una fuente de agua muy apreciada y que brota en una finca llana, que por tal motivo adoptó la denominación de La Plata. Algo similar acació a otra doncella que cayó al *Pozu Montouto* (Torcedo) cuyos corales fueron a dar a la *Fonte la Zreizal* (Barriu); y en *Marabiú* a otra que se despeñó en un pozo que comunica con el río a la altura de *Entrepenas* (Entrago)" (GARCÍA ARIAS, 1975, p. 663).

A pesar de su amplia difusión en Asturias, la documentación de este tipo de leyendas en el resto de la Península parece bastante escasa. En la bibliografía consultada únicamente he encontrado tres versiones procedentes del País vasco, referidas respectivamente a las simas de Obantzun, Boluna y Amunda (Vizcaya), de las que reproduzco el texto referido a última de ellas: "Una vez pasaba una joven hacia Aya por las proximidades de la sima de Amunda. Vio un avellano cargado de fruto en la boca de la sima, y subió a él con el intento de coger avellanas. Mas resbaló impensadamente, y se precipitó en la sima. No se tuvo más noticia de ella. Sólo, de allí a largo tiempo, apareció debajo del puente de *Arbeldi* un dedo de ella con su sortija" (BARANDIARÁN, 1921).

6

La Pata de la Mula

Ahí p'arriba de Santo Adriano hay un sitio que llaman la Campa de San Bartuelo. Allí está la Patada de la Mula en una piedra, pintada la ferradura. Una pata p'allá y otra p'acá, ¿entiendes? Que ahí era cuando iban tras de Jesucristo, decían. Y entonces ahí se perdieron. Una va p'acá y otra p'allá, y non sabían si fuera p'abajo o si fuera p'arriba. Eso está en el Alto de Santiago, diendo pa Teverga, pero en vez de ir po'la carretera hay que ir por el alto. Se llama la Campa de San Bartuelo. Y allí está de resbalar en la misma piedra, como si resbalara el que lo hizo, o se fue la mula o lo que sea, como si resbalara y parara una pata allí y la otra p'acá. Y entonces ahí que no lo pudieran coger, porque ahí que se descarrilaran y que perdieran el rastro. Diban persiguiéndolo los judíos, y que ahí que ya diban al alcance d'él, pero que se perdieran ahí en el Alto de Santiago.

Y yo, siendo un niño, díbamos a Teverga, porque díbamos por riba, y mi buelo, que llamaban Sancho, y mi padre Antón, dicen:

—Vamos a enseñar al niño la Pata de la Mula.

Y vi allí la Pata de la Mula. Es una piedra maciza, ¿eh?, no es una piedra movida. Es una piedra de sierra, maciza, ¿entiendes? Y digo yo:

—Pero bueno, ¿cómo pudo quedar aquí la pata de la mula?

Porque ves allí la herradura con la marca de los clavos. Y de resbalar así po'la piedra y parar allí, una así p'allá y otra p'aquí. En una piedra grande. Llaman-y la Pata de la Mula. ¡Pero esa allí está, eh!

Y diendo una vez mi buelo pa Teverga, diba Sandalio'l Molín, un paisano de ahí d'abajo, y diban Santiago, Munín y Casón, y al pasar la Pata de la Mula diz mi padre:

—Vamos rezar un Padrenuestro y un Ave María.

Y non siendo Sandalio'l Molín, que ése non quiso, caminó... y los otros arrodilláronse allí y rezaron. Y entonces el otro sacó-ys distancia. Y al subir una montaña pa bajar a los Pozos de Maravio, empezó a tronar y a relampagar... ¡creo que caían allí chispas que se estrellaban contra las rocas! Y empezó a pedir auxilio y auxilio, y que lo perdonara y tal. Y dio la vuelta. Y creo que Sanchón, mi buelo, arrodillóse y empezó a pedir perdón, y que no sé qué empezó a hablar y que pararan los truenos y que parara todo. ¿Yo qué sé? Porque mi madre cuando tronaba sacaba la pala del forno y la caya-da, y lo ponía en cruz d'arriba'l lleñeiro⁶⁹. Y decía ella:

Santiago y Santa Bárbara bendita
nos defiendan de los truenos y los rayos,
de aguas desmandadas
y de vientos desmandaos.

Y lo de la pala'l forno debía de ser porque como con ella se metía el fruto de la tierra... ¿qué sé yo si tenía a lo mejor algún misterio o algún mérito la pala?

Nota: Respecto de la difusión universal de las huellas divinas estampadas en la roca y de su carácter sagrado en diferentes culturas y religiones, son ilustrativas las palabras del antropólogo inglés Edward B. Tylor: “Los mitos de las huellas estampadas en la roca por dioses u hombres poderosos no son los menos curiosos entre los de este tipo, no sólo por la fuerza imaginativa requerida para ver huellas en meras cavidades redondas o alargadas, sino también por la unanimidad con que egipcios, griegos, hindúes, budistas, cristianos y musulmanes las han adoptado como reliquias, cada grupo desde su propio punto de vista. El ejemplo más conocido es el de la huella sagrada de Ceilán, que es una cavidad en la roca, de 5 pies de largo y 2'5 de ancho, en lo alto del llamado Pico de Adán, consistente en algo así como una gran huella impresa que muestra también la separación de los dedos. Hinduístas, budistas y musulmanes todavía suben a la

69 *Lleñeiro*, en asturiano, “leñero”.

montaña para adorar la huella; para los hinduístas representa la huella de Siva; para los budistas, la del gran fundador de su religión, Gautama Buda, y para los musulmanes es la huella que dejó Adán cuando fue arrojado del paraíso; además, los gnósticos han sostenido que son las huellas de Ieú, y los cristianos se han dividido entre quienes reclaman que son las de Santo Tomás, o bien las de Eunuca de Candacia, reina de Etiopía. Los seguidores de estas diferentes religiones han encontrado huellas sagradas en muchos países del Viejo Mundo, y los cristianos han llevado esta idea a varias partes de Europa, donde los santos han dejado sus huellas; mientras que en América, Santo Tomás dejó sus huellas en las estribaciones de Bahía, como recuerdo de su mítico viaje” (TYLOR, 1964, pp. 98-100, trad. PEDROSA, 2001, pp. 76-77).

Y en palabras de Antón Erkoreka: “Huellas similares producidas presuntamente por fundadores o personajes significativos de otras religiones se conocen en varios lugares del mundo. En Jerusalén los musulmanes veneran las huellas dejadas por las pezuñas del caballo de Mahoma en la roca que se conserva en el interior de la llamada, por esta razón, Mezquita de la Roca [...]. Jesucristo, al ascender a los cielos, también dejó grabada sobre una roca la huella de uno de sus pies, podomorfo que actualmente se venera en la llamada Iglesia de la Ascensión, en realidad mezquita musulmana, situada en el Monte de los Olivos de Jerusalén [...].

En muchos otros lugares del mundo: Europa, Cáucaso, Argelia, América, China, India, etc., se encuentran a veces en acantilados o lugares cercanos a la costa, hileras de marcas que son interpretadas por los naturales como huellas de diferentes personajes religiosos, mitológicos, héroes locales, etc”. (ERKOREKA, 1995, pp. 227-252 y 229-231.

Las huellas de personajes históricos o míticos y sus cabalgaduras se encuentran diseminadas por toda la Península Ibérica. Así, por ejemplo, las supuestas huellas del Cid y de su caballo Babieca que se encuentran en la provincia de Burgos y reciben la denominación de Patada del Cid, según testimonio publicado por Pascual Madoz en la primera mitad del siglo XIX; el paraje llamado la Patadica de la Mula, en Colle (León), donde quedaron marcadas las huellas del caballo de Roldán; las huellas del caballo de Santiago en el Monte Pindo (La Coruña); las herraduras del Tajo del Moro en la sierra de Archidona (Málaga); o las patadas del caballo de San Voto, impresas en la gran roca de San Juan de la Peña (Huesca) (PEDROSA, 2000b, pp. 111-118). En Asturias, hemos encontrado diferentes testimonios sobre la Zapata de la Mora, en el concejo de Somiedo; la Patada del Moro en la Sierra del Pomar (Salas), la Patada de Nuestra Señora, en el concejo de Aller, y la Patada de la Mula, en la Campa de San Bartuelo (Santo Adriano), referida por nuestro informante. Denominación, esta última, que viene de antiguo, pues, según pone de relieve Xosé Lluís GARCÍA ARIAS, este lugar aparece documentado en la Edad Media como “illo scouio quem dicunt pede de mula...” (García Arias, 1981, p. 10).

7

Buena compañía

Y bajando una vez el ganáu de La Vallina, eso lo vieron muchos, diba el ríu de mar a monte. Cuando va muy alto el río decimos que va “de mar a monte”. Y tenían que pasar el puente. Y todos decían a mi padre:

—¡Que no pase las vacas!, ¡que las lleva el ríu!

Dice mi padre:

—¡Las vacas mías no las lleva el ríu!

—¡Que sí, Antón, que las lleva!

—¡Que las mis vacas no las lleva el ríu!

Y enfilaron unas tras de otras y pasaron perfectamente. Y díjo-y ese Sandalio a mi padre:

—¿Llevaban buena compañía, eh?

Y diz mi padre:

—Llevaban la oración de San Antonio pa salir del prau.

Y yo mismo, llevé una vez dos vacas pa La Falguera, y a los tres días llevé otra. Y como dos vacas ya taban en el prau, y la que llevé la vieron como extraña, engánchense y álzamela y mándanla por una sierra abajo. Tírome boca abajo:

—¡Mi San Antonio, que no la pierda!

Y estuve así un poco yo pensando. Y digo yo:

—La vaca ya está en La Reguerina muerta. ¿Levantaréme o no me levantaré?

Y pasó po'la mi imaginación, digo yo:

—Tengo que llamar a Casín, tengo que llamar a los de Morán...

Pensando ya en subir un carro pa bajarla, porque antes matábase una vaca o lo que sea y repartíase en el pueblo, y luego pagábante un tanto po'la carne que llevaran. Y sé que dije otra vez:

—¡Mi San Antonio, que no la pierda!

Levántome... y la vaca paciendo en prau de abajo. Cayera y no-y pasara nada. Pero si ves por donde la tiró... tú si ves aquello, cayendo allí no se salva nadie. Y San Antonio salvóme el animal. Quité la boina, tiréme de rodillas y estuve una hora allí rezando.

Nota: El campesino asturiano confía la protección de sus animales a San Antonio de Padua, fraile franciscano que nació en Lisboa en 1195 y murió en Padua en 1231, a la edad de treinta y seis años. Poco tiempo después de su muerte comenzaron a ser puestas por escrito compilaciones de sus milagros y hechos prodigiosos que alimentaron en gran medida su leyenda. Desde entonces, la invocación a San Antonio forma parte de numerosas oraciones, conjuros y canciones religiosas. En Asturias, para proteger el ganado del mal de ojo debe decirse inexcusablemente: "San Antonio lo guarde". Cuando se pierde alguna res en el monte, se reza la oración de San Antonio para que éste proteja la res perdida del peligro de despeñamiento y de los ataques nocturnos del lobo.

8

Humanos y reptiles

Eso lo sé yo desde niño. Cuando se recoge el pan —que en vez de ser trigo era escanda—, pues las mujeres diban delante amesoriando⁷⁰ con dos palos que metían

⁷⁰ *Amesoriar*, en asturiano, "acción de recolectar las espigas de la escanda con las mesorias". *Mesorias*, "instrumento compuesto por dos palos unidos con una cuerda, que se utiliza para recolectar las espigas

asina por entre aquello [las espigas], garraban y ¡pumba! Y yo diba detrás apelucando⁷¹ lo que quedaba. Y vi un lagarto... era con Valeriana, y yo vilo subir po'la pierna arriba. Y ella nu lo sintió. Y yo callé porque tenía miedo. Y fíjate bien que yo no me atreví a decirlo porque taba mi pai y taba mi mai allí con nosotros. Hasta que diz Valeriana:

—¿Qué recoño tengo aquí?

Y salió p'allí pa contra el prau de casa y soltóse allí el lagarto. Y no la mordió ni nada. ¿Y sabes por qué el lagarto subía ahí? Por el olor que da la menstruación.

Y tú, por ejemplo, estás durmiendo en un prau y hay una culebra cerca que pueda querer perjudicarte o tal... Si hay un lagarto, la culebra allí no llega. Te avisa primero él. Va y con el rabo te pica po'la cara o por donde sea. ¿Qué sé yo? Hay cosas que te dan en qué pensar.

Y a la güela de mi suegro mamábala una culebra en hórreu. Subía po'la muela y mamábala. Y taba mamándola y tenía la cola d'ella metida en la boca del neñu pa que no llorara. Y el marido viola, pero nu-y lo dijo pa no asustarla. Y díjo-y a ella:

—Bernalda, tienes que venir dormir a casa.

—¡Uy!, ¿por qué?

Y qué sé yo qué disculpa le dio el hombre, y convencióla y tal. Y resulta que viola subir otra vez po'la muela a la culebra y matóla. Y despues de una temporada díjo-ylo. Pues la paisana... ¿queréis creer que murió de resultas de aquello? Impresionóse la probe que non levantó más cabeza desque aquello.

Y había otro señor, Pachu, que diba a mucir⁷² a la braña y echaba leche a una culebra. Llamábala:

—¡Pepa! ¡Pepa!

Y entós venía y dába-y leche. Pero fue a la mili. Y volvió. Y fue a la cabaña y llamóla. Y vino. Y la culebra empezó a subir por él, por él, por él... pa da-y l'aquello; pero ahogólo. No de malas, decían que fuera de contenta de que lo veía, pero que lo apretara y que lo ahogara.

Y la culebra está aquí en el suelo, y un pájaro va volando por riba o por donde sea, o está posáu en un árbol. Si la culebra puede clavar la vista en los ojos del pájaro, empieza "fffftttt" [a absorber] y lo atrae. Sí, eso es que lo vi yo allá arriba en un prau. Aquel pajarín bajaba silbando el probe "uiuiuiuiui", veía que era atraído. Y digo yo:

arrancándolas del tallo".

⁷¹ *Apelucar*, en asturiano, "acción de recoger las espigas sueltas que quedan en el suelo".

⁷² *Mucir*, en asturiano, "ordeñar".

—Eso ye una culebra que lo está atrayendo.

Y pego encima'l bardión y faltaría-y... ¿yo qué sé?... la altura de una persona pa bajar del todo. Y vi el pájaro escapar otra vez como... ¡ay dios! Unos dicen que lo atrae por el golpe de vista, y otros que lo atrae por la respiración.

Pero yo a lo que tengo temor es a la araña, porque si ves una araña grande, en tres días tienes un disgusto. No una araña corriente. Tú estás en casa aquí mismo y ves una arañona grande. Si la matas no tienes disgusto ninguno, pero si no la matas tú vas tener algún disgusto en tres días.

Nota: Se reunen en este relato varias creencias en torno a los reptiles: la atracción del lagarto por la sangre menstruante, el lagarto amigo del hombre que advierte al durmiente de la presencia de la culebra, las serpientes que maman a las vacas o a las mujeres (creencia muy arraigada en Asturias) y la leyenda del pastor y la culebra. Esta última leyenda ha sido clasificada como cuento-tipo 155A (La ingrata serpiente mata al que la crió), en el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, donde se da cuenta de diferentes versiones asturianas, leonesas, castellanas, madrileñas, manchegas, andaluzas navarras, catalanas, valencianas, vascas, gallegas y portuguesas (CAMARENA-CHEVALIER, 1997, cuento-tipo 155A). Entre las versiones asturianas, cabe citar la publicada por DE LLANO (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, núm. 50: "La culebra y el pastor", y doce versiones publicadas por SUÁREZ LÓPEZ (1998): *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*, núm. 18: "El pastor y la culebra" (versiones procedentes de Cangas del Narcea, Somiedo, Grao, Salas, Miranda, Aller, Amieva y Llanes). También se hace referencia en este relato al poder de atracción que la mirada de la culebra ejerce sobre los pájaros y la creencia acerca de las arañas portadoras de malos presagios.

9

La mirada del lobo

Yo lo que oí ye lo siguiente, y lo tengo oído muchas veces a mi padre:

—Tú si vas por la montaña y el lobo te ve primero a ti que tú a él, se te ponen los pelos derechos.

Y eso me tien pasáu a mí. Si tú lo ves primero a él, nada de nada; pero si él te ve primero a ti, empiezan a ponérsete los pelos derechos y caite la boina si la tienes en la cabeza. Sí, eso es cierto. Y el lobo... ¡cuidáu, eh! Es inteligente. El lobo está en una montaña, por ejemplo, le pega una aullida al otro y se planta allí voláu. Un señor que llamaban "el Gurbizu", de Pedrero, venía de cortejar de Sama, y en Altu del Beyón dio-y por aullar, y en Santu Adrianu o por ahí contestó-y el lobo. Y él echó a correr pa una cabaña, y cuando llegó a la cabaña ya tuvo que entrar po'l boqueirón co'l palu remando, remando. Y cayó de culo en la cabaña po'l boqueirón abajo, que si no el lobo lo traga. Además, el lobo para comerte te meixa primero ¡eh!

Nota: La creencia acerca de los efectos de la mirada del lobo sobre las personas es muy antigua. La recoge, entre otros, Plinio el Viejo en su *Historia natural*, escrita en el siglo I de nuestra era. Sobre esta creencia

véase más adelante el comentario dedicado a “El perro de doña Ramona”, en los relatos de Manuel Suárez García (Armá-Lena, 1919-2007).

10

La Santa Inquisición

Eso era cuando el feudalismo. Antiguamente había bastante d’eso. Cuando una moza se casaba, si era buena moza tenía que dormir con el cura la primer noche, si era más mala con el sacristán y si era peor con el feudal. Eso pasó aquí en Sama. A mí me lo contó mi padre, y a mi padre mi buelo. Y todos los paisanos viejos de aquella edad lo contaban de que era así.

Y si una muyer caía embaranzada de soltera, tenía que llevar el neñu a bautizarlo, y al salir de la iglesia iban todas las muyeres a tira-y una pedrada. ¡Home, eso era un abuso!

Y ahí en Tresmuria hay un edificio hecho de muy viejo, que dicen que tien historia. Lllaman la casa de “La Casona”, y es un edificio antiguo adonde metían los cautivos. Y po’la parte de adentro de la pared tien un cerco, y decían que a una persona castigada, en vez de matarla, que la metían allí y que quedaba allí encajada y que-y daban de comer y eso, pero que taba cayendo una gotera de agua continua encima la cabeza hasta que moría. Y eso está allí todavía el cerco ese. Y decíame mi padre a mí:

—Mira, ése es el tragante.

—¿Qué ía un tragante, mi pá?

Dice:

—Pues que ahí tragaba a las personas. Metían una persona ahí y dában-y de comer y eso, pero taba emparedada allí y no tenía más que esa resquiza pa respirar. Y taba allí derecha hasta que moría, pero cayendo una gota de agua de continuo po’la cabeza.

Esa casa era de un conde, pero esto ya fue cuando la Inquisición, dicen. Que yo no sé quién era la Inquisición. Lo que oí a los viejos. Decían que fue cuando la Inquisición. Porque decían que llegaban a una puerta y que picaban...

—¿Quién?

—La Santa Inquisición. ¿Fulano de tal está ahí?

—Sí.

—¡Que venga con nosotros!

Y que non paicía más. Yo qué sé si eso fue verdá, si era mentira, si era cuento o si la hostia. Yo sé que era un neñu de aquella y decía yo a mi pá:

—¿Vendrá per equí la Inquisición?

Qué sé yo lo que era la Inquisición. Ni mi padre lo sabría, él oíralo al padre mismo. ¿Nu me entiendes? Y tábamos atemorizaos, porque teníamos miedo.

Nota: El primer párrafo de este relato es una curiosa interpretación popular del derecho de pernada. En el segundo se ofrece un dato interesante sobre el simulacro de lapidación que se realizaba tras el bautizo de los hijos de madre soltera, acerca del cual no he podido recoger más testimonios. La tercera parte del relato describe el temor que la inquisición despertaba entre las clases populares y la supuesta aplicación del tormento conocido como “la gota” en una casa solariega del pueblo. De esta última creencia se hace eco Gustavo Adolfo Bécquer en una de las narraciones de *Entre sueños* (1863): “Yo no sé dónde he leído que en la Inquisición daban un tormento horrible, dejando caer alternativamente sobre la cabeza del acusado una gota de agua fría y otra hirviendo” Y de manera muy similar a la descrita por nuestro informante, forma parte de los recuerdos autobiográficos de Ramón Gómez de la Serna: “El colegio, que al año siguiente había de estrenar el edificio propio en que aún está junto a la catedral, se hallaba establecido en el caserón que ocupó la Inquisición durante su imperio en España, y en los recreos buscábamos y encontrábamos huesos de muerto, y nos interesaba ver los restos de las salas de suplicio, impresionándonos sobre todo la de la gota de agua, una habitación estrecha sobre la que había un gotero, que era el que iba ablandando la cabeza del sentenciado, gota a gota, hasta horadar su cerebro” (GÓMEZ DE LA SERNA, *Automoribundia*, 1948, p. 109).

II

Visión anticipada de un entierro

En los velorios, de noche... porque aquí moría un paisano y la casa se llenaba de la gente del pueblo. Y contaban historias. Contaban, por ejemplo, que ahí en casa Celesto “el Papareto”, ahí en Gadía, que de noche, antes de enterrarlo, que lo vieran sacarlo en una caixa y traerlo pa'l cementerio. Yo non sé eso qué puede ser. Si son visiones o qué son. Que ese señor... que llegaran dos de ahí de Tresmuria y que dijeran:

—Ese señor ya lo enterraron de noche, que lo vimos salir de casa y entrar en el cementerio.

Yo eso nu lo creo, pero decíanlo en los velorios. ¿Qué sé yo?

Nota: La visión anticipada de un entierro es presagio de muerte inminente. Según la creencia popular, cuando una persona es bautizada con el óleo de difuntos adquiere la capacidad de visualizar anticipadamente el cortejo fúnebre de los que van a morir; aunque este tipo de percepciones también puede darse en personas normales.

12

Un alma en pena

Aquí se dio el caso, pero oyes... esto puede ser... ¿qué sé yo? Aquí había un hombre que era muy travieso él, muy buen paisano pero muy travieso. Y cuando murió aquí en casa del vecín mío —esta casa que está aquí detrás— llamában-y “el Escayo”, y era muy goloso, muy goloso, nas tierras cambiaba los finsos⁷³ de noche —que los finsos son los que marcan de parcela a parcela.

⁷³ *Finso*, en asturiano, “mojón de piedra que marca la división entre fincas o heredades”.

Y entonces, él vistió un día una sábana y vino p'ahí pa debajo con un esquilín, ¡tilín, tilín, tilín, tilín! Y asomáronse. Y entóis al asomarse:

—¡A los herederos de esta casa...! [con voz tenebrosa] ¡Severo, cámbiame dos metros p'arriba el finso de Veiga Santiago, el de la entrada y el de Los Caleiros!, ¡que si no toi en el purgatorio y no entro en el cielo!

Y este paisano marchó otro día pa Veiga Santiago y cambió todos los finsos. ¡Fíjate qué cosas! Y éstos taban en creer de que hubiera sido el buelo el que viniera a deci-y's que si no hacían eso que no entraba en el cielo. ¡Me cago en tall!, los otros vecinos gozanon, que medró-y's la tierra. Oye son cosas que... ¿nu me entiendes?

Nota: La estratagema urdida por un vecino del pueblo para ensanchar los límites de sus tierras a costa de los familiares del difunto se basa en una antigua creencia por la que se aseguraba que aquél que moviese los mojones de sus tierras en detrimento de sus vecinos no alcanzaría el descanso eterno mientras no restituyese los mojones cambiados a su lugar de origen. Esta creencia es común en Asturias y ha dado lugar a numerosas leyendas en torno a este motivo, como la publicada por Aurelio de Llano en *Del folklore asturiano* (1922):

“Un señor muy rico tenía la costumbre de apropiarse poco a poco de una parte de las tierras de sus colindantes, para lo cual corría hacia ellas los mojones que dividían las propiedades.

Al señor le llegó la hora y murió. Y al poco tiempo los vecinos vieron que una luz recorría todas las noches las divisorias de las tierras del señor y se detenía sobre los mojones, y acordaron que el más valiente del pueblo fuera a ver lo que significaba aquella aparición:

El vecino designado se acercó a la luz y dijo:

—¡En nombre de Dios!: ¿qué te hace falta?

—¡Gracias porque os apidadáis de mí! Ya que viniste, quiero que me ayudes a colocar estos mojones en su verdadero sitio, pero no mires hacia atrás mientras estás conmigo.

Cuando colocaron el último mojón, la luz desapareció. Y el vecino murió la noche que se cumplió el año que habló con la aparición” (DE LLANO, 1922, p. 108).

Constantino Cabal publica varios de estos relatos en *Los dioses de la muerte* (1925) y afirma que “este género de historias abundan como la ruda” (CABAL, 1983, pp. 85-88). Los relatos aparecidos que vuelven al lugar de los hechos para restituir los mojones a su lugar de origen son frecuentes también en el folklore europeo, como muestra el siguiente relato publicado por los hermanos Grimm: “En un campo cercano a Eger, se ve un fantasma de forma humana; la gente del país lo llama el Junker Ludwig. Dicen que un individuo de este nombre había movido de sitio los hitos de un campo y, poco después de su muerte, regresó a aparecerse a aquellos lugares, sobre todo allí donde fue desplazado el hito” (*apud* LECOUEUX, 1999, p. 225).

Relatos de este tipo se encuentran ya en ejemplarios medievales, como el *Diálogo de Milagros* de Cesáreo de Heisterbach, monje alemán del siglo XIII: “En la diócesis de Colonia, en la villa de Bude, hubo un campesino llamado Enrique. Estando cercano a la muerte, vio que pendía en el aire sobre su cabeza una piedra muy grande llena de fuego. Como su calor era tan ardiente que se abrasaba, el enfermo comenzó a gritar dando horribles voces: ¡Mirad esa piedra que cuelga sobre mi cabeza, me está abrasando!

Llamaron al sacerdote, se confesó, pero no le valió de nada. Entonces el confesor le dijo: recuerda si alguna vez defraudaste a alguien por esa piedra. Al oír estas palabras, reflexionando, dijo: me acuerdo que para ensanchar unos campos míos la hice trasladar al ajeno.

El sacerdote respondió: pues ésa es la causa. El enfermo confesó su culpa, prometió cumplida satisfacción y de este modo se vio liberado de tan terrible visión” (HEISTERBACH, 1998, p. 914).

“Todos los relatos de este tipo tienen –según Claude Lecouteux– varios niveles de interpretación. A primera vista, tienen que ver con esos mensajes que emite la sociedad humana, invitando a todos a respetar el código de honor, el de las buenas costumbres de una época y las leyes, y podríamos hablar de pedagogía por el cuento o pedagogía del miedo: pensad en vuestro eterno descanso antes de actuar de forma poco honrada. Hay, por tanto, un lenguaje que coincide bastante bien con el de la Iglesia medieval, que instruye a los vivos sirviéndose de los muertos” (LECOUTEUX, 1999, p. 225).

13

La pólvora acaba con los fantasmas

Mira, n’esta casa que hay ahí abajo, aquí al llegar a Sama, que es un xalé grande que llaman La Mouta, la dueña más vieja que había ahí, que-y llamaban doña Taresa, ésa salía de noche con unas cadenas atadas a los pías⁷⁴ y un sayón blanco. Y la xente pasaba per ehí y tirábanse a auxilio del miedo que tenían. Pero había un paisano ahí en Tresmuria que estuviera en la Legión mucho tiempo y tenía un revólver. Y diz él:

–¡Un día tengo de ir yo por ahí!

Y que fora por ahí, y que ella que saliera con unas cadenas que metían ruido por ahí y eso. Pero ¡me cago en tall!, que pegara dos tiros y que nunca más saliera. Dice:

–¡Quieto, que aquí ahora güel a dinamita...!

Bueno, yo esto lo oí, que yo no lo vi, pero pudo ser verdá. ¡Sí señor!

Nota: Los relatos de este tipo son el contrapunto realista y desmitificador de las verdaderas leyendas de aparecidos. A pesar de los diferentes ropajes con que se presentan sus protagonistas, la trama argumental es siempre la misma: un fantasma atemoriza a los vecinos durante la noche y con sus lamentos solicita que se le paguen misas gregorianas para poder salir del purgatorio. Un hombre experimentado y valiente se enfrenta a la aparición y descubre que se trata del cura de la parroquia, o de alguien mandado por él, burdamente disfrazado de fantasma. La moraleja es doble: junto con la identidad del fantasma fingido se descubre que los aparecidos que reclaman misas son, en realidad, una estratagema del clero para la obtención de recursos económicos. Por otra parte, la llegada de las armas de fuego, de la luz eléctrica y, en definitiva, del progreso, dieron el golpe definitivo a las apariciones de fantasmas. No en vano, muchos informantes concluyen su relato diciendo que “la pólvora acabó con los fantasmas”. Del mismo modo, se dice en el País Vasco que las *lamiñas*, *sorgiñas* y otros seres legendarios fueron desterrados por Eibar, dando a entender con estas palabras las armas de fuego que se fabrican en este pueblo: “Ahora es frecuente oír que ha sido Eibar el gran enemigo de las lamias, de las brujas y de otros genios noctívagos, aludiendo con esto a las armas de fuego. Mejor fuera, son embargo, decir que, en la línea de Eibar, ha sido más eficaz en el exterminio de las lamias la influencia del modo de vida industrial” (BARANDIARÁN, 1966, núm. 17). La experiencia de campo demuestra que cuando este tipo de relatos sobre fantasmas fingidos penetra en la cadena tradicional de una determinada comunidad, suplanta definitivamente a los antiguos relatos de aparecidos y almas en pena.

⁷⁴ *Pías*, en asturiano, “pies”.

La verosimilitud de los antiguos relatos de aparecidos es condición *sine qua non* para su pervivencia en la tradición oral, y una vez perdida ésta, los relatos de aparecidos dejan de cumplir su función y desaparecen del imaginario popular.

14

Cristo y el herrero

En una ocasión diba Cristo por el mundo con sus discípulos, y encontró a un ferreiro dando la maza. Y dice:

—Oiga, no trabaje usted más con esa maza que pasáu mañana muerre.

—¡Me cago en mi puta madre! ¡Hasta la muerte, vida fuerte!

Y empezó a da-y a toda maza. Y entós dice Cristo:

—Oiga, uste va a durar treinta años más.

Dice:

—¡Jodeume!, ¡treinta años más que tengo que dar al martillo!

Nota: Cuento raro en la tradición hispánica, no catalogado en los índices citados. En el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* se caracteriza un nuevo cuento-tipo [774AB], bajo el título de “O mal veciño”, basado en una versión gallega que guarda cierto paralelismo con la versión de nuestro informante:

“San Isidro era labrador. Un día, cando Noso Señor andaba polo mundo, estaba Isidro labrando e escoitou que El Señor lle decía:

—Hoxe é día de San Isidro e non debías estar labrando.

E díxolle él:

—¡San Isidro non ten nada que ver cos meus bois!

—Para, Sidro, que mañán morres —insistiu El Señor.

—¡Vai, boi, vai!...—seguíu sin facer caso o santo—

¡Ata a morte,
vida forte!

—Para, Sidro, ¡que tes un mal veciño á porta!

—¡Guó, boi, guó —interrumpense súpeto o santo—, que de mal veciño Deus nos libre!” (CAMARENA-CHEVALIER, 2003, cuento-tipo 774AB). Esta versión gallega consta como versión única en la relación de versiones orales de la tradición española en el citado *Catálogo*. Sin embargo, sobre el carácter tradicional de este cuento y su aplicación como ejemplo de vida, cabe remitir a la entrevista concedida por el ex-teniente republicano Manuel Alfonso Montes al *Diario de León* en el verano de 1986:

«Un Manuel Alfonso Montes octogenario, moreno y enjuto, con la piel arrugada y todavía abundante pelo sobresaliendo bajo su boina, contaba sin excesiva prisa los días que le quedaban para morir. Entre el humo de su pipa de brezo, con el que espantaba a los mosquitos, se atrevía abiertamente a resumir su vida con notable ahorro de palabras: «Muy buena en el Ejército y muy mala desde que llegó Franco». Parecía im-

posible que ese hombre pequeño de mirada clara hubiera sido víctima de tanto odio, como si el aislamiento en Paradaseca le hubiera borrado las últimas huellas del rencor. [...] Con el pulmón derecho agotado por la silicosis, cada calada que inhalaba de su pipa suponía un nuevo pulso al miedo. Tantos años acostumbrado a vivir retándolo consiguieron que todos sus actos fueran un ejemplo de resistencia, una manifestación de libertad. «Fumo por lo que contestó el labrador a Cristo, cuando éste le dijo que dejase de trabajar porque se iba a morir al día siguiente: Hasta la muerte vida fuerte, y arreó a los bueyes. Hasta que me muera, fumo». (Jesús Egido, “Un topo al sol”, *Diario de León*, 19-02-2006).

15

Pedro de Urdemalas

Eso contábalo mi buelo, éramos niños. Eran Xuan y Pedro. Y Xuan fue de criau pa una casa y fixeron un trato: que el que primero se enfadara durante un año que le sacaban una correa de los pies a la cabeza. Y fueron a llabar, a arar pa trigo. Y al dir a arar pa trigo dice el amo:

—Llábreme usté veinte faniegas de trigo sin cansar los bueis.

Fue p'allá y l'hombre a arar, y arar, y arar... y non fue a ararlo. Llega la hora de ir pa la cuadra y dice el amo:

—Métame usté los bueis en la cuadra sin abrir la puerta.

No hubo manera. Va a comer y dice el amo:

—Cómame usté lo que hay en esa marmita sin quitar la tapa.

No hubo manera. Y el trato era desde cuando cantara el cuquiello⁷⁵ hasta que volviera a cantar. En un año, el que primero se enfadara. Y al non comer y eso, enfadóse. Y vien pa casa y díjo-ylo a Pedro, al hermano. Diz él:

—Mañana voy yo.

Y fixeron el mismo trato. Dice el amo:

—Tiene usté que ir arar veinte faniegas de trigo sin cansar los bueis.

—Muy bien.

Echó una secha, semólo todo en aquel riego, tapó con la otra secha y acabó en cinco minutos.

Dice el amo:

—Tiene usté que meterme los bueis en la cuadra sin abrir la puerta.

⁷⁵ *El cuquiello* o cuclillo es un ave migratoria que regresa en el mes abril, y es entonces cuando se le oye cantar por primera vez en el año; es decir, que el plazo de tiempo que media entre el primer canto y el segundo, que es el estipulado en el trato, comprende aproximadamente un año.

Péga-ys unos hachazos y tirólos por una ventana. Diz él:

—¿Enfádase?

Claro, el amo non podía decir que sí, porque sacába-y una correa de los pies a la cabeza. Dice el amo:

—Mañana me va al monte a po'las ovejas y me las trae bailando.

Llega, cortó-ys una pata a cada una y venían... claro, bailando. Dice:

—Ahí las tiene en la corrada, señor. ¿Enfádase?

—No, no.

Dice el amo:

—Mañana me las traes riéndose.

Córta-ys el llabio de arriba y venían todas, claro, regañándose, riéndose. Entonces diz él a la muyer:

—¡Ah, muyer!

—¿Qué?

—Sube pa la figal y canta como el cuquiello, que este hombre acaba con lo que tenemos.

Va la muyer y sube pa la figal:

—¡Cu-cu! ¡Cu-cu!

Diz él:

—¡Mecagüen la madre que te parió! ¿Ya tas ahí?

Péga-y un tiro y matóla. Dice:

—¿Enfádase?

—Sí.

—¡Llegó la hora de sacarte una correa de los pies a la cabeza!

Nota: Este cuento es combinación de dos cuentos-tipo clasificados por AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004) con los números 1000 (ATU): *Contest not to Become Angry* (El trato de no enojarse), y 1029 (ATU): *The Woman as Cuckoo in the Tree* (La mujer como cuclillo en el árbol). Se trata de un cuento muy difundido en la tradición hispánica y universal, del que se han publicado numerosas versiones procedentes de distintos países de Europa, Asia, África y América. En la tradición asturiana lo recogen DE LLANO (1925, núm. 44): "Un amo extravagante", y FERNÁNDEZ-VALLÉS (1974, pp. 237-238): "Xuan y Pedro".

16

A perrizu me güel

Eran la rapiega⁷⁶ y la gallina. Y, claro, la rapiega venía a comer a la gallina. Y diz-y la gallina:

–Déjame quedar, no me comas, que tengo una pollarada de pitinos y después, cuando estén criaos, te aviso. Y vienes y dóitelos, y cómesme a mí tamién.

Pasaron tres semanas, o un mes o lo que fuera, y vase la rapiega y vino a po'la pollarada de pitos. Dice [la gallina]:

–Bueno, mira, voy metéte los n'un saco pa que los llesves, porque si no non puedes con todos.

Y metió-y los n'un saco. Y la rapiega marcha, y marcha, y marcha andando, y decía ella:

–¡A perritos me güele,
pero pititos son,
que Xuan nu me engañóu!
¡A perritos me güele,
pero pititos son,
que Xuan nu me engañóu!

Y vase ella, abre el saco pa mirar... ¡y era una camada perros! Arrancan tras d'ella, y ella venga a correr y correr. Y allá n'un monte sentóse, pero al sentarse metió un tocho po'l culo. Diz ella:

–¡Ay, mucho anduve
y más tengo que andar,
que por debaxo tierra
me vienen buscar!

Nota: Es combinación del cuento 122D (ATU): *Caught animal Promises Captor Better Prey* (El animal capturado promete al captor una mejor presa) más la parte III del cuento-tipo 154 (ATU): (En vez de la presa prometida regresa con perros en un saco) [motivo K235]. El relato tiene un final cómico obsceno que no figura en los índices consultados.

17

El viento olvidado

Cuando diba Jesucristo y San Pedro con él, diban po'l mundo. Y diz un día San Pedro a Jesús:

⁷⁶ *Rapiega*, en asturiano, “raposa, zorra”.

—Jesús.

—¿Qué?

—Usté non gobierna bien.

—¿Cómo que non gobierno bien?

—No, pa'l tiempo sobre todo. Cuando piden agua, ¿por qué nu-ys da agua? Cuando piden sol, ¿por qué nu-ys da sol?

Dice:

—Bueno, ¿y tú quies que-ys dé el mando a ellos un año?

—Sí.

Pedían agua, llovía. Pedían sol, venía. Y van coyer la cosecha y non tenía grano. ¿Por qué?

¡Porque faltó el aire!

Y aquí cuando fueron un año a recoger el pan, que taba en vano —en vano quiere decir que non granaba— dicen: ¿Non ves que non vino el aire po'l mes de San Juan, que es cuando grana el pan? ¿Cosas de las aldeas! ¿Yo qué sé? ¿Quién entiende eso?

Nota: Se trata de un cuento excepcional, tanto por su antigüedad como por su rareza en la tradición oral. Tiene un notable antecedente en el *Libro de los exemplos por a.b.c.*, compilado por Clemente Sánchez de Vercial en el siglo XV:

“Dicen que un ermitaño sembró berzas é otras semillas en su vergel; e quando vio que era menester agua, pidióla a Dios, é dióglas; e después pidió sereno, é eso mismo le dio; é siempre le dio tiempo el qual él querie: empero de las semillas que habie sembrado non nació cosa alguna. E él pensando que acaso non le falescerían las berzas é las otras yerbas, hobo paciencia. E yendo a casa de otro ermitaño falló muy fermosas berzas e yerbas en su vergel, e mucho maravillado contólle lo que acaesciera. E díjole el ermitaño:

—Con razón te vino esto; que pensabas saber más que Dios, que le mostrabas qué es lo que habie de facer, é debe ser por el contrario; ca el que conforma su voluntad con la voluntad de Dios, ha paz e mucha abundancia” (SÁNCHEZ DE VERCIAL, 1952, p. 455).

Según se desprende del cotejo con las versiones de la tradición oral moderna, es probable que el texto medieval haya sufrido un proceso de manipulación por parte de su compilador, ya que se evita mencionar el motivo principal del cuento: “el viento como agente fecundador”, siendo sustituido en el texto medieval por “la voluntad de Dios”. Catalogado bajo el número 752B (ATU): *The forgotten Wind* (El viento olvidado) es cuento de extremada rareza en la tradición hispánica. La versión de nuestro informante es la única versión publicada que se recoge en el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* y el texto de la misma es el que se propone como modelo del cuento-tipo 752B. La relación de versiones orales de este catálogo incluye referencia a una sola versión inédita recogida por José Luis Puerto en Las Hurdes (Cáceres). A la versión que figura en el texto, cabe añadir otras dos versiones por mí recogidas en Asturias: Trasmonte (Cangas del Narcea) y Miera (Salas) (Cfr. SUÁREZ LÓPEZ, 2008, núm. 13). En la tradición europea se han publicado versiones procedentes de Finlandia, Suecia, Letonia, Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania, Austria, Italia, Malta, Chequia, Eslovaquia, Eslovenia, Macedonia, Bulgaria, Ucrania e Israel (AARNE-THOMPSON-UTHER, cuento-tipo 752B).

18

Trova burlesca

Esto fue un caso que pasó aquí. Un paisano que tenía unos xatos⁷⁷ y entraron pa un prau y... dice así:

La semana de Santiago,
 víspora la Madalena
 pasó un caso muy grande
 con los xatos de Govieda,
 ‘cholos a Vallinascura arriba
 a comer argañas y tierra,
 miraron pa Los Pidruezos
 y vieron un prau de hierba.
 Fuonun p’allá,
 la pasera ya la sabían,
 que la primer vez que entraran
 les había abierto Govieda.
 Como el prado tiene matos
 y también alguna piedra,
 non saben si somos xatos
 si seremos la rapiega.
 Baixamos pa’l valle
 donde ta la buena tierra,
 como ta la hierba caída
 garramos a boca llena.
 Como nos chocamos fartos
 y las noches son pequeñas,
 cuando acordamos con nosotros
 la mañana ya viniera.
 ‘Chámonos nuestras cuentas
 diciendo d’esta manera:
 –Pobrecitos de nosotros,
 que ya suenan las madreñas,
 ¿si son las de Manolón,
 si serán las de Govieda?
 Si son las de Manolón
 empezará a darnos leña,
 romperános l’espinazo
 y quitarános la pelleja.–

⁷⁷ *Xato*, en asturiano, “ternero”.

Eran las de Manolón,
se formó de paciencia
y caminó con sus xatos
po'l camino L'Azorera
y d'arriba del prau de Romero
encontró a Govieda
con alparagatas blancas
que nu lo sentía la tierra,
con su guiadita na mano
que paecía que iba de feria.
—¿Dónde tienes esta hacienda,
pillo del carajo?
—¡Calla tú, melandro de coño,
que tovía ye hoy la primera!—
Se formó de paciencia
y caminó con sus xatos
po'l camino La Barrera,
y ente casa de Polón
garró el xato po'la rienda.
Y diz la xata:
—Yo como soy rabuca
dexareisme pur u quiera,
que he nacido en Perlavia
en la última miseria,
en casa de Xuan de Sopas
que parece la cuaresma.—
Fuimos p'allá,
taban Xila y Marica
riñendo como dos perras,
una se llama “banduya”
y otra se llama “rapiega”.
¡Échame una copa, morral,
échamela más llena,
que lo han de pagar mis xatos,
que enverangan na Azorera!

Esto fue verdá, me lo contaba mi padre, y a mi padre, mi buelo, el buelo Sancho.
Pero esta otra que sé ye más corta. Ésta ye de mi buela Truda:

A La Berruga abaixo
baixa un cazurro cantando
y la Truda lo está esperando

en la Fonte del Ribayo.
–Hola, Maquilo.
–Hola, Getrudis.
Ente casa de Xilón
hay un madero labrado
pa sentarse la Getruda
y el Maquilo del otro lado.
Saliú Xilón con un palo:
–¿Qué fas aquí, Maquilo?
¿Que fas aquí, malvado?
–Toi curiendo la Truda
que no me la lleven los glayos.
¡Oh, si hubiera un palo de freisno
pa con otro de avellano,
pa llevar a la Truda
al monte de San Adriano,
a curiar rapiegos y melandros!

Nota: Composiciones populares de carácter local en versos octosílabos. La primera trata de los xatos de un vecino del pueblo, llamado Govieda, que fueron sorprendidos pastando en las propiedades de un tal Manolón. La segunda trata, en tono humorístico, el cortejo entre la abuela del informante y un cazurro llamado Maquilo.

MANUEL SUÁREZ GARCÍA
“MANOLÍN DE ARMÁ”
(ARMÁ, LENA, 1919-2007)



Manuel Suárez García, 1945



Manuel Suárez García, c. 2005

MANUEL SUÁREZ GARCÍA
“MANOLÍN DE ARMÁ”
(ARMÁ, LENA, 1919-2007)

MEMORIA HISTÓRICA

Yo nací en Armá el 11 de noviembre de 1919. Mi padre estuvo en la Argentina no sé si fueron diez años. Lo que sí sé, que mi madre estuvo sirviendo en una misma casa, en la calle Jesús número 14 en Oviedo, durante catorce años. Y mi padre cuando vino del Argentina dice:

—Ya vi a toda la familia menos a Cecilia, la mi prima, que está en Oviedo. Voy a ir a verla.

Y fue y hubo flechazo. O bien que ella golió dinero y que la señora y-dijo:

—Bueno, aunque seáis primos ¿qué más da? ¡Casáisvos! ¡Ye un americano!

Y se casaron y nacimos el mi hermano y yo. Yo soy seis años mayor que el mi hermano. Pero mi padre, como estuvo en la Argentina, despertó algo. Non debía de ser tonto, porque yo lo recuerdo como padre y como amigo, y me dio muy buenos consejos siempre. Y non creo ná que esté en el cielo ni en el infierno, pero yo cuando voy a hacer una cosa miro así p'arriba y digo:

—¿Qué diría mi padre?

Y ésa es por ahora mi religión. Yo siempre fui muy creyente, porque mi güe-la aprendíame oraciones, enseñóme a rezar... y yo aprendía mejor los cuentos y las canciones que los rezos; pero esto no es cuento. Mi padre fue preso político, y estuvo tres años en Celanova⁷⁸ por ser alcalde cuando la República. Y cuando lo de Asturias, acabó preso. Bueno, cayéron-y veinte años, y estuvo preso tres y pico. Estaba mi padre

⁷⁸ Monasterio orensano utilizado como prisión provincial hasta 1943, en el que fueron reclusos muchos asturianos tras la desaparición del frente norte.

preso y había estáu en Oviedo, pero después ya estaba en Orense, en Celanova. Y un día estaba yo curiando y estaba sentáu así... y veía las ovejas y las cabras subir... Y soñé, sin estar acostáu, que subía mi padre por aquel mismo lugar apartando brezos, y diz él:

–Vengo a darte una noticia que nos conviene.

Y yo a mi padre tratábalo de usté, y digo yo:

–Usté vien ahora como en esa obra de *Juan José*, que salió de la cárcel⁷⁹.

Y diz él:

–Sí, parecido; pero voy a decirte que cuando despiertes –eso sí que me chocó siempre– las ovejas aquí ya no estarán. Y ten cuidáu, que si se juntan a las de Llanuces [Quirós] no siempre vuelven las que fueron –porque las comían los de Llanuces–. Pero lo más importante es que donde tienes la escopeta escondida, que la cambies de lugar, que bastante es que estoy yo preso sin que vayas tú tamién, que eres el sostén de tu madre y de tu hermano.

Desperté y las ovejas allí no estaban, salí p'arriba un poco y corrían carretera abajo... y bajaban las de Llanuces casi... Bueno, no pasó nada, eché las mías p'abajo y eso. Y así con todo digo yo:

–Oye, pues la escopeta...

Que la escopeta teníamosla escondida en un montón de teja, que había un montón de tejas así p'arriba y otras techando, pa renovar cuando hubiera goteras. Y allí tenía yo la escopeta. Saco la escopeta, que la tenía envuelta en papeles y trapos, y cambiéla pa otro lugar.

Al día siguiente yo volví a curiar las cabras y las ovejas; pero antes madrugué y fui a un prau que teníamos enfrente del pueblo, porque esas tejas taban debajo del horru en el prau so casa. Y allí preparé una carga de rama pa los cabritos, yera rama de llamera, que ye olmo. Y cuando estaba atando así con una cibiella⁸⁰ miré pa'l pueblo y estaban siete soldaos revolviendo la teja. Non soy supersticioso, tengo una religión, la que me enseñaron, dudo de ella bastante, porque si Dios fuera lo que yo leí y lo que decía mi güela: la cosa más grande, justa, perfecta... ¡non taba el mundo como está!

Mi güela no sabía leer ni escribir, y mi madre tampoco. Y entonces mi padre escribía a mi güela desde la Argentina, y ella guardó todas las cartas –que todavía leía yo cartas en un arca que había en el horru– y leía-ylas el tío Pedru y contestaba

⁷⁹ Se refiere a la obra teatral *Juan José*, de Joaquín Dicenta, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1895, que inaugura el drama social en España y fue una de las obras más representadas antes de la Guerra Civil.

⁸⁰ *Cibiella*, en asturiano, “vara delgada y flexible que se usa para hacer ataduras”.

en nombre de mi güela p'allá. Y en una de las cartas, que decía: "Si usted se animara a pasar a ésta, con lo que yo gano y usted solamente la limpieza de la casa y hacerme la comida, hacíamos dinero. Y usted llevaría mejor vida que ahí". Porque mi padre pa marchar dejó-y el leñeru lleno de leña, y me parez que estuvo allá diez años. Y cuando vino estaba la leña intacta allí. Mi güela salía y traía una carguca de leña pa'l arreglu, y non quiso estrenar eso. Y ella contestó p'allá que no se animaba. Si viniera él, que tal vez. Y vino él con idea de llevarla, pero después dijo que no. Y entonces mi güela no se animó a ir y fue cuando él quedó aquí. Estuvo dos o tres años soltero por ahí y después entamó⁸¹ en casarse.

Y a mi padre quedáron-y palabras de allí. Él nunca decía "el periódico", decía "el diario" o "la prensa", y pa'l sello de correos decía "el membrete", y en vez de decir céntimos, "centavos", en fin... A mí nunca me pegó un bofetón. Y mi madre pegóme toda la vida, alpargatazos y de todo; pero yo a mi madre armába-y les, y a mi padre no, porque mi padre era muy recto y muy tajante. Esto me lo contó una señora de Quirós, tía de la mi mujer que es hoy. Esto era por San Pelayo... y díjo-y él:

—Bueno, yo ando buscando moza, y no solamente moza, yo ya tengo el tiempo de buscar compañera y... ¿puedo hablar contigo esta noche? ¿Me admities en tu casa?

Y diz ella:

—¡Ah, no sé...! Pensarélu.

Y diz él:

—¿Ah, sí?, pues pa cuando lo sepas...

Y ya no le habló más. Y otras veces... él arreglaba el pelo en el pueblo, y la onomástica d'él era San Antonio, en Muñón Fonderu. Y aquel día ya estaba mudáu, y llega un vecín allí y dice:

—Coño, ya tas mudáu... y yo tengo falta de arreglar el pelo, no sé si me lo arregles o no.

Y diz mi padre:

—No te importe, pongo un tornapolvo y te puedo arreglar.

Y diz él:

—¡Coño!, ya, pero no sé si me lo arregles, si no. No sé.

Y diz él:

—¡Ah!, ¿no lo sabes? ¡Pues pa cuando lo sepas!

Y marchó pa San Antonio.

81 *Entamar*, en asturiano, "preparar lo necesario para emprender o ejecutar una acción".

OVEJAS Y PÁJAROS

Yo nací en el año 19, el once de noviembre, por Samartín. Y antes era muy diferente... Yo, como mi padre segaba, creía que era mejor segar que esparder la hierba. Yo andaba esparciendo y quería siempre ascender a más. Y había otro vecín, José Ramón, y a ése ya el padre lu dejaba segar algo. Y mi padre tenía miedo que me cortara, y no me dejaba. Yo iba de pastor cuando me tocaba, non ye que fuera el oficio mío pastor. En el pueblu éramos doce vecinos, y uno tenía seis ovejas y curiaba un día; el que tenía doce, dos días. Por cada seis ovejas, un día. Y por las cabras, que el rebaño era más pequeño, por dos cabras, un día; por tres, un día; pero por cuatro, dos días. Y el que tuviera el macho cabríu, a ése perdonában-y un día de curia por tener el semental.

Y claro, yo iba a curiar y a observar la naturaleza. Conocía a los pájaros por el cántico, cuando iban a entrar al nido y cuando salían. Les zarriquines⁸², esas pequeñas, pa ir pa'l nial hacían: "karakarakarak-karakarakarak", y después de que salían cantaban diferente: "chirrichirrichí-chirrichirrichí". Y yo tuve un glayo –un grajo– cinco años. Y yo, como te dije, observaba. Y yo sabía que en un nido de glayo, si metía la mano allá, noxábalu –enojábalu–, non volvía. Y llegué a observar eso y a corregirme por mi cuenta. Que tengo observáulos así de riba, porque era pendiente y miraba así. Y él venía, creyendo que yo non lo veía, y comía los huevos. Y si era en carne, que fueran pequeñas las crías, non las cebaba y morían.

Y una vez, en Tresperal, como ya tenía esa experiencia, vi que asomába-y el rabu pa un lau y el picu pa otru. Y digo yo: "Ta ahí". Y en vez de ir de frente a donde taba el nido, daba un rodeo y de más arriba observaba. Además habíame dao un señor de aquí unos prismáticos de teatro, eran cortinos pero valían. Y yo observaba. Y cuando iba yo a ver el nido, veo un gato montés que me sintió y marchar con un bicho en la boca. ¡Cago en diez! Y vilo con los prismáticos y vi que se movía algo, y fui y estaba el nido con un pajarín solu, en carnes, y los ojos sin abrir tovía. Y el gato montés ya había comío los cuatro pequeños, que eran cinco. Ya los había visto yo dos días antes y contábalos por los picos. Eran cinco, y si non voy yo... el gato espantóse de mí, que si no cómelos todos. Y cogí el nido aquel, y andaba curiando, y yo calentábalu así entre la ropa y volvía a ponelu ahí. Y de noche levantábame a pone-y paños calientes... y crielu. Claro, lo primero que vio fue a mí. Y tuvímoslo en una jaula. Y después digo yo: "Bueno, ¿qué falta fai jaula?". Y soltélu. Iba con nosotros a la hierba al Cantullagu, andaba a cereces, volvía... Y él reíase, tenía sentido del humor. Y llamábamos-y "Franco", pero no po'l caudillo, sino por la proeza que hizo Ramón Franco en el primer vuelo España-Buenos Aires⁸³. Y a él sentámoslo

82 *Zarrica* o *cerrica*, en asturiano, "petirrojo".

83 Ramón Franco Bahamonde, aviador y hermano de Francisco Franco, comandante del hidroavión Plus Ultra, que en 1926 marcó un hito en la historia de la aviación española al efectuar el primer vuelo transatlántico entre España y América.

hacer: “Jaaaaa”, como riéndose. Y bueno, pues vamos pa casa a comer. Y entós venía y posábaseme en el hombro, echaba un vuelo p’allí, esperaba, volvía... Era omnívoro, comía de todo, pero lo que más le gustaba era la tortilla. Y ya digo, cinco años lo tuvimos.

Y el glayu aquel subíase al tejáu del horru, y en la piedra última que hay encima de les tejes poníase y miraba así. Tenía los ojos azules y miraba... en línea recta habría casi setecientos metros... y veía al “Milor”, un perro grifón de un vecín. Y miraba así y agarraba fuerza y silbaba igual que el amo del perru: “fuiiii-fuiii-fuiiiuuu”. Y el perro hacía “jop” y venía el perro hasta casa ¡jau-jau!, y la puerta cerrá. Y entós el glayu echaba unes risaes como un humano “¡Ja-ja-ja-jai!”. Y él andaba muy poco po’l suelo, siempre estaba subido a algo. Y si veía al ferre⁸⁴ venir, empezaba: “Ka-ka-ka-ka” y las gallinas ya sabían y a esconderse debajo de leña o eso. Y cuando se bañaba en un charco por allí, que él non miraba que hubiera calor nin frío... decíamos: “Va a volver a nevar”. Y non fallaba.

Y después matómelo una perra. Andábamos coyendo pan y díjome mi padre: “Vete por agua a la fuente de arriba”. Fui y... ¡cago en diez!, ya encontré un ala del glayu. Un disgusto de la hostia. Fue una perra de caza, porque él non se espantaba ni de gente ni de ná. Y matómelu. ¡Cinco años!

LA ESCUELA

¡Hostia!, hubo cada maestro que si te cuento... Sólo uno, Leonardo Álvarez Díez, era de Torrebarrio, de la provincia de León. Ése vino y además de él saber y ser joven y querer enseñar, valía. Él vino cuatro años y en los cuatro años que vino fue a la escuela de facultativos de minas en Mieres y non perdió año. Sacó la carrera de capataz. Y ése sí, los demás... bueno, porque el pueblo non tenía subvención del Ayuntamiento ni ná. Allá más tarde daba quinientas pesetas al año pa’l maestro, ná. Y la escuela hízose entre los vecinos siendo mi padre alcalde de barrio. Porque antes yera la escuela en un horru o en una cuadra. Y venía un probe con un saco al hombro, y preguntaban:

—¿Usté sabe leer y escribir?

—Sí.

—¿Quisiera quedarse aquí poniendo escuela to’l inviernu hasta mayo? Mantenú y una paga al mes de tres duros...

—Sí, sí.

Y aceptaba. Hubo uno que vino, era yo muy pequeño, y decía él:

⁸⁴ *Ferre*, en asturiano, “ave de presa de la familia de los halcones”.

—Nunca os asombréis ni escandalicéis cuando sintáis un pedo, es ventosidad que se expresa por el ano. Por ejemplo, pa que os quede bien en la cabeza, ¿qué es pedo?

—¡Es ventosidad que se expresa por el ano!

Y bueno, escapábasenos la risa.

—Y cuando sintáis un pedo, en vez de reiros o eso, si es una persona mayor le decís: “Con salud los tire usté”.

Y bueno, “ja-ja”, “ji-ji”, cuando al poco levanta él una ñalga de la silla y ... ¡prro-oommm!, y levantámosnos todos:

—¡Con salud los tire usté!

—¡Gracias, niños, gracias! ¡Sentaros!

Y contámoslo en casa y... ¡despidiéronlo!

La última maestra que tuve no era maestra, y la madre había sido de Armá. Bueno, era soltera y decíamos “señora maestra”, no “señorita”. Con ésa perdí la gracia total, porque había dos mapas: el mapa de España y el mapa-mundi. De España eran dos, físico y político. Y llevábanos al enceráu a dar explicaciones:

—A Asturias la baña el mar Cantabríco.

Y yo “me cago en diez...”, en vez de Cantábrico, decía “Cantabríco”.

—Y por la parte de Portugal, que agarra Galicia y Coruña, el “Atlántico”; y po'l estrecho de Gibraltar y por ahí, el “Mediterráneo”.

Y yo, al ver que ella non sabía, yo ya nu-y prestaba atención. Y cuando estalló la República tenía yo once años, y con una tiza escribí en el horru “VIVA LA REPÚBLICA”, y pasaba ella así restregando las manos, y ella, claro, enemiga d'eso... y mi padre taba haciendo una carreña de varas de avellano...

—¡Manuel!

—Señora.

—Ahí hay una falta de ortografía.

Digo yo:

—¿Adónde?

—La primera sílaba de “viva” es con “be” y la segunda con “uve”.

Y digo yo:

—No.

Y diz mi padre:

—¿Cómo contradices a la señora maestra?

Y digo yo:

—Porque no es verdá.

Y yo tenía un libro de los héroes que trajeron la República, Galán y García Hernández, y fui a casa.

—Mire cómo diz aquí: “Viva la República”.

Y mira si era terca, ¡eh!, que diz ella:

—Será un error de imprenta.

¡Cago en su alma!, y yo Manuel Suárez García firmaba en el ejercicio escrito o eso, y decía:

—Ven aquí, aquí hay dos faltas.

Y digo:

—¿En qué?

Y diz ella:

—En acentos, usted acentúa la “a” y es en la “u”, y “García” tiene que ser en la primera “a”.

Y digo yo:

—Entonces al leerlo correctamente diría “Suárez y García”.

Y me cayeron unos garrotazos de la virgen, por eso te digo que la escuela...

EL PRIMER TRABAJO

El primer trabajo pa empezar a enriquecer, como ahora que ya soy rico, sobre todo en años, fue cortando palos de avellano, de mínimo entre ochenta centímetros y un metro, y otros de dos metros que tuvieran una inción, una torcedura así abajo. Eran pa hacer mangos a las palas raseras pa cargar en El Musel. Ésos pagábamelos a dos reales mi tío, y los otros a real. Y juntaba veinte y era un duro. Después ya empecé con conejos. Con el dinero de los mangos compré una coneja preñá que costóme cuatro pesetes. Y averigüé con los conejos que la rama de tejo es tóxica, porque eché-yos rama de tejo y morrieron todos. Y mi madre, cuando me daban el aguinaldo o propinas o eso... porque si ibas a curiar y paría una oveja, si era hembra la corderina dábante una perrona —diez céntimos— y si era cordero una perrina —cinco céntimos—. Y yo de ese dinero así, ¡a la hucha!, pero mi madre...

—Tengo falta de esto, después ya te lo devolveré...

Y abríame la hucha y... ¡hostias! Pero lo primero que gané fue en un chamizo de carbón. Mi tío Marcelo picaba y yo ramplaba y sacaba en un carretillo. Trece carretillos ya era una tonelá. Y a veinte pesetes la tonelá me lo pagaba ún de aquí de La Pola, Manolín el de Pipi. Fue el primer dinero. Mi tío picaba muy bien a mano, pero non se-y daba bien la madera. Yo veía a otros postear y fijéme cómo cabeceaben les mampostes los otros y digo yo:

—Voy a hacer yo la madera.

Y mi tío gozó...

—¡Hombre!

Y yo cabeceaba la madera, él posteaba, picaba y... bueno. Luego estalló la guerra y quince meses... lo que duró en Asturias, un jornal de diez pesetes to'los días. El primer dinero de diez pesetas diarias fue siendo miliciano voluntario: sesenta duros al mes. ¡Me cago en diez!, ¡costaba alquilar una muyer tres duros! Y yo tuve la suerte de que nunca tuve una enfermedá venérea, que tamién es suerte, porque hubo muchos que lo tuvieron y non se atrevieron a decirlo ni a los padres ni al médico ni a nadie, y acabaron muriendo. Yo tuve ladillas, unos insectinos que hay... y no había zeta-zeta ni eso; pero había zotal, y ocurrióseme una vez rasurarme y echar zotal sin rebajar... ¡me cago en la hóster! ¡Eso sí que...! Y había un ungüento que decían "engüentu del soldáu", que era una pasta y era lo único... Yo tuve muchos piojos por el cuerpo, en la cabeza nunca. Pulgas, en Las Caldas de Oviedo, era en julio y agosto, estábamos cinco batallones allí... y veías el polvo moverse de pulgas. Eso era lo peor, porque los piojos son más formales, comen algo pero non clavan la lanza. ¡Hostia, las pulgas! Pasé mucha hambre, pasé sed, pasé miedo... Mi padre pasólo peor. Estuvo preso, acusáu de cosas inciertas, pero claro él era de izquierdas y había sido alcalde de barrio y estorbaba a un vecín que quería comprar fincas que mi padre llevaba en renta. Después vino la requisita de las avellanas, cosecha que había en Armá mucho entonces. Cosechábanse las avellanas y se vendían, que en un tiempo valían pa pagar la contribución o las rentas. Vendíanse en el otoño, se deshacían, se tenían en sacos, pesabas y las bajabas en carros. Y ese señor, si puedo decir "señor", cuando vino díjo-y a mi padre:

—¡Quiero que me pagues les ablanes⁸⁵!

Y diz mi padre:

—Mira, hombre, vino una orden de Pola de Lena a los pueblos que se hiciera una declaración de la cosecha de avellanas que había, y que las iban a llevar pa cambiarlas por suministro —es decir, por harina, lentejas o lo que fuera— y yo no entré en tu casa a ver cuántas

85 *Ablanes*, en asturiano, "avellanas".

tenías. Yo avisé en junta plena de vecinos: “Bueno, pa tal día va a venir una camioneta a por las avellanas y hay que entregarlas en la carretera”. A mí no me las pagaron, ni a nadie.

Y dijo aquél:

—Yo sé que no me las debes, pero pa que sepas que hoy mando yo: ¡O me las pagas o vas a la cárcel!

Y mi padre diz él:

—¡Pues no te las pago!

—¡Pues vas a la cárcel!

Y en la cárcel acusáronlu de que había vivido en la casa del otro mientras estuvo fugáu —mentira—, que era comunista —nunca lo fue—, que había decomisáu las avellanas del pueblo... Porque el que mandó esa orden yera un jefe de abastos que había aquí, y a ése no lu metieron preso, y a mi padre sí. Y claro, eran trescientas pesetas, lo que ganaba yo de miliciano en un mes. Y por aquellas trescientas pesetas estuvo tres años y pico en la cárcel. Pero me decía mi padre que lo peor que pasó en su estancia de preso fue en Oviedo, que llenaban una celda de presos de la denuncia muy gafa. Y ésos, ensin ser juzgaos ni ná, pa que cupieran otros hacían una saca de noche y ¡hala!, al cementerio del Salvador y fusilaos. Y los llamaban por lista, y mi padre era Antonio Suárez de la Losa, y dice que fue lo peor. Dice: “Nunca te lo conté ni lo conté a tu madre, ¿pa qué?”, pero que vienen aquellos jefazos militares a llamar por lista...

—¡Antonio Suárez...!

Y mi padre tenía que contestar:

—De la Losa.

Y mi padre diz él:

—Yo contesté “De la Losa”, pero no me oyó nadie.

Y vuelven:

—¡Antonio Suárez...!

Y diz él:

—¿Será que no me sal la voz?

Y a la tercera que contestó uno:

—Rodríguez.

Y era un Antonio Suárez Rodríguez. Y lo fusilaron. Y pa mi padre fue el peor apuro, el peor. Mi padre tuvo la suerte que nunca le dieron un bofetón, porque él tenía el de-

fecto de que el que-y pegara, aunque fuese el jefe del estáu, volverse a él. Y nunca le dieron un bofetón. Y pasólo muy mal de Oviedo a Celanova, porque tuvieron que pernotar en San Marcos. Y en San Marcos decía que había bidones recortaos donde ayudaban a viejos o heridos o defectuosos de piernas o eso pa que pudieran hacer sus necesidades y cagar allí. Y en los bidones, que eran grandes y tenían asas, metían una palanca ahí y iban dos presos y veinte soldaos custodiándolos a lavar los bidones al río, a aclararlos un poco y traer agua del río, y aquella agua pa cocinar el rancho. Se dice pronto. Y en Celanova tuvo suerte, porque non podían escribir ellos p'aca ni nosotros p'alla. No eran cartas, eran tarjetas. Y entre que decías "Saludo a Franco", "Arriba España" y "Tercer año triunfal" y la hostia, poco te quedaba que poner. Y entonces recibo una tarjeta que decía: "Si tardáis en tener noticias mías es por lo siguiente: vino una orden que el que quisiera ser voluntario a pasar a filas republicanas... y estoy apuntáu". Y digo yo:

—¡Meca!, éste ya no escribe más.

Y ¿qué pasó? Tuvo suerte él también entonces, hicieron eso porque decían que los canjeaban por los que tuvieran los republicanos presos, pero no había tal. Y entonces a mi padre le preguntan:

—Bueno, ¿y el motivo de que usted quiera ir a zona republicana?

Y dice:

—Pues es tal como les voy a contar: yo estuve diez años en la Argentina y allí nadie se ocupó de mí, nunca supe lo que era ser detenido, y tengo dos sobrinos, hijos de una hermana mía, en Buenos Aires, calle Talcahuano 948, y entonces si me veo en zona republicana voy a estar libre y estoy con el cónsul argentino y que me reclamen mis sobrinos, y una vez allí, si voy libre, reclamo a mi mujer y a mis dos hijos.

Y escribieron eso y ná. Pero otros que decían: "porque voy pa con los míos", a ésos los cepillaban. Y después de la guerra estuvo trabajando en el exterior, en un chamizo, en una mina, frenando en un cable, y después de guarda... En fin, él taba muy contento porque cobraba al mes cuarenta duros. Non se daba cuenta que cuarenta duros era según estaba la vida, y él antes en otros trabajos que tenía en el exterior yera un duro el día que trabajaba. Y habiendo pasáu las calamidades que pasó, parecía-y esto un paraíso. Y murió en la cama un siete de abril de 1956.

UN MILICIANO CON SUERTE

Yo entré de miliciano, hacía los dieciocho años en noviembre, y estuve en Campo-manes, estuve en Peñaubiña, y después no sé cómo tuve tanta suerte, porque estando de guarnición dijo el capitán:

—Bueno, va a haber un ataque en Oviedo. No lo divulgéis. El que quiera ir voluntario a ese ataque que dé un paso al frente.

¡Tras!, yo y pocos más. Y digo yo:

—Pero yo es con la condición que si non caigo en la refriega, volver otra vez aonde estaba.

Yo estaba en Campomanes, y tocóme en La Berruga, tocóme en Escampleru... Y yo iba allí, terminaba el ataque y a otro día volvía pa onde estaba. En Oviedo llegamos en febrero, acuérdomen bien, hasta bien cerca de la catedral. ¡Cago en diez! Allí ví a Santiagón de Morcín, uno que mató un cura y estuvo preso muchos años. ¿Habláron-te alguna vez de esi animal?

SANTIAGÓN DE MORCÍN

Ési estuvo en la guerra de Cuba y conociéronlu dos vecinos míos que estuvieron con él allí. Apuntóse voluntario a la guerra de Cuba, y al ser voluntario podía elegir cuerpo y dijo: “caballería”. Y decía Gregorio, el que me lo contaba, dice: “Estando descansando, él traía una afilaera en bolsu y taba siempre afilando el charrasco —po'l sable— y nosotros traíamos sombrero, pero él traía un barboquejo y traíalu tras de la poza porque andaba a caballo al galope, y bueno, en una d'esas los cubanos... ve venir a uno Santiagón...”

—¿Qué vos pasa?

—Que el coronel del regimiento acaban de raptarlo los insurrectos.

—¿Y qué?

—Bueno, por donde va aquella nube de polvo, allí van. Llévanlu tres, y va atáu en un caballo.

Monta Santiagón en el caballo d'él y dio-yos alcance, y con el sable ¡plis-plas!, cortó-yos la cabeza a los insurrectos, quita de las ligaduras al coronel y diz él:

—¡Monta aquí!, que el mi caballo bien puede con los dos, ¡aunque vayas embazáu!

Y por liberar al coronel salió una orden y diéron-y la laureada individual de San Fernando. Y él traíala siempre puesta en la pechera. Y una vez entra un sargento en un bar, y al ver la laureada diz él:

—¡Por lo que traes ahí!, que si no de otra manera...

Y diz Santiagón:

—¡Coño!, ¿ye esto lo que te estorba, ho?

Tiróla, pisóla, escupióla y pegó-y un puñetazu al sargento y sacó-y dos dientes. Y claro, castíganlo y perdió la laureada porque, claro, renunció a ella, escupióla... y había testigos, y que además pegara a un sargento. Y, bueno, estuvo preso más o menos

tiempo. Después terminó la guerra de Cuba y vino pa España y estuvo trabajando en la mina, en Caborana [Aller]. Y había un cura... que en aquellos tiempos el llevador de las fincas... el dueño, quitábatelas cuando quisiera, no había ley. Y el cura compró las fincas que llevaba la madre de Santiagón y quitó-yoslas. Y él trabajaba en Caborana, él y otro hermano que llamaban “el Rus”. Y esas bromas mineras que hay... vino un minero nuevo de Morcín y dicen:

—Ahora cuando te vea Santiagón va a preguntarte que qué tal, y dile que... ¡bah!, que hay líos por allí...

Y va él y díjo-ylo a Santiagón:

—¡La tu muyer ponte los cuernos!

Díjo-ylo a Santiagón, porque la muyer tenía la allí en Morcín. Y que diz él:

—¡Me cago en tal!, ¿con quién?

—Con el cura.

Y él que ya se llevaba mal con el cura porque le había quitáu la hacienda a la madre... arrancan un sábado de noche él y el hermano y entran en la iglesia sin posar la boina y con la escopeta montá, una escopeta de dos cañones. Y taba el cura predicando en el púlpito. Y el cura ya tiró de revólver, él ya sabía... pero nu-y valió pa ná. Matáronlu y sácanlo arrastro... y “el Rus”, que esi trabajó en Armá en una mina, garró una llábana que había en el pórtico y “plas” pegó en la calavera del cura y saltáron-y los sesos. Y tiráronse al monte, pero claro en el monte cogiéronlos y cayó-y pena de muerte a Santiagón. Y Santiagón dijo que el hermano que no hizo ná, que iba con él pero que no hizo ná. Y cayó-y pena de muerte, pero pidieron clemencia, y aunque ya no era poseedor de la cruz laureada de San Fernando, que la había tenido. Y entós quedó-y cadena perpetua. Y estuvo preso en Santoña y allí trabajaba de madreñeru, hacía madreñes y hizo un ataud pa él, y dormía la siesta en él. Y hizo un testamento de puño y letra él, porque después que lo indultaron de la pena de muerte le quedaron doscientos años y un día de prisión. Entonces en el testamento que escribió decía que él cuando muriera que lo enterraran en el patio de la cárcel, y transcurridos esos años que lu desenterraran y llevaran los restos a la parroquia d’él. Y entonces fue cuando entró la República y indultáronlu a él y a más. Pero allí reíanse d’el otros presos...

—¡Coño!, tas durmiendo la siesta ahí... ¡ya dormirás cuando mueras!

—¡Nu me toquéis los cojones!

Y seguían así, y tal. Y con un formón y un macete hízo-yos la autopsia a cuatro o cinco ¡en vida! Y entonces cayó-y pena de muerte otra vez. Y estaba España en estado de guerra, y en vez de ser la horca era un piquete y fusilar. Y fusiláronlo. Él

cayó-y pena de muerte, fue fusiláu y diéron-y el tiro de gracia... pero non murió. Acuérdomo aquí en un bar en La Faya de verle los impactos de los tiros, pero fueron raspando. Y ahí, d'este lau de la cabeza, del tiro de gracia movíase-y el tímpanu así, bueno, la piel. Y después dijo él que él había sido ejecutáu, pero que no había muerto, y tamién quiso poner pleito, que por qué nu lo soltaban. Y mediante esto fue cuando entró la República. Y a Santiagón vilu yo en esi chigre. Traía un cayáu de roble dobláu po'lo gordo y ferracatón –el recatón, que yera de fierro– que eso estuvo prohibido cuando la huelga del 17. La Guardia Civil o te llevaba el bastón o te lu rompía, porque era como un estoque. Y ahí en el bar ese, que era de los mis parientes, contó que lo garró la revolución de octubre del 34 hacia Pola Gordón [León] o por ahí. Y trabayaba en la mina. Y él echaba la partida con un cura joven en la posada donde taba Santiagón. Y discutían, el obrero que defendía al trabajo, la burguesía al capital... y eso. Y claro el cura supo que había matáu a un cura y a otros cuatro o cinco en Santoña. Estalla la revolución de octubre y va Santiagón a casa'l cura. Diz el cura...

–¡Oh, virgen!

Diz él:

–¡No, no, non te mato! Y además non te pasa ná. Ven conmigo. Posa esa sotana y pon estos bombachos.

Y diz él:

–¡Qué va, hombre!, yo esto no lo puedo quitar.

–Allá tú. ¡Entra!

Dio-y una lámpara, y mandólo entrar a la rampla de la mina.

–Mira, aquí tienes la ferramienta. La pica y el hachu pa postear y eso; pero bueno, postear hoy dejáremoslo. Tienes que picar un metro pa ganar tanto. Eso fágolo yo, y cuéstate a mí la pensión tanto, y quedame tanto. ¡Pica ahí!

Y claro, picaba con la sotanona y eso.

–No, no, allá tú. Y además tienes que picalu en siete hores, ¡eh!

Y el cura sudando ya quitó la sotana. Entós ya non yera pecáu.

Y diz él:

–Bueno, está bien. Ye pa que sepas qué vida llevamos nosotros y cómo la llevas tú. Y tú tranquilu, que los revolucionarios a ti non te fan ná porque aválate yo.

Y cuando el ataque de febrero a Oviedo cayó bien cerca de la catedral. Porque decían: “¡Mira a Santiagón, va ahí!”. Yera un paisano cuadráu. Y cayó herido y agárranlu

los camilleros. Y saltó de la camilla, quitó-y el fusil a un miliciano y volvió p'allá. Y entós sí, entós morrú⁸⁶ de verdá⁸⁷.

86 *Morrú*, en asturiano, "murió".

87 Felipe Santiago Alonso Fernández, "Santiagón de Morcín", nació en 1870 en La Cotina, pequeña aldea de la parroquia de Peñerudes (Morcín). Desde muy joven destacó por su fortaleza física y su carácter temerario, protagonizando diversos enfrentamientos y peleas hasta que en 1890 causó lesiones de gravedad a un vecino, lo que le llevó a pisar la cárcel por primera vez. Después de trabajar en diferentes minas en la zona de Mieres, se trasladó a las minas de Vallejo, en Palencia, donde participó en diferentes revueltas. Posteriormente regresó a Asturias, a trabajar las minas de Boo (Aler), destacando por su carácter reivindicativo y peleón, que le llevó a mantener enfrentamientos con la guardia civil y a estar huído de la justicia. En 1893 embarcó para La Habana y dos años más tarde, en 1895, con el inicio de la guerra de Cuba, se alistó en el ejército. Allí protagonizó un acto heroico que salvó la vida al capitán de la compañía y a varios soldados y por el que fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando, la más preciada condecoración militar española. En 1898 regresó a Asturias y entró a trabajar en la mina San Vitor (Turón). Al poco tiempo, en un altercado en la taberna con el mismo vecino que había tenido enfrentamientos antes de marchar a Cuba, Santiagón arrojó la condecoración al suelo y la pisoteó en presencia de testigos, propinando después una paliza a su enemigo. Por estos hechos fue denunciado y se le abrió nuevamente el expediente que había quedado pendiente antes de huir a Cuba, por lo que fue condenado a ocho años de cárcel. En atención a sus méritos militares, recibió un indulto parcial y la pena de cárcel le fue conmutada por la de destierro. Posteriormente, contrae matrimonio y arrienda una casería en Peñerudes, donde se dedica a la labranza. A partir de ahí comienzan las desavenencias con el cura de Peñerudes, don Francisco Alonso, y en 1904, por influencia de este, la dueña del Coto de Peñerudes, doña Rosario Món, le comunica que le desahucia de sus tierras y que debe abandonarlas. Poco tiempo después, el día 8 de diciembre de 1904, en una discusión con un vecino de Peñerudes, sobre si la señora Mon tenía o no motivos suficientes para aforar el coto, Santiagón apuñala a su contendiente. Creyéndole muerto, huye al monte en compañía de su hermano Camilo. Para librarse de la justicia, los dos hermanos pretenden huir a Portugal, pero antes fueron a casa de un hermano suyo, cogieron un viejo trabuco y regresaron a Peñerudes con intención de robar al cura y así obtener dinero para el viaje. Se dirigieron a la iglesia, donde sorprendieron al cura en el altar mayor. Éste intenta escapar y, tras un forcejeo, le disparan por la espalda. El sacristán, Pelayo Cachero, trata de mediar en la pelea, cayendo herido de arma blanca, mientras que Camilo remata al cura machacándole la cabeza con una piedra. Posteriormente se dirigieron a casa de la víctima, donde amenazaron a la madre del párroco para que les entregase el dinero; pero esta, con el pretexto de ir a buscarlo, logró huir por la parte posterior de la vivienda. Entretanto, los vecinos del pueblo, alertados por el alboroto y comandados por el guarda jurado del Coto, Emilio Estébanez, organizan una batida para perseguir a los dos hermanos, que habían salido huyendo hacia el monte, donde logran retenerlos hasta la llegada de la Guardia Civil de Trubia, que los detiene y traslada a la cárcel de Oviedo. Celebrado el juicio, Santiago Alonso fue condenado a muerte por garrote vil como responsable directo del crimen, y su hermano Camilo, a cadena perpetua. Posteriormente, en atención a las condecoraciones militares de la guerra de Cuba fue indultado de la pena de muerte y condenado a cadena perpetua. De la cárcel de Oviedo, Santiagón fue trasladado al castillo prisión de Figueras, en Gerona, y después al penal del Dueso, en Santoña, donde trabó amistad con el periodista y escritor Alfonso Vidal y Planas, quien escribió la novela *El gallo de Santiagón*, basada en la historia de su vida. Cuando ya había cumplido 24 años de cárcel, el general Primo de Rivera visita el penal del Dueso y, al enterarse de que Santiagón había sido condecorado con la Cruz Laureada, le indulta y ordena que le pongan en libertad. A su salida de la cárcel, regresa a Turón, donde la empresa minera le cede un tendejón que habilita para dedicarse a la fabricación de madreñas. Aficionado a los libros y a la lectura como consecuencia de su estancia en la cárcel, Santiagón escribió una serie de folletos con sus memorias bajo el título de *El abuelo del presidio*, que se vendían por entregas. Fiel a su carácter temerario y combativo, un Santiagón ya sexagenario se alista como voluntario en las milicias revolucionarias de octubre de 1934 y muere en un enfrentamiento con el ejército cerca de Oviedo. Fuente: *El abuelo del presidio*, edición *on line* en el blog de Manuel Álvarez de Morcín: <http://alvarezdemorcin.blogcindario.com/categorias/21-santiagon-de-morcin.html>.

LA GUERRA CIVIL

Yo estuve de miliciano los quince meses de guerra en Asturias. Y no fui preso, tuve esa suerte. Porque yo yera muy joven, y había gente que conocía y taban presos aquí, en el Llerón de Regral, talando álamos pa poner en los refugios contra las bombas de aviación. Y yo venía y dába-yos tabaco, yo non fumaba. Y los que venían conmigo...

—¡Coño, si son fascistas!

Y digo:

—¡Son lo que sean!, bastante desgracia tienen que están privaos de libertá y non tienen tabaco. Y yo sí.

Y dába-yoslo. Y esa gente después... porque claro yo entré en quintas del 41, porque pusiéronme un año menos cuando quemó lo de octubre. Constaba que nací en el 20 pero ye mentira, nací en el 19. Y como me faltaba el dedo, de metralla en Peñaubiña... porque leyó el cabo Manuel Álvarez —llamábamos-y “Pavero” y era socialista, leía muy bien el *Avance*— y dice:

—¡Mirái lo que dice aquí!

Tábamos él de cabo y nosotros la escuadra...

—Los aviones en la actualidad no son blindados. Lo serán el día que pese el acero tan poco como el aluminio o el aluminio sea tan resistente como el acero. A tiros de fusil pueden ser abatidos...

Y bueno, seguía leyendo la crónica y que daban un mes de permiso al que derribara un avión. Bueno, yera un domingo, hacía sol como hoy, voy de puesto p'allí y veo venir de la parte de León cuatro alas, yo no sé si era avioneta o caza. Y digo yo:

—¡Hostia!

Y tenía un fusil polaco nuevo, ¡me cago en la mar! Véolu venir y... ¡pas!, tiro-y un tiro, porque podía haber escondíome, pero ná. Y vuelve y tiro-y los cuatro tiros y va y ponse de lau así... y yo creí que caía, y yo riéndome... pero ametralló y tiró dos bombuques. Y yo lo que me dolía yeran les piernes; pero yera piedra de lo que estalló con les bombes. Y el dedo a otru día dolíame, tenía un poco así... un dolor, y empecé a hinchar... Y yera metralla, porque pasó el practicante con un imán y sacóme piedres con pinzes de les dos piernes; pero bueno, como garbanzos, ná. Y digo yo:

—No, no, pero lo que me duel ye el dedo.

Y entonces miró y pasó aquel aparatu, que tenía que ser un imán, y hostiá... era entre la uña, en la yema del dedo. Y saca un bisturí del bolsu del mandilón, sin desinfectar... y no había antibióticos ni ná, rajó por bajo así... y con les pinces sacó un

poco metálico, pero... ná. Empezó mal, mal, y después estuve en el hospitalillo de Campomanes y después en el de Mieres. Y en Mieres, dijeron que los más leves que teníamos que salir de ahí por si había un ataque pa que los heridos tuvieran cama. Y bueno, cuando me lo cortaron ya non tenía hueso, porque dolía muncho de la que empezaba hasta la primera falange, y cuando empezaba ya a pudrir, a supurar, dolía menos; pero después al empezar en esta otra falange... ¡hostia! Y llamában-y un panadizu. Cortóme el dedo y cayó como un figu maúru... ¡pof! Lo primero que me acordé, porque fue con anestesia local, digo yo:

—¡Cago en diez!, ¿y ahora cómo corro el seguro de la escopeta p'acá y p'allá?

Y después fui de servicios auxiliares el resto de la guerra en Asturias. Y el destino era enlace de plana mayor con el comandante. Llevar un parte aonde te lu mandara. Y esperar la contestación o simplemente que te lo cuñaran de haberlo recibido y traías el sobre. Era una situación jodida, porque el que está en un parapeto... está; pero tú que tenías que salir y buscar un rodeo.

Porque acuérdome una vez que era en El Mazucu [Llanes], y tiraba la artillería... tuvieron que poner escudos metálicos porque venían los balazos de fusilería que paecía una granizá de una tormenta de nube de piedra de verano. Y p'atrás de los cañones escribeme el comandante José Manteca Izquierdo —que había sido legionario sargento cuando se fundó la Legión, yera militar hasta los dientes⁸⁸— un parte a la cuarta compañía. Y yo esperando así agacháu. Y diómelu y yo miré así p'atrás pa salir dando un rodeo. Y había ún allí que-y llamábamos "el Machete Cubano", un paisano que taba borrachu siempre, traía una zamarrona y una botella de coñá asomando en cada bolsu, y diz él:

—¿Tienes miéu?

Y yo non contesté, miré así pa'l comandante... Y dijo "el Machete" que lu llevaba él sin ser enlace. Y él comandante dijo que sí. Di-y lu, echó la zamarra aquella así por encima la cabeza como si lloviera... y dio dos pasos. Allí quedó acribilláu. Y el comandante diz él:

—¡Cago en diez!, tengo que hacerte otro parte.

Non le causó nin frío nin calor. Y di la vuelta por más atrás, dando un rodeo, y cumplí con mi deber y volví.

—Sin novedad, mi comandante, se presenta el enlace de plana mayor Manuel Suárez García... y tal y tal.

"Sin novedad" aunque truxeras les tripas arrastru. Porque esto de lo militar... A mí hubiérame gustáu... claro, siendo de Armá, que era curiar y segar y arar... Y digo yo:

⁸⁸ José Manteca Izquierdo, comandante de la Agrupación de Puerto Pinos, desaparecido al final de la guerra civil en Barcelona.

“Bueno, una plaza...”. Yo, si hubiéramos ganáu, tenía solicitáu pa carabinero, una plaza que desapareció con Franco, porque era de fronteras y puertos. Ahora eso hazlo la Guardia Civil. Pero, claro, perdimos...

Y acordóse ún de Villallana el otru día, que íbamos pa Oviedo. Él montó en la línea en Villallana y dizme él:

—¿Acuérdate hoy qué día ye?

Y digo yo:

—Sí, el aniversario de cuando se terminó la guerra en Asturias.

—¿Y acuérdate que tabas solu apartáu y llorando y llegué yo? ¡Bueno, hombre, ya se acabó!

Y digo yo:

—Ya, ya, dicen que se acabó, pero falta la represión.

—¡Coño!, pero tú non mataste a nadie...

Y digo yo:

—Bueno, non maté a nadie, non denuncié a nadie, pero falta la represión. ¡A saber cómo será!, que yo de éstos que nos vencen no espero cosa buena.

NUEVO LLAMAMIENTO A QUINTAS

Cuando se terminó la guerra a mí denunciáronme por aquí los que nu me querían bien, que yo era de la quinta del 40, y era verdá. Pero como los papeles habían quemáu cuando la Revolución de Octubre, oficialmente constaba que yo era del 41, nacido en el 20 en vez del 19. Entonces el cura párroco, muy amigo de mi padre, diz él:

—Tu padre te inscribió a los pocos días de haber quemáu la iglesia y el juzgáu, y tú figuras aquí uno de los primeros. Y entonces yo te doy un certificáu que, según acta levantada en el año tal, tú naciste en 1920, que así lo dijo tu padre. ¿Tú qué dices?

Y digo yo:

—Bueno, yo de cuando nací no me acuerdo.

Y el cura rióse. Y eso conveníame entonces, pero así no obstante íbamos a Oviedo, llevábanos el oficial de quintas a mí y a más. Y el oficial de quintas nu me quería mal y dejóme pa'l último. Y entonces pasé pa una habitación donde había un capitán militar ya de edad y bajo de estatura. Y dice:

—¿Usté es Manuel Suárez García?

Y digo:

—Sí, mi capitán.

—¿Y qué quería?

Y digo:

—Que me indicara donde está el banderín de enganche de la Legión.

Y dice:

—Cierre mejor esa puerta.

Y cerré la puerta y me dijo así:

—¿No estuviste voluntario quince meses?

Y digo yo:

—¡Hostia!... sí señor.

—¿Y qué te parece del voluntariado? Te acusan de que eres de la quinta del 40... y oficialmente no lo eres, eres del 41. Vete pa casa, atiende a tu madre y al tu hermano, que tu padre no está en casa, y si te vuelven a reenganchar... vale. Pero tú voluntario ni a coger pesetas, y no digas que te lo dijo un capitán del ejército español.

Y vine pa casa, la gente que ladraba por ahí paró de ladrar y quedé. Yo tuve suerte en la vida, tengo que agradecer a quien sea que tuve suerte. Porque yo, en fin, podríanme haber matáu. Un guardia civil de los que estuvieron en el asedio de Oviedo preguntó a un fascista:

—Oye, ¿ése que vien ahí es el hijo del alcalde rojo?

Y diz aquél:

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bueno, él fue voluntario al frente, pero venía y visitaba a mi madre y a mi hermana que estaban presas, daba tabaco a los presos, en la retaguardia nunca se metió con nadie...

Y seguían hablando, y yo pasé y “buenas tardes” y seguí y di la vuelta y a escuchar.

Y dice el guardia civil:

—Pues ese hombre está vivo gracias a la suerte de que... “no la hagas, no la temas”; porque tenía la acusación de haber matáu él directamente a un primo carnal que se quería pasar p’allá y a otro que iba con él. Y teníamos la orden en Pola de Lena de ba-

jarlo y que no llegara vivo a La Pola. Y mediante esto cayó en nuestras manos “Trícoles” el de Muñón, y le preguntamos: “Bueno, ¿es cierto que Manuel Suárez García fue el asesino?” Y diz él: “¡Qué va!, ési taba en otra escuadra y cambiáronlo pa Peñaubiña pa que no viera el asunto. Ése non sabe quién fue, y mucho menos él non fue. Fueron fulano y mengano”. Y entonces rasgamos la denuncia –y yo escuchando eso–; pero si no es por “Trícoles” no baja a La Pola.

Pero yo ya taba con la mosca detrás de la oreja, no porque yo tuviera la culpa, pero yo dormía en un hórreo –taba mi padre preso– y yo ya le dije a mi madre:

–Yo si veo la cosa de que me van cazar, antes de que me maltraten o eso voy a hacer un simulacro muy bien hecho. Ahí abajo voy a tirar unos tiros –tenía con qué–, usté sal dando gritos po’l pueblo: “¡Que me llevaron a Manuel!, ¡que me lu llevaron!”. Entonces la gente va a creer que me sacaron, no saben quién, y que me pasearon. Y yo me escondo en el monte.

Y no hubo menester d’eso, porque yo contaba que aonde yo tirara los tiros y mi madre llamar los vecinos y eso... echar allí sangre de un cordero o de lo que fuera, como que me habían matáu y lleváu en un coche. Y no me hizo falta gracias a Dios, porque yo digo “gracias a Dios” y el Dios mío es la conciencia, la suerte... porque Dios no es un triangulo y un hombre de años y barba blanca y ojos azules, no, no, no. El Dios a mi manera de ver es en la conciencia de uno, y si no haces mal es muy raro que recibas mal.

SUMINISTRO A “LOS DEL MONTE”

Y después suministré a los que andaban po’l monte. A una pareja que se suicidaron después: Josefina y Popo. Pues éstos que suministraba yo... era de noche, estábamos en casa de mi madre, el mi hermano ya se había acostáu, era pequeño. Y estando allí al calor de la lumbre, sentimos picar a la puerta...

–¿Quién es?

Y era una voz de mujer. Digo yo:

–¿Eres Vicenta?

–Sí.

Abro la puerta... ¡qué Vicenta ni qué dios! Era Josefina, una que había sido la madre de Armá y el padre se casó y vivieron en Villallana, y andaba fugada con el marido. Y él, Popo, con una barba así larga, que antes era muy raro ver gente con barba. Y taba neváu, y nevando... y veintidós soldaos en el pueblu. Abrí la puerta, entraron, cerré... venían medio en harapos, que habían estáu en Salcedo de Quirós, que comieran rama de hiedra en Huertu los Ablanos... Bueno, mi madre preparó allí un caldo y un café con leche, y secáronse... y había que dir a llevarlos a un lugar seguro. Digo yo:

—Bueno, pa decir no hay cobijo... pero si los soldaos ahora pican aquí a la puerta, estando mi padre preso... y yo que había sido miliciano... ¡Cago en diez! ¿Y esto cómo lo hago?

Pues nada, cenaron y yo fui delante pa ir a la cuadra de las ovejas, que había un trecho así... y después allí subir al pajar. Y por detrás del boquerón por donde se metía la hierba estaban los soldaos allí, pero como hacía frío el centinela taba calentándose al fuego. Y allí los tuve escondidos un tiempo, y después que se quitó la nieve cambiélos de sitio, pero suministrábalos todos los días. Y después, cuando ya iban a llamar a la mi quinta digo yo:

—Bueno, tenéis que cambiar de suministrador porque yo me tengo que incorporar.

Y después encargóse de suministrarlos otra persona de Piedracea. Y estaban en una cabaña, había una nevada tremenda, pero dos vecinos del mi pueblo —uno d’ellos el que denunció a mi padre— observaron que aquella cabaña non tenía nieve en el techo. Y fueron allí él y otro y rodearon y...

—¡Alto!, ¿quién está?

—Bueno, aquí estamos dos compañeros —non dijo compañero y compañera.

—Bueno, si no estáis manchaos en sangre y vos entregáis...

—¿Quiénes sois?

—Una bandera de falange de Pola de Lena y soldaos de los de Armá.

Todo mentiras. Y dicen ellos:

—Bueno, no nos entregamos porque mi padre sé que se entregó y la suerte que llevó. Yo soy “Sediles”, y vamos a tomar la última sopa los compañeros...

Mintió, que era un tal “Sediles” de La Barraca, y habían matáu-y el padre, y el padre d’esti era procurador y tamién y-lo-mataron, paseáu...

Y en esto abrióse un poco la puerta y... —porque yo después escuchaba de noche a los que los mataron— asomó la pistola y... ¡pam!, tiró un tiro y sacó-y al otro una astilla del guardamanos de la escopeta. Y él creyó que lo había matáu... Diz él:

—¡Ahora ya muero tranquilo!

Y al poco, sienten un disparo y da una voz desde adentro:

—¡El compañeru ya se me suicidó!

Había tiráu-y un tiro él a Josefina, y después pegóse un tiro así y salió la bala po’l tejáu... Y dos botellas de gasolina que-yos había dau yo... porque digo yo:

—¡Me vais a joder!, porque lleváis ropa conocida...

Y diz él:

—No, porque no nos cojen con ropa, porque si tuviéramos una botella de gasolina, si ye en una cueva o en una cabaña y tenemos lumbre, mojámonos bien con gasolina, pégo-y un tiro a ella o ella a mí y la ropa no se conoz. Y así fue, quemó la cabaña, hundióse aquello y ellos quedaron asaos allí, todos encogidos. Y decían los soldaos:

—¡Coño!, uno es mujer...

Porque quedó-y una trenza sin quemar y tenía pechos.

—¡Y tien un criu!

Porque había envuelto allí... pero no, era carne de un caballo que tenían matáu, y teníanlo envuelto en sacos de arpillera.

Y bajáronlos en una carreña, non yos-quisieron dar tierra santa ni eso... ¡Qué falta fai! Enterráronlos fuera del cementerio.

LA MINA DE COBRE DEL ARAMO

Yo trabajé en la mina de cobre del Aramo durante dos años. Y esa mina había sido explotada prehistóricamente, no había nada escrito... pero cuando un ingeniero vino pa la fábrica de Quirós, que decían Bastralén, unos decían que era inglés y otros que belga, bueno, pues ése fue el que trazó el ferrocarril minero de Quirós a Trubia. Y ese señor, en el otoño, un domingo subió al Aramo y fue a la parte de Texéu y se sentó allí a echar un pitu o qué sé yo. Y le extrañó que era un día en calma total y que unas yerbas allí cerca de él se movían, flameaban. Y entonces dice:

—Esto tiene que tener comunicación de una corriente de aire.

Fue allí y echó cerillas y bajó por entre hoja de faya y eso... y encontró mineral de cobre por allí⁸⁹. Y entonces se ponen a explotar el cobre con travesales. La primera vez histórica. Después paró, volvía a andar, volvía a parar... y en la guerra, cuando la guerra de Asturias, los rojos... a muchos en vez de echarlos a fortificar y hacer trincheras, los ponían ahí a trabajar, a sacar mineral de cobre. Y yo trabajé ahí dos años, como dije

89 Se refiere al ingeniero belga Alejandro Van Straalem, director de la sociedad Fábrica de Mieres, quien en 1888, descubrió las minas prehistóricas del Aramo. Este hallazgo fue minuciosamente descrito por Alfonso Dory en un artículo publicado en 1893, bajo el título de "Las antiguas minas de cobre y cobalto del Aramo descubiertas por el ingeniero Sr. Van Straalem", en la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*. Tras el descubrimiento, Van Straalem fundó la sociedad Minas del Aramo junto con Ernesto Guilhou, Aquilino Cárcaba, Jerónimo Ibrán y Casimiro González. Posteriormente, en 1897, se crea con capital inglés la sociedad *The Aramo Cooper Mines Ltd.*, y se comienza a construir el poblado de Rioseco. Durante la 1ª Guerra Mundial, esta mina dejó de explotarse, hasta que en 1930 se hizo cargo de ella la Empresa del Sur. A partir de 1940 fue gestionada por la Sociedad Minero-Metalúrgica Asturiana, que continuó las labores de extracción hasta que en el año 1955 se cerró definitivamente por causa de la bajada de precios del cobre en el mercado.

antes, y después paró porque decían que era más rentable traerlo de Chile que sacarlo ahí. Bueno, pero el caso es que ahí había transversales de cuando el Bastralén ese, hechos a maza y pistolo; pero cuando yo fui ya era compresor eléctrico y martillos. Y allí yo no fui barrenista, era vagonero. Y a veces te topabas con paredes rudimentarias allí, hechas por otros que ya habían trabajáu antes. Y como los primitivos que explotaban el cobre non podían barrenar, explotaban siguiendo las bolsas de arcilla con herramienta... y encontrábamos esqueletos, costillas, fémures, calaveras, y todas estaban impregnadas en cobre. Y ahí fui yo cobarde o embustero. Había una sima natural así, y con un malacate arriba y una cuerda, y atáu así como si fuera un alpinista, bajé yo con un carburo, porque allí no había grisú, había mucha ventilación y no había peligro. Y bajé cien metros po'la cuerda, y yo dije que había llegáu al fondo y es mentira. Tuve miedo, porque yo llevaba piedras en una bolsa de arpillería y tiraba las piedras y yo creo que todavía no llegaron al suelo hoy. Y entróme miedo y digo yo: “¡Bah!, ¿pa qué voy a bajar ahí?” Y entonces tiré de la cuerda y ellos tiraron p'arriba. Y dicen:

—¿Qué hay?

—Nada, llegué al suelo y no hay nada.

MEMORIA ANCESTRAL

Mi padre y mi madre eran primos, porque las dos madres eran hermanas. Una vivía en Tabláu y la otra casóse en Armá. La madre de mi madre llamábase Modesta y la de mi padre Josefa, que decían Pepa. Y la otra güela murió primero que la Pepa. Y cuando mi madre andaba por casa llorando po'la mañana...

—¡Murió tu güela!

Y yo decía:

—Ye mentira, está aquí.

—No, pero la otra.

Y entonces dije yo:

—Bueno, pero non tengo pena, porque ella quería que me muriera yo.

¡Pero hay que ver la memoria que tenemos de pequeños! A mí dolíanme los oídos, pero yo no hablaba y no podía decir nada, namás gritar. Y creo que la madre de mi madre dijo:

—¡Ay fía, si non te amaneciera vivu! ¡Si Dios te lu llevara!

¡Me cago en la hostia! Y yo cuando murió ella, que dicen:

—Murió tu güela, ¿non tienes pena?

Y digo yo:

—No, non tengo pena, porque ella quería que muriera yo cuando me dolían los oídos.

Entonces ya hablaba yo. Y a la buela Pepa, aunque era hermana de la muerta, escapó-y la risa. Pero, claro, yo con la que me críe y los cuentos y eso era la tía Pepa, como decían los vecinos. Quería aprenderme oraciones y nu me quedaban ni pa

la hostia. Dormía a los pies, en la misma cama con ella, y ella rezaba y quería que yo rezara...

—Ahora reza tú a ver si lo aprendiste.

¡Que va! Y decía ella:

—¡Que aprendas todas las canciones con su toná y que non te quede nada en la cabeza!

Pero hubo una que sí me quedó:

Por este monte fregoso
doce leguas del Calvario
camina la Virgen pura
por su hijo preguntando:
—Por aquí pasó Jesús,
por aquí pasó llorando,
llevaba la cruz a cuestras
y la cadena arrastrando,
con el peso de la cruz
ya se iba arrodillando...

Era más largo, pero después terminaba diciendo:

El que esta oración dijese
todos los viernes del año
saca un ánima de pena
y la suya del pecado.
El que la sabe y no la dice,
el que la oye y no la aprende,
el día del juicio verá
lo que en ella se contiene⁹⁰.

Y rezaba pa que se quitara la niebla:

Escampla, nublina,
per baxu y per cima
y per toda la vallina,
que viene Xuan Blanco

⁹⁰ Se trata de un romance religioso sobre la Pasión de Cristo. Catalogado con el número 0042.1B en el *Índice General del Romancero Hispánico*, recibe el título de “El rastro divino” y tiene una amplia difusión en la tradición oral hispánica. Se pueden ver ocho versiones completas procedentes de la tradición oral asturiana en SUÁREZ LÓPEZ (1997): *Nueva colección de romances asturianos* (1987-1994), núm. 198.

en su caballo blanco,
con la mujer barbuda
y la perrina aguda.
Probe de la perrina,
que los lobos la comieron,
probes de los lobos
.....
probes de les cuayaes,
que los curas las comieron⁹¹.

¡Hostia, cuántas veces lo decía yo a ver si escamplaba! ¡Qué iba a escamplar! Y ofrecer una limosna a San Antonio si perdía alguna oveja. ¡Gracias que nu-y la daba! Y del arco iris había un dicho, que si pasabas por debajo d'él que te chupaba la sangre. Y que bebe en los regueros⁹².

Y había una que nos sentaban en las rodillas los viejos, y decían:

91 Se trata de un conjuro para disipar la niebla que tiene paralelos en diferentes puntos del centro-occidente de Asturias (Aller, Lena, Miranda, Salas, Tineo, Valdés y Villayón) y en el que se invoca al sol, personificado en la figura de Xuan Blanco, para que asome entre las nubes. La versión de nuestro informante es incompleta, pero se pueden ver dos versiones completas similares a ésta, procedentes del concejo de Tineo, en Manuel MENÉNDEZ GARCÍA, "Notas folklóricas del Cuarto de los Valles", *BIDEA*, 23 (1954), pp. 387-410.

92 La creencia de que el arco iris bebe el agua del mar, de los lagos o de los ríos, a través de sus dos extremos, y de que el agua que absorbe de un lugar es descargada luego sobre otro —lo que implica que su aparición es indicio de lluvia— estaba muy extendida en la antigüedad grecolatina y se mantiene aún vigente en la mentalidad popular de muchos lugares de España y Europa. En sus *Estudios sobre el léxico románico*, el lingüista alemán Gerhard Rohlfs apunta que en el cantón suizo de Berna se conoce al arco iris como *arc-boit*, "el arco que bebe", y en los dialectos réticos como *arco bevondo*, *arco bevudo*, *arcobuan*, y afirma que "estas designaciones sólo se hacen comprensibles cuando se recuerda la antigua superstición según la cual el arco iris es un ser sobrehumano que chupa el agua de los ríos y la conduce a las nubes, según se atestigua en Plauto: "bibit arcus, pluet hodie". Añade Rohlfs que la imagen del arco iris bebedor de agua se extiende también fuera de Europa; así en árabe se le conoce como *masà-n ruà*, "bebedor de agua". Cfr. Gerhard ROHLFS, *Estudios sobre el léxico románico*, ed. Manuel Alvar (Gredos, Madrid, 1979), pp. 104-109. Por otra parte, el lingüista italiano Gian Luigi Beccaria afirma que "en ciertos lugares del sur de Italia, cuando aparece el arco iris se decía que "el diablo va al mar a beber", y en Córcega que es el diablo "que va a beber en el mar y en los ríos". En el folclore húngaro el arco iris es imaginado como un buey o una cabra que aspira el agua de la tierra: su nombre *szivárvány* significa, literalmente, "bomba", "sifón", o algo similar [...] Para los albaneses, el arco iris es una serpiente que desciende a la tierra a beber agua, creencia que también está difundida en Rumania. En toda el Asia central, según una concepción muy arraigada, el arco iris aspira el agua de los ríos y de los lagos y la vuelve a arrojar a la tierra bajo la forma de lluvia. Bebe en los torrentes, en los ríos, en los pozos". Cfr. Gian Luigi BECCARIA, *I nomi del mondo. Santi, demoni, folletti e le parole scomparse* (Torino: Einaudi, 1995-2000), pp. 72-74; cito por la traducción de José Manuel PEDROSA en "El arco el mar con los extremos bebe: Lope de Vega y el mito del arco iris bebedor" (en prensa), donde se citan abundantes ejemplos europeos, africanos y americanos de esta creencia). Sobre las distintas denominaciones del arco iris en España y en Europa, véase Pilar GARCÍA MOUTON, "El arco iris: Geografía lingüística y creencias populares", *RDTP*, XXXIX (1984), pp. 169-190.

¡Arre, burriquín,
vamos pa'l molín,
con un zalamín
y otro puquinín!
¡Arre, arre, arre,
que llegamos tarde!
¡Arre, burro, cagarriales,
cuanto más cagues
más vales!

Mi güela Pepa murió cuando yo tenía seis años, y lo mismo que ahora si voy a recaos que me mande la muyer por ahí, tengo que anotar porque olvidaseme; pero aquello de la güela... Hay un cantar que diz:

A cantar ganarásme,
pero a cantares
tengo un arca llena
y siete costales.

Y la güela mía cantaba de los carlistas:

La vida de los carlistas
está buena de contar,
porque en llegando a los pueblos
empiezan a preguntar:
—¿Dónde está el señor alcalde?,
¿dónde está ese liberal?
que si al momento no viene
le mandamos fusilar.
Quinientos hombres venimos,
quinientas libras de pan,
otras tantas de pescado
si no hay vacas que matar.
Venimos ya de provincias
de Aragón a Portugal
y ahora vamos a Oñate
hacia el cuartel general.
¿Dónde están las buenas chicas?,
las queremos despojar.—
Y ellas llorosas protestan:
—¿Dónde nos querrán llevar?
—Fusiles no los tenemos,
la escopeta sin cargar,

las carabinas sin llave
para poder disparar⁹³.

Y un capitán carlista llegó a casa, en Armá, y quisieron meter el caballo d'él pa la cuadra, y non cabía porque yera baja la puerta o alto el caballo. Y dicen:

—Mi capitán, el caballo no puede entrar.

—¿Por qué?

—Porque tropieza en la sobrepuerta.

Y dijo el capitán:

—¡Baltar la sobrepuerta!

Y dijo el abuelo nuestro:

—¡O cortar les pates al caballo!⁹⁴

Y al llegar a un pueblo forastero cantábase así en algo asturianáu:

Ábreme la puerta, nena,
si non entro peles teyes,
tengo un neno escomenciáu
y fáltenme les oreyes.

Y en vez de ser cantares tamién había cosadielles, acertijos:

Duro lo quieren les moces,
duro que les rompa el cuero,
uno que quede colgando
y otro que tape el ahujero.

Y yera el pendiente.

Largo como una cuarta,
grueso lo que ha menester,
por la punta tiene pelos
y hace guajes cuando quier.

93 Romance de tema político, catalogado bajo el número 0721 en el *Índice General del Romancero Hispánico*, recibe el título de “La vida de los carlistas” (á) y se refiere a las guerras civiles entre carlistas e isabelinos que tuvieron lugar en las décadas centrales del siglo XIX. Puede verse una versión más completa de este romance en DE LLANO (1924): *Esfoyaza de cantares asturianos*, núm. 811.

94 Esta anécdota podría tener relación con el cuento-tipo 1295B* (ATU), en el que un hombre montado en un caballo manda romper la puerta para poder entrar montado, y también con el cuento-tipo 1295A* (ATU), en el que un novio demasiado alto no puede entrar por la puerta de la iglesia y los asistentes proponen romper la puerta o cortarle la cabeza.

Y yera el pincel. Y una vez taba yo cantando en un sitio y iba a cantar una cosa y fre-né, porque entre la gente que había allí, había una mujer mayor, alta y poco agraciada, pero muy bien arreglá de tinte de pelo... y gracias a Dios que non se me ocurrió cantar:

Una mujer alta y fea,
pirulí,
con el pelo bien peinado
parece una casa vieja
pirulí,
que tenga nuevo el tejado,
ris con ras, cataplás.

Y claro, non lo canté, porque si no ¿qué diría aquélla? Y otra que diz:

Que vengo de moler, morena,
de los molinos de abajo,
dormí con la molinera,
non me cobró el trabajo.
Que vengo de moler, morena,
de los molinos del medio,
dormí con la molinera,
non me cobró en dinero.
Que vengo de moler, morena,
de los molinos de arriba,
dormí con la molinera,
non me cobró la maquila.

I

La "nevaona" de 1888

En 1888 quedó de nombre "la nevaona" porque fue una cosa nunca vista hasta entonces. Nevó que en cuarenta días non vieron el sol. Paraba un poco, pero nubláu, y volvía a nevar y eso. Y durante esto murió en Armá un tío abuelo mío, el tío Xuanón. Empezó a nevar el miércoles de Ceniza. El martes de Carnaval podía cenarse y sobre-cenar... entonces el miércoles era la Cuaresma y non se podía comer carne. Era pecáu. Y cenaron, hicieron casadielles⁹⁵. Y el tío Xuanón, que el pobre hombre faltába-y un fervor, era algo torta, y valía pa cuidar ovejas namás. Porque ese hombre había caído de una cerezal, y rompió un brazo y un muslo, y desigualó la mandíbula inferior. Y eran de gente pudiente, ricos pa entonces en ganadería y en tierras y eso, pero bastante poco dolientes. Y vino una mendiga de Babia, que venía todos los años, y dice:

⁹⁵ *Casadielles*, postre típico asturiano, hecho con masa de harina que envuelve una mezcla de nuez o avellana triturada, azucar y anís, y que se fríe en aceite.

—¿Y qué es de Juan?

Y dicen:

—Ta ahí en la cama'l cuertu⁹⁶, estamos esperando que muerra. Ya lleva once días ensin comer nin beber porque rompió una quexá⁹⁷ y un cadril⁹⁸ y un brezu⁹⁹.

Y fue la mendiga a verlo a la cama. Miró así y sacó de la talega que ella traía una cuchara de asta de cabríu, abrió-y la boca, dio-y unos masajes y consiguió ponerlo bien de la cara.

Y diz ella:

—Ahora que beba agua. No mucha cantidad, pero que beba agua. Y después hay que darle caldos, y poco a poco la comida.

Pero como estuvo tantos días sin comer... Según decían los descendientes de la familia d'él, ese hombre comía como los demás, pero si-y decían:

—¿Serías capaz de comer otru tanto?

—Yo sí!

Vamos, que nunca se fartucó. Y aquel día díjo-y una sobrina que se llamaba Cecilia:

—Tíu, esta pasta que me queda aquí, por no hacer una casadiella por una, voy a hacer como un bollín y meter el engrudu¹⁰⁰ ahí. ¿Comprométese a comelu?

Y diz él:

—¡Hombre, claro que sí!

Entonces, al comer eso —como dije antes— pa despedirse del Antroxu¹⁰¹, se conoz que habían cenáu, habrían comío frisuelos... y después pasó ese tiempo, y estando haciendo la digestión volvió a tragar eso y murió aquella noche de un corte de digestión. Y claro, empieza a nevar, tratan de abrir la puerta po'la mañana el miércoles, y nevando. Y bajaron con unos barachones, que hacíanlos en Teverga. Consistían en dos rectángulos, uno pa cada pie, y en los ángulos ataban unas tiras de cuero, y eso evitaba de que te hundieras en la nieve. Y bajaron dos hombres del pueblo a estar con el cura aquí a La Pola, porque esto ye la parroquia de Tabláu, Villalamosa, Palaciós y Armá,

96 *Cuertu*, en asturiano con metáfonía, “cuarto, habitación”.

97 *Quexá*, en asturiano, “quijada, mandíbula”.

98 *Cadril*, en asturiano, “cadera”.

99 *Brezu*, en asturiano con metáfonía, “brazo”.

100 *Engrudu*, “mezcla que va en el interior de la casadiella”.

101 *Antroxu*, en asturiano, “fiestividad del Carnaval”.

–Bueno, señor cura, hay un difunto en Armá ¿y cómo hacemos?, ¡hay tanta nieve!

Diz él:

–Bueno, a mí me es imposible subir. Que maten o que encierren los perros, y a él que lo entierren entre la nieve, que la nieve lo conserva.

Y dijeron ellos:

–Bueno, ¿y si lu lleva el demonio?

Dice:

–No, no, en quitándose la nieve ya...

–Sí, pero ¿y el alma?

Y el cura sabía bien que no había ni alma ni hostias, dice:

–No, yo no puedo subir, y cuando ustedes puedan, lo bajan y yo hago el funeral debidamente, pero ahora imposible.

Y volvieron a preguntar:

–Bueno, y si lo bajamos pa La Pola –todavía estamos en Cuaresma y non se puede comer carne– la cuñada del difunto dice que si podrá hacer una tortilla de carne pa los tiraos¹⁰².

Decían carne aunque fuera tocino, y friendo tocino y eso hizo una tortilla grande pa los tiraos. Y que lu bajaron –decía mi güela – en una maniega¹⁰³. Y decía mi güela que en vez de tirar po'l camino que tiraban así de frente. Y los castañeros que parecían ablaneros¹⁰⁴, porque taban los castaños cubiertos de nieve y víanse namás que las puntas. Y que lu enterraron y que non pasó nada, non lu llevó el diablo ni ná.

Y digo yo:

–Güela, ¿y por qué non comían en la fonda de Borja?

Y contestaba mi güela:

–Sí, pero ¿quién se allegaba a ella?

Y digo yo:

–Pero bueno ¿bajando desde Armá hasta La Pola por qué no iban a poder?

Y volvía a decir mi güela:

102 *Tiraos*, “tiradores”, se refiere a las personas que llevan el cadáver sobre las andas.

103 *Maniega*, en asturiano, “cesto grande y con poco fondo fabricado con tiras de madera”.

104 *Ablaneros*, en asturiano, “avellanos”.

—Sí, pero ¿quién se allegaba a ella?

Pero ella no lo decía porque estuviera cerca o lejos, decíalo por cuestión de dinero.

Nota: Aún se recuerda en Asturias la gran nevada que cayó durante los meses de febrero y marzo de 1888, conocida como “la nevadona del año de los tres ochos”. La nevada, que comenzó a mediados de febrero, alcanzó más de cuatro metros de altura en muchos lugares, y sus efectos se prolongaron hasta finales de marzo, provocando el hundimiento de casas, hórreos y establos, así como grandes avalanchas y desprendimientos que causaron la muerte a más de veinte personas, varias de ellas en el concejo de Lena, y la pérdida de cientos de cabezas de ganado.

2

Un ánima en pena

Antes eran muy creyentes por demás, y a cuenta d'eso los vivos vivían bien. En el mi pueblo, un tío abuelo mío, muy travieso, estaba en la taberna en Armá, y dicen:

—¡Coño!, murió fulano de tal de Piedracea.

—Bueno, pues el fíu duerme en la cabana de Grandarrionda, vamos a saca-y dinero a ese hombre pa facer una juerga y beber vino a cuenta de los creyentes.

—¿Y cómo lo hacemos?

—¡Dejáilo de mi cuenta!

Y agarró una esquila, y puso una sábana así, y fue a la puerta de la cabana de noche.

—¡Tilín, tilín!

—¿Quién?

—¡Un ánima en pena!

Y entonces había que requerir el ánima, que era decir: “De parte de Dios te requiero que me digas quién eres y qué te falta y qué preguntas”.

Conque, bueno, abre la puerta de la cabana y ve aquello así, con una esquila, ¡glin-glin!, y la túnica. Y pa requerir había que decir el credo.

Y dice [el ánima]:

—Bueno, di el credo, que pa eso te lo aprendí. Soy to padre, que callando de to madre debo al de la tabierna de Armá una onza de oro —que yera lo que valía una vaca—, y non puedo entrar en reino de los cielos a menos que pague esa onza. Yo toi en el purgatorio y vine hasta aquí con permiso pa ver si tú, que yes fíu mío, restituyes eso que debo.

—Sí, padre, ¿cómo non lo voy a restituir?

Bien temprano a otru día baja al pueblo a Piedracea y subió con la onza prestá, y fue al chigre:

–Toma, esto que quedó a deber aquí mio padre.

–Bueno, to padre... pero fue callando, y el pobre hombre morrú...

Y diz él:

–Bueno, si no lo dices a naide, voy decite cómo foi. Vieno esta nuiche a la mio cabana y requerilu: “De parte de Dios te requiero...”. Y díjome: “Ahora non mires, porque va a quedarte micio, non mires cuando yo marche”. Y la vista ye tan golosa, y miré y vilo buicu¹⁰⁵ por atrás y entrar per onde había una nube.

¡Mira tú el miedo adonde llega! Y con aquella onza de oro mataron un carnero y comieron y bebieron vino dos o tres días. ¡La explotación del ignorante!

Nota: Al igual que la aparición fingida que regresa para restituir los mojones de sus tierras a su lugar original, narrada por Manuel López Álvarez “Sanchón” (Sama de Grao, 1917) en el capítulo anterior, el tío abuelo de nuestro informante urde una estratagema similar para burlarse de su vecino y obtener una importante cantidad de dinero. El engaño tiene como base la arraigada creencia de que los difuntos deben satisfacer las deudas que dejaron en este mundo para poder salir del purgatorio, estadio intermedio entre el cielo y el infierno que fue aceptado como dogma católico en el Concilio de Florencia (1543) y ratificado en el Concilio de Trento (1563). La mayoría de las veces el pago de la deuda consiste en el sufragio de un determinado número de misas por el ánima del difunto, con el consiguiente beneficio económico de la iglesia.

3

El veterano de la guerra de Cuba y el diablo fingido

Yo fui miliciano voluntario cuando la guerra en Asturias. Y fui enlace de plana mayor, que consistía en llevar los partes que te daba el comandante a la primera compañía o la tercera o tal. Era bastante peligroso. Y una noche me contó un paisano, dice:

–Yo estuve en la guerra de Cuba, y estuve en el penal de Santoña preso cinco años. Y gracias que vino la República, si no habían caídome treinta años.

Digo yo:

–Bueno, hombre, y usted ¿por qué estuvo preso?

Dice:

–Después la guerra de Cuba, en vez de volver pa España como soldáu, pues nos anunciaron que el que se quisiera quedar que iba a haber trabajo. Y yo me quedé. Aquí tenía pocu que perder –él yera de entre Santander y Asturias– y hice un pocu de fortuna, y vine y yo traía un revólver. Y murió un cura que era limosniero, y muy bue-

¹⁰⁵ *Buicu*, en asturiano con metafonía, “hueco”.

no, y llevábase mal con otro cura de otra parroquia que era un tacaño y un ladrón. Y llevábanse mal las dos parroquias por eso. Y al morir el cura bueno yo fui a velar a aquel cura. Y cuando iba a entrar a la puerta salía un tropel de gente chillando. Y digo yo:

—¿Qué pasa?

Y cerré la puerta.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Es que vino el diablo y lleva al cura!

Y yo saqué el revólver y digo yo:

—¡Que no salga nadie! ¡El que salga le pego un tiro!

Y voy con el revólver y, efectivamente, traía el cadáver así arrastro, con cadenas. Y digo yo:

—¡Mírate bien, que yo disparo! Y seas diablo o no seas te van a entrar los tiros. ¡Descúbrete!

Y aquél que ná. Tiré-y un tiro y cayó. Y fui allá y esfollo¹⁰⁶ y yera el sacristán que taba malherido. Que-y había pagáu el cura malo por facer esa fechoría pa dar ejemplo de que el bueno yera el malu. Y el sacristán disfrazóse de diablo, con una capa y cadenas arrastro y mecha ardiendo po'l rabo, y flameándo-y po'la boca como unos lazos que se movían con un ventilador, con una cuerda como de reló y como que salía fuego por ahí. Y con cuernos y tal.

Y me dijo el paisano ese que me lu contó —si fue verdá— que lo había perdonáu antes de morir, pero que nu-y valió pa ná. Cayó-y cadena perpetua o no sé cuanto. Y cuando entró la República estaba en Santoña. Y hubo una amnistía y entós salió.

Nota: Un veterano de la guerra de Cuba, armado con un revólver, se enfrenta a una aparición diabólica que, finalmente, resulta ser un sacristán disfrazado. En este relato desmitificador de la figura del diablo se pone de manifiesto el poder de las armas de fuego contra las apariciones fingidas y el valor de la experiencia frente a la ignorancia secular de las clases populares, amedrentadas por la iglesia. Aunque se trata de un relato narrado en primera persona, es evidente que se trata de un relato tradicional, puesto que se documenta con variantes en otros lugares de dentro y fuera de Asturias.

4 Un “saludaor” desenmascarado

Y recientemente, cuando yo trabajaba en la mina de cobre, ún de Riosa que era conductor de la línea a Oviedo pues ése fue el que apagó eso pa siempre. Porque había

¹⁰⁶ *Esfoliar*, en asturiano, “desollar”, se refiere metafóricamente a que despojó al sacristán de sus vestiduras.

unos que decían superdotaos pa eso, que vían la güestia. Y había uno que decía que venía de trabajar y que veía un entierro, y el más alto de los que iban detrás del ataúd con velas y eso que era el que iba a morir. Y aquél que decía que veía eso, dijo que antes de año nuevo que el coche de línea que iba a ir al río. ¡Me cago en la mar!, y llegó a ir el conductor y otru o dos namás. Ninguno quería viajar a Oviedo así.

—¡Coño!, es que dijo el saludaor que había visto eso y que vio el autocar caer al río.

Diz el conductor:

—¡Me cago en la mar!, esto quíto-ylo yo.

—No, no, tú nu-y pegues ni ná.

Dice:

—No, no.

Sabía que trabajaba en la mina y que venía por unos atajos. Y en una saltaera¹⁰⁷ esperó allí con una sábana y una calavera de una calabaza con una vela dentro. Y aquél desmayóse. Y entre el que-y metió el miedo y los otros, llévanlu y dicen:

—Hombre, pero tú ¿cómo te pusiste malu?, ¿cómo fue?, ¿en la mina?

—No, fue al saltar en tal sitiü...

—Pero ¿tú tuviste miedo o algo?

—Sí, vi la güestia.

—¡Coño!, pero la güestia vesla tantas veces y ves entierros y todo... ¿cómo esta vez fue así?

Y dicen:

—¡El día que vuelvas a decir que marcha el autocar al río, tú desapareces!

Y desde ese día ni el autocar ni nada, non vio más ánimas.

Nota: Con el nombre de “saludador” se conocía, ya en la Edad Media, a aquellos individuos que se atribuían la virtud de curar diversas enfermedades con su aliento, saliva u orina. El “saludador” recibía sus poderes sobrenaturales desde el mismo momento de la concepción. Para ello debía cumplir algunos requisitos, como ser el séptimo hijo de una familia que solamente hubiese engendrado varones, o bien el primero de dos gemelos, o haber nacido en la noche de Navidad o Viernes Santo. Los saludadores poseían una marca distintiva: una cruz bajo la lengua o la rueda de Santa Catalina en la bóveda del paladar, que supuestamente conferían a su aliento y saliva un gran poder terapéutico. Aunque nuestro informante se refiere al protagonista de este relato como “el saludaor”, los supuestos poderes que exhibe este individuo corresponden más bien a la figura del “vidente”, aquella persona que por haber sido bautizada con el óleo de difuntos adquiere

107 *Saltaera*, en asturiano, “losa que se coloca sobresaliendo de un muro para facilitar el paso”.

la capacidad de ver el cortejo fúnebre de la “güestia” y de presentir accidentes o sucesos desgraciados. En cualquier caso, el relato de nuestro informante es desmitificador de estos poderes sobrenaturales y de las actividades ejercidas por aquellos que supuestamente los detentan.

5

Pepón levanta el arado

Yo oí de dos paisanos muy fuertes: Xuanón de Cabañaquinta, cazador de osos a cuchillo, y otro de aquí de Muñón Fonderu, que llamaban Pepón; pero de oírlo a mi güela tamién. Y que tovía no había Guardia Civil, eran guardias rurales. Y hubo una denuncia de que tenía que se presentar en el Juzgáu, por un vecino que lo acusó de algo. Y que van esos agentes ahí al pueblo:

—Oiga, ¿adónde vivirá José Fernández, apodáu Pepón?

Y él taba haciendo un aráu de yunta de vacas. Y estaba haciendo los ahujeros pa la llavía¹⁰⁸... y agarró así [levantando por la punta] y diz él:

—Me paez que vive ahí.

¡Me cago en diez!, creo que marcharon y que ya non preguntaron más.

Nota: La demostración de fuerza que Manuel López Álvarez, “Sanchón” (Sama de Grao, 1917) atribuía a su abuelo paterno en el apartado anterior, se atribuye en este relato a un forzudo llamado José Fernández, natural de Muñón Fonderu (Lena) y apodado “Pepón”. Para los antecedentes literarios y paralelos hispánicos de este relato legendario véase el comentario correspondiente al relato de Manuel López Álvarez (Sama de Grao, 1917).

6

Xuanón de Cabañaquinta

Y de Xuanón de Cabañaquinta oí que pasaban unos mineros atajando por un prau d’él pa bajar a la mina. Y el tenía la cuadra y cabaña allí y eso. Y un día víéronlu y volvíanse p’atrás, y diz él:

—¡Non vos volviáis, hombre! Vais siempre po’l mismo sitiú, ¡qué me importa a mí un senderu! Ná, ná, pero mirái, ya balté¹⁰⁹ un roble porque tengo que poner el cumbre al techo de la cuadra, a ver si me ayudáis a alzar per la cabeza gorda —eran cinco— y después vosotros vais garrando más atrás y subímoslo a la cuadra.

Intentaron y que non fueron pa mover la viga. Y dice:

—Bueno, ¿qué más da?, a ver si aligerez o eso.

¹⁰⁸ *Llavía*, en asturiano, “clavija, pieza de madera o de metal que encaja en un agujero de otra pieza para sujetarla”.

¹⁰⁹ *Baltar*, en asturiano, “talar, cortar”.

Y siguieron y él quedó allí. Y calculó aonde era el medio y excavó, hizo peldaños en el mismo terreno, y que se metió allí y que la llevó él solo.

Y de Xuanón contaban que el general Prim y Alfonso XII que venían de caza por aquí y taban con él. Y me parez que fue el general Prim, diz:

—Mira, Juanón, aquí tienes esta escopeta que te regalo pa que no te aventuras a ir a la cueva y cazar el oso a cuchillo, hombre.

Y que dijo él:

—No, el osu sigo cazándolu así, que ye más blendu¹¹⁰. Ésta ye pa'l xabalín¹¹¹, que tien el cueru más duro. El osu sigo cazándolu como hasta ahora.

Y que una vez, ese Xuanón, que ya le quedaba namás munición que pa un tiru, porque cargábase la escopeta por la boca, atacaban con una baqueta, metían un trapu y después una chimenea allí y un pistón o un pedernal. En fin, quedába-y namás pa un disparu. Y ya iba pa casa y siente así como una pelea, y observa y era que estaba el osu a la bellota en un roble, y movíalu. Y el jabalí estaba debajo comiendo. Y que bajó el oso y peléanse y entonces que dijo él:

—Bueno, voy a matar al jabalí. Al oso ya lo mataré a cuchillo.

Y que-y tiró un tiro al jabalí y que lo mató.

Y oí que fue escolta alabardero de la reina María Cristina. Y que decía:

—¡Anda, Juanón, que vamos tarde!

Y que decía él:

—Espere, majestá, que toi atando el zapetu¹¹².

Y un día vino un ricachón de Madrid y díjo-y:

—Hay un inglés que está allí en un ring desafiando al que logre tumbarlo. Y hay apuestas como en el boxeo o una carrera hípica o eso. Y tienes que ir allá.

—¡Coño!, tengo que recoger les castañes.

—No, home, no. ¡Vamos!

Y que fueron en el tren. Era el conde y propietario de la hacienda que él llevaba en Aller de renta. Y diz él:

—Mira, si lu vences, eres el primero que lu vences. En cinco años non te cobro la renta.

¹¹⁰ *Blendu*, en asturiano con metafonía, “blando”.

¹¹¹ *Xabalín*, en asturiano, “jabalí”.

¹¹² *Zapetu*, en asturiano con metafonía, “zapato”.

El caso es que fue a la lucha. Y allí... venga y venga...

Y que dijo el conde:

–¡Xuanón, non ye la renta! ¡Regálote la hacienda!

Y tiró y... ¡prrrruss!, que venció al otru. Pero decía mi güela, cuando me contaba esto, diz ella:

–Pero caro y-salú, ganar ganó, y la hacienda fue propia pa él, pero quedó harniéu, quebréu¹¹³.

Y entonces non se operaban y que padeció hernia pa'l resto de sus días.

Nota: Juan Díaz Faes (1821-1894) fue un célebre cazador de osos que pasó a la historia bajo el apodo de Xuanón de Cabañaquinta. Hombre corpulento y de noble carácter, se hizo acreedor de la amistad de cuantos le trataron, tanto sus paisanos de Aller como los magnates de la provincia y altos dirigentes de la nación, como el general Prim y el rey Alfonso XII, que solicitaban su compañía en las cacerías. Sus proezas cinegéticas y sus alardes de fuerza constituyen todo un ciclo de materia legendaria en la tradición oral de la zona.

7 *El perro de doña Ramona*

En el deslinde de Quirós y Lena, en La Collá, había un fresno –que lo conocí yo– y había una señora en Llanuces que se llamaba doña Ramona, y esa señora tenía un criáu. Y el criáu iba a las vacas, y oscureció y subióse a un fresno porque taba rodeáu de lobos... queriendo comerlo, claro. Y a él trancóse-y la voz, porque decían que al ver los lobos que arronquecía ún. Y que si traías gorra o montera que se te ponían los pelos de punta y que non te paraba la gorra aunque no los vieras. Y entonces él silbó con los dedos. Y el perru tenía lu atáu doña Ramona en Llanuces. Y diz ella:

–¡Hay que soltar el perru que algo quier!

Soltáronlo de la cadena y marchó, y dio unas ladridas en un sitio que llaman La Techera, en Quirós, y después otra en La Cruz. Y claro, los lobos al sentir el perro aquel, que traía carlancas, marcharon. Y el criáu quedó libre y bajó cuando el perro.

–¡Hombre, mucho tardas en venir!

Y él casi sin habla.

–Aquí tienes la cena.

Y va él y púso-y la cena al perru.

Diz él:

¹¹³ *Harniéu, quebréu*, en asturiano con metafónica, “herniado, quebrado”.

—¡Merezla mejor que yo! Si no hubiera sólo el perro, me hubieran devoráu los lobos.

Y había leyendas de que los lobos te seguían, y a mí me tienen seguido habiendo nieve, y que te daban con el rabo en las pantorrillas... ¡tras!, al pasar, y si caías que era cuando aprovechaban pa devorarte; pero si non caías que no.

Nota: La creencia de que la mirada del lobo enmudece a las personas la recoge Plinio el Viejo en su *Historia natural* (siglo I): “Créese, también, ser, en Italia, dañosa la vista de los lobos y quitar de presente la voz a aquellos que miran primero” (Libro VIII, 22). Y muchos siglos después, en 1540, se hace eco de la misma Pedro Mexía en la *Silva de varia lección*: “Dizen de los ojos del lobo, que si vee al hombre primero que sea visto dél, lo enronquece” (Libro II, 39). La capacidad de los lobos para enronquecer a las personas sobre las que fijan su mirada fue objeto de controversia entre naturalistas durante varios siglos. A finales del siglo XVII, fray Antonio de Fuentelapeña dedicó varias páginas de *El ente elucidado* (1676) a explicar el porqué de este hecho que, según él, no actúa “por fuerza de la vista”, sino por los “humores malignos” que salen de los ojos de este animal: “Se ha de dezir, que siendo verdad lo que se dize de enronquecer el lobo a quien mira, esto proviene, de que teniendo este animal los humores malignos, exalándolos por los ojos (que son unas ventanas porosas del cuerpo) y arrojándolos azia el objeto que mira, si éste está en debida distancia, la alcanzan, y entrándosele por los poros le cierran el pecho, y causan la ronquera” (FUENTELAPEÑA, ed. 2006, p. 395). Esta creencia será refutada por Benito Jerónimo Feijoo en el tomo segundo del *Theatro crítico universal* (1728): “Lo mismo decimos de la voz popular de que el lobo viendo al hombre, sin ser visto de él, le causa ronquera. El padre Kirker dice que en muchos lobos domesticados experimentó que no tiene tal propiedad la vista del lobo” (Libro II, 2). En Asturias aún es creencia muy común entre los campesinos.

8

El tío Xuanón y el perro Lucero

Pues también decían que en Les Figares, un perro hermano de la misma camá que el Lucero de Armá, que también ladraba y se subía por el boladru. El boladru era un tabique de tabla, y allí tenían unos gabitos y allí tenían colgadas las carlancas del perro. Y antes los perros era muy mal visto que entraran en casa. Y el perro venga a ladrar, y entraba pa casa y salía hasta la puerta, y venga a ladrar y a querer subirse adonde tenía las carlancas. Y que-y pusieron las carlancas y dejáronlu salir y que mató un lobo en Les Figares, en el deslinde de una finca.

Y ese Xuanón subíase al Picu del Cogolllu y daba voces de siete truenos:

—¡Uoooh, uoooh!

Y decía que lu oía el su hermano Antón desde La Habana.

Y iba con el rebaño de las ovejas, y decían-y:

—Xuan, ¿viste hoy les caballerés?

—Hoy, non.

—Entós ¿tú qué fais to'l día en el monte y venir sin veles?

Y el padre sacudía-y. Otro día iba a curiar:

—¿Viste les caballeríes hoy?

—Sí.

—¿Aónde estaban?

—En El Troncal.

—¿Y les oveyes aónde estaban?

—Nos Pumares.

—¿Y dexeste el rebeñu¹¹⁴ solu pa dir a ver les caballeríes?

Y otra paliza. Pegában-y todos los días. Y entonces un día asomóse a la cabaña afuera, y taba nevando y feo. Y tenía el perro Lucero, un mastín grande, y el Clavel era un perrín pequeñín, que decía que el pequeño despertaba al mastín cuando notaba algo. Y el perrucu a ladrar, y el perru grande alzaba la cabeza. Y asómase Xuanón y vio seis lobos por el senderu que va por el Yenu de les Cerejeres...

—¡Lucero, los lobos!

Y suéltalo... marcha el Lucero tras de los lobos y el perrín pequeñu detrás. Y jau-jau-jau, en la Collá Cimera —donde está la tumba profanada, que dicen que fue la ayalga donde reventó el buey— allí ya encontraron después un lobo muerto. Matólo el Lucero. Y fijate, pasó a Quirós, salió a Ricabo por Ventana, y al concejo de Teverga, a la Villa del Sub. Y hace años solían venir los viernes a la feria de San Andrés con mulares y eso, y veníen a dormir a la nuestra casa. Y los que estaban en una braña allí, que llaman la Collá de Páramo, encuentran a dos lobos muertos y descerrajaos, y el perrín y el perru allí cansaos y abatidos. Y conocieron el perru, que yera de Armá. Y lleváronlu p'allí pa casa y encerráronlu en el corral. Y el pequeño no marchaba. Y vinieron a los ocho días p'acá. Y el Xuanón que lloraba...

—¡Ay Dios, ahora yo sin los perros! ¿Cómo me valgo yo pa cuidar les oveyes?

Porque el Lucero traía una pata arrastro y un brazu encogío. Y que vino el Lucero y el perrín. Y que había matáu tres lobos que se sepa: ún ahí y otros dos en la Collá de Páramu.

Nota: El protagonista de este relato es el tío Xuanón de Armá, que murió durante la “nevadona” de 1888, según se narra en el primer episodio de esta serie.

9

El cuélebre de La Retostona

Hay una historia de la capilla de Tabláu. Tabláu es por el valle de Naredo. Y me lo contaba mi güela, y después dos del pueblo de Tabláu que se casaron en Armá como

¹¹⁴ *Rebeñu*, en asturiano con metafonía, “rebaño”.

mi güela; pero más jóvenes. Y me venían a decir lo mismo. Resulta que un ganaderu echó les vaques en la primavera pa'l monte. Y pasan unes semanes y fálta-y una novilla, una anoya –anoya ye cuando tovía tien un año y non ye magüeta¹¹⁵– Y traía una cencerrina en un collar de madera –decía mi güela– una cencerrina. Y el ganaderu no encontraba la xata esa, la novilla. Y busca p'arriba y busca p'abajo, y nada. Y por fin vino el otoño, bajaron les vaques, vino el invierno... pero al año siguiente vuelve con el ganáu pa los mismos pastos. Y diendo por La Retostona –una carba que hay allí– a lo cimero de La Retostona sintió unes mayolaes¹¹⁶ de la cencerrina de la anoya.

Y dice:

–Pero ¿cómo es posible?

Y atendía, y callaba y volvía a sonar. Fue acercándose y en un pozu ve –según decía mi güela– que había caído una culebra allí. Y al comer carne, que robustició y que se hizo cuélebre. Pero, claro, las culebras están aletargadas de invierno, pero vino la primavera y el combustible ya se-y había acabáu. Y movía el esqueleto de la anoya, y por eso sonaba la cencerra. Y él entonces, al ver aquel fenómeno allí, dijo:

–¡Oh, Virgen santísima!, ¡ofrézome a hacerte una capilla en el pueblo con tal que non me devore el cuélebre!

Y que así lo hizo. Pero esto, ya te digo, contómelo mi güela. Tenía yo seis años cuando ella murió. Contóme muchos cuentos. Acuérdomme que... terminar de contarme un cuento y decía yo: “Cuéntamelu otra vez”. Pero Gregorio y Bautista, dos hermanos que después se casaron en Armá y vivían allí, tamién me contaban eso. Exacto como mi güela, más o menos. Pero hay gente joven, con ser de Tabláu, hablando como contigo ahora esto, dicen que ye discurrío por mí, que ye mentira. Yo non digo mentiras. A veces non digo la verdá entera porque me joden, pero mentiras no.

Nota: Se trata de una original leyenda sobre la fundación de la capilla de Tabláu, en cumplimiento de la promesa de un ganadero que ofreció su construcción si la Virgen María le salvaba del ataque de un cuélebre. La originalidad de esta leyenda, de la que no conozco ningún otro paralelo en la tradición hispánica ni europea, reside en su trama argumental: Un ganadero pierde una novilla con su cencerro al pescuezo. Al año siguiente, de vuelta con su ganado a los pastos del monte, escucha el cencerro de la novilla perdida. Guiado por el sonido se aproxima a la boca de un pozo donde descubre un cuélebre de grandes proporciones que, al mover esqueleto de la novilla, produce el tintineo del cencerro. Este cuélebre sería, en origen, una culebra común que alcanzó un gran desarrollo por hiper-alimentación prolongada con carne de la novilla. Por otra parte, cabe resaltar que la leyenda está perfectamente integrada en el ecosistema de la zona y que el relato de Manuel, en su conjunto, incluye valiosas referencias acerca del modo de transmisión oral del mismo (la tía Pepa, abuela paterna, analfabeta y gran narradora de cuentos que murió cuando Manuel tenía seis años), de la constatación de una pluralidad de fuentes para el mismo relato y del grado de verosimilitud otorgado por el informante a esta leyenda.

¹¹⁵ *Magüeta*, en asturiano, “novilla de dos o tres años”.

¹¹⁶ *Mayolaes*, en asturiano, “golpes del mayuelo o badojo en el cencerro”.

IO

El hombre lobo de Riosa

Esto contábamelo mi güela tamién. En un pueblo –no me decía cual– yera muy mal paecío, y sigue siendo, el que una moza soltera tenga un fiu ensin padre reconociu. Y ocurrió esi caso allí –ella no me decía qué pueblo, decía que en Riosa–, y que el nenín que tenía siete años. Una mujer que tuviera un hijo de soltera era repudiada por la familia, por los vecinos, y tenía como si tuviera una condena. Y aquella mujer, a jornales p'acá o p'allá, crió el nenín. Tenía siete años. El neno iba con los otros guajes...

–¡Quítate, que tú non tienes padre!

Bueno, y hacían travesuras todos. Y él era travieso, pero pagaba culpas que no hacía, y las hacían los otros. Entonces, la madre al verse tan aburrida dijo una noche:

–¡Mal trespuistu¹¹⁷ seas! ¡Quiera Dios que te conviertas en llubu¹¹⁸ tantos años como los que tienes tú ahora!

Y ¡brrruum!, resonó así y que había fumo, y desapareció el neno.

Y hay aquí un pozo en La Foz, el Pozu los Llobos, que lo hacían a mano cavando y sacando tierra una profundidá superior a tres metros, con una anchura... que lo medimos una vez pero no me acuerdo. Y resulta que hacían unas sebes, unos cierres en el vértice del ángulo en el pozo, y abriendo así en triángulo. En el pozo ponían unos palos sensibles y con un poco de xamasca, de ramaje, camuflando así. Porque, claro, los lobos antes eran manadas. Y en la agricultura y la ganadería pues, claro, no había armas de fuego, y empezaban las batidas...

–Pa tal día vamos facer la batida a los lllobos en el Monte Foz. ¡A ver cuántos caen!

Que se dice que una vez entre grandes y pequeños que cayeron veintidós. Bueno, hacían eso tocando con cuernos de vaca ¡buuu-buuu!, y trompetas y palmas y ruido. Y iban los lobos así y el paso obligáu era por allí, que estrechaba donde estaba el pozo aquel, y entonces apurándolos saltaban, pero querían pasar y caían. Pero había un lobo veterano que ése nunca pudieron conseguir que cayera. Y siempre se salvaba el lobo veterano.

Bueno, pasaron siete años, y cuando pican a la puerta de donde vivía la señora esa soltera. Dice:

–¿Quién?

–¡Soy el to fiu!

–¿Cómo vas a ser?

¹¹⁷ *Trespuistu*, en asturiano con metafonía, “traspuesto”.

¹¹⁸ *Llubu*, en asturiano con metafonía, “lobo”.

—¡Sí, soy! Ya pasaron los siete años y aquí estoy.

Y entró p'adentro.

—¡Non puede ser!

—Sí, mira —descubriendo la camisa—, tengo siete pelos de lobo en el pecho. Un pelo por cada año.

Y entonces los vecinos y todo eso no lo creían. Y decían:

—¡Qué va!, ¡no es él!

Diz él:

—Si lo queréis saber bien, me ofrezco a ser pastor, y a que nunca más mientras yo esté de pastor los lobos comen una oveja.

Y así fue.

Nota: La creencia en los hombres-lobo ha dejado su huella en innumerables obras literarias a través de los tiempos. Desde el mito griego de Licaón, rey de Arcadia, que se convirtió en lobo por haber sacrificado a un niño ante el altar de Zeus Licio, hasta las últimas recreaciones en los terrenos del cine, la televisión o el cómic, el mito del hombre-lobo no ha perdido su vigencia como referente cultural. El historiador griego Herodoto atribuía la condición de licántropos a la tribu de los neuros, que según la tradición se convertían en lobos en determinadas épocas del año. Asimismo, diversos historiadores grecolatinos se hicieron eco de las creencias y rumores que corrían sobre la condición de licántropos de diversos pueblos celtas y germánicos. En la *Historia Natural* de Plinio (siglo I) y en el *Satyricon* de Petronio (siglo I) se mencionan diversos casos de licantrópía. Algunas sagas nórdicas, que denominaban *vargulfr* a los licántropos, y obras literarias como el *Lay de Bisclavaret* de María de Francia (siglo XII) o la novela inglesa *William of Palerne* (siglo XIV), ofrecen elocuentes testimonios del profundo arraigo de estas creencias en la Edad Media. Sobre las leyendas de hombres lobo en el Noroeste peninsular es ya clásico el estudio de Vicente Risco, "El Lobishome" (RISCO, 1944-1945, pp. 514-553). En la tradición asturiana, cabe citar la leyenda de "el lobo de la calza" recogida por Aurelio de LLano en Tormaleo (Ibias), en 1921 (DE LLANO, 1922, pp. 212-213).

II

El Nubiru

Decía mi güela que ella que no, pero que lo había oído de más atrás, que en un sitio que llaman El Rocéu —que era donde cortaban rozo pa arroxar¹¹⁹ el forno de la tejera— y que ún que taba curiando¹²⁰ vio un hombre así negru, y dando zancadas queriendo alcanzar una nube, porque la nube que venía a beber a aquel regueru; pero descuidóse el Nubiru y que non la pudo alcanzar, y que después que marchó corriendo y que echaba fuego po'la planta de los pies. Y era de día. Del Nubiru nunca oí más que eso.

119 *Arroxar*, en asturiano, "prender el horno".

120 *Curiar*, en asturiano, "pastorear el ganado".

Nota: Conocido también como *ñuberu*, *nubleiro*, *renubleiro* o *Xuan Cabrita*, según los lugares, el Nuberu es el genio conductor de la nube y la tormenta. Al *Nuberu* asturiano se le describe de diversas maneras, pero predomina la apariencia física de hombre barbudo (de muy elevada o muy corta estatura, según los casos) con la ropa chamuscada y cubierto con un sombrero negro de ala ancha, que a veces desciende a tierra entre la niebla y solicita algún tipo de alimento o ayuda a los pastores de los puertos. También se constata, en este relato, la creencia de que las nubes “beben” en los ríos para cargarse de agua, a la que ya nos referimos a propósito de una observación similar de este mismo informante acerca del arco iris (véase la nota correspondiente).

12

El ovillo de la encantada

Decían que en Riabona, po'l valle del Naredo, que salía la noche de San Juan peinándose una xana d'esas, y que cantaba muy bien, y que se escondía allí. Y que se olvidó un ovillo de lana, y que dijo una voz:

—¡Si me quieres desencantar, tienes que ovillar!

Y fue ovillando y ovillando, y ya era el ovillo grande, pero rompió y que se fastidió, que nunca más se vio la xana esa.

Nota: La leyenda de la xana que manda devanar un ovillo sin fin con el objeto de ser desencantada está muy difundida en la tradición universal. En Asturias hay versiones publicadas por DE LLANO (1922): *Del folklore asturiano*, núm. 7: “El hilo de la fontica”, referida a la Fontica del Monte Naranco (añade en nota el autor que “lo mismo ocurrió en Fuentebernalda de Naranco y en la fuente de Fornosvieyos de Limanes, concejo de Oviedo. Y en Foz de la Espina, concejo de Riosa, con la diferencia de que el hilo que salía por el ojo de esta fuente era de oro”); ARIAS (1955): “Del folklore salense. La leyenda de San Salvador de Cornellana”, pp. 272-273: “La xana de La Rodriga”; RICO (1957): “Del folklore de Pola de Allande”, pp. 122-123: “La encantada del hilo rojo”.

13

Los tesoros de los moros

Sí, hubo yalgas. Antes las batallas no eran como ahora. Eran con hondas, piedra, catapultas, flechas, lanzas y espadas. Entonces anunciaban:

—Mañana va a haber una batalla en tal sitio.

Y entonces los que servían al rey tenían una paga, más o menos, y no eran billetes, eran monedas. Y antes de iniciarse la batalla escondían por allí la talega con monedas, pa si salvaban volver a por ello. Y los que caían, pues claro, allí quedaban. Las yalgas, traducido al castellano, me parez que quier decir “hallazgas”.

Y en Brañalamosa, un pueblo de la parroquia de Lena, que vino un señor y pidió posada. Porque antes había muchos transeuntes que pedían posada, no había bar ni eso pa pasar la noche, como mendigos, probes pidiendo. Y éste, bastante bien portáu, dice:

—Bueno, yo pago lo que sea, pero me quedo aquí si hay alojamiento.

Y dicen:

—Sí, hombre.

—Pero quiero hablar con usted a solas, que no nos oiga nadie.

—No, no, aquí en casa...

Y diz la mujer:

—Bueno, yo voy pa en casa de la tía Josefa mientras vosotros habláis.

Pero era mentira, marchó y quedó escuchando.

Y dice:

—Mire, es que yo aquí por las referencias que tengo de la gaceta, en la Fuente del Tupu, más arriba de la canal donde mana el agua, y a la derecha contra La Maramuniz, a las dos brazas de allí, hay un tesoro dejáu po'los moros que no está muy cubierto. Y hay una llábana, una losa, y allí está el tesoro. Y yo quería sacalu, y si está usted de acuerdo repartimos la mitá pa ca ún.

Y dice:

—Bueno, hombre, la fuente está ahí, non tardamos ná en dir.

Fueron a la fuente y encontraron que había sido escarbáu de recién. Y dicen:

—Pero ¿cómo pudo ser esto?

—Ya lo sacaron. Algún otro lo sabía.

Bueno, quedó la cosa así. El señor aquel po'la mañana marchó, pagó lo que fuera y la mujer non chilló. Pero después de que marchó el hombre, díjo-y ella al marido:

—Non te apures, ¿de qué hablabais?

—Bueno, que había una yalga aonde la Fuente'l Tupu, pero ya la habían sacáu. Y non va mucho, taba de recién.

Y diz ella:

—¡Saquéla yo! Estuve escuchando y saquéla yo.

Y ésos, que tenían praos y fincas de renta, de un conde o un señor, pero que lo pagaron con el dinero de aquel oro que encontraron.

D'esto de yalgues —en Quirós dicen “chalgas”— hay muchas. En la Collada de Llanuces, que es la divisoria del concejo de Quirós y Lena, pa la parte de Lena, pues allí cavaban tapinos, hacían borrones y sembraban erga pa'l pan de escanda. Y había lo que en Quirós llaman un “güexu”, tejido así con varas, pero en vez de ser como una

macona o una goxa, es alargáu, poníanlo encima del forcáu¹²¹, que en Quirós dicen “corza”. Y metían les espigues allá, y calcaban pa llevar un viaje así hasta'l horriu. Y cuentan que un güexu d'espigues –que en Armá dicen “carra”– tropezó así en una piedra, y con una palanca mueven eso ¡trrrr!, corrióse la piedra y apareció un tesoro de oro. Y dicen que uno de los bueyes, en una llaná que se llama La Techera, p'arriba de Llanuces, que un bué por tirar que reventó. Y que la yalga esa, el tesoro, consistía en una bolera con bolas macizas, bolos macizos y una gallina de oro macizo tamién y doce polluelos. Y que con eso que compraron lo que tenía allí un señor; o sea, que se hicieron señores con eso.

Había otra que decía:

En el Picu del Cogollo
donde primero da el sol
hay un arca con oro
de muchísimo valor.

Y otra decía:

En el Valle de Peral
bajo el camino francés
hay la piel de un buey pinto
con la hacienda de tres reyes.

En el Yenu los Zapateros tamién había una leyenda, que venían unos zapateros de Quirós y oscureció-yos allí.

–Y ahora ¿qué hacemos?

Y traían una yunca¹²² de machacar medias suelas o eso. Y se sentaron y empezaron, con aquel hierro así, ¡trun-trun!, y que apartan y que había una losa y debajo un tesoro.

Y que dejaron allí el material. Porque yo conocí zapateros así por los pueblos, y traían un rollo de material al hombro, una fardela con el martillo, las leznas y el pez y los cabos. Y que quedó eso allí, y por eso quedó el Yenu de los Zapateros, que no es que sea muy llano, pero como lo otro ye más cuestu... entre los ciegos el tuerto es rey.

Bueno, ahora voy a contarte uno que es histórico. Ahí en Llagüezos hubo una época en que los teyeros venían a hacer teya po'los pueblos, y decían de Llanes aunque fueran de Porrúa o Meré: “los teyeros de Llanes”. Y venían a una parroquia, reuníanse a conceyu o a esquisa, y acordaban:

¹²¹ *Forcáu*, en asturiano, “madero largo y bifurcado que se lleva arrastrando y se utiliza para transportar cargas pesadas”.

¹²² *Yunca*, en asturiano, “yunque pequeño que utilizan los zapateros para reparar el calzado”.

—Bueno, yo preciso medio millar.

—Bueno, pues yo otro medio.

Y entós ya ye un millar, porque el horno a lo mejor hacía cinco millares. Y uno de los años que vinieron a Llanuces no había demanda de teja. Y dijo doña Ramona:

—Mira, si non queréis perder el tiempu voy marcarvos en Llagüezos lo que hay, que quiero yo hacer una finca, a tanto la braza. Pero la piedra tenéis que lo arrancar por allí.

Entonces axustó a tanto la braza, y cerrar aquello, que toavía está mucho conserváu así. Y resulta que decía mi abuela, y después decíamelo gente de Llanuces, que cuando faltaban como doce brazas pa concluir, y pa ir al pueblo a cobrar, van a por una losa entre dos o tres pa llevarla p'allí. Y encontraron en una tumba una xarra con oro, y otra que non tenía ná y otra que taba de haber tenío granos. El caso es que sacan eso allí, dejaron la herramienta, no fueron a cobrar y marcharon. Y fueron pa'l pueblo d'ellos y callaron, claro, porque si lo dicen el Estáu se encargaba d'eso. Pero se supo que lo que llevaban en renta lo compraron al conde, o al marqués o lo que fuera, con el tesoro que toparon ahí.

Ahí en la Cueva Gancios había una leyenda, que había dos arcas y que había un gigante con un pie en cada arca y con un mazo así p'arriba. Y el que entrara ahí, si pisaba una trampilla, el gigante le daba en la cabeza al que entrara. Y además d'esa trampa, si salvaba d'eso, un arca estaba llena de veneno y la otra llena de oro. Y al destapar la de veneno que te morías.

Y ahí a la Cueva Gancios entraron unos de Mieres, y yo con ellos. Y me parez que fue el Día de la Raza, sé que era una fecha histórica. Y bajamos ciento treinta y tres metros con una escala que traían. Era una escalera en espiral, que se desembobina, y unos peldaños de duro-aluminio o yo qué sé. Bueno, había que pasar así por un estrechón, y después abajo ya era como una campana inmensa. Llegamos abajo, había estalactitas y estalagmitas, y allí no había nada, más que de haber habido troncos que quemaban antes y tirábanlos allá. No había ni arcas ni gigante ni nada. Y traían una canoa hinchable por si había agua, y traían una jaula con un canario por si no había oxígeno, pero no hizo falta. Pues ahí habían intentáu varias veces entrar y fracasaron.

Había una historia, que no fue leyenda, de unos de Ujo, que lo contaba una paisana que murió de noventa y nueve años. Ella era de Ubriendes de Ujo. Y fueron unos mozos p'allá a ver si encontraban el tesoro, porque ellos de espeleología y eso ná. Ellos lo que interesaba era enriquecer. Entran p'allá y, bueno, pónense de acuerdo, dicen:

—¿Quién baja?

—Yo, pero cuando haga así con la soga tirái p'arriba.

Bajó a un sitio con un farol de aceite. Y había un pasillín así —que me acordé yo cuando yo bajé— y él quiso saber más y soltóse de la cuerda. Y ellos al sentir la cuerda

mover, tiraron p'arriba y la cuerda subió sin él. Empezaron a mirar unos pa otros y... marcharon. Y a los tres días, diz-yos el cura párroco:

—Oye ¿dónde está “el Ferre”, que nu lo veo por ahí?

—¡Ay, señor cura!, pasó esto: fuimos a ver si sacábamos el tesoro de la Cueva Gancios y quedó allá.

—Pero, quedó allá... ¿cayó o...?

—Non sé, él hizo seña, tiramos y salú la sogá sin él.

—¡Me cago en diez! —diz el cura— ¡Hala, vamos p'allá!

Y vino el cura, que era joven, mozo, y tizaron afuera y ataron un palo, un leño, po'la parte de donde non tenía brasa, y tíranlo abajo. Y cuando ya sienten agarrarse a la sogá —él non se ató ni ná— y salió aquél, “el Ferre”. Y dicen:

—Espera, que hay que te vendar los ojos. ¡Non salgas a la claridá! ¿Qué encontraste? —decían los otros ambiciosos de oro.

Diz él:

—¡Pa mí topé bastante!

—¡Coño!, ¿y qué?

Diz él:

—¿Cuántos meses estuve ahí dientro?

Y diz el cura:

—No, hombre, estuviste tres días.

Y diz él:

—¡Muncho me suplió!

Y bueno, trajéronlo pa Ujo y ya no levantó más cabeza, enfermo y eso, y que murió. Y eso fue histórico, aunque sea verbal.

Pero de las yalgas tamién había bromas. Venían p'allí pa Armá unos gallegos que trabajaban en la mina. Y po'l verano todavía no había vacaciones, pero se las cogían ellos y iban a trabajar allí a ver si encontraban un tesoro. Y quedó-y el nombre de La Yalga, pero tesoro ningún. Pero un travieso de Armá, que decían Cristencio, llevó un pote de fierro viejo y cagó en el pote, tapó y ató con alambre de fardos y enterrólu un poco allí donde ellos trabajaban. Porque los ayalgueros trabajaban y de noche dormían en una cabaña allí, cocinaban allí les fabes o lo que fuera. Y cuando ellos decían según la gaceta que ya yos-faltaba poco, que encontrarían una losa... pues iba uno a

tizar pa que el pote cociera la comida. Pero cada poco asomábase a ver si el otro había encontráu el tesoro –y eso que eran hermanos los dos trabajadores–. Y en esto cuando se asoma el de la cabaña y ve a aquél marchar con el pote en la mano corriendo... Y él sal detrás y corrió, y en el deslinde de Riosa y Lena, en la Campa la Soma, donde está el Muñón d'Espines, allí dio-y alcance. Y al desatapar vieron lo que era: ¡Mierda!

Nota: Sobre las leyendas de tesoros ocultos en Asturias, véase Jesús Suárez López, *Tesoros, ayalgas y chalgueros. La fiebre del oro en Asturias* (Gijón: Museo del Pueblo de Asturias-F. M. C. E. y U. P., 2001).

14

Más sobre la Cueva Gancios

Y en la Cueva Gancios, otra. Había vaqueros que apostaban así en la cabaña:

–A ver cuál ye el que se atreve, sin llevar escapularios ni medallas ni crucifijos, a dir a las doce en puntu a la Cueva Gancios y decir:

¡Por apuesta vengo aquí,
salga quien quisiera a mí!

Y que dijo uno:

–¡Voy yo!

Y que fue y que dijo eso:

¡Por apuesta vengo aquí,
salga quien quisiera a mí!

Y que sonó una voz allí:

¡Mariquita, machaca los ajos,
que carne de cristiano tenemos!

Y él escapó y el otro venía detrás; pero en el Mayáu de Espines había una vaca derecha así rumiando, y metióse debajo de les pates de la vaca. Pero la vaca decía mi güela que tenía unas cruces en los cuernos hechas a navaja. Y que dijo aquel gigante, o judío, o moro o lo que fuera:

–¿Una vaca estornillá por este mayáu no habrá?

Estornillá quier decir que non estuviera marcá. Y que como la vaca tenía cruces, que marchó. Porque nosotros a las vacas, pa xunir, la que tiraba al lau derecho en el yugo marcábamos con la navaja una cruz en aspa en el cuerno derecho, y la que taba domá a les dos manos marcaben los dos cuernos.

Nota: Se trata de una original leyenda sobre la existencia de “seres” antropófagos en la Cueva Gancios, que coincide parcialmente con la publicada por Juan Menéndez Pidal en 1885, referida al Cuetu Lloru (Llanes): “De este mismo Cuetu Lloru cuentan también que una vez otro hombre del mismo Ovio, llamado

Juan Roña, fue a buscar el zurrón de oro y se metió por el boquete de la cueva hasta muy adentro, donde oyó una voz temblorosa y descomunal que parecía salir de las cavernas del infierno, y decía:

—¡Mariquita, machaca el ajo que hay carne fresca!

Siente Juan Roña que el almírez anda en danza, y huye como alma que lleva el diablo, no sin dejar allí una oreja y un pedazo de nalga en la precipitada fuga” (PIDAL, 1885, p. 346).

También recoge esta leyenda PÉREZ BLANCO (1983, p. 306) bajo el título de “El tesoro de Muñero”, referida a la cueva de la Sierra de los Negros, en el Monte Muñero (Langreo).

15

Trecidures

En un monte que hay ahí cerca de donde yo viví, donde está la yalga esa que reventó el güé, que venían tropas y pasaron por allí. Y un centurión encontró un cuélebre y cortó-y la cabeza con la espada, y por si fuera pocu partiólo en trece trozos. Y a los trece días, que volvieron pasar por allí, que se movían aquellos cachos. Y decía:

—¡Oh, trece duras!

Nota: Etimología popular del topónimo Trecidures.

16

Tres mozas ahogadas

Eso ye en la Cueva Gancios, que es en terreno de Riosa pero cerca de Armá. Una pastora que estaba curiando allí y entró a echar el castrón afuera, y que había caído el castrón y la pastora abajo. Y que se volvió cerrar el pozo y que nunca más... pero sí paecieron los corales en Rioseco.

Que tovía hasta hace poco teníamos reparo al entrar en esa cueva, por si acaso se cayera en aquel pozo. Que no hay tal, porque después yo pa averigüar si habría pozo o no, hice un ahujero en la arcilla y metí un cartucho de dinamita —cuando entonces se podía manejar la dinamita— y di fuego a la mecha, salí pa fuera y ¡pum! Y allí no hay pozo ninguno.

Y otra muy parecida a ésa: en el Puerto del Aramo, en la Vega de los Veneros, iba una moza con un carro y bueyes, y que era en verano, y los picaron los tábanos, y moscaron y echaron a correr. Y ella en el carro y venga a querer sujetar, pero nada. Y fueron al lago, al L̥legu la Vega, y que tamién se hundió carro, bueyes y carretona, y que jamás... pero en la fuente de Bosbigre que paecieron los corales.

Llámase el L̥legu la Vega. Ese l̥legu limpiámoslo tres o cuatro veces pa que non se agotara el agua. Era la única manera de beber el ganáu allí. Pero la última vez fueron máquinas y carrocetas, y se limpió bien a fondo. Non paecieron ruedas de carro ni ná.

Eso de la coralera y eso coincide en muchos sitios. En el Puzu Llegu, ahí en Branavalera, el Puzu sin Suilu, que también ahí cayó una moza y que paecieron después los corales en Campomanes.

Nota: El conocimiento de tres diferentes versiones de esta leyenda por parte de un único informante es revelador de su amplia difusión en la tradición oral asturiana. Sobre esta leyenda véase lo dicho en el comentario acerca de “La moza ahogada en Cuevallagar”, en los relatos de Manuel López Álvarez (Sama de Grao, 1917).

17

La hierba de la comadreja

Mi güelu llamábase Atilano Suárez Vázquez y yera muy observador. Y entonces pa ir d'equí a una finca o eso siempre llevaba la foz, pero no la de segar trigo, la de mango largo. Y que diendo po'l camín del Reguerón que vio una culebra y una comadreja —que en Armá decían “mostaliella”; en Quirós “lliria” y en Riosa “papalbina”, porque tien la papalba blanca— que se peleaban, ¡tras-tras-tras!, y venga una lucha... y la culebra querer envolverla y nada. Y cada poco venía la mostaliella y tascábase en un cardo borriquero, allí se esfregaba y volvía a la lucha. Entonces mi abuelo fue así muy disimuladamente, cortó el cardo y apartólo. Y cuando vino la mostaliella a tascarse y no encontró el cardo, que se batió muerta.

Tamién oí que las víboras antes de meterse al río que dejan el veneno en una piedra, y que si le quitabas el veneno y venía y no lo encontraba, que se moría.

Nota: Aunque este relato parece proceder de la propia experiencia del abuelo del informante, se sustenta en una creencia muy antigua que se encuentra ya en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, donde se afirma que “Es muy excelente medicina para las mordeduras de las serpientes una yerba con que los lagartos se restauran cuando salen llagados de la contienda que contra ellas tuvieron” (Libro VIII, 17). En el siglo XVI, el doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y traductor de esta obra al castellano, añade un comentario tomado de la tradición oral de su tiempo que tiene mucho que ver con la experiencia descrita en este relato: “No sé que yerba sea ésta, aunque me han contado que un hombre deste reino de Toledo se hizo zurujano, de pastor, y principalmente de caratanes [sic]. Como estando una siesta en el campo, recostado en un repecho, viesse desde allí ir un lagarto malherido y corriendo sangre de la pelea que había tenido con una serpiente o culebra y llegado a una yerba curar las heridas y detener la sangre, tan perfectamente, como si cosa no le hubiera acaecido. Porque luego dizen que abaxó y fue a la yerba y reconocida se sirvió en adelante de ella para el mismo efecto, curando, como por milagro, heridas, y restañando la sangre que salía dellas y no era posible, con otros medios, detenerse. Pero desto podrá el lector creer lo que le pareciere; yo refiero lo que me contaron”. Aristóteles, en su *Historia de los animales* (siglo IV a. C.), nos ofrece un relato muy similar al de nuestro informante, referido en esta ocasión a la tortuga: “La tortuga, cuando ha comido a una víbora, a continuación come orégano. Y esto está comprobado. Y ya hubo una vez uno que, al verla hacer esto una y otra vez y que, tras llevarse algo de orégano, regresaba de nuevo a enfrentarse con la víbora, arrancó el orégano: ocurrido esto, murió la tortuga” (Libro IX, 612a). Y a renglón seguido, en referencia a la comadreja, añade: “La comadreja, cuando se dispone a luchar con una serpiente, come antes ruda, pues el olor que desprende esta planta resulta lesivo para las serpientes” (Ibid.). La rivalidad entre la comadreja

y la serpiente se debe, según Aristóteles, a que ambos compiten como depredadores de un mismo animal: el ratón. Y en términos muy similares se expresa Claudio Eliano en su *Historia de los animales* (siglo III): “Mal bicho es la comadreja, y malo también la serpiente. Por eso, cuando una comadreja va a luchar con una serpiente, primero come ruda y, luego ya, se presenta al combate tan segura como si estuviera provista de una coraza y de una armadura. La causa de ello es que la ruda es lo más enemigo de la serpiente” (Libro IV, 14). Por otra parte, a creencia de que las víboras se desprenden del veneno antes de entrar en el agua se encuentra en algunos bestiarios medievales, como el *Fisiólogo*, traducción latina de una primitiva versión griega escrita entre los siglos II y III de nuestra era: “Cuando la serpiente se dirige a la fuente para beber, no lleva veneno, sino que lo arroja en su cueva y así viene limpia, a fin de no infectar con su veneno a los que beban de aquellas aguas” (Cap. XVI).

18

El basilisco

Antes decían que ponía el gallo un güevo –un güivu decían en Armá– muy pe-queñín. Que yo tuve un güevín así y ponámelo mi güela al calor del fuego hasta que sudaba, y decía ella:

–Esto non tien yema.

Y era verdá, era clara sólo.

–Esto ye un güivu de gallón, y si lo pones en un cuchiru –en un estercolero– y pasan cuarenta días y nadie lu vio, sal un basilisco. Y el basilisco si lu ves tú antes que él te vea a ti, muere; pero si te ve él a ti antes que tú a él, mueres tú.

Decía que mataban con la vista.

Nota: El basilisco es llamado en latín *regulus*, porque es el rey de las serpientes, que huyen cuando lo ven, pues las mata con el aliento. A propósito de su naturaleza, el *Fisiólogo* medieval dice que nace del huevo de un gallo: “Cuando el gallo ha cumplido siete años, le nace un huevo en el vientre. [...] Entonces, busca discretamente un lugar cálido, en un estercolero o un establo, y araña con las patas un agujero en el que poner su huevo. [...] Y cuando lo ha incubado tanto que ha llegado el tiempo de la eclosión, resulta un animal que tiene cabeza, cuello y pecho como los de un gallo; y desde el pecho hacia abajo es como una serpiente. Y en cuanto puede valerse este animal, busca un lugar oculto en una vieja grieta, o en una cisterna abandonada; y allí permanece para que nadie pueda verle. Pues es de tal naturaleza que, si el hombre puede verlo antes que él vea al hombre, muere; y si él ve al hombre antes, es el hombre quien morirá” (Pierre Beauvais, *Le Bestiaire*, II, 213-215).

19

La cuelebra en el pote

Esto fue en la siega, pero ensin ser en la siega de Castilla. Mi güela decía que había sólo en Quirós. Las castañas recogíanse y llevaban un proceso: primero a la corra¹²³,

¹²³ *Corra*, “muro de piedra que rodea los castaños, en cuyo interior se depositan los erizos de las castañas para que maduren y se desprenda mejor el fruto”.

tapar allí, después machacar con un garabatu en la tallera¹²⁴, escoger las buenas y al sardu¹²⁵, y después de pasar un tiempo machacarlas en un sacu dando golpes, vanarlas en un vanu¹²⁶... y las frescas, como si fueran hoy garbanzos, pa'l veranu. Y las que yos-queda-ba un poco de piel así, esas llamá-ban-yos "baladíes", que baladí es cosa de poca importancia. Y llevaban las castañas pa la cabaña, y aquella mujer cocinó, y estaba extendiendo la hierba, atendía el pote... Y cago en la mar, cuando se da cuenta cayó una culebra a la pota, que taba sin tapa. Y diz ella:

—Ahora, ¿cómo lo hago?

Garróla con unos palos, tiróla aonde no la vieran y comieron. Bueno, al año siguiente vuelven los mismos segadores a la misma finca. Y uno de ellos diz:

—Bueno, estuvo bien la comida de hoy, pero como la del año pasáu... ese sabor tan especial... porque yo comí castañas muchas veces, pero como éstas...

Y diz ella:

—Bueno, pues ahora ya vos lo voy a decir, porque pasó un año, y si hubiera tenío veneno hubierais muerto: pasó esto.

Y ún de los segadores que lo tomó tan a pecho que murió a la noche.

Nota: He recogido relatos similares a éste, referidos también a segadores, en Sarceda (Boal), As Mestas (Coaña), Perllunes (Somiedo), Villamarcel (Quirós) y Buspriz (Caso); pero no conozco otras versiones publicadas del mismo.

20

El condenado y la culebra

Los que fueron a la siega, que vieron una ermita allí, y circundando el interior de la ermita había una serpiente, que la mató un soldáu... porque resulta que ese soldáu non sé qué delito cometió que cayó-y pena de muerte. Y la madre del soldáu fue a estar con el rey. Y dice:

—¿No habría clemencia para mi hijo?

Y dice:

—Bueno, con una condición. Hay una culebra, una serpiente que devora cerdos pequeños y niños, y no es capaz nadie a cazarla. Si su hijo se compromete y la mata, queda libre. No solamente libre de la pena de muerte, sino que queda en libertad.

¹²⁴ *Tallera*, "sitio cerca de la corra donde se separan las castañas de los erizos".

¹²⁵ *Sardu*, "techo de varas entretrejidas que se pone sobre el llar para curar las castañas".

¹²⁶ *Vanu*, "instrumento hecho con un aro de madera que tensa una piel de animal y que sirve para ventar el grano".

Y dice:

—Bueno, que venga el hijo, que lo custodien y que venga a estar comigo pa hablar.

Y que fue ante el rey y dice:

—Yo me comprometo a matar a la serpiente, si me preparan una fragua cerca de la cueva donde se esconde la culebra, pa calentar una barra, y una perola con leche de cabra que estea hirviendo.

Púsolo a la boca de la cueva y que cuando salió la culebra a beber la leche que-y metió la barra candente po'la boca. Y la culebra, en las ansias de la muerte, que se retorció y rompió-y las dos piernas.

Y yo, “romper”... —como te dije antes que mi güela murió teniendo yo seis años, y esos cuentos que me contaba quedáronme grabaos— creía que era “amputar”, que la fractura que era quedar sin las piernas.

Y digo yo:

—Y total, ¿ensin piernas?

Y dice:

—No, porque compusiéron-ylas y sanó y quedó libre.

Y la culebra que la disecaron, excepto la cabeza —como quemó y eso—, que la hicieron de madera más o menos como era, y que está pa ejemplo en el interior de la ermita.

Nota: Se trata de la ermita del Carmen del Camino (Zamora), edificada a finales del siglo XII extra-muros de la puerta de San Torcuato, y reedificada actualmente dentro del casco urbano. En su interior aún se puede ver la piel de la culebra colgada de las paredes: una boa de seis metros con relleno de estopa y cabeza de madera a la que se atribuyen varias leyendas y que, probablemente, llegó a la ermita como exvoto traído por un indiano. Relatos similares, en los que un preso condenado a muerte acepta combatir contra un reptil gigantesco a cambio de la libertad, se cuentan a propósito del Lagarto de la Malena, cuya piel (probablemente la de un caimán americano) estuvo expuesta en los muros de la Iglesia de San Ildefonso (Jaén), y del Dragón del Patriarca, cuya piel (cocodrilo relleno de paja) se mostraba enclavada en el atrio del valenciano Colegio del Patriarca.

21

La ermita de La Flor

El Pecáu de La Flor, que ye una ermita que hay ahí en Piedracea, dicen que está retratáu el diablo en una estatua que está debajo de los pies del ángel San Grabiél. Y que el diablo de La Flor que lu sacaron una vez unos mozos y que-y dieron una paliza en el campu, y que lu metieron al río, y después volvieron llevarlo pa'l altar. Y que en toda la noche después los mozacones esos que non fueron pa dormir. Y cuentan ta-

mién que rezaron al diablo. En vez de dar gracias a Dios, que nos lo dio sin merecerlo, que nos dé más pa otra vez, salud pa'l cuerpo, salvación pa'l alma, San Antonio guarde frutos y ganaos, amén, que dice uno:

—Bueno yo voy dar gracias al diablo —con les manos p'abaxu—, que me lo dio mereciéndolu...

Y bueno, todo lo contrario. Y que después que aquél que sentía un peso en la cama tremendo.

Y tamién contaban que cuando iban a hacer la ermita de la Flor, que hacían la excavación y de noche aquello desaparecía y volvía a aparecer el césped como estaba. Y la misma labor que habían hecho aquí aparecía dos kilómetros más arriba. Y eso tamién lo dicen de la Virgen de Alba, que la querían hacer en un sitio y todo lo que trabajaban allí de día quedaba como si no hubieran trabajáu y aparecía allí en la roca donde está ahora.

Nota: Las leyendas de emplazamiento de ermitas o capillas cuya construcción se traslada, de modo sobrenatural, durante la noche a otro lugar, que se supone preferido por la Virgen o el santo patrón, tienen una amplia difusión en la tradición asturiana; tanto que podrían considerarse como un fenómeno inherente a este tipo de construcciones. Así, por ejemplo, las referidas a la construcción de las capillas de El Viso y El Llano, en el concejo de Salas:

“Según escuchamos en Salas, en la cumbre del Viso apareció la Virgen a un pastor. El pastor puso el hecho en conocimiento de los vecinos de la capital del concejo, que decidieron construir una capilla que lo perpetuase, pero como el lugar de la aparición estaba demasiado arriba, acordaron levantarla más abajo, en el llamado Campo de Folguerúa, para cuyo paraje llevaron toda clase de materiales; materiales que, al día siguiente, aparecían más arriba, precisamente en el punto donde hoy se alza la ermita. Y entonces los vecinos de Salas, comprendiendo que la Virgen prefería aquel lugar, levantaron allí el pequeño edificio. Muy parecida es la leyenda del Llano. Los vecinos de Santullano quisieron construir una ermita en el paraje llamado La Cerra, mucho más abajo del lugar en que se edificó después; pero los materiales eran subidos todas las noches misteriosamente hasta el paraje donde hoy se encuentra el santuario, por lo que los santullaneses, como los de Salas antes, comprendiendo que se trataba de un aviso del cielo, construyeron la capilla en el sitio donde aparecían los materiales todos los amaneceres” (ARIAS, 1955, pp. 269-282)

Además de la tradición asturiana, este tipo de leyendas fundacionales que explican y justifican el emplazamiento de iglesias, ermitas y santuarios en un lugar determinado --generalmente situado en un lugar más escabroso que el elegido inicialmente por los constructores-- es también muy frecuente en otras áreas del norte peninsular, como el País Vasco y Navarra. Así, por ejemplo, la leyenda acerca de la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, en Ondarroa (Vizcaya), de los santuarios de La Encina, en Arceniaga (Alava), de Aránzazu, en Oñate (Guipúzcoa), y de la basílica de Nuestra Señora del Puy, en Estella (Navarra). Así refiere el sacerdote y etnólogo José Miguel de Barandiarán la leyenda popular acerca de la construcción de esta última:

“El año de 1920 una anciana de Markina me refirió que Santa Eufemia apareció en lo más alto de la peña que hoy lleva su nombre en los términos de Aulestia. Los habitantes de los poblados más próximos trataron de construir una ermita donde se cobijara la santa imagen, en una planicie que hay al pie de la peña. Más los materiales que en ella reunían de día, eran llevados de noche al lugar de la aparición. En vista de este prodigio, construyeron la ermita en el sitio donde ahora se halla” (BARANDIARÁN, 1925).

22

El Puente los Pilares

El Puente los Pilares de Oviedo decía mi güela –que yo conocí el puente con varias arcadas, porque venía el agua del Naranco pa la ciudá de Oviedo cuando todavía non se habíán inventáu los tubos–, y ese puente que lo hizo el diablo, porque era pa llevar un ánima pa'l infierno en vez de ir pa'l cielo. Y que dijo Dios:

–Bueno, si haces el puente antes que cante el gallo negro te doy esa ánima, llévala.

Y eran dos gallos: el blanco y el negro. Y el diablo venga afanar y hacer arcadas, y cantó el gallo blanco:

–¡Co-co-co!

Diz él:

–¡Canta el gallo blanco y falta un canto!

Y andaba buscando una piedra. Y no encontró la piedra y entonces canta el gallo negro. Y diz él:

–¡Canta el gallo negro y no lo tengo!

Y pegó-y un bofetón y que quedó el puente torcido.

Nota: Construido en el siglo XVI, el acueducto de Los Pilares de Oviedo fue obra del arquitecto Juan de Cerecedo, quien inició la obra en 1570, concluyéndola Gonzalo de la Bárcena en 1599. Esta emblemática construcción fue demolida en 1910 en medio de una gran polémica. Actualmente sólo se conservan cinco de los cuarenta y dos arcos o pilares que formaban parte de la traída de agua desde Fitoria y Boo y discurrían, alineadamente, desde el Colegio de Auseva hasta la actual calle Cervantes, donde estaba el último arco. Con el paso del tiempo, el origen de esta construcción se convirtió en materia legendaria, al igual que sucedió con otros puentes asturianos, como el Puente del Infierno (Cangas del Narcea) y el antiguo puente de Grandas de Salime, que según la tradición fueron construidos por el diablo en idénticas circunstancias. Esta leyenda se repite en distintos lugares referida a diferentes puentes y acueductos, como el Puente de Azelain (Guipúzcoa), el Puente del Diablo o Puente de Jesús, en Sangüesa (Navarra), el acueducto Pont de les Ferreres o Puente del Diablo (Tarragona), los puentes de Mediano y de Olvena (Huesca), el Pont del Diablo, en Martorell (Barcelona), el acueducto de Segovia, conocido también como Puente del Diablo, o los puentes de Val-Telhas, en Valpaços, y el de Domingues Terne, en Póvoa de Lanhoso (Portugal). Catalogado como cuento-tipo 810A* (ATU): *The priest and the Devil* (El sacerdote y el diablo), este relato legendario tiene paralelos en Lituania, Inglaterra, Francia, España, Portugal, Holanda, Bélgica, Alemania, Austria, Chequia, Serbia, Polonia, Rusia, China, Japón y Méjico.

23

El velador de la casa hechizada

Contaban que había una casa encantá, y que no había quien resistiera allí la noche hasta que amaneciera. Y fue un valiente p'allí y púsose a preparar cena, y taba con la sartén encima de la lumbre así... Y entonces suena decir:

—¡Ay, que caigo!

—¡Cai que te lleve el diablo!, ¡con tal que no caigas por mí ni po'la sartén!

Y que cayó una pierna. Y él siguió friendo patatas y huevos.

—¡Ay, que caigo!

—¡Cai que te lleve el diablo!, ¡con tal que no caigas por mí ni po'la sartén!

Y fue cayendo así pieza por pieza, y cuando se armó que era el diablo. Y entonces aquél que sí, que aprendió lo que era miedo.

Nota: Referido por Pedro de Gracia Dei, cronista y oficial de armas de los Reyes Católicos, en *Armas y blasones de los linajes de España*, este relato legendario se encuentra en el origen del linaje de los Osorio: “Hállase que en los de este linaje han sido muy osados y belicosos, y así le avino a un caballero de este linaje que en la fortaleza de Segovia estaba en una sala con su chimenea, que siendo de noche nadie había que osase entrar ni quedar dentro a dormir en ella; y dijo un rey: “¿Habría alguno que osase quedar allí?”, que él le haría mercedes, y así quedó este caballero, y quedando allí en la sala dicen que, estando allí en la chimenea gran lumbre, que por el cañón abajo cayó un hombre en cuartos, y después se juntó y peleó con él, y lo venció, de la cual osadía se toma el nombre de Osorio”. Lo refiere por tradición oral, y más por extenso, Gonzalo Fernández de Oviedo en otra obra genealógica, *Batallas y quinquagenas* (1555). También alude a este mismo suceso Lope de Vega en dos de sus comedias: *Los porceles de Murcia* y *Quien no ama no haga fieros*. La catalogación internacional establecida por AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004) para este cuento-tipo 326 (ATU): *The Youth Who Wanted to Learn What Fear is* (El joven que quería saber qué es el miedo) es demasiado genérica y agrupa cuentos muy diversos. La variante específica del “hombre dividido en cuartos” es conocida por tradición oral en distintos lugares de la Península: DE LLANO (1925): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, núm. 5: “Las tres prendas de Pedro” y núm. 113: “Juanillo el Oso”; SUÁREZ LÓPEZ (1998): *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*, núm. 32: “El velador de la casa hechizada”; CURIEL (1944): *Cuentos extremeños*, núm. 81. “Juan de la Porra”; ESPINOSA (1947): *Cuentos populares españoles*, núm. 137: “El que no conocía el miedo” (Cuenca) y núm. 138: “Periquito sin miedo” (Cantabria); CORTÉS (1979): *Cuentos populares salmantinos*, núm. 44: “El chico que no sabía lo que era el miedo”, y núm. 46: “Juan de la Porra”; CARRÉ (1963-1967): “Contos populares da Galiza”, núm. 23: “Caio o non caio”; INSUELA (1993): “Cuentos de la tradición oral de Orense”, núm. 41: “O home sin medo”; NOIA CAMPOS (2002): *Contos galegos de tradición oral*, pp. 163-164. “O home sen medo”; VASCONCELLOS (1963-1969): *Contos populares e lendas*, núm. 251.

24

El truco de la viga

Yo oí que había sido aquí en La Pola, delante de la iglesia, que taba un titiritero así con un gallo y una paja en la boca, y la gente admiráu. Y uno que traía alcazer o segáu, dice:

—Bueno, pero ¿qué tanto admiráis?

—¡Hombre, ese gallo que lleva un poste de la luz en el pico!

—¡No!, ye una paja.

Y que dijo el dueño del gallo:

—Usted traía una víbora venenosa en el haz de la hierba.

Y que abrieron y que era verdad.

Nota: Nuestro informante sitúa este relato en Pola de Lena, en un pasado no muy lejano en el que ya había luz eléctrica. Se trata, sin embargo, de un relato de raíz medieval, como lo prueba el *exemplum* anotado a mediados del siglo XV por el predicador Juan López de Salamanca en el *Segundo libro de los evangelios de los domingos de todo el año*: “Una vez un envidador enbayó a mucha gente en un mercado; e ató un gallo con un filo de lana al pie e echólo por el mercado. E toda la gente envidia decía que el gallo llevaba una viga de lagar arrastrando con el pie; e aquello no era sino fantasía de viga. E todos se maravillaban e espantaban de aquella no maravilla” (LACARRA, 1999, p. 251). También se documenta en la tradición medieval francesa, según se puede ver en el *Tractatus de diversis materiis predicabilibus*, compilado por Etienne de Bourbon en el siglo XIII, donde se alude expresamente a la procedencia oral de este relato: “*sicut audivi quod quidam incantator sic adjurabat demones, quod ipsi imprimebant in fantasia hominum quod videbatur eis quod unus gallus, qui filo trahebat festucam, traheret maximam trabem cum magnis funibus*” (ed. Lecoy de la Marche, 1877, nº 233).

La confrontación entre ambos textos y la versión oral de nuestro informante muestra que esta última es más completa que los exempla medievales, ya que éstos carecen del motivo principal del relato: el espectador que porta un haz de hierba con una serpiente venenosa en su interior, sustrayéndose por esta razón al estado de hipnosis colectiva de sus convecinos. Este motivo de la “serpiente venenosa” se encuentra, además de la versión oral que da pie a este comentario, en otras versiones asturianas procedentes de Morzón y Trascastro (Cangas del Narcea), Lavadoira (Allande), La Rebollada y Villamarcel (Quirós), Felguera (Riosa) y Santa Gadaía (Bimenes) (Cfr. SUÁREZ LÓPEZ, 2008, núm. 55), y tiene paralelos en las tradiciones orales francesa, suiza e italiana, lo que constituye prueba evidente de su antigüedad. Y con la misma finalidad, pero sustituyendo a la serpiente venenosa por un trébol de cuatro hojas, se documenta en otros países del norte de Europa, como Escocia, Irlanda o Alemania. Así, por ejemplo, en la leyenda alemana recogida por los hermanos Grimm en su célebre colección de *Kinder- und Hausmärchen* (Cuentos de la infancia y del hogar), publicada en 1812:

“Un día se encontraba un hechicero rodeado de espectadores, ante los cuales efectuaba sus maravillosos trucos. Entre ellos presentaba un gallo que levantaba una viga y la llevaba de un lado para otro como si fuese una ligera pluma. Pero entre los asistentes estaba una muchacha que había encontrado un trébol de cuatro hojas y, por tanto era más lista e inteligente que los demás. Como nada podían con ella las artes de prestidigitación, vio que la viga no era sino una paja. Gritó entonces:

—Eh, buena gente! ¿No veis que lo que lleva el gallo no es una viga, sino una simple paja?

Desapareció el hechizo y los espectadores, dándose cuenta del truco, echaron al brujo con burlas e improperios” (GRIMM, ed. 1988, p. 251).

Este relato ha sido catalogado como cuento-tipo 987: *False Magician Exposed by Clever Girl* (El falso mago descubierto por la chica lista), en el catálogo internacional de tipos del cuento folklórico (ATU, 2004, pp. 616-617), donde se referencian versiones finlandesas, estonias, danesas, holandesas, francesas, alemanas, suizas, austríacas, húngaras e italianas; sin que se haya documentado hasta la fecha ninguna versión española.

Era un cantar de Somiedo o Teverga, que fue el marido pa casa y entendíase la mujer con el cura, y tenía un nenín. Y confiando de que estaba ausente el marido,

picó a la puerta el cura. Y ella pellizcó un poco la ñalguina al nenín, y el nenín empezó a llorar, y ella a arrullar en la cuna:

—¡Entérate ahora,
que ta en casa el padre
del nenu que ¡lora!
Fue a la siega,
dio-y el aire en culo
y volvió pa casa.

Y seguía picando así:

—¡Oh, qué burro eres,
entérate ahora,
que ta en casa el padre
del nenu que ¡lora!

Nota: Este cuento tiene una notable correspondencia con el cuento primero de la jornada VII del *Decamerón*: “Gianni Lotteringhi oye llamar de noche a su puerta; despierta a su esposa, y ella le hace creer que es el fantasma; van a conjurarle con una oración, y cesan los golpes”, en el que una adúltera advierte a su amante de la presencia del marido mediante el recitado de un conjuro. Dentro del tipo universal del cuento, catalogado como 1419H (ATU): *Woman Warns Lover of Husband by Singing Song* (La mujer advierte al amante de la presencia del esposo cantando una canción), existe un tipo de versión que goza de cierta popularidad en la tradición española y que parece tener su origen en la tradición asturiana, como indica su mención a la ciudad de Oviedo. Así por ejemplo, en una versión procedente de Zagra (Granada), recogida por José Manuel PEDROSA (2005, p. 133) la cancioncilla dice así:

El padre del niño
iba para Oviedo;
cambiaron los aires,
se encuentra durmiendo.
Ea, ea, duérmete ya.
¡Qué hombre más bruto,
que no lo comprende,
que el padre del niño
en su cama duerme!

O esta otra, recogida por Miguel MANZANO (1989, núm. 1) en la provincia de Zamora:

El padre del niño
se fue para Oviedo,
vino el aire en contra
y lo volvió pa Oviedo,
y al ronrón.
Si el padre del niño
no hubiera venido,
te abriría la puerta
y dormiría contigo,
y al ronrón.

Maldita sea el alma
del que no me entiende,
está su padre en casa
del niño que duerme,
y al ronrón.

A esta rama de versiones que se presentan como canción de cuna dedicó Federico García Lorca algunas páginas en la célebre conferencia que dio sobre “Las nanas infantiles” en la Residencia de Estudiantes (1928):

“Nos queda, sin embargo, por ver un tipo de canción de cuna verdaderamente extraordinario. Hay ejemplos en Asturias, Salamanca, Burgos y León. No es la nana de una región determinada, sino que corre por el norte y centro de la península. Es la canción de cuna de la mujer adúltera que, cantando a su niño, se entiende con el amante.

Tiene un doble sentido de misterio y de ironía, que sorprende siempre que se escucha. La madre asusta al niño con un hombre que está en la puerta y que no debe entrar. El padre está en casa y no lo dejaría. La variante de Asturias dice:

El que está en la puerta
que non entre agora,
que está el padre en casa
del neñu que llora.
Ea, mi neñín, agora non,
ea, mi neñín, que está el papón.
El que está en la puerta
que vuelva mañana,
que el padre del neñu
está en la montaña.
Ea, mi neñín, agora non,
ea, mi neñín, que está el papón.

(García Lorca, ed. 1996, pp. 128-130). Recientemente, esta canción de cuna de la adúltera ha sido popularizada en la versión del cantautor asturiano Jerónimo Granda bajo el título de *La añada*.

26

La muerte pelada

Tamién contaban otro de un matrimoniu, que-y decía ella al marido:

—Yo quisiera dir yo delante ti.

Y que decía el home:

—¡Sí, con la vela! —por el día del entierro.

—¡No, hombre, que eso!

Y tanto porfiaron que un día oyólos uno, y dijo él al paisano:

—Mira, no hagas caso. La mujer será muy fiel, muy leal, pero... ¡verás! Voy a hacer yo la prueba. Voy a pelar una pava en vida, y déjame la puerta entreabierto y échola a andar p'allá.

Y llega él y picó a la puerta:

—¿Quién?

—¡La muerte! ¡Vengo por ún de los dos!

Y el marido escondióse en el fornu, y la mujer detrás de la puerta de entrar pa la cocina.

Y diz él:

—¡Muerte pelá, tres de la puerta está!

Y que decía la mujer:

—¡Non fagas caso!, ¡en el forno!, ¡en el forno!

O sea, que eso que se habían dicho antes yera mentira.

Nota: Se trata de un cuentecillo jocoso que ya era tradicional en la España del Siglo de Oro, como prueban algunos refranes recogidos por Hernán Núñez en *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549): “La muerte pelada tras la puerta la cata”, y por Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627): “Muerte pelada, acá está mi marido tras la cama” y “Muerte pelada, veis allí a mi marido detrás de la albarda”; acompañado éste último de un breve comentario: “Dicen este cuento: que una mujer decía a su marido que la muerte viniese primero por ella; él, para probarla, peló un gallo, y dijola de qué hechura era la muerte, y que había de venir por él, que viese si quería ir primero con ella; dijo ella que sí, y él escondióse detrás de una albarda, y entró el gallo pelado del corral, que hacía el personaje de la Muerte. La mujer en viéndole, dijo: “Muerte pelada, veis allí a mi marido detrás de la albarda”.

Catalogado bajo el número 1354 (ATU): *Death for the Old Couple* (Muerte para el viejo matrimonio), es cuentecillo tradicional en la toda Península Ibérica (Asturias, Galicia, Aragón, Castilla-León, Murcia, Andalucía, Cataluña, Portugal), y tiene difusión paneuropea. Pueden verse sendas versiones asturianas en SUÁREZ LÓPEZ (1998): *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*, núm. 61: “La muerte pelada” (Somiedo) y GARCÍA GARCÍA (2006): *Literatura de tradición oral en Presno (Castropol)*, núm. 34: “A morte pelada”.

27

La mujer incapaz de guardar un secreto

Esto era un paisano que dijo a la mujer:

—Tengo un secreto que te decir, pero no sé si te lo diga. Maté a uno y enterrélu en la huerta.

Y diz ella:

—¡Hombre!

—Ná, pegué-y un tiro, matélu y enterrélu en la huerta, pero no lo digas ni hables más d’eso.

—¡No, no!

Ve a una amiga y dice:

–Tengo que te contar un secreto: el mi home mató a uno y enterrólu en la huerta.

Aquella otra corrió como un reguero de pólvora, vienen las autoridades y detiéndenu.

–Usté creo que en tal fecha mató a uno y lo enterró en la huerta.

–Sí señor.

–¡Hombre!, ¿no lo niega?

–No, no, no.

–¿Y había testigos?

–Bueno, se lo dije a mi mujer. No creo que ella lo hubiera dicho.

–Bueno, pues venga a ver aónde está.

Va p'allá y desentierra y era un cuervu.

Nota: Cuentecillo de raíz medieval. Se documenta ya en la *Gesta romanorum*, colección de *exempla* muy popular en el Occidente europeo durante los siglos XIV y XV que fue objeto de varias ediciones en latín (1470), holandés (1484) y alemán (1489), y cuya redacción primigenia se sitúa en algún monasterio en torno al Lago Constanza, entre el sur de Alemania y el noroeste de Austria. El *exemplum* medieval, que lleva por título “Sobre cómo no hay que creer a las mujeres ni confiarles secretos, porque no pueden guardarlos en momentos de ira” (*Gesta romanorum*, CXXIV) nos ofrece una reelaboración más compleja y desarrollada de la trama del cuento, pero su núcleo argumental es el mismo. Catalogado bajo el número 1381C (ATU): *The Buried Sheep's Head* (La cabeza enterrada de la oveja), se encuentra en las tradiciones orales de toda Europa, países del Golfo Pérsico (Siria, Irak, Arabia Saudí, Qatar, Yemen) y norte de África (Egipto, Libia, Argelia Túnez, Marruecos). De la tradición hispánica publica sendas versiones ESPINOSA (1946-1947): *Cuentos populares españoles*, núms. 68 y 69 (procedentes de Zamora y Burgos). En Asturias, he podido recoger otras dos versiones de este cuento en Las Morteras (Somiedo) y Urbiés (Mieres), que pueden verse en SUÁREZ LÓPEZ (2008): *Cuentos medievales en la tradición oral de Asturias* (2008), núm. 34.

28

La aguja en el campanario

Era una vieja que quería casarse, pero entonces diz el alcalde:

–Bueno, vamos a hace-y una prueba, y si salva esa prueba, sí, puede casarse.

Vamos a pone-y una ahuja en el campanario colgada de un hilo, y si la ve, puede casarse.

Y va allá.

–¿Qué?, ¿ve la ahuja?

–La ahuja ver véola, pero el fanfanario no.

Ella veía la ahuja, que era lo que-y convenía.

Nota: No catalogado en los índices citados, aunque tiene cierta difusión en Asturias y Galicia: CABAL (1949): “Temas de Asturias”, pp. 358-369: “La aguja”; CANO (1989): *Notas de Folklor Samedán*, núm. 37: “La vieja que se quería casar”; GONZÁLEZ NIEDA (1997): “Cuentos populares recoyíos en valle d’Ardisana (Llanes)”, núm. 5: “La muyer que quería casase”; SUÁREZ LÓPEZ (2003): *Folklore de Somiedo*, núm. 198: “La aguja en el campanario”; *Contos populares da provincia de Lugo* (1963): núm. 105: “O fanfanario” y núm. 106: “O pampanario”.

29

El sastre y la zarza

Había un sastre que se las daba de muy valiente, y que venía de un pueblu de cortejar, y que se enganchó en un arto, y dice:

–¡Hombre, por favor!, que yo no hago daño a nadie. Y además no llevo dinero ni ná. ¡Suélteme, suélteme!

Y cuando amaneció vio que era un arto, y con las tijeras, que lu cortó y que dijo:

–Y si hubieras sío un ladrón, ¡lo mismo que tú!

Nota: Trata el tópico del sastre cobarde, que ha dado lugar a varios cuentecillos jocosos agrupados bajo el número 1854* en la clasificación de AARNE-THOMPSON-UTHER. En el ámbito de la Península Ibérica, se conocen versiones de este cuentecillo en el País Vasco: AZKUE (1959): *Euskaleriaren Yakintza*, núm. 114: “El valor de un sastre”; La Rioja: ASENSIO (2002): *Cuentos riojanos de tradición oral*, pp. 275-276: “La ropa enganchada”; León: CAMARENA (1991): *Cuentos tradicionales de León*, núm. 284: “El sastre y la zarza”; Asturias: CABAL (1921): *Los cuentos tradicionales asturianos*, pp. 225-226: “Fierabrás”; CANELLADA (1983): *Leyendas, cuentos y tradiciones*, pp. 72-73: “El bravucón”; CANO (1989): *Notas de Folklor Samedán*, núm. 26; SUÁREZ LÓPEZ (2003): *Folklore de Somiedo*, núm. 181: “El sastre y la barda”; y Galicia: CARRÉ (1963-1967): “Contos populares da Galiza”, núm. 110: “O xastre e a silva”; PRIETO (1968): *Contos vianeses*, núm. 48: “O xastre valente”; *Contos populares da provincia de Lugo* (1963), núm. 127: “O xastre valente”.

30

Chistes de Quevedo

Antes contaban muchos cuentos de Quevedo. Yera en aquella época de Quevedo, y díjo-y una moza:

–Mira, yo te echo la cuerda y tú te atas, y te subes po'l balcón y pasas la noche conmigo.

Y cuando estaba a media altura, ella hizo un nudo adentro y se acostó tranquilamente allí. Y pasaba la gente y, claro, él balanceábase allí colgáu.

–¿Qué haces, Quevedo?

–¡Ni subo, ni bajo, ni me estoy quedo!

Y de otra de Quevedo, que era criáu del rey, y no quería hace-y la venia al rey. Y entonces el rey mandó a un carpintero clavar una tabla así en la puerta pa que se agachara pa entrar. Pero Quevedo vio la tabla y entró de culo.

Y tamién contaban de que Quevedo dijo que llamaba puta a la reina, y al rey cabrón. Y dicen:

—¡Hostia!

—Sí, sí.

Y cogió un gatín y una gatina piquiñinos, y cuando vio al rey y la reina venir por el jardín, en el estanque metiólos ente l'agua. Y dicen:

—¿Qué haces, Quevedo?

—¡Nada, puta! —a la gatina.

—¿Qué es lo que haces, Quevedo?

—¡Nada, cabrón! ¡Ah!, perdonen, es que no quieren nadar los gatos.

Y de otra que fueron Quevedo y el rey a un cementerio, y que salía una flor en la esquina donde taban los huesos, pa hacer fosas y tirarlos en la huesera. Y que salía una flor por el hueco de un ojo de una calavera. Y dijo el rey:

—A ver, Quevedo, piensa esto, llévate en la memoria, toma nota o lo que quieras y a ver qué sacas de esto que ves.

Y dice él:

—No, no, apuntar nada:

Blanca flor donde naciste,
desgraciada fue tu suerte,
que al primer paso que diste
te encontraste con la muerte.
El dejarte es cosa triste,
el llevarte es cosa fuerte,
el dejarte con la vida
es dejarte con la muerte.

Éste ya es más grosero: que fue Quevedo a la mili y hacía reír, non estando los jefes, a todos los que taban allí. Y enteróse el capitan y dice:

—Bueno, Quevedo, dos condiciones: o me haces reír a mí, y si me haces reír a mí te licencio, y si no consigues que me ría te fusilo.

—Bueno, pero pediré yo algo también.

—Sí, sí, a ver.

—La compañía en el patio, formada allí a mi mando.

—¡Eso no, hombre!, ¡con cien hombres te sublevas!

—No, no, sin armamento.

—Bueno, pero aunque sea sin armamento, el uniforme...

Y dice él:

—No, no, desnudos.

—Sí, sí.

—Pero tien que usté, mi capitán, decir: “Por cinco minutos vais a ser obedientes a lo que vos mande Quevedo igual que si fuera yo; honorariamente es capitán”.

Bueno, aceptan a eso, forman allí y dice:

—¡Atención!, metan el dedo medio de la mano izquierda en la boca y el de la mano derecha en el culo.

Y el capitán ya casi se ría. Pero después diz Quevedo:

—¡Cambien, ar!

Y entonces el capitán rióse y...

—¡Hala, vete pa casa!

Nota: Grandes escritores, como el ruso Alexander Pushkin (1799-1837) o el italiano Dante Alighieri (1265-1321), se convirtieron en protagonistas de chistes populares en sus respectivos países. En España, el más celebrado en chistes y anécdotas cómicas de tradición popular es, sin duda, Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), prodigio de la agudeza verbal y uno de los grandes escritores del Siglo de Oro. A mediados del siglo XVIII, tan sólo un siglo después de su muerte, las agudezas y chistes de Quevedo corrían de boca en boca por todos los rincones de España. Así parece indicarlo el hecho de que Fray Benito Jerónimo Feijoo, recoja varios chistes sobre la figura de Quevedo en el *Teatro crítico universal* (1727-1739). Todavía en el siglo XX, los llamados *chistes de Quevedo* seguían constituyendo casi un subgénero dentro de la cuentística española, y aún hoy se atribuyen agudezas y chascarrillos a este personaje en pueblos y ciudades de España e Hispanoamérica. Dentro de la serie de chistes encadenados por nuestro informante, cabe destacar por su antigüedad el primero de ellos, “Quevedo suspendido de una cuerda”, anécdota que en la tradición medieval se atribuyó a otro gran escritor, el poeta latino Virgilio (siglo I a. C.), renombrado por sus artes mágicas. Así alude el Arcipreste de Hita a este hecho en el *Libro de Buen Amor* (siglo XIV): “Non te quiero por vezino, nin me vengas tan presto. / Al sabidor Virgilio, commo dize en el testo, / engañó lo la dueña, quando lo colgó en el çesto, / coidando que lo sobía a su torre por esto” (*LBA*, estrofa 261). Y se refiere también a este hecho el *Arcipreste de Talavera* o *Corbacho* (siglo XIV) para poner de manifiesto “Cómo los letrados pierden el saber por amar”: “¿Quién vido Vergilio, un hombre de tanta acucia e çiençia, qual nunca de mágica arte nin çiençia otro qualquier o tal se sopo, nin se vido nin falló, segúnd por sus fechos podrás leer, oír e veer, que estuvo en Roma colgado de una torre a una ventana, a vista de todo el pueblo romano, sólo por dezir e porfiar que su saber era tan grande que muger en el mundo non le podría engañar?” (*Corbacho*, ed. 1987, p. 100).

31

El gallego manda un retrato a su novia

En la nuestra casa paraban muchos pobres que andaban pidiendo, y yo gozaba escuchando a aquellos paisanos: unos habían sido marineros, otros habían estado en la guerra, otros contaban cuentos de haber estado en la siega... Y había un probe que paraba en la nuestra casa, llamábase Ramón. Y decía mi padre:

—No, usted no cuente cuentos coloraos, que hay guajes.

Claro, yo yera un guajín. Y diz él:

—No, ya tendré cuidáu.

¡Qué cuidáu ni qué Dios! Que taban en la mili —había servíu al rey en Andalucía esi probe— y que había un gallego, y dice:

—¡Cago en diez!, muito me gusta una moza que hay aquí, boa moza, bella de verdade...

—¡Coño, dile algo!

—Non podo, teño novia no pobo.

—¡Coño!, ¿qué más da? Mándale-y un retrato del culo tuyo pa la novia del pueblo y así enfádase y ya quedas libre.

Y así lo hizo. Fueron a un retratista a sacar una fotografía al culo. Y manda la carta pa Galicia. Y ábreala, y ella no sabía leer y fue a llevarla a otra persona que sabía leer.

—Bueno, aquí leer nada. Es una fotografía, no trae letras ni nada, es una foto. Mira, es del tu novio.

Y dice ella:

—¡Cuánto fai el comer ben y chevar boa vida! ¡Mira qué gordiño está, qué mofletos ten! Mira, que non se le ven los ojos de grosa que tiene la cara, y él era primero flaquísimo. Y además lleva corbata, que nunca la levó, ¡y mira qué nudo más ben feito ten!

Nota: No catalogado en los índices citados.

32

El cura obligado a blasfemar

También me contaron de un cura viejo que iba a otra parroquia a caballo de una burra y encuentra a unos gitanos. Dicen:

—¡Venga, el dinero!

—No llevo nada de dinero, pueden registrarme.

—Pues así po'las buenas no va a marchar. ¡O se caga en dios...!

—¡Qué va, hombre! En cuarenta años que llevo de cura esa palabra nunca la dije ni perdoné en la confesión a los que la decían.

—Bueno, o eso o joder la burra. Y si no queda raptáu aquí o matámoslo.

Bueno, entonces va el cura y acepta joder la burra. Y cuando estaba así encima... va un gitano y tira del ramal de la burra, y diz el cura:

—¡Cago en dios, ahora que me iba a correr!

Nota: No catalogado en los índices citados.

33

Cuando la mula hablaba

D'eso de ventrílocuos, me contó un primo mío que estuvo en África de ún que era carterista y encontró un monedero de un moro ricachón, y... ¡al bolso! Pero el moro viólo de lejos, y díjo-y el moro:

—Bueno, ¿usté encontró mi monedero?

—No, no.

Y que dijo la mula del soldáu:

—¿Qué va a encontrar mi dueño?

—¿La mula habla?

—Sí, y dice la verdá. Yo no encontré ná.

Pero, así con todo, el moro fue a dar parte al capitán. Dice:

—Oiga, que yo perdí un monedero y lo encontró un soldáu.

—Bueno, ¿es cierto que usté encontró un monedero?

—No, señor, no, mi capitán, no.

Lo cachearon, claro, y ya no lo tenía.

—¿Cómo que no?

—No, no.

—A ver, ¿con qué justificas tú, Mojamé, que yo encontré el monedero?

Y dice:

—Cuando 'cémila hablaba.

Y dice el capitán:

—¡Usted está loco, márchese!

Nota: No catalogado en los índices citados.

34

Pregúnta-y a la manta

Cuentan de dos que fueron a la siega, y con lo poco que ganaron ún compró una manta pa venir y el otro un reló de bolsillo. Y acuéstanse en el campo al venir...

—¡Coño!, déjame un poco la manta que tengo frío.

Y dice:

—¡Tápate con el reló!

Y al poco diz el de la manta:

—Oye, ¿qué hora ye?

—¡Pregúnta-y a la manta!

Nota: No catalogado en los índices citados.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AARNE-THOMPSON-UTHER (1981-2004); Antti AARNE y Stith THOMPSON, *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography* [FF Communications 184] 2ª revisión, (Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 1981). // Hans-Jörg UTHUR, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography* (Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004),

AGÚNDEZ (1999a): José Luis Agúndez García, *Cuentos populares sevillanos* (Sevilla: Fundación Machado, 1999).

AGÚNDEZ (1999b): José Luis Agúndez García, *Cuentos populares vallisoletanos* (Valladolid: Castilla Ediciones, 1999).

ARCIPRESTE DE HITA, *Libro de Buen Amor*, ed. G. B. Gybbon-Monipenny (Madrid: Castalia, 1989).

AMBÓU, Juan, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana. La Guerra en Asturias, el País Vasco y Santander* (Madrid: Editorial Hispanoamericana, 1978).

ARIAS (1955): Manuel Antonio Arias, "Del folklore salense. La leyenda de San Salvador de Cornellana", BIDEA, 25 (1955), pp. 269-282.

ARISTÓTELES, *Historia de los animales*, ed. José Vara Donado (Madrid: Akal, 1990).

ASENSIO (2002): Javier Asensio García, *Cuentos riojanos de tradición oral* (Logroño: Gobierno de La Rioja, 2002).

AZKUE (1922-1925): Resurrección María de Azkue, *Cancionero popular vasco* (Bilbao: Euskaltzaindia, 1922-1925).

AZKUE (1959): Resurrección María de Azkue, EUSKALERIAREN YAKINTZA LITERATURA POPULAR DEL PAÍS VASCO (reed. Bilbao-Madrid: Euskaltzaindia-Espasa Calpe, 1959).

- BARANDIARÁN (1996): José M. de Barandiarán, *Mitología Vasca* (San Sebastián: Editorial Txertoa, 1996).
- BECCARIA, Gian Luigi, I nomi del mondo. *Santi, demoni, folletti e le parole scomparsem* (Torino: Einaudi, 1995-2000).
- BERTRÁN I BROS (1996): Pau Bertrán i Bros, *El rondallari català* (Barcelona: Altafulla, reed. 1996).
- BOCCACCIO, Giovanni: *Decamerón*, ed. M. Hernández Esteban (Madrid: Cátedra, 1994).
- CABAL (1921): Constantino Cabal, *Los cuentos tradicionales asturianos* (Madrid: Editorial Voluntad, 1921).
- CABAL (1949): Constantino Cabal, “Temas de Asturias. La aguja”, *RDTP*, V (1949).
- CAMARENA (1991): Julio Camarena, *Cuentos tradicionales de León* (Madrid: Seminario Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid-Diputación Provincial de León, 1991).
- CAMARENA-CHEVALIER (1997): Julio Camarena Laucirica y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* (Cuentos de animales) (Madrid: Gredos, 1997).
- CAMARENA-CHEVALIER (2003): Julio Camarena Laucirica y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* (Cuentos religiosos) (Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003).
- CANELLADA (1978): María Josefa Canellada, *Cuentos populares asturianos* (Gijón: Ayalga, 1978).
- CANELLADA (1983): María Josefa Canellada, *Leyendas, cuentos y tradiciones* (Salinas: Ayalga, 1983).
- CANO (1989): Ana María Cano González, *Notas de folklor somedán* (Uviéu: Academia de la Llingua Asturiana, 1989).
- CARDIGOS-DIAS MARQUES (1998): Isabel Cardigos y Jose Joaquim Dias Marques (“Algarvia”, XII, *Jornal da Serra*, 21 (1998).
- CARNERO VÁZQUEZ *et alii* (2004): M^a Ofelia Carnero Vázquez, Xoan Ramiro Cuba Rodríguez, Antonio Reigosa Carreiras y M^a de las Mercedes Salvador Castañer, *Da fala dos brañegos. Literatura oral do concello de Abadín* (Lugo: Diputación Provincial de Lugo, 2004).
- CARRÉ (1963-1967): Lois Carré Alvarellos, “Contos populares da Galiza”, *Revista de Etnografía* (Porto) I:2 (1963) a IX:1 (1967).

Contos populares da provincia de Lugo (Vigo: Centro de Estudios Fingoy-Galaxia, 1963).

CORTÉS (1979): Luis Cortés Vázquez, *Cuentos populares salmantinos* (Salamanca: Librería Cervantes, 1979).

CURIEL(1944): Marciano Curiel Merchán, *Cuentos Extremeños* (Madrid: CSIC, 1944).

CHEVALIER (1983): Maxime Chevalier, *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro* (Barcelona: Editorial Crítica, 1983).

DE LLANO (1922): Aurelio de Llano Roza de Ampudia, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones, costumbres* (Madrid: Talleres de Voluntad, 1922).

DE LLANO (1924): Aurelio de Llano Roza de Ampudia, *Esfoyaza de cantares asturianos*, (reed. Oviedo: Biblioteca Popular Asturiana, 1977).

DE LLANO (1925): Aurelio de Llano Roza de Ampudia, *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral* (Madrid: Imprenta Caro Raggio, 1925).

DÍAZ-CHEVALIER (1985): Joaquín Díaz y Maxime Chevalier, *Cuentos castellanos de tradición oral* (Valladolid: Ámbito, 1985).

ELIANO, Claudio: *Historia de los animales*, ed. José Vara Donado (Madrid: Akal, 1989).

ERKOREKA (1995): Antón Erkoreka, “Catálogo de huellas de personajes míticos en Euskal Herria”, *Munibe* 47 (1995) pp. 227-252, pp. 229-231.

FANJUL (1977): Serafín Fanjul, *Literatura popular árabe* (Madrid: Editora Nacional, 1977).

FEIJOO, Benito Jerónimo: *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*. Edición digital (Biblioteca Feijoniana: Proyecto filosofía en español, 1997).

FERNÁNDEZ-VALLÉS (1974): José Manuel González y Fernández Vallés, “Nueve cuentos populares. Etnografía y folklore de una parroquia asturiana”, *RDTP*, XXX (1974), pp. 237-238.

FISIÓLOGO: *El Fisiólogo atribuido a San Epifanio*, ed. Santiago Sebastián (Madrid: Ediciones Tuero, 1986).

FORTEBOA (1992): Alicia Fontebola López, *Literatura de tradición oral en el Bierzo* (Ponferrada: Diputación provincial de León, 1992).

GARCÍA ARIAS (1981): Xosé Lluís García Arias, *Rellumos de folklor* (Uviéu: 1981).

GARCÍA GARCÍA (2006): M^a del Carmen García García, *Literatura de tradición oral en Presno (Castropol)* (Lugo: Graficas Ribadeo, 2006).

GARCÍA LORCA, Federico: *Prosa, Obras completas*, ed. M. García-Posada (Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1996).

GARCÍA MOUTÓN, Pilar, “El arco iris: Geografía lingüística y creencias populares”, *RDTF*, XXXIX (1984), pp. 169-190.

GARCÍA SURRALLÉS (1992): Carmen García Surrallés: *Cuentos gaditanos* (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1992).

GONZÁLEZ NIEDA (1997): M^a Aurina González Niedo, “Cuentos populares recoyíos en valle d’Ardisana (Llanes)”, *Lletres asturianas*, 65 (1997), pp. 75-90.

Gesta romanorum, ed. Ventura de la Torre y Jacinto Lorenzo Escribano (Madrid: Ediciones Akal, 2004).

HEISTERBACH, Cesáreo de: *Diálogo de milagros*, ed. Zacarías Prieto Hernández (Zamora: Ediciones Monte Casino, 1998).

INSUELA (1993): Antonio Fernández Insuela, “Cuentos de la tradición oral de Orense”, *Boletín Avriense*, XXIII (1993), pp. 149-195.

LACARRA (1999): M^a Jesús Lacarra, *Cuento y novela corta en España, I, Edad Media* (Barcelona: Crítica, 1999).

LECOUTEUX (1999): Claude Lecouteux, *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media* (Palma de Mallorca: José J. de Olañeta Editor, 1999).

LEITE DE VASCONCELLOS (1963-1969): José Leite de Vasconcellos, *Contos populares e lendas* (Coimbra: Acta Universitatis Conimbrigensis, 1963-1969).

MEXÍA, Pedro: *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro (Madrid: Cátedra, 1990).

LORENZO VÉLEZ (1997): Antonio Lorenzo Vélez, *Cuentos anticlericales de tradición oral* (Valladolid: Ámbito, 1997).

MACEDONIO ESPINOSA (1947): Aurelio Macedonio Espinosa, *Cuentos populares españoles* (Madrid: CSIC, 1947).

MACEDONIO ESPINOSA (1988): Aurelio Macedonio Espinosa (hijo), *Cuentos populares de Castilla y León* (Madrid: CSIC, 1988).

MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, ed. Michael Gerli (Madrid: Cátedra, 1987).

MENÉNDEZ GARCÍA, Manuel, “Notas folklóricas del Cuarto de los Valles”, *BIDEA*, 23 (1954), pp. 387-410.

MENÉNDEZ PIDAL, Juan: *Colección de los viejos romances que se cantan en la danza prima, esfórazas y filandones recogidos directamente de boca del pueblo* (Madrid: Imprenta y Fund. de los Hijos de J. A. García, 1885).

NOIA CAMPOS (2002): Camiño Noia Campos, *Contos galegos de tradición oral* (Vigo: Nigratrea, 2002).

PEDROSA (2000a): José Manuel Pedrosa, “Las tres hilanderas: memoria oral y raíces míticas de algunos ensalmos hispánicos y paneuropeos”, en *Entre la magia y la religión: oraciones, conjuros, ensalmos* (Oiartzun: Sendoa Editorial, 2000).

PEDROSA (2000b): José Manuel Pedrosa “Huellas legendarias sobre las rocas: tradiciones orales y mitología comparada”, *Revista de Folklore* 238 (2000) pp. 111-118.

PEDROSA (2001): José Manuel Pedrosa, Cesar Javier Palacios y Elías Rubio Marcos: *Héroes, santos, moros y brujas (Leyendas épicas, históricas y mágicas de la tradición oral de Burgos)*. Poética, comparatismo y etnotextos (Burgos: Colección Tentenublo, 2001).

PEDROSA (2002): José Manuel Pedrosa, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal* (Madrid: Medusa Ediciones, 2002).

PEDROSA (2005): José Manuel Pedrosa, “El conjuro de la adúltera (AT 1419H): del cuento y la canción orales a la tradición escrita (entre Boccaccio, Timoneda, Cervantes y Lorca)”, en *Formas narrativas breves en la Edad Media: Actas del IV Congreso, coord. E. Fidalgo (Santiago de Compostela: Universidad, 2005)* pp. 123-148.

PÉREZ BLANCO (1983): J. Ramón Pérez Blanco, “Leyendas del centro de Asturias”, *BIDEA*, 108 (1983), pp. 285-310.

PINO SAAVEDRA (1992): Yolando Pino Saavedra, *Cuentos folklóricos chilenos de raíces hispánicas* (Chile: Editorial Universitaria, 1992).

PLINIO SEGUNDO, Cayo: *Historia Natural*, trad. Francisco Hernández y Jerónimo de Huerta (Madrid: Visor Libros-Universidad Autónoma de México, 1999).

PRIETO (1968): Laureano Prieto, *Contos vianeses* (Vigo: Galaxia, 1968).

PUERTO (1995): José Luis Puerto, *Cuentos de Tradición Oral en la Sierra de Francia* (Salamanca: Caja Salamanca y Soria, 1995).

RICO (1957): Manuel Álvarez Rico, “Del folklore de Pola de Allande”, *BIDEA*, 30 (1957), pp. 111-123.

RODRÍGUEZ MUÑOZ, Javier, *La Guerra Civil en Asturias*, (Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 2006).

ROHLFS, Gerhard, *Estudios sobre el léxico románico*, ed. Manuel Alvar (Gredos, Madrid, 1979).

SÁNCHEZ DE VERCIAL: *El libro de los enxemplos*, ed. Pascual de Gayangos (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, tomo LI, 1952).

SANTA ANA, Manuel María de: *Cuentos y Romances Andaluces, Cuadros y Rasgos Meridionales* (1844-1869), ed. de José Luis Agúndez García (Sevilla: Signatura Ediciones, 1999).

SUÁREZ LÓPEZ (1997): Jesús Suárez López, *Nueva colección de romances asturianos (1987-1994)* (Oviedo-Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Instituto de Estudios Asturianos-F. M. C. E. y U. P. de Gijón-Archivo de Música de Asturias, 1997).

SUÁREZ LÓPEZ (1998): Jesús Suárez López, *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias* (Gijón: Museo del Pueblo de Asturias, 1998).

SUÁREZ LÓPEZ (2001): Jesús Suárez López, *Tesoros, ayalgas y chalgueiros. La fiebre del oro en Asturias* (Gijón: Museo del Pueblo de Asturias-F. M. C. E. y U. P., 2001).

SUÁREZ LÓPEZ (2003): Jesús Suárez López, *Folklore de Somiedo* (Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias-Ayuntamiento de Somiedo, 2003).

SUÁREZ LÓPEZ (2006): Jesús Suárez López, *Atlas Sonoru de la Llingua Asturiana* (III): La Montaña Central (Gijón: Museo del Pueblo de Asturias-Red de Museos Etnográficos de Asturias, 2006).

Todos los cuentos de los hermanos Grimm (Madrid: Mandala Ediciones & Editorial Rudolf Steiner, 1988).

VASCONCELLOS (1963-1969): J. Leite de Vasconcellos, *Contos populares e lendas* (Coimbra: Acta Universitatis Conimbricensis, 1963-1969).

ÍNDICE GENERAL

Presentación	II
[JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ]	
Memoria ancestral y memoria histórica	15
Los informantes	22
Metodología de la entrevista	29
Criterios de edición	31
Agradecimientos	32
[JESÚS SUÁREZ LÓPEZ]	

MEMORIAS

Emilio González Rodríguez, “Cobio”	35
Memoria histórica	39
Memoria ancestral	95
Manuel López Álvarez, “Sanchón”	105
Memoria histórica	109
Memoria ancestral	137
Manuel Suárez García, “Manolín de Armá”	163
Memoria histórica	167
Memoria ancestral	189
Bibliografía citada	235

